COVEY U



KEEP Me

Tradotto in Italiano



ANA SHAY

KEEP Me

Ana Shay

Ilustraciones de cubierta de Elen Bushe

Diseño de cubierta de Regan Kindrick

Corrección de Dee’s Notes Editing Service

Copyright © 2025 de Ana Shay

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en forma alguna sin el permiso por escrito del editor o de la autora, salvo lo permitido por la legislación de derechos de autor de los EE. UU.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

A todos los que han podido casarse con su mejor amigo.
¡Sois los afortunados!

PRÓLOGO

Britt

Primer año de universidad

Querido Spillit:

¿A alguien le interesa tener citas hoy en día?

Llevo aquí dos semanas y ya estoy harta de intentar encontrar una conexión auténtica con alguien en la aplicación Covey Connections.

Conocer a un chico de forma natural también parece imposible. Ya nadie quiere hablar. La cosa ha llegado a tal punto que he intentado desatarme el cordón de un zapato para ver si el hombre de mis sueños se daba cuenta e iniciaba una conversación. Por desgracia, todavía no he conocido a un chico que se fije en algo tan bajo.

¡Ayuda! Quiero encontrar el amor, pero no creo que nadie más lo esté buscando.

Atentamente,

Una chica desesperada y esperanzada

Querida chica desesperada y esperanzada:

Es difícil en un mundo de líos de una noche y rupturas aún más rápidas, pero estoy seguro de que hay alguien ahí fuera esperando para atarte el cordón.

¿Por qué no pruebas en la hoguera de esta noche? ¿Hay algún lugar más natural para conocer al amor de tu vida que asando nubes de azúcar y esquivando las brasas?

Sinceramente,

Spillit

Mordisqueándome el labio inferior, entrecerré los ojos para ver la cara familiar al otro lado de las parpadeantes llamas. ¿Sienna? ¿Se llamaba así? No me acordaba, pero sabía que estaba en mi clase de radio y televisión. Segura de sí misma, divertida y con una cola de gente esperando para hablar con ella, era todo lo que yo quería ser, pero no me atrevería a intentar. No después de mi historial en el instituto. Cuando mis tres hermanos me convencieron para que me uniera al equipo de fútbol en segundo, no tenía ni idea de que la gente empezaría a llamarme una chica «Pick Me». Una etiqueta que resultó imposible quitarse de encima.

Esta vez pensaba hacer las cosas de otra manera. En lugar de centrarme en hacer amigos, iba a dejar que la gente se me acercara.

Mi único problema era que... nadie parecía sentirse atraído por mi sonrisa.

¿Sería la ropa lo que echaba para atrás a la gente? Quizá debería haberme puesto un vestido. Suspirando, me bajé el top blanco, tapando la franja de piel que se me veía en el abdomen, y me pasé los dedos por el largo pelo rubio en un intento de calmar los nervios.

Vale. Una, dos, tres.

Y relájate.

Se me relajaron los hombros y me acomodé en el tronco. Bueno, todo lo que pude con las protuberancias clavándoseme en el culo.

Cuando una sensación de calma me invadió, pensé que había llegado mi momento de brillar. La gente se daría cuenta y querría saludarme.

Pasaron otros cinco minutos... Nada.

Seguía sola, y todos los demás tenían a alguien con quien hablar. Se me puso la piel de gallina. ¿Sería siempre conocida como la chica

con la que nadie quería hablar? ¿Había vuelto a parecer demasiado intensa sin querer?

Cogí la nube de azúcar y el palo que tenía al lado, empalando la aterciopelada golosina mientras observaba cómo cedía bajo la presión de la punta. Era una buena distracción para mi soledad, pero también me hizo pensar. Quizá podía aprender algo de esto. Quizá necesitaba simplemente dejarme llevar y expulsar toda la energía nerviosa. ¿Podía la gente percibir mis nervios por pregonar mi trágica soltería por todo el campus? A fin de cuentas, ¿a quién le importaban esas cosas?

A mí. A esa.

Sin amigos. Sin novio. Ni siquiera una rana parlante mágica estaba dispuesta a salvarme de la soledad de la hoguera, y lo odiaba.

Mordisqueándome el labio inferior, me obligué a pensar en la punzada de dolor en lugar de en la punzada de culpa que me corroía el estómago. Max, mi hermano, estaría en el montículo ahora mismo, y yo me estaba perdiendo la puesta al día familiar semanal solo por estar aquí sentada, sola. Era la primera vez en meses que no lo veía jugar en directo. Todo porque había venido a este estúpido evento pensando que podría conocer al amor de mi vida.

¿Por qué le hice caso a esa estúpida columna de consejos de Spillit?

Haciendo girar el palo en la mano, lo acerqué a las llamas y observé cómo mi nube se quemaba. La impecable golosina blanca se convirtió rápidamente en brasas negras, y sentí cómo una pesada emoción me invadía.

Vergüenza.

Venir aquí sola había sido una idea terrible, y pensaba ir al departamento de periodismo el lunes por la mañana y cantarle las cuarenta a quienquiera que me hubiera dado aquel pésimo consejo.

Torcí los labios cuando el móvil me vibró en el bolsillo. O era la aplicación *Chally Sports* o era uno de mis hermanos preguntando dónde estaba.

Cinco minutos más.

Terminaría de asar mi nube, me comería un s'more y luego llamaría a mi familia. No iba a conocer a mi príncipe azul, ni a nadie, sentada sola en un tronco en medio de los bosques del campus.

Me temblaban las rodillas, y tiritaba mientras le daba la vuelta a la nube, dejando que el otro lado se quemara. Cuando alguien carraspeó a mi lado, no le di importancia.

—Oye, eh, lo siento. —Su voz profunda vibró en mi pecho. Cuando lo miré, me quedé quieta.

Un verde intenso fue todo lo que vi.

Tenía unos ojos tan bonitos que apenas me fijé en la sonrisa torpe que los acompañaba.

No estaba segura de cuánto tiempo me le quedé mirando, pero si se dio cuenta, no dijo nada. Inclinó la barbilla, señalando el fuego. —Mi nube ha chocado con la tuya sin querer y, bueno, ahora están pegadas.

Tragué saliva, intentando encontrar la voz mientras mi mirada se desviaba hacia el fuego. Tenía razón. Nuestras nubes no solo estaban pegadas, ahora eran una sola cosa y no había forma de saber dónde empezaba una y terminaba la otra.

¿Cuándo había apartado la vista el tiempo suficiente para que pasara eso?

Echándome hacia atrás, solté una carcajada fuerte y rara, pero luego cerré la boca de golpe.

¿Notaría lo desesperada que estaba por hablar con alguien?

—Oh, lo siento. —¿Por qué me estaba disculpando? Era culpa suya que nuestros s'mores se estuvieran tocando, así que él debería ser el que pidiera perdón.

Entonces caí en la cuenta.

Con los ojos como platos, le dediqué una amplia sonrisa.

Nubes de azúcar derritiéndose juntas en el fuego.

¡¿Podía haber un primer encuentro de película más natural que ese?!

—Soy Matty, por cierto —dijo, y al tenderme la mano, su hombro se apoyó en el mío, enviando descargas de electricidad por todo mi brazo. Me quedé mirando su mano, impresionantemente grande, un segundo más de la cuenta antes de aceptarla, y luego volví a clavar la mirada en su rostro. Sus duros callos arañaron la suave palma de mi mano y una oleada de emoción y expectación me recorrió el estómago. ¿Expectación por qué? No estaba segura, pero estaba deseando ver a dónde podría llevarnos esto.

—Britt.

Su sonrisa se ensanchó cuando dije mi nombre y lo sentí. Lo mismo que describen todas esas novelas románticas. Tenía el aire atrapado en los pulmones, las palabras se me atascaban en la garganta y el corazón me latía a punto de salírseme del pecho. En cualquier otra situación, habría pensado que me estaba dando un infarto, pero no era eso. Era porque este chico guapísimo estaba delante de mí, sonriendo como un adolescente tonto y enamorado, y no me cabía duda de que yo tenía la misma pinta.

—Encantado de conocerte, Britt.

Sentí un cosquilleo en el estómago al oírle decir mi nombre. Rotundo y firme. Era perfecto. *Él* era perfecto. Este momento era perfecto.

¿Y lo mejor de todo? Este era el comienzo de nuestra historia. Podía imaginar a alguien pasándose días y horas escribiendo páginas y páginas sobre el rumbo que podría tomar nuestra relación, y yo estaría ahí para cada maldita frase.

—Y bueno, ¿qué estudias? —preguntó, sin hacer nada por separar nuestras nubes de azúcar, y a mí me pareció bien.

Suelto una risita y me muerdo rápidamente el labio inferior. *Esto era nuevo.* Nunca le había soltado una risita a un chico y la ansiedad de convertirme en una *niña bienqueda* se apoderaba de mí de nuevo.

—Me especializo en Comunicación, con una asignatura secundaria de Informática.

—¿En serio? —preguntó. ¿Por qué me gustaba tanto oír su voz? Con solo esa palabra, toda mi ansiedad se disipó, la demás gente de la hoguera se desvaneció y lo único que quería era escuchar la voz de Matty en bucle el resto de mi vida. Mientras le miraba a los ojos una vez más, una chispa de electricidad saltó entre nosotros y me pregunté si él también la habría sentido.

—Porque yo me especializo en Informática y mi secundaria es Comunicación. Supongo que coincidiremos en algunas clases, ¿entonces? —Sonrió y lo sentí hasta en la punta de los pies.

El destino.

Esto tenía que ser el destino, ¿verdad? No había otra explicación para que me encontrara con Matty la noche en que *Spillit* me dijo que viniera aquí. Tenía que serlo, no solo por la atracción instantánea entre nosotros, sino también porque lo más probable era que nos viéramos por el campus.

Él me sonrió y yo le devolví la sonrisa.

Supongo que tendremos que sentarnos juntos en todas las clases. Quizá incluso compartir apuntes..., y otras cosas.

—Supongo que sí.

Nuestras nubes de azúcar se asaron hasta quedar reducidas a cenizas, pero no nos importó porque no podíamos parar de hablar. Hacía apenas veinte minutos que lo conocía y, sin embargo, nos comportábamos como si hubiéramos sido los mejores amigos toda la vida.

Matty era genial. Era divertido, listo, y cuando se reía, su risa era genuina. Odiaba admitirlo, pero me gustaba todo de él.

Nunca había sentido una atracción tan fuerte.

El móvil me vibró de nuevo y lo ignoré, pero Matty frunció el ceño y se miró la pierna.

—Es tu móvil, ¿verdad?

Siguiendo su mirada, me di cuenta de que nuestros muslos se estaban tocando y de que había sentido la vibración. Riéndome, lo saqué del bolsillo, rechacé todas las llamadas de mi familia, lo apagué y lo coloqué al otro lado del tronco.

—Perdona.

—No pasa nada. —Hizo una pausa, estudiándome con sus espesas cejas—. Hay alguien que de verdad quiere hablar contigo.

—Ah, solo son mi padre y mis hermanos. Quieren hablar de béisbol.

—¿Béisbol? ¿De qué equipo eres?

—De los Catfish.

Enarcó una ceja antes de negar con la cabeza.

—Debería haberlo supuesto. Todas las chicas que he conocido son fans de los Catfish. —Matty puso los ojos en blanco antes de volverse hacia mí—. ¿O debería decir fans de Tate Sorenson?

—Eso no es verdad —solté de sopetón, sin estar segura de si el calor de mis mejillas se debía a la vergüenza por su acusación o a que podría tener que admitir abiertamente quién era mi hermano—. No me malinterpretes. Tate es un jugador dominante, pero creo que está sobrevalorado.

—¿Sobrevalorado? —Matty soltó un bufido mientras observaba el fuego—. ¿No ha ganado el premio al Novato del Año, el de Jugador del Año más de una vez y unas Series Mundiales?

—No me refería a su juego. Ese hombre podría ganar el premio al Jugador del Año solo con su promedio de bateo. Me refería a su físico, que es lo que atrae a la mayoría de los aficionados al béisbol poco entendidos.

—Ah, vale, pero el aficionado *entendido* ¿no se da cuenta de que es alto, está esculpido y parece que acaba de salir de un anuncio de calzoncillos?

Gruñí.

—Admito que es guapo. Sin embargo, tiene un parecido asombroso con uno de mis hermanos, así que paso.

Matty hizo una mueca.

—¿Tú también eres fan de los Fish? —pregunté.

—Eh, yo me clasificaría en la categoría de espectador ocasional y poco entendido —dijo con una sonrisa divertida. Luego se lamió el labio inferior y se lo mordisqueó suavemente antes de decir—: Tengo que centrarme en el fútbol americano.

—Ah, ¿así que eres jugador de fútbol americano? —intenté ocultar mi emoción, pero esto se estaba volviendo demasiado surrealista.

—Sí.

—Bueno, qué coincidencia. El fútbol americano es mi deporte favorito.

—¿Para verlo?

—Y para jugarlo. —Me moví en mi asiento y le dediqué una sonrisa de confianza—. Era la *kicker* de mi equipo en el instituto.

Su sonrisa se desvaneció y me evaluó en silencio por un segundo.

—Me estás tomando el pelo, ¿verdad?

Negué con la cabeza.

—Nop. La primera chica de mi instituto en el equipo de fútbol americano. Estuve intentando entrar en el de fútbol durante mucho tiempo, pero siempre chutaba el balón demasiado alto y fallaba la portería. Cuando el entrenador de fútbol americano me vio, me pidió que hiciera una prueba y, al parecer, se me daba de forma natural.

—Guau. ¿Todavía juegas?

Negué con la cabeza.

—No. Lo dejé antes de venir aquí porque pensé que no tenía ninguna oportunidad contra los jugadores de nivel universitario.

Negó con la cabeza mientras murmuraba «Increíble», y casi no lo oí. Con las manos entrelazadas, por fin volvió a mirarme.

—Yo también soy *kicker*. Me ficharon en el instituto porque estaba usando analíticas para ayudar a algunos jugadores a calcular el chut más efectivo. Fue entonces cuando se dieron cuenta de que yo era bastante bueno haciéndolo.

Esto *era* demasiado bueno para ser verdad. Íbamos a las mismas clases. Nos encantaba el mismo deporte, incluso jugábamos en la misma posición. Era como si Matty hubiera sido hecho para mí.

—¿Estás en el equipo ahora?

Asintió.

—¿Eso significa que has conocido a Ben Mathieson? No paro de oír su nombre porque es una especie de leyenda de las patadas, y estoy deseando verlo en acción.

Apretó los labios, atrayendo mi atención sobre lo carnosos y rosados que eran. Nunca había conocido a un chico con unos labios tan bien dibujados, pero me gustaban porque resaltaban sus pómulos altos.

—Sí, he oído hablar de él. Aunque creo que está un poco sobrevalorado.

Mis pies se movían nerviosos, liberando parte de esa energía mientras intentaba animarme. Todo parecía demasiado perfecto para no ser cosa del destino. Quería pedirle una cita, lo cual era raro. Nunca lo había hecho. Siempre esperaba a que el chico diera el primer paso, pero no podía dejar escapar esta oportunidad. *Spillit* tenía razón.

¿Qué podía perder? Llevábamos veinte minutos hablando y nos entendíamos de maravilla.

—Ben, cariño, ¡¿qué haces?! —La mano de una chica se posó en el hombro de Matty y la decepción se deslizó por mis venas.

—¿B-Ben? —Fruncí el ceño—. La sonrisa de Matty se desvaneció mientras fulminaba con la mirada la mano que se aferraba a su hombro—. Creía que habías dicho que te llamabas Matty.

Sus ojos se clavaron de nuevo en los míos, pero esta vez eran más oscuros.

—Sí, perdona, supongo que debería haber dicho que soy Ben Mathieson. Matty es mi apodo.

Madre mí-

El calor me subió a las mejillas. Esto no podía estar pasando, ¿verdad? Acababa de estar portándome como una fan loca delante de él y no había dicho ni pío. ¿Se estaba burlando de mí? ¿Toda esa química estaba solo en mi cabeza?

Matty miró por encima del hombro y le dedicó a la chica una sonrisa forzada.

—Olana. Esta es mi amiga, Britt.

Tierra, trágame, por favor.

Me había llamado su amiga. *Su amiga*. La bilis me subió por la garganta y la cara me ardía. Había malinterpretado por completo las señales, ¿no?

Ahí estaba yo, planeando nuestra primera cita, y él solo quería hablar de fútbol. Me estaba tratando como a uno más de sus colegas, y yo aquí, sonando cada vez más como una de esas chicas que buscan la aprobación de los tíos a toda costa con cada frase que salía de mi boca.

Olana emitió un sonido gutural y despectivo y me recorrió con una mirada fulminante, deteniéndose cuando llegó al palo que tenía en la mano, sin la nube de azúcar. Aquello, junto con mi amor propio, se había consumido hacía mucho tiempo.

¿Sabía ella lo que yo estaba pensando? ¿Podía adivinar que en mi cabeza ya había planeado los próximos diez años de mi vida con su novio?

—Britt, esta es Olana.

La señaló con el pulgar, pero mantuvo la mirada en el suelo. Tenía el corazón destrozado. El destino no estaba interviniendo. Matty

acababa de conocerme y yo ya estaba coladita y romanticándolo todo, esperando desesperadamente que un chico como él viera algo más en mí.

—¿En serio? ¿Así es como le presentas a tu novia de toda la vida a la gente? *«Esta es Olana»*. —Él seguía sin molestarse en levantar la vista o dirigirle la palabra, y el ambiente se cargó, casi como si los hubiera pillado en mitad de una discusión o echando un polvo.

¡¿Pero por qué demonios acabo de pensar eso?!

—Encantada de conocerla, Britt. —Me tendió la mano, así que no tuve más remedio que estrechársela.

Con el pelo castaño rapado por un lado y teñido con un estampado de leopardo, Olana era claramente una rebelde, y si ese era el gusto de Matty, entonces yo nunca tuve la más mínima oportunidad. Yo no era rebelde. Mi familia era una dinastía de atletas, algo de lo que no me gustaba mucho hablar porque no quería que la gente lo supiera. Nosotros no hacíamos las cosas de forma diferente. No nos salíamos de la raya y seguíamos las normas. Olana hacía todo lo contrario.

Cuando le solté la mano, miré a Matty, esperando una explicación por su parte. Aún con la vista en sus zapatillas, ni siquiera intentaba establecer contacto visual. De hecho, tenía los hombros caídos y toda aquella confianza de antes parecía haberse desvanecido.

Como estábamos sentados casi en silencio, decidí tomar las riendas del asunto.

—¿Y cómo os conocisteis? —Forzando una sonrisa de oreja a oreja, fingí normalidad. No iba a quedarme ahí sentada y dejar que me vieran regodeándome en la autocompasión. Era una atleta. Perder formaba parte de la vida, y mis hermanos no estarían todos jugando como profesionales si no hubieran aprendido eso hacía mucho tiempo. Lo importante no era siempre ganar, sino cómo jugabas el partido. Puede que esta vez hubiera perdido, pero no podía dejar que eso me afectara. Por mucho que me gustara el chico.

Solo porque no pudiera salir con Matty, no significaba que no pudiera ser amable. Teníamos mucho en común, después de todo, y

no quería empezar mi carrera universitaria con este momento pesando sobre mí.

Olana echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada. Mi sonrisa era una máscara mientras la observaba, aunque no podía evitar sentir la mirada de Matty sobre mí. Una mirada tan intensa que me distraía.

—Nos conocemos desde la secundaria —dijo Olana, dejándose caer junto a Matty en el tronco. Miré al suelo del bosque y me di cuenta de que mi cordón blanco impoluto estaba sobre los restos de hojas, desatado y olvidado.

Muy parecido a mi amor no correspondido.

La secundaria.

¿Se conocían desde la secundaria? Nunca tuve ninguna oportunidad.

—Pero Ben era tan ermitaño que no conseguí que me mirara hasta que llegamos a segundo de instituto.

¿Todavía estaba hablando? No me importaba cómo había conocido al hombre de mis sueños. Supongo que era culpa mía por haber preguntado, pero esperaba una respuesta corta y sencilla. No una con la capacidad de hacerme el alma pedazos.

—Sabía todo sobre él, eso sí. Pensaba que era un pringado porque se pasaba la hora de la comida en el aula de informática en lugar de ponerse moreno. —Le dio una palmada en su piel dorada—. No fue hasta que se apuntó al equipo de fútbol que empecé a fijarme en él de verdad.

Me dolían las mejillas de tanto forzar la sonrisa.

Solo llevaba aquí dos semanas y ya podía decir que este sería el peor día de mi vida universitaria. Era una tortura. Estar aquí sentada, sonriendo mientras escuchaba a una chica rememorar cómo había ligado con un tío que a mí me parecía perfecto me estaba destrozando por dentro.

Me sentía humillada y avergonzada.

Matty no había mirado a Olana ni una sola vez, pero ya tampoco me miraba a mí.

—¿Sabe cómo conseguí finalmente que me hablara? —Le dio un codazo en el hombro, y tuve que hacer un gran esfuerzo para no fruncir el ceño mientras negaba con la cabeza—. Bueno… —Iba a contarme hasta el más mínimo detalle, y no estaba segura de poder soportarlo—. Siempre estaba mirando al suelo, usando el pelo para taparse la cara. Así que decidí que si él no iba a levantar la vista, yo tendría que llamar su atención desde el suelo.

Asentí con la cabeza, distraída, y pensé en todas las demás cosas que podría estar haciendo. Hablar con mi padre o mis hermanos, conocer a otra gente, hacer la colada... La lista era interminable, pero había elegido quedarme aquí sentada torturándome para no parecer una mala perdedora. *Patética.*

—Me desaté el zapato.

¿Pero. Qué. Cojones?

¿Acababa de decir eso?

El universo me estaba castigando, ¿a que sí?

Me pellizqué el muslo disimuladamente para comprobar si estaba soñando.

—Ay.

—¿Qué pasa? —Matty dirigió su mirada hacia mí, y yo lo saludé con la mano, restándole importancia.

—Nada. Es que me he clavado un nudo de un tronco en el culo.

¿De verdad he dicho «nudo de un tronco»?

Las comisuras de los labios de Matty se arquearon y, por algún motivo, eso me reconfortó un poco.

Olana no se había dado cuenta. Estaba demasiado ocupada hablando. —Así que me puse delante de él y dejé el pie en su campo de visión para que viera el peligro de tropiezo que era mi cordón.

Ella seguía hablando, y yo seguía sonriendo como una de esas muñecas Barbie torturadas cuya cara es inexpresiva.

—¿Adivina cuáles fueron sus primeras palabras?

—Tienes los cordones desatados —dije, enarcando las cejas.

—¿Cómo lo ha sabido?

Matty soltó un bufido, pero lo disimuló con una tos.

Cuando Olana le dio una palmada en la espalda, cualquier atisbo de sonrisa desapareció de la cara de él. —¿Ben, ya se lo habías contado? Debería haberlo imaginado. Es una historia tan mona.

Echó la cabeza hacia atrás y se rio, pero era la única a la que le hacía gracia. La mirada de Matty se encontró con la mía, esa corriente eléctrica me recorrió las venas y, de repente, el mundo desapareció a nuestro alrededor. Fue casi como si nos estuviéramos pasando mensajes secretos con nuestras sonrisitas.

Entonces recordé que me estaba riendo de su novia. *Su novia*; es decir, no yo. Nunca iba a ser yo, y él probablemente sonreía así por pura educación.

Manteniendo una amplia sonrisa, me esforcé al máximo para no parecer decepcionada. No solo se había quedado con el chico que me interesaba, sino que también me había robado mi momento de película.

¿Qué quedaba para mí?

Todo el mundo estaba haciendo parejitas alrededor de la hoguera y, como no quería que se notara que estaba sola, decidí que tenía que irme antes de decir alguna tontería que me dejara en evidencia.

Dejé caer mi palo en las llamas, cogí el móvil y me puse de pie. Soltando un suspiro, me sacudí la tierra de la parte de atrás de los vaqueros.

—Es una historia supermona, ¿pero sabéis qué? No me había dado cuenta de la hora. Llego tarde a una reunión con... —Me miré la muñeca, fingiendo que llevaba un reloj y esperando que no se

dieran cuenta de que me estaba mirando el brazo lleno de pecas—. Alguien. Ha sido un placer conoceros a los dos. —Los saludé con la mano, sintiéndome como una tonta, pero me mordí la lengua para no demostrarlo.

—Espero veros por el campus alguna vez —dije con un chillido antes de escabullirme para lamerme las heridas a solas en mi apartamento.

Ahí estaba yo, intentando algo con Matty, y me la había vuelto a jugar a mí misma. Había quedado como una desesperada y una ansiosa, intentando separar a una pareja que llevaba años junta. Lo único que me salvaba de todo esto era que Matty no parecía haberse dado cuenta de que estaba colada por él.

No volvería a fiarme jamás de los consejos de una estúpida columna de consejos para universitarios.

Además, ¿quién demonios escribe esa basura?

Reprendiéndome durante todo el camino hasta mi residencia, repetí la conversación entera en mi cabeza como si eso fuera a hacerme sentir mejor. No fue así. Solo hizo que me sintiera peor.

¿En qué estaba pensando? Acababa de conocerlo y me habría desnudado delante de esa hoguera si me lo hubiera pedido. Negando con la cabeza, suspiré. A lo mejor *era* una chica «elígeme». A lo mejor tenía que aceptarlo.

Estúpida.

Tenía que superarlo y asumir mi derrota.

Solo amigos.

Eso era todo lo que sería de Ben «Matty» Mathieson.

Universidad-1, Britt-0

CAPÍTULO 1

Matty

Presente

Mientras observaba a los invitados, Jackson, mi compañero de piso, me dio un codazo en las costillas. Se inclinó y me susurró: —Tienes la pajarita torcida, y eso, combinado con tu habitual sonrisa ladeada, te hace parecer un pringado.

Joder.

Después de enderezarme la pajarita, me alisé el resto del esmoquin e hice lo que pude para que mi sonrisa pareciera más o menos normal. Lástima que no me dejaran de temblar las manos. Me las junté a la espalda para que no se vieran, con la esperanza de que nadie se diera cuenta.

Pum. Pum. Pum. Pum. Pum.

Lo único que oía era el latido errático de mi corazón, y la enorme cantidad de invitados no ayudaba en absoluto. Debería estar acostumbrado a esto. He chutado goles de campo con más espectadores observándome, pero, de pie junto a un altar improvisado con un cura debajo, tuve que admitir que esta era una clase de nervios completamente diferente. Esto no era un partido de fútbol. El entrenamiento no era posible. *Esto* era una boda, y ese tipo de presión era algo para lo que nadie podía prepararte.

Respiré hondo y cerré los ojos. Quizá si fingía que estaba en el campo y que tenía un balón delante listo para chutar, me calmaría.

Después de todo, nadie podía meterse en mi cabeza cuando estaba concentrado en la mecánica de mi chut.

—Así está mejor —dijo Jackson, devolviéndome de golpe a la realidad—. Te acabo de salvar de parecer un idiota. Ya me darás las gracias luego.

—Se supone que no debemos hablar —mascullé, y luego solté las manos de la espalda para poder arreglarme los gemelos.

—Vale, la próxima vez dejaré que parezcas un idiota.

Entonces me di cuenta de que el pañuelo del bolsillo estaba torcido, así que también me lo coloqué. El reloj tampoco me ajustaba bien. Básicamente, nada parecía estar bien, y me moría de ganas de recorrer ese pasillo para alejarme de la multitud.

Como no respondí, Jackson se rio, y se detuvo tan bruscamente que pensé que se estaba ahogando. Levanté la vista y vi su expresión paralizada.

—¿Todo bien?

Comenzó a sonar la música de la procesión nupcial, pero estaba demasiado concentrado en mi amigo para mirar.

—Guau… —soltó con un resoplido—. Britt está… fantástica.

Apreté la mandíbula, enfadado porque él la hubiera visto primero. Levanté la mirada y decir que casi me caigo al suelo sería quedarse corto.

Tenía razón.

Siempre había oído que cuando ves a la persona adecuada caminando hacia el altar, lo sientes en cada fibra de tu ser. Jamás en la vida pensé que fueran a tener razón.

Los invitados se quedaron boquiabiertos mientras la hermosa mujer caminaba hacia mí.

Brittany Brennon.

Tenía el pecho oprimido, el estómago revuelto y las piernas querían ir hacia ella. Tocarla. Reclamarla como mía.

Respira.

Necesitaba calmarme, o corría el riesgo de que me diera una erección delante de toda esta gente. Una pajarita torcida sería la menor de mis preocupaciones entonces.

Britt estaba… bueno, quería decir fantástica, pero no era suficiente. Solo de mirarla me daban ganas de ponerme de rodillas y arrastrarme hasta ella mientras le daba las gracias por el simple hecho de honrarme con su presencia. Un largo vestido de seda se le ceñía a las curvas y su pelo rubio, ligeramente alborotado, ondeaba a cada paso que daba por el pasillo, sin mirar en ningún momento al frente.

Tenía los brazos desnudos un poco enrojecidos por el sol. Ay, cómo deseaba deslizar mis labios por su hombro, morderle la piel y luego lamerla para curarla y así dejar mi marca. Gimiendo para mis adentros, me imaginé la escena. Ella soltaría unos gemidos suaves y entrecortados mientras sus dedos se clavaban en mi piel, indicándome adónde ir a continuación, y yo me arrodillaría felizmente, adorando hasta el último centímetro de ella.

Sí, esos no eran pensamientos apropiados para tener de pie al lado de un cura.

Britt miraba el camino de arpillera que cubría la hierba, fijándose en dónde pisaba. Llevaba tacones altos, que sin duda la hacían perder el equilibrio. No es que tuviera de qué preocuparse. A la menor señal de que fuera a caerse, correría por el pasillo para sujetarla. Quizá debería ir a ayudarla ahora mismo. No, eso arruinaría el momento. Había demasiada gente y no era el protocolo. Así que me metí las manos en los bolsillos mientras ella avanzaba tímidamente hacia mí.

Con cada paso, sentía los pies un poco menos estables en el suelo.

¿Cuánto se acercaría antes de que me cayera de estos escalones?

Se apartó un mechón de pelo de detrás de la oreja y se aferró al ramo como si fuera lo único que la sostuviera. Todas las oportunidades perdidas pasaron por mi mente. Cuántas veces habíamos estudiado juntos y me había contenido de besarla. Cuántas veces había caminado hacia los brazos de otro que no eran los míos, y no pude decir ni una maldita cosa porque solo éramos amigos. Cuántas veces tuve que fingir que ella no era lo mejor que me había pasado en la vida.

Cuando estaba a solo unas pocas filas de distancia, nuestras miradas se encontraron. Me hormiguearon los dedos y esa necesidad ardiente de estar cerca de ella se hizo más fuerte.

Unos ojos azules tan profundos como el océano me devolvieron la mirada, y no pude evitar sonreír. Mi corazón estaba en llamas, y todo porque la mujer que estaba delante de mí era todo lo que siempre había deseado.

¿En qué estaría pensando?

Era una pregunta que constantemente rondaba mi mente, aunque intentaba desesperadamente evitar su presencia.

Britt lo era todo sin siquiera saberlo. La anhelaba de formas que nunca esperé. Incluso ahora. Estábamos a solo unos metros de distancia, pero no lo sentía bien porque no estaba en mis brazos.

Me saludó con un gesto sutil, y yo sonreí como un adolescente bobo, mirando al suelo para intentar no hacer el ridículo delante de toda esta gente.

—El azul le sienta muy bien —susurró Jackson, dándome un codazo en el costado.

No le respondí mientras la realidad de la situación se me venía encima con esa única frase.

Vestido azul.

Britt no caminaba por el pasillo para estar conmigo, era el comienzo de la procesión nupcial. Al llegar al frente, sonrió antes de moverse para colocarse al lado de Jackson.

Se acabó. Sería la única vez que podría pensar en Britt como algo más que mi mejor amiga. No estaba destinada a ser mi final feliz. Siempre se suponía que estaría al margen, observando, aunque yo lo odiara.

Carraspeé e intenté recomponerme, sabiendo que no podía montar una escena. *Hoy no.*

Absorto en Britt, apenas me fijé en el resto del cortejo nupcial. ¿Sería siempre así? ¿Pensaría siempre en Britt aunque no debiera?

Un cuarteto de cuerda interpretaba la *Marcha nupcial*, y entonces la puerta de la villa italiana al fondo del jardín se abrió.

Se me aceleró el corazón. Era el momento. La razón por la que todos estábamos hoy aquí.

Contuve el aliento al verla. Su vestido era impresionante. Sencillo pero extravagante. Llevaba los hombros al descubierto, enmarcados por su pelo oscuro y rizado. Incluso con el velo puesto, se notaba que era preciosa.

La cola del vestido se arrastraba por el césped mientras recorría el pasillo del brazo de mi amigo, que gentilmente la entregaba en el altar. Cuando llegó al altar, me dedicó una pequeña sonrisa antes de besar a Adam en la mejilla.

—Gracias —dijo ella mientras Adam la miraba con orgullo.

—Lo que sea por usted —dijo él, apartándose, pero le lanzó a Devin, el novio, una mirada severa—. Más le vale cuidarla —murmuró entre dientes antes de acercarse a mí.

—Como si eso se pudiera poner en duda.

Me hice a un lado para dejarle sitio a Adam mientras Devin daba un paso al frente, levantaba con delicadeza el velo y luego acunaba el rostro de Reign. Con el pulgar le secó la única lágrima que le caía por la mejilla.

—Estás preciosa, cariño —dijo Devin con voz melosa mientras la contemplaba.

Ella le dedicó una sonrisa tímida.

—¿Estás lista para pasar el resto de tu vida conmigo? —susurró él. Aparté la vista, deseando darles un mínimo instante de intimidad antes de que sus vidas cambiaran para siempre. Como era de esperar, mis ojos encontraron al instante a Britt. Sus ojos azules brillaban con lágrimas contenidas mientras observaba a la feliz pareja a mi lado. Ella nunca había ocultado que deseaba que un hombre la mirara como Devin miraba a Reign. Supongo que nunca se había fijado en mí.

Cuando nuestras miradas se cruzaron, parpadeó para deshacerse de las lágrimas y me ofreció una sonrisa. No pude evitar pensar en lo mucho que me encantaría pasar el resto de mi vida perdido en esos ojos, besando sus lágrimas y demostrándole lo importante que era para mí.

—Estoy lista —dijo Reign—. ¿Y tú?

—Oh, cariño, estuve listo en el instante en que te conocí.

Aún mirando a Britt, le devolví la sonrisa, sintiendo exactamente lo mismo que Devin.

—Pueden sentarse —dijo el cura a los invitados, y ambos centramos nuestra atención en la feliz pareja, ya que era mejor concentrarse en la realidad que en una fantasía inventada en mi cabeza.

CAPÍTULO 2

Matty

—¿Qué estás mirando? —me preguntó mi antiguo compañero de piso, Adam. Aparté la vista bruscamente hacia él y me ajusté la pajarita azul en un torpe intento de desviar su atención. No podía dejar que supiera qué, o más bien, *quién*, me había llamado la atención.

Entrecerró los ojos, fulminándome con la mirada, y como no dije nada, se giró hacia las mesas. Se rio entre dientes y negó con la cabeza. —¿Todavía? ¿Después de tres años? Pensaba que ya habías superado esa pequeña obsesión.

—¿Obsesión? —tragué saliva. Sabía por dónde iban los tiros y estaba harto de hablar del tema.

Enarcó una ceja rubia. —No finjas que alguno de nosotros ha podido olvidar tu nada secreta obsesión por Britt. —Me empezaron a sudar las palmas de las manos, el corazón se me aceleró un poco y se me secó la boca—. Y no creas que no sé lo que intentabas hacer cuando nos juntaste el año pasado.

Bajé la vista hacia mi whisky y apreté los dedos contra el cristal tallado, sabiendo que no podía beber demasiado porque Devin nos había amenazado de muerte al llegar.

Lo pillaba. Estaba obsesionado con Reign, y la sola idea de que alguien le arruinara su gran día lo sumiría en una espiral que nadie quería presenciar.

—No estoy obsesionado con Britt. —Fue la mentira menos convincente que he intentado colar en mi vida. Incluso al salir de mi boca, las palabras sonaron deslucidas e increíbles, pero me daba

igual. Tenía que negarlo, negarlo y negarlo todo cuando se trataba de mi mejor amiga, que casualmente era la mujer más cañón del planeta—. Solo somos amigos.

Al volver a mirar hacia las otras mesas, sonreí. Estaba sentada junto a la novia de Adam, Hayden, marcando suavemente el ritmo de la música con los pies.

El pelo rubio de Britt le caía sobre un hombro, resaltando sus torneados brazos desnudos mientras echaba la cabeza hacia atrás al reír. Sentí una opresión en el pecho. Aunque no podía oírla, sabía exactamente cómo sonaba su risa. Entrecortada y alegre. Esa chica era la maldita perfección sin siquiera intentarlo.

Britt llevaba tres años en mi vida, y no era capaz de recordar ni un solo día en el campus de la Universidad de Covey sin ella. Jackson tenía razón, estaba coladito por ella. No importaba lo que estuviera haciendo, siempre me sorprendía pensando en ella, lo que, en realidad, era patético. Solo éramos amigos. Ese hecho se me quedó grabado a fuego en el cerebro hace mucho tiempo, y aun así, siempre intentaba socavarlo.

—¿Amigos? Anda, díselo a tu cara. —Apreté los labios mientras me giraba hacia Adam—. O a tu novia, ya que estamos. ¿Sabes?, me sorprende que te haya dejado salir solo esta noche. Habría pensado que se autoinvitaría para dejar claro que no la habían invitado, como ha hecho tantas otras veces.

Y así, sin más, pude volver a respirar. Olana me hacía sentir todo lo contrario a Britt: frío y enfadado. —Hemos roto, ¿no te acuerdas?

Adam se encogió de hombros. —Sí, pero rompéis una vez al mes.

Apreté los dientes, harto de hablar de una chica que estaba fuera de mi vida para siempre esta vez. Era imposible que la aceptara de nuevo. No después de lo que hizo.

—No. Esta vez no. Se ha acabado. —Olana era controladora, autoritaria y terca. Esas eran sus mejores cualidades. Francamente, llevaba mis pelotas en el bolso desde que teníamos diecisiete años, y solo ahora me había dado cuenta de cuánto las necesitaba de

vuelta. Ella y mi padre habían desarrollado una extraña forma de control sobre mí después de que mi madre falleciera. Nunca era lo suficientemente bueno, y aun así, me esforzaba por alcanzar la perfección para dos personas a las que no les gustaba. Esta vez estaba decidido a romper el patrón.

—Entonces, ¿por qué estás aquí?

¿Qué quiere decir? —¿Porque uno de nuestros mejores amigos acaba de casarse?

—No, idiota. No aquí en la boda, sino aquí sentado conmigo y con Jackson. —Adam le dio un codazo en la espalda a nuestro otro compañero de piso, que parecía aburrido como una ostra mientras se giraba hacia nosotros—. Nos caes bien, pero no somos ni de lejos tan entretenidos como esa rubia despampanante del vestido azul.

Tenía razón. Britt pararía el tráfico si estuviera caminando por la calle, y me moría de ganas por saber qué se sentiría al tener mis manos en sus caderas. Al sentir su aliento rozando mi piel. Simplemente tenerla a *ella*.

Dios, había deseado a Britt desde que tengo memoria. Todas esas veces que estudiábamos juntos, deseaba apartarle el pelo y besarla hasta dejarla sin sentido, pero nunca lo hice. Tenía novia, y de todas formas, era imposible que Britt se interesara en un tío como yo. Se merecía a alguien más espectacular. Alguien con menos cargas y una familia que pudiera quererla tan profundamente como la suya.

—Vaya, Adam, ¿te da pena no ser la única rubia despampanante del grupo? —bromeó Jackson, irguiéndose y dedicándome una sonrisa pícara—. En realidad, esto suscita una pregunta. Adam, ¿por qué no llevas un vestido de dama de honor? Después de todo, eres el padrino de la novia.

Adam puso los ojos en blanco y se ajustó la pajarita de encaje. —Soy el *padrino* de la novia y el padrino del novio, muchas gracias. No hace falta llevar vestido.

—Qué pena. Seguro que estarías igual de bueno que Britt.

—Cuidado. —Ambos se sobresaltaron ante mi interrupción, pero Jackson tenía una tendencia a pasarse de la raya si no se le mantenía a raya.

Jackson se inclinó y me dio un codazo en el costado. —Ay, Matty. ¿Te da pena que alguien más se haya dado cuenta de lo buena que está Britt? Tienes que mover ficha si quieres jugar.

—No voy a *jugar* con Britt esta noche. Solo somos amigos. Mejores amigos —declaré, más para mí que para él.

Me miraron fijamente. Adam no estaba convencido, y a Jackson parecía darle igual.

—Entoooonces… —dijo Jackson arrastrando las palabras, lanzándole una mirada a Britt—. ¿Eso significa que tengo una oportunidad con ella? —preguntó con una sonrisa traviesa y moviendo las cejas. A Britt se le había subido la falda, dejando ver su muslo tonificado por la abertura, pero no se había percatado de que la estaba mirando descaradamente. Jackson levantó las manos, enmarcándola—. Porque no estoy seguro de poder con tanta grandiosidad.

Apreté la mandíbula, negándome a decir nada. Sabía que era mejor no responder a las provocaciones de Jackson. Los tíos siempre estaban mirando a Britt. ¿Cómo no iban a hacerlo? Era preciosa y no sé cómo lo hacía, pero cada conjunto que se ponía siempre le sentaba como un guante. Como si estuviera hecho para ella. Era perfecta, pero yo no tenía ningún derecho sobre ella y nunca lo tendría.

—Sabes, ha pasado muchísimo tiempo desde la última vez que estuve con alguien. Estar a punto de suspender todas las asignaturas y tener que ir a la escuela de verano es un auténtico matapasiones, pero ahora estoy de vacaciones y no me vendría mal un poco de alivio para el estrés. —Los ojos de Jackson estaban fijos en mí, así que mantuve la vista en el servilletero con las iniciales R & D que había sobre la mesa. Devin y Reign no habían escatimado en gastos para esta boda tan elegante, pero después de todo por lo que habían pasado, ¿quién podía culparlos?

—No te vas a acercar a ella ni de coña —dije, sabiendo que Jackson era todo un bocazas. Me estaba provocando para que reaccionara, pero sabía de sobra que no le convenía llevarme la contraria. A diferencia de otros jugadores de fútbol, yo no utilizaba la fuerza para controlar una situación. Tenía una habilidad diferente. Podía literalmente borrar por completo la identidad de una persona con solo pulsar unas teclas. No es que lo hiciera a menudo. Solo cuando la gente se lo merecía. Como el idiota que acosaba a Hayden, por ejemplo. Ese capullo se merecía todo lo que le pasara.

—Pues entonces yo se lo diría al primo de Devin, porque parece que está a punto de lanzarse.

¿El primo de Devin? Joder. Sin pensármelo dos veces, me puse de pie.

No iba a permitir ni en sueños que el primo de Devin se acercara a Britt. Cuando vi al tipo excesivamente musculoso con el sombrero de vaquero, relamiéndose, supe a quién se refería Jackson. Mierda, no me cabía duda de que se lanzaría a por él si tuviera la oportunidad. Se dirigió hacia ella con paso lento y la confianza por las nubes, y supe que solo tenía una cosa en mente.

Mi mejor amiga.

Lo siento, Matthew McConaughey. De eso nada.

Ni hoy. Ni nunca.

Crucé la pista de baile a grandes zancadas, ignorando las carcajadas que dejaba atrás. Que se rieran. Ya me las pagarían más tarde.

Britt, que seguía hablando con Hayden, no se había percatado de ninguno de los dos, pero el del sombrero de vaquero cada vez estaba más cerca.

Caminé tan rápido como pude y, justo cuando él estaba a punto de tocarle el hombro, carraspeé para atraer su atención.

Cuando sonrió, se me secó la boca y perdí el hilo de mis pensamientos. Le lancé una mirada de advertencia al del sombrero

de vaquero y él asintió con la barbilla a modo de reconocimiento antes de dar media vuelta y marcharse.

Bien. Había pillado el mensaje. Britt era toda mía, aunque ella no lo supiera.

¿De dónde coño ha salido eso? ¿Estaba por fin listo para lanzarme con ella?

Yo estaba soltero. Ella también, ¿pero por cuánto tiempo? Una chica como Britt no se quedaba de brazos cruzados esperando a que las cosas le llovieran del cielo. Ella cogía las cosas por los cuernos y hacía que sucedieran. No le habían dado el puesto de locutora principal del equipo de fútbol este año por no hacer nada.

—¿Matty? —Su voz era tan suave y entrecortada que pensé que sonaba como una inteligencia artificial. Ya sabéis, perfectamente modulada y prolongada para tu placer. Sin embargo, Britt podría eructar el abecedario y a mí me seguiría pareciendo increíble.

Pestañeó, enfatizando sus grandes ojos azules, esperando que hablara, pero yo solo había ido hasta allí para detener al del sombrero de vaquero. Tenía que pensar en algo antes de que el momento se volviera incómodo y, como si alguien hubiera escuchado mi súplica, la música cambió a una canción lenta, dándome la excusa perfecta para tenderle la mano.

—¿Me concedes este baile?

Era cursi de cojones, y sentí que estaba intentando ser una especie de príncipe azul, pero fracasando estrepitosamente, ya que no era ni encantador ni un príncipe, pero por Britt lo intentaría todo.

Se quedó mirando mi mano y esperé que no se notara lo mucho que me temblaba. Una leve sonrisa asomó a sus labios antes de que posara su palma sobre la mía.

Me estremecí; la simple conexión provocó un cambio sísmico en mi ser.

—Me encantaría —dijo. Bueno, eso había sido más fácil de lo que esperaba. La ayudé a levantarse y la llevé a la pista de baile. Cuando

estuvimos en el centro, puse mis manos en sus caderas, sintiendo un cosquilleo en los dedos contra el satén de su vestido. Hacía mucho que éramos amigos, pero nunca había tenido una excusa para tocarla así, así que estaba aprovechando al máximo. Britt me rodeó el cuello con los brazos y me miró con una sonrisa tímida, y mi pecho volvió a oprimirse.

¿Por qué todo había parecido siempre tan perfecto entre nosotros?

Demasiado concentrado en Britt, la música se desvaneció en un segundo plano.

—Gracias por sacarme a bailar. Estaba empezando a sentirme como un pringado solitario ahí fuera. —Hizo un gesto de reconocimiento con la barbilla cuando Adam y Hayden empezaron a bailar a nuestro lado.

Qué oportunos.

Me crucé con la mirada de Adam y me levantó las cejas antes de mirar a Hayden con una sonrisa. Estaba claro que quería un asiento en primera fila para ver si me habían crecido las pelotas lo suficiente como para decirle a Britt lo que sentía.

Qué idiota.

Cuando mis ojos se encontraron con los de Britt, la realidad se impuso. Estaba en mis brazos, concentrada únicamente en mí.

La única palabra que se me ocurrió fue «*por fin*».

—Estás tan guapa —solté de sopetón, y luego me reí con nerviosismo. *Así se hace, Matty, con calma.* Negando con la cabeza, empecé de nuevo—. Lo que quería decir es que no creo haber tenido la oportunidad de decirte lo guapa que estás esta noche. No estoy acostumbrado a verte con un vestido de gala. —Eso me hacía sonar un poco menos obsesionado con ella, pero me valía.

Britt respondió con una sonrisa antes de bajar la mirada al suelo, y entonces sus mejillas se sonrojaron. —El azul te sienta muy bien. —Y joder, era verdad. Resaltaba el azul de sus ojos y el rojo de sus labios carnosos, y al parecer, iba a pasar el resto de este baile

haciéndole cumplidos. ¿Y por qué coño no? Dudaba que fuera a tener otra oportunidad como esta.

—Gracias —murmuró ella, y miró por encima de mi hombro, y luego a su izquierda. Básicamente, estaba tratando de mirar a cualquier parte menos a mí, lo cual era un poco difícil ya que se balanceaba en mis brazos—. Oye, eh, todavía no he visto a Olana. ¿Anda por aquí? Debería ir a saludarla. —Ahí estaba ella, siempre siendo una amiga cumplidora. Odiaba a Olana. Todo el mundo la odiaba, pero como era mi mejor amiga, nunca me lo había dicho. En cambio, siempre se esforzaba por ser quien era. Amable. Compasiva. Simpática. Todo lo que Olana no era. Olana era rencorosa, celosa y una de esas chicas que alcanzan su máximo esplendor en el instituto. Me habían hecho creer que ella me facilitaba la vida, y después de pasar tiempo con Britt, me di cuenta de lo diferente que podría ser con alguien con quien realmente tenías cosas en común. Britt hacía que mi corazón diera un vuelco sin siquiera intentarlo. Quería estar cerca de ella, y ahora que estaba soltero, esa necesidad se estaba volviendo tan fuerte que resultaba embarazoso.

—Hemos roto. —Había dicho esa frase un montón de veces esta noche, pero era la primera vez que sentía que tenía un significado real. Estaba oficialmente soltero por primera vez en la universidad, y Britt estaba en mis brazos. Algo tenía que estar haciendo bien.

—¿Habéis roto? —Sus labios se curvaron muy ligeramente y no pude negar que se le habían iluminado los ojos. Como tampoco pude negar lo atraído que me sentí cuando la vi en la hoguera. Podría haberla ignorado, pero algo en ella me llamaba. Para cuando me di cuenta de que estaba sentado a su lado, chocando mi nube de azúcar contra la suya, ya era demasiado tarde. Estaba demasiado colado por ella.

Solo había una cosa que se interponía en mi camino: Olana. Llevaba a mi lado muchísimos años. Tampoco era como si una chica tan increíble como Britt se fuera a fijar en mí. Así que relegué todos esos sentimientos por Britt a lo más profundo de mi mente y solo los visitaba cuando no había nadie cerca.

Cuando asentí para confirmárselo, Britt dijo:

—Oh, vaya, siento oír eso.

—Pues yo no. Esa chica era una pesadilla —esbocé una sonrisa y Britt abrió los ojos como platos, pero no defendió a mi ex. Sabía que Olana era insoportable. Todos lo sabíamos. Yo simplemente estaba demasiado atrapado en el pasado para hacer algo al respecto.

Britt rio con nerviosismo, todavía meciéndose al ritmo de una música que yo no podía oír. Mi corazón latía con demasiada fuerza.

—¿Supongo que eso significa que podrás disfrutar de la vida de soltero en tu último año? —dijo. ¿Pensaba que lo único que quería era tirarme a tías al azar? Si era así, no me conocía en absoluto y tendría que replantearme nuestra amistad.

—La verdad es que no me va mucho el tema de las citas. Soy más un hombre de una sola mujer.

Cerró los ojos y arrugó la nariz, un gesto adorable.

—Sí, no sé por qué he dicho eso. Ya lo sabía. Has estado con Olana toda la vida. Eres leal y dulce, y no te van esas cosas —sonaba desanimada, casi como si estuviera segura de que nunca me interesaría por una chica como ella.

—¡Por favor, hagan sitio en la pista de baile para los recién casados, el señor y la señora Walker!

El DJ bajó la música y, sin soltar a Britt, la guié hacia un lado para unirnos al círculo que se estaba formando alrededor de Reign y Devin.

Reign entró sola en la pista y saludó a los primos de su nuevo marido. Cuando se dio cuenta de que Devin caminaba tranquilamente detrás de ella, le hizo un gesto para que se acercara y le cogió la mano.

—Hola a todos —dijo Reign a un micrófono, mirando a la multitud con alegría—. No os preocupéis, no voy a soltar un discurso largo y enrevesado ni nada por el estilo. De eso ya hemos tenido bastante

con Devin —le dio un golpecito en el pecho a Devin con el pulgar, y él la rodeó con el brazo para atraerla. Le dio un beso en la frente, con la mirada vidriosa y feliz. Joder, mi amigo estaba enamoradísimo, y era bonito ver que había encontrado a su media naranja.

Reign soltó una risita cuando él la abrazó con fuerza, pero continuó:

—Solo queríamos daros las gracias por haber venido hasta aquí para celebrar nuestra boda. Sé que Las Vegas no es para todo el mundo, así que el hecho de que hayáis venido y hayáis sacado tiempo de vuestras ajetreadas vidas dice mucho.

Una boda en Las Vegas fue sin duda una sorpresa, pero Devin afirmó que tenía que ser aquí para poder irse de luna de miel después del descanso de su temporada de entrenamiento. Yo tenía mis propias teorías sobre por qué necesitaban casarse rápidamente, y todo tenía que ver con que Devin estaba obsesionado con Reign. Ponerle un anillo en el dedo lo más rápido posible siempre fue su objetivo final y probablemente por eso parecía tan satisfecho en ese momento.

—Teníamos una noticia que queríamos compartir y he pensado que no había mejor lugar para hacerlo que aquí, con todos nuestros seres queridos.

Britt y yo nos miramos con intriga.

—Devin y yo… —dijo Reign arrastrando las palabras, estrujando la mano de Devin hasta casi dejarlo sin vida—. Vamos a tener gemelos.

En cuanto asimilamos sus palabras, prorrumpimos en vítores junto con el resto de los invitados y nos pusimos en la cola para felicitar a la feliz pareja. Para cuando llegamos a ellos, a Reign se le caían las lágrimas por la cara mientras abrazaba a Britt.

—Felicidades, D —le choqué la mano a Devin y lo atraje para darle un abrazo—. Querría decir que estoy sorprendido, pero lo único sorprendente de esto es que hayas tardado tanto en dejarla embarazada.

Devin se rio entre dientes y me dio una palmada en la espalda.

—Créeme, lo he estado intentando desde que la conocí.

—Oh, ya lo sé. Estás obsesionado.

—¡Anda que tú! ¡Mira quién habla!

Al separarme del abrazo, fruncí el ceño, y él puso los ojos en blanco.

—¿Ya le has dicho a Britt que estás enamorado de ella?

—¡D! —susurré bruscamente, desviando la mirada hacia Britt. Por suerte, estaba hablando con Reign, así que no lo había oído.

Devin se rio, impasible.

—Confía en mí. Cuanto más lo dejes, peor te sentirás cuando te des cuenta de que has perdido todo el tiempo haciendo el imbécil cuando podrías haber estado empleando tu tiempo en tirártela.

—Anotado.

Afortunadamente, otros invitados esperaban para felicitar a la pareja, así que miré de reojo a mi amigo y me acerqué a Britt, dándole a Reign un abrazo y un beso en la mejilla a modo de felicitación. Hayden me apartó antes de que pudiera hablar con Reign, dejándonos a Britt y a mí a un lado.

—¿A que es la mejor noticia del mundo? —Britt se puso de puntillas, rebosante de emoción.

—Es genial —dije mientras las palabras de Devin resonaban en mi cerebro. ¿Cuánto tiempo iba a esperar para decirle a Britt que quería estar con ella?

¿Se lo diría siquiera?

—Oye, eh, ¿quieres volver a bailar? —pregunté, ofreciéndole la mano, todavía cohibido. Cuando Britt me miraba, a menudo sentía como si pudiera ver a través de mí. Por no mencionar que seguía preocupado de que hubiera oído lo que se le había escapado a mi amigo por su boca floja. Si notó mi nerviosismo, no lo demostró, pues dejó caer su mano en la mía sin dudar.

—Claro.

La noche iba mejor de lo esperado.

Encontré un sitio en la pista de baile, le puse la palma de la mano en la cadera y le sonreí.

Isn't She Lovely sonaba en el animado salón y nos mecimos al ritmo de la música de una forma que me recordó al baile de fin de curso. No sabía dónde poner las manos ni qué sentía Britt por que estuviéramos juntos, ni quién nos miraba, pero esperaba desesperadamente que ella sintiera lo mismo que yo.

Qué curioso. Este momento parecía el principio para nosotros. No la mitad de una larga y enrevesada historia que habíamos ido construyendo durante varios años. Quizá podíamos empezar de cero el uno con el otro. Como siempre había deseado que fuera.

Mientras Britt se mecía en mis brazos, echó un vistazo a la pista de baile, deteniéndose para observar a Reign con admiración.

Tenía los ojos vidriosos, sin apartarlos de la pareja, cuando dijo:

—Míralos. En una sala llena de todos sus amigos y familiares, y no pueden dejar de mirarse. Están tan enamorados…

—No hay duda de eso —no necesitaba verlos para saberlo. Además, la vista que tenía en mis brazos era mejor—. ¿Sabes? Él supo en el momento en que la conoció que era la elegida. Adam tiene la teoría de que Devin la acosó en una aplicación, pero Jackson dice que tuvieron un rollo de una noche antes de que ella se convirtiera en nuestra vecina.

—Bueno, ¿cuál de las dos es? —se volvió Britt hacia mí.

Me encogí de hombros, sin dejar de bailar.

—No estoy seguro. La historia del origen de Devin y Reign es toda una leyenda a estas alturas. Cuando le pides a Devin que te lo explique, se limita a sonreír y decir que está centrado en su futuro, no en su pasado.

Britt se rio y lo sentí en el pecho. No solo quería oírla reír así el resto de mi vida, sino que quería ser yo quien provocara esa risa.

Volvió a mirar a Reign y a Devin y, he de admitir, me sentí celoso de toda la atención que les estaba prestando.

—Claro que se fija en eso. ¡Va a tener gemelos! —En ese momento, decidí seguir su mirada hasta la feliz pareja. Estaban bailando, borrachos de emoción, y Devin no paraba de dejarle besos en los labios a Reign—. Ojalá algún día encuentre a alguien que me mire como Devin mira a Reign —dijo Britt con anhelo.

Tragué saliva, conteniendo lo que quería decir porque estaba desesperado por no arruinar nuestra amistad. Aparté la vista un instante y vi a Adam observándonos. Me levantó el pulgar en señal de aprobación y yo puse los ojos en blanco.

Él y Devin habían insistido mucho esta noche. Britt y yo siempre habíamos sido amigos. Muy buenos amigos. Ninguno de los dos admitió nunca sentir nada por el otro, pero yo lo sentía con tanta fuerza en el estómago que llegué a romper con Olana varias veces por ello. De alguna manera, nunca reuní el valor para confesarle a Britt lo que sentía. Por no mencionar que Olana siempre se las apañaba para volver a mi vida recordándome todos los momentos que compartimos con mi madre. De una forma triste y un poco trágica, romper con Olana siempre me había hecho sentir como si estuviera perdiendo a mi madre otra vez, y esa era una sensación que intentaba evitar como la peste.

Esa sensación ya había desaparecido. Me puso los cuernos y no tenía ni idea de desde cuándo.

Además, ella no estaba aquí para susurrarme nada al oído y convencerme de lo contrario.

Lo único que me impedía decirle a Britt lo que sentía era yo mismo. Mis amigos me habían hecho creer que ella sentía lo mismo, pero ¿y si no era así?

¿Y si se lo decía y ella no me correspondía? ¿Podríamos seguir siendo amigos? ¿Quería perder lo que teníamos por un amor no

correspondido?

Mis dedos se aferraron a sus caderas. Estar tan cerca de ella y no poder tocarla como quería me estaba encendiendo.

Ella seguía mirando como en sueños a la pareja de recién casados, sin ser consciente de la batalla que se libraba en mi cabeza. Quería ser el hombre que le diera todo a Britt, y la única forma de que eso se hiciera realidad era si daba un salto de fe y hacía algo al respecto.

A la mierda.

Me negaba a seguir acobardado en un rincón y a dejar que otros dirigieran mi vida. Ahora yo tenía el control.

Era ahora o nunca.

—Ya lo tienes —dije, con la mala fortuna de tener que carraspear al final. No pude evitarlo; eran los nervios.

Se giró lentamente hacia mí con el ceño fruncido. Tan absorta estaba mirando a la otra pareja que no tenía ni idea de lo que le estaba hablando, y me entraron ganas de reír. ¿Cómo podía no ver que para mí valía su peso en oro?

—¿Qué quieres decir?

—Britt, ¿recuerdas el día que nos conocimos? —Mi voz sonaba sorprendentemente tranquila, teniendo en cuenta lo erráticamente que me latía el corazón.

—Sí, en la hoguera. ¿Por qué?

—Tengo que confesarte algo. Puede que chocara mi nube de azúcar contra la tuya a propósito solo para tener una excusa para hablar contigo.

—¿Qu-qué?

Me eché a reír y negué con la cabeza. Las siguientes palabras que salieran de mi boca me harían sonar como un acosador, pero no me importaba. Ya estaba a medio camino, de todas formas. ¿Qué tenía que perder a estas alturas?

—Cuando llegué a la hoguera, fuiste la primera persona a la que vi. Pensé que eras la mujer más guapa que había visto en mi vida. Y lo sigo pensando, por cierto. Estabas allí sentada, sola, y no podía dejar pasar la oportunidad porque lo único que quería era pasar el resto de la noche hablando contigo.

Dejó de balancearse y me soltó la mano como si le estuviera costando un mundo procesar mi confesión. No podía haberle resultado tan sorprendente, ¿no? Si para todos mis amigos era obvio que estaba colado por ella, entonces no me cabía duda de que ella también se había dado cuenta.

Negó con la cabeza antes de atreverse a mirarme de nuevo, y arrugó la frente.

—N-no sé qué decir.

Mierda. Se lo oí en la voz. Decepción mezclada con lástima. Me había equivocado por completo, ¿verdad? Podía verlo en sus ojos. Sentía lástima de mí porque acababa de abrirme en canal y ella no sentía lo mismo. Me diría que le gustaba como amigo o alguna chorrada por el estilo, y yo tendría que fingir que no me importaba.

Dedicándole mi mejor sonrisa forzada, le dije: —No digas nada. A una chica como tú, seguro que se lo dicen todo el tiempo. Vamos, ¿qué tío no te está mirando? Creo que hay al menos tres primos *cowboys* esperando a que me aparte para sacarte a bailar. Algo que puedo hacer, por cierto, si es lo que quieres.

Estaba divagando. Para esto había servido coger las riendas de mi destino.

Ella negó con la cabeza, deteniéndome cuando me apartaba. —No. No. No es eso lo que quiero. Es solo que… no tiene ningún sentido.

—¿Qué es lo que no lo tiene? ¿Que todo el mundo te esté mirando? Porque, créeme, sé que lo hacen. Yo siempre lo hago.

Ella tragó saliva, aparentemente insegura. —Pero estabas con Olana.

Ah, ahí estaba. ¿Cómo podía pensar que Britt era la chica más guapa del mundo cuando tenía a Olana del brazo? Fácil. —Seguía con

Olana porque teníamos una historia. Muchísima, de hecho, y no fue hasta que parte de esa historia me dio en toda la cara que me di cuenta de que Olana y yo nunca deberíamos haber durado tanto. En parte fue porque no creía que me mereciera algo mejor, y por «mejor» me refiero a ti.

Los ojos de Britt se abrieron como platos. Sí, probablemente me estaba sincerando un poco demasiado en la pista de baile, pero no podía contenerme.

—Estás tan fuera de mi alcance que ni siquiera es gracioso. Nunca pensé que te interesaría un tío como yo, así que decidí optar por la segunda mejor opción: tu amistad. Lo que no sabía era la tortura que eso me supondría.

Ahí estaba. Ya lo había soltado. Había dicho las palabras que reafirmaban mis sentimientos. No solo pensaba que era guapísima, sino que quería llevar las cosas más allá. Siempre lo había querido.

Frunció los labios y sus ojos escrutaron los míos. No sabía qué buscaba, pero el corazón me latía tan deprisa que resonaba en mis oídos. Ella seguía mirándome fijamente, y yo seguía esperando que dijera algo.

—Matty… —Su pecho se desinfló al decir mi nombre, y sus labios se curvaron—. Eso es mucho que asimilar —dijo con una sonrisa casi sarcástica—. *Nunca* esperé oír esas palabras salir de tu boca.

Mi cuerpo se estaba preparando para lo peor.

—Has estado a mi lado durante los últimos tres años y me has visto intentar salir con otra gente y fracasar estrepitosamente. ¿Sabes por qué siempre salía mal?

—¿Porque eres perfecta y nadie es lo bastante bueno para ti? —Intenté que sonara a broma, pero no estaba de humor para bromas y, desde luego, pareció propio de un acosador.

—Nooo, porque siempre los estaba comparando contigo.

Mis ojos se clavaron en los suyos buscando confirmación, y ella sonrió antes de continuar. —Nadie me ha hecho sentir nunca como

tú.

Esas palabras. Era todo lo que necesitaba oír. Di un paso hacia ella y le ahuequé las mejillas con las manos; entonces, antes de que nadie pudiera detenerme, la besé.

Ella me subió las manos a las muñecas mientras me devolvía el beso. Su cuerpo se fundió con el mío y, cuando oí aplausos, supuse que eran para los novios, pero después de apartarme de sus carnosos labios, me di cuenta de que eran para nosotros.

—Por fin —arrulló Reign, acercándose a Britt y abrazándola como si le hubiera pedido matrimonio, lo que habría sido una tremenda metedura de pata en una boda. Aunque nuestro beso estaba llamando tanto la atención que ya de por sí parecía una metedura de pata.

Devin le sonrió a Adam con aire de suficiencia. —Me debes cincuenta pavos —le gritó a su amigo rubio desde el otro lado de la pista de baile.

Adam sonrió de oreja a oreja. —Pues no, dijiste que pasaría en la fiesta de después, así que gano yo.

Me reí. Por supuesto que habían apostado sobre esto. Por eso me habían animado a hablar con Britt en primer lugar. De verdad que estaba otra vez en el baile de fin de curso. Solo que esta vez, en lugar de tener a Olana echándome la bronca porque por mi culpa no la habían elegido reina del baile, ya que me negué a amañar los resultados, tenía a Britt.

La hermosa y perfecta Britt sonreía con timidez a sus amigos por encima del hombro. ¿Tendría yo la misma sonrisa tonta en la cara?

Todo el mundo actuaba como si fuera la primera vez que me besaban.

Desde luego que lo parecía. Solo había besado a Olana antes, así que sentir los labios de otra persona —alguien por quien me había sentido atraído durante años— era más intenso de lo que jamás hubiera podido imaginar.

Cuando la música cambió, por suerte, la gente empezó a perder el interés, dejándonos a Britt y a mí solos de nuevo.

Estaba a unos pasos de distancia, así que acorté el trecho y la traje de nuevo a mis brazos. Britt soltó un gritito ahogado, pero no necesité que me animara para rodearle el cuello con sus brazos. La felicidad me consumió mientras la miraba. Con mis manos en sus caderas, mis labios aún estaban húmedos por los suyos. No podía creer que esto fuera algo que se me permitiera hacer. Su mano se movió por mi mejilla, su pulgar rozando la piel recién afeitada. Por primera vez en mi vida, sentí que tenía todo lo que siempre había deseado. Me sentía completo, así que la besé de nuevo.

Cuando rompí el beso, apoyé mi frente contra la suya para mantener la conexión entre nosotros. Nos mecíamos al azar al compás de la música, sin importarnos nada más que nosotros, y yo saboreaba cada instante. Tenía los ojos cerrados, pero una pequeña y serena sonrisa se dibujaba en su rostro que me hizo querer besarla durante el resto de la noche.

—Así que… —dije, y sus ojos se abrieron de golpe mientras su cara se abría en una amplia sonrisa—. Ha pasado.

Dejó escapar un suspiro divertido. —No me puedo creer que acabemos de hacer eso.

—Bueno, me gustaría mucho volver a hacerlo, si te parece bien.

—Por mí, perfecto. —Se mordió el labio inferior e inclinó la barbilla hacia arriba, esperando a que la besara.

Dejé caer mis labios sobre los suyos y nos besamos durante lo que parecieron horas. Cuando se apartó, apoyó la cabeza en mi pecho y yo apoyé la barbilla en la coronilla mientras nos mecíamos suavemente al ritmo de la música. Esto era lo más cerca que íbamos a estar de un momento de silencio para relajarnos. Necesitábamos hablar, pero no lo haríamos aquí, no con todo el mundo a nuestro alrededor.

No estaba seguro de cuánto tiempo llevábamos bailando, pero para cuando Jackson nos interrumpió para hablarnos de la fiesta de

después, éramos los únicos que quedaban en la pista de baile. No es que me importara. Tener a Britt en mis brazos era demasiado bueno como para darlo por sentado. Salió de mi abrazo a regañadientes y se alisó las arrugas del vestido. Como si le hiciera falta. Estaba jodidamente perfecta.

—¿Te gustaría que fuéramos juntos a la fiesta?

Di que sí. Di que sí.

Sinceramente, no quería que esta noche terminara. Era solo el comienzo de nuestras vacaciones de verano, y no sabía qué planes tenía Britt para el resto, pero quería estar con ella todos los días.

—Eeeh… —Bajó la mirada al suelo.

—¿O quizá podrías venir a mi habitación del hotel y podríamos hablar?

Y de verdad que me refería a hablar. Por mucho que hubiera soñado con Britt desnuda, quería que esto fuera algo más que un rollo de una noche.

—Aunque suena divertido, creo que deberíamos ir a la fiesta. Al fin y al cabo, Devin y Reign solo se casan una vez.

Se puso de puntillas y me dio un beso rápido antes de apretarme las manos. No pude negar que sentí un ligero rechazo, pero no dejaría que eso me desanimara. No había necesidad de precipitar nada con ella. Ahora que la tenía, no la dejaría escapar.

—¿Y luego quizá pueda ir a tu habitación? —dijo con una sonrisa tímida que igualaba la mía.

—Suena como el plan perfecto.

Este era el comienzo de una noche increíble.

CAPÍTULO 3

Britt

¡Zas!

Mis hombros chocaron contra la pared del hotel, y la deliciosa punzada me recorrió la columna para luego detenerse en mis entrañas. Gemí contra sus labios, aferrándome a las solapas de su chaqueta para atraerlo hacia mí.

Menta, cerveza y anhelo.

A eso sabía Matty. Soltando una risita, dejé caer la cabeza contra la pared.

Sus labios se desplazaron a mi cuello en un instante.

—¿Sabes lo difícil que ha sido contenerme para no tocarte? —preguntó mientras sus manos recorrían mi cuerpo sin la menor vacilación.

—¿Qué quieres decir? Solo hemos estado un minuto en el ascensor.

Me mordisqueó la piel de la clavícula y luego la lamió para aliviarla.

—Sí, con un montón de abuelas ludópatas. No era plan de ponerme a tocarte allí dentro.

—Bueno, ahora solo estamos nosotros en este pasillo —susurré mientras su cuerpo oprimía el mío, reclamándome de formas que solo había imaginado. Matty era delgado, pero duro en los sitios justos y, de algún modo, nuestros cuerpos encajaban a la perfección.

—Bien visto —dijo contra mis labios antes de deslizar mis manos por la pared, por encima de mi cabeza, para luego sujetármelas con una

sola mano. Era la clase de cautiverio perfecto. El cuerpo de Matty contra el mío, sus labios abrasando cada punto que tocaban. ¿Quién podría pedir más?

Con los ojos cerrados, arqueé la espalda, suplicando su atención y dejando que la sensación de su cuerpo me calentara el alma. Se tragó mis gemidos con un beso abrasador. Uno tan ardiente que me mareó. ¿O era por todo el alcohol que habíamos bebido? Su mano descendió por mis caderas y luego volvió a subir hasta llegar justo debajo de mis pechos, como si intentara memorizar cada parte de mi cuerpo.

¿Cómo diablos habíamos llegado hasta aquí? Apenas recordaba el viaje en taxi. Por fin lo habíamos hecho. Habíamos llevado nuestra amistad al siguiente nivel, un nivel incluso más alto de lo que jamás había esperado, y no podía saciarme.

Cuando interrumpió el beso, pregunté:

—¿Adónde han ido nuestros amigos? —Nuestras respiraciones eran calientes y agitadas mientras él deslizaba su nariz por la mía y me miraba con ojos vidriosos.

—Creo que sabes de sobra que los perdimos en algún punto entre la fiesta de después y el taxi de vuelta. —Cuando volvió a besarme, podría haberme caído al suelo si no me hubiera estado sujetando.

—¿Qué he hecho para merecer esto? —preguntó Matty, apartándose y recorriéndome con la mirada con sus ojos inyectados en sangre. Habíamos estado bebiendo. Demasiado como para controlar realmente nuestros actos, pero ya me preocuparía por eso por la mañana. Ahora mismo, iba a disfrutar de todo lo que Matty tenía que ofrecerme.

Sonreí, sin saber muy bien cómo responder a una pregunta así.

—Eres todo lo que siempre he querido, Britt. —Me besó larga y lentamente, diciéndome más con ese beso de lo que nadie me había dicho jamás—. Tu boca perfecta, tus ojos perfectos, tus tetas perfectas. —Me apretó un pecho—. Tu culo perfecto. —Su otra mano me estrujó el trasero, y luego me besó con fervor.

Quería decirle lo mismo, pero estaba tan perdida en sus halagos que decidí deleitarme en ellos un rato. Durante tantos años, me había convencido de que era una atracción unilateral. Que todas esas miradas y la tensión entre nosotros estaban solo en mi cabeza, y que amar a Matty era una causa perdida. Jamás de los jamases pensé que acabaría aquí.

Metió el muslo entre mis piernas, haciendo que la abertura de mi vestido se arrugara y mostrara más piel. Contuve el aliento cuando dobló la rodilla lo suficiente para que su muslo rozara mi intimidad.

—Matty —dije arrastrando las palabras—. Yo, yo, yo…

Se tragó mis suspiros, deteniendo mi débil intento de decir algo con sentido.

—Shhh. No hablemos esta noche. Esta noche solo quiero hacerte sentir bien —dijo contra mis labios—. ¿Me dejas?

¿Quién era yo para negarme a eso?

Su muslo se movió, masajeando mi clítoris y prendiéndole fuego a mi cuerpo. Empezaba a sentirme mareada. Casi como si fuera un flan pegado a la pared, sostenida solo por Matty. Quizá fuera la conmoción. Matty y yo habíamos llegado muy lejos esta noche. Sí, nos habíamos restregado en la discoteca, y ni siquiera quería pensar en las cosas que habíamos hecho antes de coger el taxi hasta aquí, pero estábamos listos para consolidarlo todo.

Se apretó contra mí con tal fuerza que mis caderas se arquearon contra él, buscando el placer. Este no era el Matty dulce y de buenos modales con el que estaba acostumbrada a estudiar. Este Matty tenía más confianza. Sabía exactamente lo que quería y buscaba demostrarme lo bien que podía hacerme sentir.

Llevó ambas manos a mi culo, incitándome a abrir más las piernas hasta que no tuve más remedio que rodear su cintura con ellas.

—¡Matty! —susurré a gritos, y le di una palmadita en el hombro, pero sin apartarlo—, todavía estamos en el pasillo.

—Y no hay nadie más. Ya me has dicho que me permites hacerte sentir bien.

Su cuerpo se movió contra el mío. Volvimos a restregarnos, y yo estaba tan perdida en el placer que no me importaba quién nos viera. Matty me ahuecó los pechos a través de la fina tela de mi vestido, frotando sus pulgares sobre mis pezones endurecidos, y cerré los ojos, apoyando la cabeza en la pared, disfrutando de la sensación de sus manos por todo mi cuerpo.

Me mordisqueó el cuello y suspiré, arqueando la espalda en busca de su contacto.

—Matty, yo, yo…

Tomé una bocanada de aire cuando su mano encontró la abertura de mi vestido y su palma se deslizó por mi muslo. Mi intimidad hormigueó de anticipación mientras sus dedos jugueteaban con el borde de mi ropa interior.

Abrí los ojos de golpe porque solo podía pensar en mis bragas moldeadoras.

¿Era así como quería que Matty me desnudara por primera vez? Bajándomelas mientras yo intentaba zafarme de ellas contoneándome.

No, gracias.

Uf. ¿Por qué no podía llevar un tanga mono o algo así? ¿Cómo demonios iba a quitármelas sin que él las viera?

Me quedé helada, puse las manos en su pecho y lo empujé suavemente hacia atrás.

Tenía los labios rojos e hinchados, y sus ojos eran tan oscuros que parecían negros.

—¿Qué pasa? —preguntó sin aliento.

Tenía tanto pintalabios corrido por la cara que dudaba que a mí me quedara algo.

Me mordí el labio inferior, intentando ocultar mi nerviosismo, y todo lo que probé fue a Matty.

—No pasa nada. Es solo que, eh, tengo que coger una cosa de mi habitación.

Con los ojos vidriosos, mantuvo su mirada en mí. —Vale, pues entonces vamos a tu habitación en lugar de a la mía.

—No. No —dije con un chillido, intentando zafarme de su agarre, pero no me soltaba—. Puedo ir sola. Es solo una cosa que tengo que hacer en un momento.

Me mordí el labio inferior, avergonzada, pero mientras Matty me observaba con tanta admiración, sentí que no debía estarlo. Ahora estábamos juntos, así que debería poder decirle la verdad. —Yo..., eh..., es que no esperaba compañía, así que quiero arreglar un par de cosas ahí abajo antes de que llames a la puerta, si sabes a lo que me refiero.

Soltó una risita. —¿En serio crees que eso me importa? Después de todo lo que hemos pasado. ¿Después de esta noche? Solo quiero estar contigo.

—Y yo solo quiero asegurarme de que esta noche sea memorable por los motivos correctos.

Chillé cuando me subió por su cintura para tener un mejor agarre y me llevó en brazos por el pasillo. —Oh, será memorable, ya lo creo. ¿Cuál es tu número de habitación? Te daré un poco de tiempo, pero no pienso dejarte sola.

Suspiré y apoyé la frente en su hombro. En realidad, de todos modos no quería ir a mi habitación sin él.

—Cuatro, dos, uno.

—Perfecto. La noche no ha hecho más que empezar.

CAPÍTULO 4

Matty

Britt chilló cuando la dejé caer sobre la mullida cama blanca y me arañó la camisa mientras me subía a horcajadas sobre ella. Arrancando los botones con facilidad, metió la mano por debajo de la tela y pasó sus largas uñas por mi pecho, dejando marcas hasta llegar a mis pantalones.

Joder, qué excitante.

Cuando sus manos llegaron a mi cinturón, pensé que mi polla iba a reventar la cremallera de los pantalones. Llevaba empalmado la mayor parte de las últimas dos horas, y tenerla debajo de mí, jugueteando con mi pecho, no ayudaba para nada.

—Tienes un cuerpo de locos —dijo, admirando mi pecho con asombro mientras me desabrochaba el cinturón.

—Lo mismo digo.

—Tú todavía no me has visto a mí. —Agarró mi pajarita, lo único que mantenía mi camisa unida, y tiró de mí hacia abajo para que la besara. Le atrapé el labio inferior entre los dientes, tirando de él antes de soltarlo.

Cuando me desabrochó la cremallera del pantalón, sentí sus pies tirando de la tela a la altura de mis muslos.

—¿Qué haces? —le pregunté antes de besarle la barbilla y bajar por su cuello; algo que todavía no podía creer que tuviera permiso para hacer.

—Intentando quitarte estas estúpidas cosas. —Tiró de mis pantalones una vez más.

Cansado de esperar, aparté sus manos de un manotazo y me bajé los pantalones todo lo que pude mientras me mantenía sobre Britt.

Al darme cuenta de que era una tarea imposible, me levanté a regañadientes y me desvestí, quedándome en calzoncillos y paralizándome ante la visión de Britt.

Quería reírme. Este momento no parecía real. Pero lo era, lo que significaba que yo era el cabrón más afortunado del mundo.

Britt estaba apoyada sobre los codos y tenía las piernas tan abiertas que lo único que la cubría de mí era ese vestidito azul tan endeble. El que pensaba arrancarle si no se lo quitaba ella misma pronto.

Menuda calientapollas.

Britt soltó un pequeño gemido y, mientras contoneaba las caderas, empezó a mostrar más piel. Sin pensarlo, caí de rodillas entre sus muslos.

—¿Matty? —dijo con un aliento tembloroso y agitado—. ¿Q-qué estás haciendo?

Le agarré los tobillos, eché sus piernas sobre mis hombros y tiré de ella hasta el borde de la cama.

—Algo en lo que llevo pensando desde el primer día que te conocí.

Contuvo el aliento bruscamente cuando el vestido se le deslizó hacia los lados, dejando al descubierto su coño desnudo. ¿Sin bragas? Jodidamente increíble.

¿Se las había quitado en el baño?

Quería torturarla besando cada centímetro de su piel antes de atreverme a prestarle atención a su clítoris, pero su centro hinchado y ya húmedo tiró esos planes por la ventana.

Intentó cerrar las piernas, lo cual era difícil ya que yo estaba entre ellas, mirándole el coño como si fuera a desaparecer.

Me incliné para lo que se suponía que iba a ser un beso rápido en su clítoris, pero se convirtió en una sesión de morreos en toda regla con

su coño. Estaba tan húmeda y sabía mejor de lo que había imaginado, que no pude evitarlo.

—Matty —gimió Britt, echándose hacia atrás antes de entrelazar sus manos en mi pelo y apartarme. Su gemido ahogado sonó muy parecido a la molestia mientras yo seguía su movimiento.

Echándome hacia atrás, me lamí los labios para saborearla un poco más y admiré su coño reluciente. Tumbada boca arriba, no me estaba mirando, y sentí el impulso repentino de ver si podía hacer que volviera a soltar esos gemidos sexis y ahogados.

Usando dos dedos para trazarle la abertura, los deslicé lentamente hasta su clítoris. Se estremeció bajo mi contacto y sonreí. No era exactamente la reacción que buscaba.

Intenté el movimiento una vez más, y esta vez sus talones se clavaron en la cama y los dedos de sus pies se curvaron. Le gustaba, pero a mí me gustaba más hacerla gritar.

Apoyando la palma de mi mano en su monte de Venus y mi pulgar contra su clítoris, presioné suavemente.

—Oh, oh —gimió. Aún no había movido el pulgar y ya estaba temblando.

Lentamente, froté mi pulgar contra su clítoris, observando su torturada reacción mientras lo hacía.

—E-eso sienta tan bien —dijo con voz ahogada. Estaba más cerca de los gritos, pero todavía no había llegado a ese punto. Moví el pulgar más rápido, le besé la parte superior del muslo, arrastrando mis labios cada vez más cerca de su centro. Mi aliento la rozó mientras mi pulgar mantenía el ritmo. Sus caderas se arquearon y gritó mi nombre. Por fin, conseguí el grito que quería.

Estaba a punto de llegar al clímax; sus caderas se arqueaban. No quería que se corriera así, así que pensé en cambiar las cosas.

Me aparté, dejándola perseguir el recuerdo de mi mano.

Se desplomó en la cama y resopló. —¿Qué ha pasado? —preguntó con los ojos entrecerrados.

Respondí metiéndole un solo dedo dentro.

Cálida y estrecha. Intenté no correrme en los pantalones al sentirla así. Britt se contrajo alrededor de mi dedo y agarró las sábanas mientras arqueaba la espalda, despegándola de la cama.

Nunca había salido de los Estados Unidos, pero podía decir con total certeza que no había una vista mejor en el mundo que esta. Excepto, quizá, mi polla dentro de ella. Sí, eso podría rivalizar.

Al mover la mano, Britt se derritió bajo mi tacto, completamente bajo mi control. Estaba tan estrecha que, cuando añadí otro dedo, me tomé mi tiempo, dejando que se acostumbrara.

Reprimiendo un gemido, mi polla se contrajo, anhelando estar dentro de ella.

—Matty, voy a...

Saqué los dedos y ella se hundió en el colchón. Tras unos segundos, abrió los ojos un poco más y me fulminó con la mirada.

—Voy a matarte —gruñó.

Tenía las mejillas sonrojadas y el pelo revuelto. Difícilmente podía tomarme en serio esa amenaza. ¿Cómo iba a llevar a cabo mi asesinato si en ese momento estaba demasiado cachonda para hacer otra cosa que no fuera follarme?

—¿Vas a quedarte ahí mirándome en silencio?

De nuevo, no respondí. No era de mucho hablar en la cama. Prefería que mis dedos, mi lengua o mi polla hablaran por mí.

Me levanté a los pies de la cama y le agarré la garganta. Ella me sujetó la muñeca y gritó mi nombre cuando la incorporé hasta dejarla sentada.

Con la boca entreabierta, me miró mientras le soltaba el cuello. —¿Quédate así. ¿Entendido?

Con sus grandes ojos azules, asintió antes de morderse el labio inferior.

Centrando de nuevo mi atención en su coño, le separé los labios para que quedara completamente abierta para mí. Luego, sustituí mi mano por la suya.

—Mantente abierta, así —le dije. Sus ojos permanecieron muy abiertos, pero obedeció.

Joder.

Antes he dicho que mis dedos dentro de ella eran la mejor vista del mundo, pero esto lo era todo. El vestido de Britt caía sobre la cama a ambos lados de su cuerpo mientras sus uñas, con la manicura rosa, me mostraban su centro.

Quería saborearla de nuevo, y quería hacerlo ahora mismo.

Sin mediar palabra, me incliné y le besé el clítoris, haciendo que gritara de sorpresa o de alivio. No me molesté en preguntar qué era. Simplemente seguí besándole el centro con lengua, pasándola por las partes más sensibles y repitiendo los movimientos que provocaban la mayor reacción.

Una y otra vez, la devoré, queriendo cubrirme de su olor. Ella empujó contra mi lengua, luchando por más, así que se lo di. Le metí dos dedos, moviéndolos a un ritmo que pareció gustarle.

Los dedos con los que se mantenía abierta temblaban, así que les di un pequeño lametón de ánimo. Cuando gimió, lo repetí.

—Matty, el clítoris —dijo. Refunfuñé, pero lo dejé pasar. La dejaría pensar que mandaba ella por esta vez, pero si intentaba volver a darme órdenes, tendría que cambiar las reglas.

Cuando mi lengua rozó su sensible carne, su cuerpo se congeló. Estaba al borde, así que curvé los dedos y apreté la lengua.

Eso fue la clave.

Britt se corrió estrepitosamente, agitándose contra mí y gritando tan fuerte que estaba casi seguro de que los huéspedes de las

habitaciones contiguas podían oírla. Con la lengua todavía sobre ella, lamí sus jugos y su cuerpo vibró mientras se relajaba en la cama.

Tenía los ojos cerrados, el ceño fruncido y un ligero brillo en la frente. Estaba en la gloria, así que me subí a la cama y me coloqué sobre ella.

A los pocos segundos, abrió los ojos. —¿Matty, qué haces?

—Disfrutando de las vistas.

Puso los ojos en blanco y levantó las caderas para que chocaran con las mías. —Disfruta en otro momento. Te necesito.

Me lamí los labios, saboreándola. —¿Estás segura de que quieres hacer eso?

—Sí. Lo quiero todo, Matty.

¿Quién era yo para negar esa petición?

Apartándome de la cama, me bajé los bóxeres y mi polla rebotó al quedar libre. Sujetándola por la base, me coloqué entre sus muslos y apreté la punta contra su clítoris, haciéndola rodar mientras ella se retorcía debajo de mí.

Joder, cómo la deseaba.

No tuve tiempo para pensar.

—¿Tomas la píldora?

Soltó un suspiro nervioso antes de girar la cabeza hacia un lado, y noté un tinte rosado en sus mejillas. —Pues... no. —Un momento, ¿le daba vergüenza eso?—. Es que nunca me ha sentado muy bien. Tengo síndrome de ovario poliquístico y he estado intentando tratarlo de forma holística en lugar de alterar tanto mis hormonas.

Dejé de deslizar mi polla por su coño perfecto e incliné la cabeza, mirando a esta chica perfecta y preguntándome por qué sentía la necesidad de dar explicaciones.

Arrugó la nariz y gimió. —Lo siento. No debería haber dicho eso.

Ahí estaba de nuevo, ese rostro perfectamente sonrojado. —¿Por qué te da vergüenza?

—Porque no es algo muy sexi de lo que hablar, y supongo que nunca se lo había contado a nadie.

Le di un beso en la nariz, luego otro en los labios antes de sonreírle.

—Bueno, yo quiero saberlo todo de ti, así que gracias por compartirlo.

Se mordió el labio inferior. —Aunque eso significa que tendremos que usar condón.

—Por ahora —dije con intención—. Pero algún día, me gustaría sentirte sin barreras, aunque venga con algunas consecuencias.

No planeaba dejarla embarazada a corto plazo, pero tampoco me oponía a la idea. Quería tener hijos, y Britt había mencionado que quería una familia numerosa como la suya, así que sabía que esa conversación estaba en nuestro futuro, pero no por ahora.

—¿Tienes uno? —preguntó mientras yo deslizaba la polla por su centro. Puede que no estuviera dentro de ella, pero moverme entre sus pliegues era demasiado bueno para dejarlo pasar—. No pensé que fuera a tener suerte, así que no he traído ninguno.

—Joder. —Seguí moviéndome, untando mi polla con su humedad. Lo disfruté durante unos segundos, sabiendo que si quería sentirla por dentro, iba a tener que irme—. No tengo ninguno aquí, pero puede que tenga uno en mi bolsa abajo.

—¿«*Puede*»? —preguntó con inquietud—. Y tendrías que dejarme aquí.

Me miré la polla entre los dos y me reí. —No te preocupes. A menos que quiera asustar a todos los demás huéspedes de este sitio, no podré irme en un buen rato.

—Sabes, puedo, eh, ayudarte con eso.

Sí, era oficial. Esa sonrisa sería mi perdición. Podía hacer y tener lo que quisiera, y yo estaba más que dispuesto a dárselo cuando me

miraba así.

Sus dedos rozaron mi polla; un gesto que casi me hizo correrme. Algo que no quería que pasara.

—Deja que nos corramos los dos en su lugar —sugerí, inclinándome hacia delante para que no tuviera más opción que relajarse en la cama, y coloqué mi polla contra su montículo una vez más.

—No te preocupes. No vamos a follar, pero voy a hacer que los dos nos sintamos bien. Te lo prometo. ¿Te parece bien?

—S-sí.

—Solo necesito sentirte contra mí —dije, besándola de nuevo, y esta vez, deslicé mi polla por su centro húmedo.

Por ahora, esto era lo más cerca que iba a estar de penetrarla.

Tan cálida. Tan húmeda. Puso los ojos en blanco y, mientras aumentaba el ritmo, tuve que concentrarme para mantener el control. Estaba tan lubricada que existía la posibilidad muy real de que me deslizara dentro de ella si no tenía cuidado.

Mis huevos se tensaron, preparándose para la corrida, pero necesitaba que ella llegara al clímax una vez más antes de poder dejarme llevar. Ahogando sus suspiros con besos, metí dos dedos dentro de ella, bombeando con la mano mientras mi pulgar jugaba con su clítoris.

Entonces lo sentí.

Arqueó las caderas mientras se apretaba alrededor de mis dedos. —Matty —dijo sin aliento mientras se abandonaba a su orgasmo.

Cuando se desplomó, le cubrí el coño con la palma de la mano, recogiendo toda la humedad que pude, y me senté sobre los talones. Luego, me rodeé el miembro con la palma húmeda y empecé a masturbarme, sabiendo que estaba al borde del orgasmo.

Cerré los ojos y eché la cabeza hacia atrás, pensando en Britt, pero cuando algo suave y húmedo me rozó la punta, levanté la cabeza de golpe.

—Estoy a punto de correrme —dije, incapaz de dejar de mover la mano—. Voy a mancharte el vestido si no te mueves.

Britt negó con la cabeza y sonrió. —No me importa —dijo, acercándose hasta que su cara quedó junto a mi polla. Entonces abrió mucho la boca y sacó la lengua antes de apoyarla justo debajo de mi verga.

—No lo dices en serio, ¿verdad?

No respondió, solo mantuvo la boca abierta, esperando a que me corriera en su garganta. Joder. Realmente era la chica de mis sueños y, al parecer, eso era todo lo que necesitaba ver para correrme.

Chorros de semen se arremolinaron en su garganta, y solo cerró la boca cuando terminé.

Mi cuerpo cayó hacia delante, pero incluso en ese estado delirante, la vi tragarme y luego limpiar cualquier exceso y absorberlo en su boca.

—Joder.

Si antes no pensaba que Britt era perfecta, ahora habría creído que había creado el universo entero.

Sujetándole las mejillas, la besé con fuerza en los labios, saboreándome a mí mismo. —Esto de no follar no va a funcionar. Necesito condones.

Puede que mi polla estuviera flácida por primera vez desde que besé a Britt, pero no lo estaría por mucho tiempo. Necesitaba estar dentro de ella.

Asintió, sin molestarse siquiera en rebatirme ese punto. No tenía dudas de que ella sentía lo mismo.

—Voy a ver en mi bolsa. Si no hay ninguno, encontraré uno antes de volver.

—No tardes. —Su voz era soñadora, su cuerpo se movía lentamente. No me cabía duda de que se quedaría dormida si me tomaba mi tiempo.

—Como si pudiera dejarte. Dame cinco minutos. Vuelvo enseguida.

Asintió, y después de ponerme a regañadientes la camisa y los pantalones, me coloqué bien el paquete y salí de la habitación.

La misma anciana ludópata estaba en el ascensor cuando entré.

—¿Baja esta vez? —dijo con una ceja arqueada y una sonrisa socarrona.

Tenía el pelo hecho un desastre, sin duda llevaba pintalabios de Britt por todas partes, y estaba seguro de que olía a corrida. Esta vez no había forma de negarlo.

Sonreí y dije: —Sip —antes de pulsar el botón de mi planta. Mirando las puertas del ascensor, no pude evitar sonreír al pensar en Britt. Era la chica perfecta con merceditas, y deseaba desesperadamente usar sus piernas como orejeras el resto de mi vida.

Cuando el ascensor se detuvo en mi planta, me deslicé con sigilo para pasar junto a la anciana, esperando que no pudiera oler el alcohol y el sexo en mí. Ya había sido una noche larga, o supongo que ya era de día, pero estaba deseando alargar mi tiempo con Britt.

Cuando las puertas se abrieron y pisé mi planta, me quedé helado.

—¿Britt? ¿Estás bien?

No podía pensar con claridad. ¿Qué hacía ella aquí abajo? El amor de mi vida estaba sentada en el suelo con la cara entre las manos, sollozando desconsoladamente.

—¿Qué ha pasado? —pregunté mientras corría hacia ella, arrodillándome a su lado, pero me eché para atrás cuando se echó el pelo por encima del hombro.

Olana.

—¿Qué hace usted aquí? —Mis ojos recorrieron su cara empapada en lágrimas, y luego su pelo—. ¿Y cuándo se ha teñido de rubio?

—Matty —dijo con suficiente esperanza en la voz como para que se me bajara la erección—. Pensé que me había equivocado de habitación.

—¿Qué hace usted aquí? —pregunté de nuevo, sabiendo que si decía cualquier otra cosa, montaría algún numerito para distraerme.

Le tembló el labio inferior, que parecía considerablemente más carnoso que la última vez que la vi. —He... he venido a verle. —Había un matiz de tristeza en su voz, y yo no era estúpido. No era la primera vez que intentaba manipularme para que sintiera pena por ella. Era, sin embargo, la primera vez que no cedería.

—Usted sabe dónde vivo.

—¿Ah, sí? Porque cuando fui a su casa, su padre me dijo que no estaba. Dijo que no ha vuelto desde que Evelyn murió.

Cerré los ojos con fuerza, odiando el recuerdo, pero negándome a hablar de mi madre con ella. Era el mismo truco que usaba siempre y ahora yo ya me lo sabía.

—¿Cómo me ha encontrado? —pregunté, apartándome de ella y poniéndome de pie. No quería estar allí hablando de nada con Olana cuando tenía a Britt desnuda esperándome arriba.

Olana ignoró mi pregunta y se irguió sobre unos tacones temblorosos. Sus ojos de panda se desviaron de la puerta del hotel hacia mí. —¿Puedo entrar? —preguntó.

—No.

Retrocedió un paso, sorprendida, y se golpeó contra la puerta, pero intentó disimular el ceño fruncido. Nunca le había dicho que no a Olana y tenía que admitir que sentaba de maravilla.

—Por favor, Matty. Es importante.

Y para mí era importante estar dentro de Britt.

—¿Cómo ha llegado hasta aquí?

—He venido en coche. Darwin Falls está a solo unas horas. —Ah, sí, Darwin Falls, mi pueblo natal y el lugar que pensaba visitar una vez más para cederle legalmente la casa a mi padre. Al fin y al cabo, era lo único que él quería, y la única razón por la que se puso en contacto conmigo después de que me marchara a la universidad.

—Entonces puede volver en coche. Como ha dicho, son solo unas pocas horas.

Me estaba costando un esfuerzo sobrehumano no sentirme como un gilipollas monumental mientras su mirada recorría mi cara con la misma tristeza que ya había visto antes, pero no podía hacerlo. No podía permitirme caer en ninguno más de sus juegos.

—Matty —resopló, alargando la mano hacia mi brazo, pero me hice a un lado para que no pudiera alcanzarme—. No tengo tiempo para esto. ¿Qué le pasa?

Resoplé y me volví hacia la puerta de mi habitación. —Nada. Estoy cansado y se supone que no debe estar usted aquí.

—Claro que no. No me invitaron, como de costumbre. Sus amigos me odian sin motivo y usted se deja llevar.

—Eso no es exactamente lo que pasó y usted lo sabe.

Se estaba haciendo la víctima y, sí, puede que tuviera parte de razón, pero nada de eso importaba ya. No estábamos juntos. No lo habíamos estado de forma oficial desde que la pillé poniéndome los cuernos. Su reacción a mi enfado solo demostró que tampoco era la primera vez.

En el fondo, sabía que algo no iba bien entre nosotros. No sentía la chispa ni las emociones intensas que siento con Britt. Mis amigos simplemente se dieron cuenta antes de lo desgraciado que era.

—Estoy ocupado esta noche. Llámeme en un par de días —dije sin mirar atrás.

Tenía la mano en la puerta y, justo cuando iba a abrir, Olana gimoteó. —No creo que pueda esperar —musitó. Miré por encima del hombro y me fijé en su atuendo. Llevaba una de mis camisetas, que le quedaba enorme, con un par de leggings. Estaba claramente más delgada y tenía los ojos hundidos. Por mucho que odiara admitirlo, no parecía estar bien, y tenía un runrún en la nuca de que algo podría ir mal…, como con mi madre.

—Lo siento —graznó, y no pude moverme. La culpa por haberla rechazado me corroía por dentro. ¿Qué pensaría mi madre? Tratar a una chica con la que había salido durante años como si no fuera nada, sobre todo cuando no parecía sana.

Sacudí la cabeza para desechar la idea. Esa era siempre su jugada. Mi madre. Olana me había tratado como una mierda desde que empezó la universidad y yo llevaba años intentando cortar con ella, nhưng cada vez que pensaba que habíamos terminado, de alguna manera me convencía de que las cosas serían diferentes. Nunca lo eran.

Y estaba harto de vivir una vida que solo la servía a ella.

—Lo siento, Olana, pero estoy ocupado esta noche. Podemos hablar por la mañana.

Su barbilla tembló y contuve una mueca de desprecio. El constante chantaje emocional, la necesidad de controlar cada momento. Todo estaba volviendo.

—Pero no tengo habitación de hotel.

La miré con incredulidad. Sin habitación de hotel. ¿Así que esperaba dormir en la mía? —Tendré que dormir en el coche si no me dejas entrar, y tengo algo muy importante de lo que hablar contigo.

La imagen de Britt cruzó mi mente y los dedos me hormiguearon al pensar en la sensación de sus suaves curvas contra mi cuerpo. Curvas que apenas había empezado a explorar y que no tenía intención de dejar de hacerlo. Me estaba esperando, y cuanto más tiempo pasara aquí abajo, menos tiempo tendría arriba con ella.

—Matty. Por favor. Es importante.

Miré por el pasillo y me mordí el labio inferior, sabiendo que si no la escuchaba, me seguiría directamente a la habitación de Britt y arruinaría cualquier oportunidad que tuviera con ella.

—Está bien —dije entre dientes. Le daría a Olana cinco minutos para que me explicara por qué estaba aquí, y luego la dejaría en mi

habitación para que durmiera mientras yo volvía con Britt. Todos ganamos.

Sus labios se curvaron, pero la sonrisa se desvaneció rápidamente. Pensaba que me estaba engañando al dejarla entrar y que podría volver a meterse en mi vida. No podía culparla por pensar así. Era como siempre había funcionado entre nosotros.

Pero esta vez no.

Por fin había probado a Britt, y no había nada mejor en este mundo, así que escucharía a Olana, pero eso era todo. Me había prometido pasar el resto de mi tiempo con Britt, y eso era exactamente lo que iba a hacer.

CAPÍTULO 5

Britt

Me ajusté el jersey gris y me alisé la coleta antes de llamar suavemente a la puerta de la habitación.

207.

Creía que esta era la habitación de Matty, pero como nadie respondía, empecé a dudar.

Los nervios me recorrían el cuerpo, aunque llevaba toda la mañana intentando quitármelos de encima. No debería estar nerviosa por volver a ver a Matty. Hacía unas horas había estado en mi habitación, muy encima de mí, pero el hecho de que no volviera me había llevado a sacar todo tipo de conclusiones.

Algo tenía que haber pasado para que me dejara medio desnuda y esperando durante horas.

No había respondido a ninguno de mis mensajes y los chicos no lo habían visto, así que la explicación más lógica era que se había quedado dormido antes de poder subir a mi habitación. Al fin y al cabo, era tarde.

La puerta se abrió y di un paso atrás, con el corazón latiéndome más deprisa de lo que debería. Estaba en alerta máxima, lista para luchar o huir, pero me quedé porque Matty tenía que estar al otro lado.

Cuando la puerta se abrió, sentí un vuelco en el estómago. Sabía que debería haber hecho caso a mi instinto.

—¿Olana? —logré decir con un hilo de voz. Quería hacerme un ovillo dentro del jersey y que me tragara la tierra, pero estaba tan aturdida que no podía moverme. Tenía que ser una pesadilla, ¿verdad?

¿Cuándo había llegado? No estuvo en la boda. No estaba invitada, y él me había dicho que habían roto.

Me asaltaron un sinfín de preguntas y Olana me sonreía con aire de suficiencia, como si hubiera ganado algún tipo de competición.

—¿Qué haces aquí? ¿Y por qué tienes el pelo..., rubio? —No pretendía ser grosera, pero mi cerebro no daba abasto con todas las preguntas que tenía.

—Podría preguntarte lo mismo —dijo con una sonrisa, abriendo más la puerta. Y entonces mi corazón se detuvo.

O se rompió.

No podía descifrar las complejidades del entumecimiento en mi pecho porque mi cerebro estaba tratando de entender la escena que tenía ante mí.

Estaba de pie frente a mí, vestida solo con la camisa que Matty llevaba la noche anterior. La que tenía manchas de *mi* pintalabios por todo el cuello. O, al menos, yo creía que eran mías. Había sábanas esparcidas por toda la habitación y la ducha estaba abierta. No hacía falta ser un genio para saber que Matty estaba dentro, limpiándose.

Di otro paso atrás y Olana levantó la mano para apoyar los dedos en la puerta.

Se me cortó la respiración. Olana llevaba un pedazo de diamante en el dedo. En el anular de la mano *izquierda*, para ser exactos.

Desconcertada, retrocedí otro paso, repasando todo lo que Matty había dicho la noche anterior. Todo lo que habíamos hecho.

Cerré los ojos con fuerza, tragándome el nudo que tenía en la garganta.

Era todo mentira.

Nada de aquello fue real.

Tenía prometida.

Entonces, ¿qué era yo?

El segundo plato. Algo que quería probar antes de comprometerse definitivamente con *ella*.

Cada momento de la noche anterior pasaba por mi cabeza a cámara rápida, y no podía entender cómo habíamos llegado a esto.

A que Matty fuera a casarse con otra.

Su mentira era como una pesada losa en mi estómago.

Nada fue real anoche.

Esta era mi realidad.

Nunca me quiso, pero sabía que yo a él sí. ¿Y cómo no iba a saberlo? Lo había dejado clarísimo estos últimos años. ¿Era esta su forma de sacarme de su sistema antes de casarse con Olana? ¿Decir y hacer las cosas adecuadas para que yo hiciera lo que él quisiera?

Me agarré la mano izquierda, intentando que dejara de temblar, pero fue inútil. Fui una tonta. Estaba tan colada por él que me habría creído cualquier cosa que me hubiera dicho.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Olana.

Me tragué la tristeza, negándome a que *ella* me viera disgustada por Matty. Cerré los ojos y señalé por encima de mi hombro con el pulgar para recuperar un poco la compostura.

—Ya me iba a casa y quería decirle a Matty que pasara un buen verano, pero puedes decírselo tú por mí, ¿verdad? —Cuanto más tiempo pasaba en su presencia, más veía de la habitación del hotel. Una bolsa rosa abierta dejaba ver un montón de ropa.

¿Había estado aquí todo el tiempo?

¿Mientras él estaba conmigo?

Negué con la cabeza, molesta por haber pensado que Matty me elegiría a mí antes que a Olana. Se conocían desde hacía años y, daba igual las veces que hubieran roto, siempre volvían. Ella era su ancla, y yo, una piedrecita diminuta en comparación.

—¿Seguro que no quieres esperar a que salga de la ducha? —Arrugó la nariz y tomó una bocanada de aire—. Puede que tarde un poco. —Puso los ojos en blanco, mirando al techo, y sus labios se curvaron en un gesto de diversión—. Puede que anoche nos pusiéramos un poco guarretes después de que le diera la noticia.

Tragué saliva.

¿*La noticia*?

Se llevó la otra mano al vientre, frotándoselo suavemente.

Por si la daga no estuviera ya clavada hasta el fondo. Podía ver el daño que me estaba haciendo y decidió retorcerla. Me lo merecía. Me había enamorado de un chico que tenía pareja. Un chico que, por lo visto, estaba formando una familia con otra.

La puerta del baño se abrió, lo que me obligó a actuar. No quería estar allí cuando se abriera. —No, no hace falta. Dile que pase un buen verano y que nos vemos pronto —solté con un chillido antes de escabullirme tan rápido como pude. No iba a permitir que Matty me viera disgustada.

Cuando llegué al final del pasillo, aporreé frenéticamente el botón del ascensor.

¿*Por qué no llegaba más rápido*?

—Vamos. Vamos —susurré, con demasiado miedo de mirar atrás y ver a la feliz pareja burlándose de mí por haber pensado que alguna vez merecería algo así.

—¡Sí! —El ascensor se abrió con un pitido, pero mi alegría duró poco cuando vi que Hayden y Adam estaban dentro.

—¡Ahí estás! He llamado a tu puerta antes, pero no has contestado. —Hayden era todo sonrisas mientras yo me tambaleaba en el umbral del ascensor. No sabía qué era peor: quedarme en el pasillo, donde mi fallido rollo de una noche podría verme, o subir a este ascensor y explicarles a mis amigos lo que había pasado. Que había arruinado el grupo de amigos y que, por eso, tendría que borrarme de cualquier evento al que nos volvieran a invitar.

Elegí la segunda opción. Al menos podía mentirles a mis amigos sobre mis sentimientos. No estaba segura de poder ser tan fuerte delante de Matty.

—¿Qué hacías en esta planta? —preguntó Hayden y, cuando entré en el ascensor, me atrajo hacia ella para darme un abrazo.

Adam soltó una risa sardónica. —¿No es obvio? La habitación de Matty está al final del pasillo.

Contuve la respiración. Había pensado que podría hablar de ello con ellos dos, pero no pude. No, el simple hecho de oír el nombre de Matty y ver sus sonrisas de ánimo fue demasiado para mí. ¿Cómo iba a estar cuando el resto de los invitados me viera en el desayuno?

Todo el mundo sabía que Matty y yo nos habíamos besado y, con razón, supondrían que había pasado mucho más, ya que nos habíamos escapado pronto de la fiesta. Sin embargo, nadie sabía hasta dónde habíamos llegado ni lo difícil que sería dar marcha atrás.

—Britt, ¿estás bien? —Alcé la vista cuando se separó de nuestro abrazo. Manteniendo una mano en mi hombro, me lo apretó.

Tragué saliva y parpadeé para deshacerme de las lágrimas, dejando que me resbalaran por la cara.

Con el ceño fruncido y los labios apretados, preguntó: —¿Qué pasa?

No podía hacerlo. Ni siquiera podía hablar con mi mejor amiga de lo que había pasado. Era demasiado pronto y ni yo misma lo había asimilado todavía.

—¿Sabes qué? Se me olvidó decirte que tengo un vuelo temprano, así que tengo que saltarme el desayuno.

—¿Pero no ibas en el mismo que nosotros?

Mierda. Tenía razón.

—Ah, no. Mi padre me llamó anoche tarde y me dijo que habían conseguido entradas para el partido de los Hammerheads y los Catfish de Los Ángeles de hoy. No querría perderme a Max jugando.

Por suerte, ninguno de los dos sabía nada de béisbol. De lo contrario, sabrían que el partido no empezaba hasta la noche, lo que significaba que mi excusa para cambiar el vuelo no tenía ningún sentido.

—¿Así que cambiaste tu vuelo anoche? —Hayden le lanzó una mirada a Adam, sin estar convencida.

Asentí.

—Vaya. No sabía que las aerolíneas fueran tan serviciales últimamente.

—Ni yo —refunfuñé, mirándome los pies, con el estómago revuelto. No solo le estaba mintiendo a mi amiga, sino que, si no conseguía cambiar mi vuelo por uno más temprano, tendría que esconderme en el baño del aeropuerto hasta que consiguiera uno más tarde.

—Béisbol de los Catfish. Eso será genial —dijo Adam.

—Sí —dije arrastrando las palabras. Apática y sin entusiasmo.

—¿Seguro que estás bien?

—Estoy bien —espeté cuando el ascensor se abrió en la primera planta—. Id a desayunar. Yo solo tengo que hacer la maleta porque mi taxi está esperando fuera. —Todo era mentira y estaba casi segura de que Hayden podía calarme, pero como la buena amiga que era, no me interrogó. Al menos, no delante de su novio. En su lugar, me envolvió en otro abrazo y me apretó más fuerte que antes.

—No pagues un taxi. Deja que te ayudemos. Adam y yo podemos llevarte al aeropuerto.

—Oh, no es necesario.

—No me importa —intervino Adam, encogiéndose de hombros—. De todos modos, me gusta llegar pronto al aeropuerto.

Bajé la mirada. No podía negarme.

—Pero os perderéis el bufé libre del desayuno.

—Yo paso —dijo, rascándose el estómago—. De todas formas, he estado probando una nueva dieta de ayuno intermitente. Tengo que mantenerme en forma si quiero conservar mi puesto en los Gators de Fort Lauderdale.

Miré a los dos, sin ganas de decirles la verdad, pero parecía que no me iban a dar otra opción.

—¿Y Reign y Devin? —Fue lo único que se me ocurrió.

Adam se rio entre dientes. —No me preocuparía por ellos. Ya nos han visto bastante y dudo que bajen a desayunar pronto. ¿Viste a Devin al final de la noche? Prácticamente estaba desnudando a Reign mientras la llevaba en brazos por el vestíbulo del hotel.

Hice una mueca de dolor al pensar en su felicidad conyugal, molesta por haber mencionado que yo quería eso con Matty. En retrospectiva, sentía que él lo había usado en mi contra. Se lo había puesto en bandeja sin ni siquiera darme cuenta. Chica soltera y desesperada en una boda era el mayor cliché de todos, y yo había caído de lleno.

—V-vale. —Me rendí. No sabía qué más decir, y sentía que, sin importar la excusa que se me ocurriera, ellos encontrarían una solución para ayudarme.

—Genial, iremos a por nuestras cosas y cogeremos algo para comer en el aeropuerto. —Hayden me apretó el hombro antes de inclinarse —. Y entonces podrás contarme qué pasó después de que te fueras de la discoteca.

—Ajá. —Tragué saliva, negándome a mirar a Adam. Tenía un don para leer a la gente y, aunque no me hacía feliz que todo el mundo pensara que Matty y yo estábamos disfrutando de nuestro rollo, prefería que creyeran eso a que supieran la verdad.

Por suerte, el ascensor sonó al abrirse y otros huéspedes del vestíbulo se unieron a nosotros. Como no íbamos a desayunar, Hayden pulsó el número de nuestra planta.

Di un paso atrás, colocándome sutilmente detrás de Adam para poder esconderme tras su corpulenta figura. El corazón se me aceleró, con el cuerpo en estado de máxima alerta porque estaba aterrorizada por si veía a Matty y Olana otra vez, aunque fuera muy poco probable.

Estaban demasiado ocupados vistiéndose después de la ducha de Matty. Aunque, pensándolo bien, quizá estuvieran ocupados haciendo otras cosas.

Cerré los ojos y dejé escapar un leve suspiro.

Uf. ¿De verdad tenía que pensar en eso ahora mismo? Ya estaba bastante frágil y aquello me puso al borde de derrumbarme delante de todo el mundo en el ascensor.

—¿Estás segura de que está todo bien? —preguntó Hayden, dándome un codazo en el costado.

Asentí. —Estoy bien. Solo estoy agotada por lo de anoche.

Adam soltó un bufido. —No me extraña. —Dio un respingo cuando Hayden le dio una palmada en el estómago y luego señaló con un gesto al resto de la gente del ascensor.

Agachándose, susurró: —¿A qué ha venido eso? Todos sabemos que Matty lleva años obsesionado con Britt. No finjamos que no va a comportarse como un animal hambriento en cuanto la pille.

Se equivocaba por completo. Todos se equivocaban. Puede que Matty hubiese estado colado por mí en algún momento, pero yo nunca sería suficiente para reemplazar a Olana, y eso era lo que más dolía.

Respiré hondo, esbocé una sonrisa falsa y no dije nada. Solo tenía que aguantar las próximas horas. Luego estaría en casa con mi familia y podría regodearme en mi desdicha y no pensar en Matty durante al menos dos meses.

Podía soportarlo, ¿no?

CAPÍTULO 6

Matty

Cuando salí del baño, Olana cerró la puerta de la habitación del hotel. —¿Quién era? —pregunté, secándome el pelo con una toalla, ya que me había cambiado en el baño.

Cuando se dio la vuelta, me mordí la lengua con tanta fuerza que noté el sabor de la sangre.

—¿Por qué coño llevas puesta mi camisa? —Me acerqué a ella con paso firme, con ganas de arrancársela.

El cuello.

Britt y todo lo que hicimos anoche me vino a la mente de golpe al ver esa camisa, y Olana la estaba manchando. Como hacía con todo en mi vida.

Agarrándose los bordes del cuello, me lanzó una mirada fulminante. —¿No esperarás que abra la puerta desnuda, verdad?

Qué gracia. Cuando me quité esa camisa anoche, había planeado no volver a lavarla jamás. Ahora lo único que quería era quemarla.

—Qué raro —dije entre dientes, apretando los puños—. Estuve a punto de echarla a patadas con la camisa puesta y deshacerme de ella para siempre. Lo único que me detuvo fue la posibilidad de que Britt la viera, y dudaba que me creyera si no tenía la oportunidad de explicarle primero por qué estaba Olana aquí. —Llevabas puesta la ropa de anoche cuando me metí en la ducha.

Un pensamiento horrible me cruzó la mente. ¿Se había desnudado para intentar meterse conmigo en la ducha?

La sonrisa de Olana titubeó. —Solo quería sentirme un poco más relajada. Anoche pasaron muchas cosas.

—A mí me lo vas a contar —refunfuñé, pasando a su lado y apartando las sábanas de una patada. No solo me había perdido una noche con Britt, sino que además tuve que dormir en el suelo a pesar de que había pagado por una puta cama extragrande.

Cogí el móvil, esperando ver mensajes de Britt, pero entonces recordé que se había quedado sin batería y que no encontraba el cargador.

La rabia me recorrió el cuerpo; cuanto más miraba esa camisa, más pensaba en Britt. Debería haber estado con ella anoche, demostrándole de todas las formas que pensaba quererla el resto de nuestras vidas. En vez de eso, estaba atrapado en mi habitación, discutiendo con una mujer que creía que podía volver a mi cama a base de chantajes.

Britt no había bajado a buscarme después de que la dejara medio desnuda. Por muy molesto que estuviera por ello, agradecía que no hubiera presenciado el puto espectáculo de discusión que Olana y yo habíamos montado.

Britt lo entendería. En cuanto le explicara lo que había pasado, me perdonaría. Al fin y al cabo, lo nuestro iba para largo.

Una vez que Olana se durmió, intenté volver a la habitación de Britt, pero con el caos de todo lo que había pasado, no podía recordar ni la planta ni el número, así que bajé a recepción a preguntar, pero se mostraron reacios a dármelos. Ni siquiera decirles que era mi mujer hizo que cedieran. Sin papeles ni un anillo en el dedo, no me creyeron. El hecho de que estuviera registrada como soltera en la habitación tampoco ayudó.

—Estás muy guapo, Ben. —Su voz era frágil, como si intentara que pareciera más inocente de lo que era—. Hacía años que no te veía vestir así de elegante.

La ignoré, enderezándome la camisa antes de coger el móvil y la cartera. Podría haberse quedado sin batería, pero no pensaba

dejarlo cerca de Olana.

—Voy a bajar a desayunar —dije con toda la calma que pude.

Olana se frotó la barriga, acercándose a mí. —Oh, qué buena idea. Me muero de hambre.

Con los labios apretados, levanté una mano. —No he dicho que vayas a venir conmigo.

Se quedó con la boca abierta y, sinceramente, me estaba cansando bastante del papel de inocente que intentaba interpretar. —Matty, estoy embarazada. Necesito comer. —Me miró con sorpresa.

La mano de Olana se posó en su vientre, y entonces me di cuenta de lo que llevaba en el dedo. Apreté la mandíbula y la rabia me recorrió las venas.

—¿Por qué llevas el anillo de mi abuela?

Levantó la mano, inspeccionándolo como si no hubiera sido ella quien se lo había puesto. —¿Ah, esto? —Frunció el ceño, pero no hizo ningún intento de quitárselo—. Pensé que quedaba bonito y supuse que a ti no te cabría en los dedos, así que, ¿qué mal había en que me lo pusiera yo?

—Es una reliquia familiar. —Nunca sabré por qué seguía dándole explicaciones a esta mujer, pero parecía que tenía ese efecto en mí —. Pienso dárselo a mi hija algún día.

Jugando con uno de los rubíes con el pulgar, no dio señales de quitárselo. —Si es tan importante para ti, ¿por qué viajabas con él?

No respondí. Ella sabía por qué. Sabía que llevaba todo lo importante en mi bolsa. Gracias a Dios que solo había encontrado el anillo de mi abuela y no el de mi madre.

Extendiendo la mano, dije: —Olana, ¿puedes devolverme el anillo, por favor?

Lo miró una vez más, y luego clavó sus ojos en mí.

—Todavía no me has regalado un anillo, ¿sabes?

Esta mujer deliraba.

—Eso es porque no te he pedido que te cases conmigo.

Refunfuñó, puso los ojos en blanco y se quitó el anillo. Le costó un rato y parecía que le hacía algo de daño, pero mantuve la palma de la mano abierta. Siguió tirando, montando un numerito sin ninguna emoción, y luego dejó caer el anillo de oro en mi mano.

En cuanto sentí el metal, cerré la mano. Quizá hubiera arruinado todos los recuerdos de Britt en mi camisa, pero no me quitaría también los recuerdos de mi abuela.

—No sé por qué te pones tan imbécil con todo esto. Los dos sabemos que va a ser mío algún día, de todas formas.

—Vas a tener que esperar mucho para que eso ocurra. —Me di la vuelta y guardé el anillo en la cartera.

—¿De verdad? ¿Incluso después de todo lo de anoche?

—*Especialmente* después de todo lo de anoche.

Puede que Olana estuviera embarazada, pero eso no cambiaría las cosas entre Britt y yo. Estábamos juntos y no dejaría que Olana nos lo estropeara.

Negué con la cabeza, volviéndome hacia Olana, cansado de todas sus gilipolleces. —Mira, tengo que bajar a desayunar con mis amigos. Te subiré un cruasán, pero tienes que quedarte aquí. No pueden saber que has venido.

—Veo que sigues intentando impresionar a esos pringados —dijo con vozarrón, contoneándose hacia la cama con lo que supuse que pretendía ser un vaivén sexi.

—Yo que tú tendría cuidado con lo que dices, O, teniendo en cuenta que eres la que se ha presentado sin invitación a la boda de una pareja que no te gusta.

—Eso…

Zas.

Con la puerta cerrada, me invadió una sensación de alivio. Ya había terminado con ella, y escucharla defender su postura solo me llevaría al borde de la locura. Se había acabado lo de arruinarme la vida. Ya no me importaba.

Cerré los ojos y solté un largo suspiro.

La odio.

Me sentó bien pensar esas palabras sin sentirme culpable, y lamenté haber tardado tanto en sentirme así. Me dirigí por el pasillo, ansioso por ver a Britt.

Cuando llegué al comedor principal, me sorprendió lo lleno que estaba, pues era casi mediodía. Un camarero me condujo a un salón privado donde el cortejo nupcial estaba desayunando.

Pasándome una mano por el pelo todavía húmedo, entré en la sala centrado únicamente en encontrar a Britt. Ignoré los silbidos y los vítores al pasar junto a una mesa llena de familiares de Devin en dirección a mis amigos. O, mejor dicho, lo que quedaba de ellos. Devin y Adam no estaban, lo que me dejaba con Jackson, Aiden —mi antiguo compañero de piso y casero— y su novia, Lyss.

—Buenos días, chicos.

—¿Buenos días? —resopló Aiden—. Más bien buenas tardes.

—Son las doce menos uno. Le queda un minuto para usar ese saludo —señaló Alyssa antes de meterse un trozo de sandía en la boca.

—¿De verdad quieres que te enseñe lo que les pasa a las chicas que creen que ser pedante es divertido? —Aiden le lanzó a su novia una mirada intensa, y ella masticó más despacio mientras intentaba ocultar una sonrisa.

—¿Dónde estuviste anoche? —preguntó Jackson. Por las ojeras que tenía, supuse que él tampoco había dormido mucho.

—Me quedé en la discoteca con vosotros —dije, sabiendo que la respuesta real los dejaría a todos boquiabiertos y, para ser sincero,

la noche se estaba volviendo tan borrosa que no estaba seguro de recordarla bien.

¿Realmente había pasado tiempo con Britt? ¿Siquiera estaba en la boda o me lo había inventado todo?

—Claro, por eso no te vimos después de que Jackson se marcara una coreografía entera de k-pop en solitario —dijo Aiden, mirando a nuestro amigo con cara de pocos amigos—. ¿Cómo se llamaba el grupo?

—BTS —se quejó Jackson, poniéndose una gorra de béisbol de la Universidad de Covey—. Y no fue la coreografía entera. Fue solo el estribillo. Sus bailes son demasiado complejos para mí después de más de tres cervezas.

—¿Dónde está Britt? ¿Pensaba que bajaríais juntos? —preguntó Alyssa, mirando detrás de mí como si la rubia explosiva que había estado atormentando mis sueños durante los últimos años pudiera aparecer.

Menos mal que otros la habían visto ayer y no era solo un producto de mi imaginación.

Busqué por las otras mesas y la barra de frutas, pero no la vi.

—¿Todavía no ha bajado?

—No —dijo Aiden, mirándome con intención. Era como si ya supiera que la había cagado.

—¿Quieres decir que no sabes dónde está? —Alyssa sacó el móvil y, supuse, empezó a escribirle a Britt.

—Eh… No. Pensé que la vería aquí abajo.

—¿Qué has hecho? —fulminó Aiden con la mirada.

—Nada. —Levanté las manos, sintiéndome culpable porque era una verdad a medias. Lo que Britt y yo habíamos hecho era mucho más que nada—. ¿Dónde está Adam? —cambié de tema.

—Ah, pues mira —dijo Jackson—, acabo de recordar que he visto a Hayden y a Adam salir con sus maletas cuando entraba.

—¿Se han ido? Pero se suponía que me llevaban ellos.

—Como si no pudieras permitirte tu propio jet para volver a casa —se burló Aiden.

Ignorándolo, observé cómo la expresión de Lyss pasaba de la calma a la confusión.

—¿Qué pasa? —pregunté, y ella levantó la vista, sorprendida de que le hablara.

—Ah, nada. Por lo visto, Britt se ha ido con ellos al aeropuerto. *Al parecer*, tenía un vuelo temprano.

—¿A casa? ¿Ya se ha ido? —¿De qué demonios hablaba? Britt no había mencionado nada de irse antes. No había venido a mi habitación ni me había enviado un mensaje para despedirse, que suele ser lo educado después de que alguien te coma el coño.

Maldije para mis adentros, recordando que mi móvil seguía sin batería, así que quizá me lo había dicho, pero no lo había visto.

—Entonces, ¿no pasasteis la noche juntos? —preguntó Jackson con una sonrisa divertida.

—Por lo visto, tenía entradas para el partido de los Catfish, así que necesitaba volver a casa antes de que empezara. —Lyss leyó el mensaje en voz alta, dando una explicación poco entusiasta.

—¿El partido de los Catfish? ¿El que empieza a las ocho de la tarde? ¿Cambió el vuelo porque iba a ir a eso? —Sonaba sospechoso, y no solo por el nombre del equipo. Sí, el hermano de Britt era jugador, pero no había mencionado nada de esto ayer. ¿Había organizado Max todo eso para ella después de que yo me fuera?

—Hala. —Aiden abrió los ojos como platos mientras miraba detrás de mí—. ¿Qué hace aquí la ex de Matty y por qué parece una versión en baja resolución de Britt?

La ira me recorrió las venas. Ahí estaba, la instigadora de todos mis problemas de las últimas doce horas. La única razón por la que no

tenía ni idea de dónde estaba Britt ni por qué se había largado sin decir ni pío.

Mientras Olana entraba con aire arrogante, tenía una sonrisa de suficiencia en la cara. Le encantaba hacer lo contrario de lo que yo quería.

—Hola a todos —dijo al grupo, y tuve que admitir que había una cosa que admiraba de ella. Le importaba una mierda lo que pensara la gente. Aunque todos en nuestra mesa la miraban como si quisieran matarla, ella sonreía como si no existieran.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Jackson de nuevo.

—He venido a estar con Matty. —Apoyó la mano en mi hombro antes de darle un suave apretón.

—No me uses de excusa.

Le quité la mano de un manotazo y, sin mediar palabra, me dirigí hacia Alyssa.

Inclinándome para que solo ella pudiera oírme, dije: —¿Sé que suena a locura, pero habría alguna forma de que me prestaras tu móvil? Me he quedado sin batería y necesito llamar a Britt.

Con una expresión tensa, Alyssa enarcó una ceja. —¿Quieres que te ayude a hablar con mi amiga, que se ha ido de repente y antes de tiempo, después de que hayas traído a tu ex aquí?

Se me encogió el estómago. Eso era exactamente lo que me preocupaba. Que la gente sacara conclusiones precipitadas.

—No es lo que piensas.

Su mirada me hizo sentir como si estuviera planeando todas las formas posibles de destriparme como a un pez, y no voy a mentir, se me revolvió el estómago. Había perfeccionado esa mirada desde que salía con Aiden.

Alyssa puso los ojos en blanco y me tiró el móvil.

—Solo lo hago por Britt, pero te juro por Dios que como rompas con ella o hagas alguna gilipollez con mi móvil, te mato.

Levanté las manos en señal de rendición; sabía que la cosa pintaba mal, pero no tenía tiempo para explicar por qué mi ex me estaba acosando. Tenía que hablar con Britt antes de que nadie se me adelantara.

Pasé rozando a Olana al salir. Intentó cogerme de la mano, pero me zafé y me dirigí a un rincón tranquilo.

La foto de contacto de Britt llenaba la pantalla del móvil de Lyss, y no pude evitar sonreír. Esa chica era todo lo que quería y necesitaba que lo supiera.

Pulsé el botón verde de llamada y me llevé el móvil a la oreja.

—Hola, Lyss. ¿Qué pasa? —Su voz sonaba más grave de lo normal, pero podría ser porque estaba en el aeropuerto.

—¿Britt? Soy Matty.

Se quedó en silencio un instante y luego oí un crujido de ropa.

—Ah, hola, Matty —dijo con alegría, sonando un poco más como la de siempre—. Es que estoy…

Aparté el móvil para mirar la pantalla y vi que la llamada se había cortado. Volví a llamar, pero no contestó. Quizá era porque estaba embarcando.

Cuando saltó el buzón de voz, le dejé un mensaje.

—Britt. Soy Matty. Te llamo desde el móvil de Alyssa porque el mío se ha quedado sin batería. Yo, eh… —La mano me temblaba, así que me la pasé por el pelo—. Supongo que estás embarcando y por eso no puedes hablar. Siento, eh..., siento no haber vuelto a tu habitación anoche. —Miré mi mano con rabia, toqueteándome las uñas. Me parecía un error hablar de esto por teléfono en lugar de decírselo a la cara.

—Ha pasado una movida estúpida. Pero eso no cambia lo que siento por ti, así que, por favor, no te lo tomes como una especie de rechazo. —Me encogí. ¿Por qué coño he dicho eso? Sabía que no era un rechazo. Le había declarado mi amor eterno demasiadas veces

como para que no lo viera—. Bueno. Que tengas buen viaje y llámame cuando aterrices. Para entonces ya debería tener cobertura.

Dirigí la mirada a la mesa y Olana estaba señalando a Aiden y gritando. Puse los ojos en blanco; sabía que si no intervenía, la cosa se iba a poner fea.

—Me quedo en Las Vegas el resto del día y tengo pensado comprarme un cargador después de desayunar. Con suerte, eso significa que volveré a estar operativo para cuando aterrices. Llámame. —Hice una pausa, con un nudo en el estómago porque había mucho más que quería decir—. Te echo de menos —solté con voz ahogada, y me aclaré la garganta—. Jackson ha dicho que esta noche vais al partido de béisbol. ¿Juega Max? Me muero de ganas de que me lo cuentes todo.

Aparté el móvil de la oreja y me quedé mirando la foto de Britt un segundo de más, intentando memorizarla por todos los medios. Esa sonrisa. El pequeño lunar en su mejilla. Esos ojos azules. Todo en ella era perfecto, y estaba deseando poder explicárselo todo y tenerla de nuevo en mis brazos.

No tardaría mucho. Solo tenía que esperar a que su vuelo aterrizara.

CAPÍTULO 7

Britt

Dos meses después

Querido Spillit:

Mi novio y yo llevamos años juntos, pero noto que está perdiendo el interés. ¿Qué puedo hacer para darle un poco de vidilla a la relación?

De Minktoast

Estimado/a Minktoast:

Las relaciones son complicadas, y más aún si se les suma el estrés de la universidad. Si está seguro/a de que es solo una mala racha, le recomendaría que...

¿Y qué demonios le recomendaba yo?

—¡Sienna! —grité en la redacción, por encima del escritorio, a mi amiga de pelo azabache. Hizo girar su silla de oficina y bajó la barbilla para mirarme por encima de las gafas—. Necesito tu ayuda. ¿Qué harías para darle vidilla a una relación larga?

La pregunta despertó su curiosidad, así que se levantó de la silla y se acercó, aunque estábamos solas. Apoyó el trasero en mi escritorio y me dedicó una sonrisa divertida. —¿Y yo qué sé? La relación más larga que he tenido ha sido con mi manicurista, y cambio cada dos por tres. —Se miró las uñas, admirando el esmalte blanco impoluto y su perfecta forma cuadrada. Luego me entrecerró los ojos.

—Muy útil —dije antes de pasar los dedos por el teclado, con la esperanza de que me viniera la inspiración de repente.

Sienna se inclinó hacia mí. —¿Por qué lo preguntas? ¿Tienes una relación secreta a la que intentas darle un poco de chispa o algo?

Puse los ojos en blanco. Mi historial amoroso era tan vergonzoso como el suyo a estas alturas. —No. Es para *Spillit*.

—Ah, eso tiene más sentido. La sutileza no es tu fuerte.

—¿Qué se supone que significa eso?

—No podrías guardar un secreto ni aunque te fuera la vida en ello. ¿Recuerdas cuando salías con ese tal Adam? No te despegabas de él con un body de látex, asegurándote de que todo el mundo supiera que era tu hombre y qué era lo que te estaba soñando.

Negué con la cabeza, notando cómo se me encendían las mejillas. —No íbamos tan en serio. —Era verdad. Ni siquiera me gustaba tanto Adam, solo supuse que salir con él podría ayudarme a olvidar a su mejor amigo. Me equivoqué. Vaya si me equivoqué.

—Por cierto, ¿qué pasó entre vosotros? Hacíais mejor de Barbie y Ken que Margot Robbie y Ryan Gosling. —Sienna levantó la barbilla hacia el cielo, pensativa—. Aunque puede que eso sea porque el pelo de Ryan en esa película era un horror.

—Lo de Adam y yo nunca tuvo futuro. —La interrumpí—. Se graduó y se fue a jugar con los Fort Lauderdale Gators antes de que la cosa se pusiera seria. Ah, y también está el hecho de que estaba perdidamente enamorado de mi antigua compañera de piso. Eso tiende a aguarle la fiesta a cualquier relación nueva.

A Sienna se le salieron los ojos de las órbitas. —¿Qué? —hizo una pausa para asimilar mis palabras y yo la miré con indiferencia—. ¿Cómo es que es la primera vez que oigo esto?

Me encogí de hombros. —No es para tanto.

—¿Seguro? Porque, sin ánimo de ofender, eso suena a una situación bastante morbosa. Enrollarte a espaldas de tu mejor amiga, intentar robarle el novio... Seguro que ella le hacía mamadas en el sofá mientras tú te duchabas.

Me encogí. Por mucho que me gustaran Hayden y Adam, pensar en ellos haciendo algo más que cogerse de la mano me resultaba incómodo y un poco sucio. Sobre todo porque la última vez que los vi yo estaba conteniendo las lágrimas. Hayden sabía que estaba disgustada, pero también sabía que no debía preguntar por qué.

—No fue así. —Agité la mano con displicencia, intentando que no se notara que me moría de ganas de cambiar de tema—. Eran amigos desde hacía años. Lo suyo fue un encuentro fortuito, y la que hacía de carabina en esa relación era yo.

—¿Carabina? —sonrió con malicia, haciendo bailar las cejas.

Puse los ojos en blanco. —No pasó nada guarro, así que deja de pensar en cochinadas.

—Vale, ¿pero por qué no tenía ni idea?

Me encogí de hombros y agité la mano. —El año pasado estabas ocupada acosando al equipo de hockey.

Sienna se quedó boquiabierta. —¿Acosando? Soy su periodista principal. Me necesitan. Si no los sigo a todas partes como un halcón a su presa, no tendrán absolutamente ninguna cobertura en esta universidad.

Tenía razón. La Universidad de Covey había pasado olímpicamente de su equipo de hockey durante los últimos años. Las cosas solo empezaron a mejorar para ellos cuando el hijo de un exalumno empezó a estudiar aquí. Eso era todo lo que yo sabía de ese deporte.

—No estoy cuestionando tu integridad periodística, te estoy pidiendo consejo. —Sutilmente, volví al tema que nos ocupaba, ya que hablar de mi vida amorosa, o de la falta de ella, se estaba volviendo deprimente—. ¿Cómo puede una pareja estancada darle vidilla a su relación?

Sienna agitó la mano en el aire como si intentara que se le ocurriera algo. —No sé. ¿Quizá sugerir que se compren lencería nueva?

Se le iluminaron los ojos y se inclinó aún más. —Ah, espera. Ya lo tengo. ¿Y un juguete nuevo? —enarcó las cejas y abrió el cajón de mi escritorio. Miré la caja rosa brillante y precintada, pero no hice ningún amago de sacarla.

Cuando se dio cuenta de mi reticencia, resopló, la sacó ella misma y la dejó sobre la mesa delante de mí con una sonrisa satisfecha.

Enarqué una ceja, pero estaba demasiado sorprendida de que la hubiera sacado como para decir nada.

—¿No se suponía que tenías que escribir una reseña sobre esto el año pasado? —El suave golpeteo de su dedo contra la caja era el único ruido en la habitación mientras yo la miraba fijamente.

La foto de un vibrador rosa neón con forma de rosa me devolvió la mirada. Ni siquiera había intentado llevarme aquello a casa por miedo a que me atracaran y el agresor se enterara de mis planes para la noche.

Sienna señaló el centro de la rosa, rodeándolo con el dedo. —He oído que este cacharro puede hacer que se te pongan los dedos de los pies en garra y los ojos en blanco en menos de diez segundos.

—No sabría decirte —dije, empujando la caja de vuelta hacia ella—. Además, no me han pedido que haga una reseña. Sería raro. Alguien me lo regaló en el Amigo Invisible del año pasado, y solo puedo suponer que fuiste tú, porque es imposible que Dillon me regalara esto.

Una sonrisa se dibujó en sus labios, confirmándolo. —¿Sigo pensando que sería una reseña increíble. ¿Te imaginas toda la interacción que conseguiríamos?

—Si te parece tan buena idea, entonces escríbela tú.

Sienna frunció el ceño y volvió a mirar la caja.

—Quizá lo haga, pero me compraré uno para mí. No quiero privarte de nada. No te voy a mentir, podría venirte bien.

Como pedirle consejo a Sienna no me estaba llevando a ninguna parte, intenté de nuevo escribir una respuesta para *Spillit*.

Estimado/a Minktoast:

Son tiempos difíciles, ¿por qué no animar un poco las cosas mostrándole a su novio una faceta diferente de usted? Quizá incluso comprar…

Sienna jadeó, interrumpiendo mi concentración. —¿¡Ay, Dios mío! Se me había olvidado por completo preguntarte qué tal fue la boda de la NFL. ¿Alguna historia buena?

Sus ojos brillaron con picardía y se mordió el labio inferior.

Me encogí. La única historia que salió de aquella noche, aparte de que Devin y Reign se casaron, fue mi perdición. Mi respiración se volvió pesada mientras la vergüenza me recorría cada fibra de mi ser. Había hecho un gran trabajo ignorando a Matty desde entonces y, por suerte, todos los que estuvieron en la boda habían estado demasiado ocupados durante el verano como para hacer preguntas. Pero ahora habíamos vuelto a la universidad, y estaba segura de que todo saldría a la luz pronto.

—La boda estuvo genial. Mi amiga era una novia preciosa y la ceremonia fue fantástica. Tenían rosas y margaritas por todas partes. Fue increíble.

—¿Entonces por qué parece que quieres sacarme los ojos por haberte preguntado?

Mi sonrisa se desvaneció. De verdad creía que había conseguido disimular mi fastidio. —No es nada. Solo que pasaron otras gilipolleces que preferiría olvidar.

—¿En serio? —Sienna inclinó la cabeza para poder mirarme más directamente. Le respondí con la mirada y lo comprendió al instante.

—Vaya. ¿Qué narices pasó? Tuvo que ser gordo para que te pongas así. Tú nunca eres dramática.

Tragué saliva, sabiendo que le había dado demasiadas pistas y que no iba a conseguir que Sienna dejara el tema. Era como un perro con un hueso cuando creía haber olido una historia, y yo, sin querer, le había dado una.

—¿Es porque fuiste sola y todos los primos solteros te tiraron los tejos? ¿Te liaste con algún pringado?

—No me lié con ningún primo solitario.

Sienna pareció casi decepcionada al admitirlo. —Ah, ya entiendo. Ese es el problema. No te liaste con nadie, ¿así que estabas más sola que la una?

—No. ¿Sabes qué? ¿Podemos dejarlo? Para empezar, no debería haberlo mencionado.

—Sinceramente, sigo sin entender por qué tu «mejor amiguito» del pelo alborotado y tú no fuisteis juntos. ¿Cómo se llama? ¿Mickey McMichaelson?

—Matty Mathieson.

Puso los ojos en blanco y gimió. —Sabía que era un nombre estúpido. Pero, sinceramente, llevas coladita por ese tío desde que te conocí en primero, y aquí estamos, en nuestro último año, y sigues suspirando por él como si hubiera inventado la leche.

Me eché hacia atrás en la silla de oficina para encarar el ordenador y suspiré. —Sí, bueno, pues esos suspiros se han acabado de verdad. —Me fulminé la mano con la mirada como si eso pudiera borrar el recuerdo de Matty, pero no hizo más que confirmar el estúpido error que había cometido.

—¿Qué pasó? —susurró Sienna, posando su mano en mi espalda. Una lágrima rodó por mi mejilla, así que me sequé los ojos. Genial. Estaba dejando claro que había pasado algo gordo.

—No puedo hablar de ello. —Mi voz sonó débil y rota, que era exactamente como me sentía después de tener que admitir ante mí misma que casi había arruinado el compromiso de mi mejor amigo.

Yo no hacía ese tipo de cosas. Yo era la chica que amaba los cuentos de hadas y el romance. Solo había soñado con tener una relación como la de mis padres, y hacer algo remotamente sórdido no me parecía bien.

Todavía estaba buscando a mi único y verdadero amor y, estúpidamente, mi corazón quería creer que ya lo había encontrado en Matty.

—No pasa nada. No tienes por qué hacerlo —dijo, dándome una palmada en la espalda tan dolorosa que me arrancó la tristeza del pecho de cuajo—. Creo que sé lo que te haría sentir mejor. —La miré, agradecida de que no hubiera mencionado lo vidriosos que estaban mis ojos—. Un cambio.

—¿De qué? ¿De ropa?

—No. Tienes que abrirte al mundo. Conocer a chicos nuevos. Salir con gente que no conozcas de toda tu carrera universitaria. Al fin y al cabo, este es tu último año. Pronto tendrás que enfrentarte al temible mundo de la comunicación audiovisual. Tienes que divertirte mientras puedas.

Sienna me miró con sinceridad y quise sonreír. Tenía buenas intenciones, pero a veces me preguntaba si funcionaba a un nivel diferente que los demás. Nunca dejaba que las emociones la dominaran y, a menudo, me preguntaba si sentía algo en absoluto, pero tampoco era como si le hubiera dado el contexto de por qué estaba tan disgustada. Probablemente por eso insistía tanto en que meterme en la cama de otro chico lo arreglaría.

—Sabes —dijo arrastrando las palabras, y yo gemí para mis adentros, negándome a apartar la vista de la pantalla del ordenador.

Quería a Sienna con todo mi corazón, pero lo que más había aprendido de ella es que si le das la mano, se toma el brazo entero.

—Resulta que hay un chico...

—No.

Puso morritos y frunció el ceño como una niña malcriada.

—Ni siquiera me has dejado terminar.

—Porque no me interesa una cita a ciegas.

—¿Quién ha dicho nada de a ciegas? ¿Te suena de algo Erik Steele?

—De nada en absoluto.

Miró al cielo y resopló con fastidio. —Bueno, pues está en el equipo de hockey.

—¿El equipo de hockey no te odia?

—Ya no.

—¿Pero lo hacían?

—Sí, en segundo tuvimos un malentendido enorme. Pero ahora les caigo bien. —Torció los labios, pensativa—. Aunque puede que sea porque Dash Bridges y Cade Bright ya no están. Ellos eran los que no me tragaban. Pero bueno, me gusta pensar que he entablado algo parecido a una amistad con Erik. —Me recorrió con la mirada de arriba abajo, y sus labios se curvaron con desdén—. Aunque no como tú y Matty sois amigos. Lo vuestro es un lío de narices. —Negó con la cabeza—. Pero esa no es la cuestión. Creo que tú y Erik congeniaríais de verdad. Te aviso de que es un poco mujeriego, pero estoy casi segura de que es porque no ha encontrado a la chica adecuada. Todavía.

—¿Y crees que esa chica soy yo?

—¿Y por qué no? A ti te encanta ver deportes. Él practica un deporte. No se me ocurre una vida mejor para vosotros dos.

—No he visto hockey en mi vida.

—¿Nunca? —Enarcó una ceja.

—Nunca. Ni un segundo por accidente en un bar de deportes. Mi familia es de béisbol y fútbol americano. Si echan uno de esos partidos, no salimos de casa.

—¿Y qué? Cámbiate de bando. Los chicos del hockey son la re-leche.

—Y a ti se te va la olla.

—Pues yo creo que no. Ya he pensado en el nombre de *ship* perfecto para vosotros dos.

Levantó las manos como si estuviera presentando algo.

—Brik —dijo tan orgullosa que no sabía si estaba de broma o no.

Me quedé mirando a mi amiga, pensando que se le había ido la cabeza, hasta que dejó caer los hombros.

—Vale, bueno, si no te van los chicos del hockey, entonces quizás tengas que conformarte con el equipo de fútbol. Aunque dudo mucho que Matty dejara que salieras con uno de sus compañeros.

Y lo había vuelto a hacer. Mencionar al chico que me arrancó el corazón, lo metió en una tostadora, la encendió y luego lo tiró a una bañera llena.

Este año iba a ser una pesadilla si no podía superar ni mi primer día de Periodismo sin mencionarlo. Tampoco ayudaba que fuera la presentadora principal para el equipo de fútbol, lo que significaba que me tocarían entrevistas a jugadores y análisis. Por mucho que temiera volver a ver a Matty, necesitaba ese puesto de presentadora todavía más. No solo me daría los créditos adecuados para graduarme, sino que era mi sueño.

Siempre había querido ser presentadora en la NFL, y esto era un trampolín para conseguirlo.

—Pero supongo que si apareces con unos Daisy Dukes y la camiseta de otro jugador, no hay forma de que Matty pueda impedir que sus compañeros se interesen por ti. He oído que Jackson James está soltero.

—No voy a salir con nadie del equipo de fútbol. Es mi primera y única oportunidad de ser presentadora principal y quiero que me tomen en serio.

—Vale. Tienes razón. —Levantó la vista al cielo y frunció el ceño—. Lo entiendo. *Chally Sports* no va a querer contratar a una presentadora deportiva que sale con alguien del equipo. Imagina el lío si hay una ruptura.

Tragué saliva. Esa no era una regla que me preocupara romper durante el verano. Solo la estaba usando ahora que necesitaba una excusa conveniente para no salir con un jugador.

—No me encuentro muy bien. —Abrí el cajón que había junto a Sienna, cogí un bote de Pepto-Bismol, lo abrí de un giro y me bebí el líquido rosa directamente de la botella.

A Sienna se le fue el color de la cara mientras yo tragaba aquel fluido espeso. —Oh, no.

—¿Qué? —Me limpié la boca con el brazo y lamí cualquier resto que quedara.

—¿Cómo no me he dado cuenta antes?

—¿Dar te cuenta de qué?

—La negativa a contarme lo que pasó con Matty. La reticencia a tener una cita. Tus problemas intestinales. Brittany Brennon, ¿estás embarazada de los pequeños Michaels de Matty Michaelson?

—Es Mathieson, y no. —Por suerte, me había tragado el Pepto-Bismol antes de que tuviera la audacia de preguntar eso.

—¿Estás segura? ¿Usasteis protección?

Puede que nos hubiéramos acercado peligrosamente, pero no tenía sentido mencionarlo. A estas alturas, todo era un recuerdo lejano. No estaba embarazada. No podía estarlo.

—¿No tiene que haber algún tipo de inserción para que eso ocurra?

—Oh, Britt. —Me señaló a la cara—. ¿No acabo de decir que se te da fatal guardar secretos? No te acostaste con él, pero está claro que algo pasó.

Apreté los labios.

—Lo sabía. Ese chico está enamorado de ti. Sinceramente, no entiendo cómo no os liasteis antes. Cuando estás en la misma habitación, no puede dejar de mirarte.

—¡Basta! No está enamorado de mí, y oír esas cosas solo lo hace todo más difícil.

Sienna retrocedió, sorprendida por mi arrebato. No solía enfadarme, pero la mención constante de Matty me estaba recordando el peor día de mi vida.

—Lo siento, B. —Ahora hablaba mucho más bajo, mirándome con la compasión que yo intentaba evitar—. No sé qué pasó entre tú y Matty, pero está claro que te está afectando, y odio verte así. Sabes que estoy aquí si quieres hablar. Prometo que no sacaré conclusiones precipitadas como acabo de hacer. Te escucharé, y estaré aquí cuando estés lista para contármelo.

—Gracias —solté, todavía sin ganas de mirarla. Había reaccionado de forma exagerada, sobre todo porque me lo estaba guardando todo, preocupada de que si le contaba la verdad, me derrumbaría en mi escritorio.

Sienna me apretó el hombro mientras pasaba en silencio a mi lado. Ya me disculparía mañana por mi numerito, pero primero tenía que terminar la respuesta para el estúpido blog *Spillit.*

Al releer la pregunta, no se me ocurría nada perspicaz que decir, y eso solo me molestó más.

Odiaba este estúpido blog. No solo porque se me diera fatal dar consejos, sino porque fue la única razón por la que asistí a aquella hoguera en primero. Ergo, era la única razón por la que era la mejor amiga de Matty. Si eso no hubiera ocurrido, ¿estaría sintiendo este desamor ahora mismo?

Matty habría sido el pateador guapo de mi clase al que admiraba, y eso habría sido todo. Nunca habría sabido cuánto teníamos en común ni lo que se sentía al estar cerca de él.

Escribí una respuesta sin sentido, importándome un bledo el problema de la remitente porque no tenía de qué quejarse. Ella tenía un novio por el que luchar. Yo no tenía nada, salvo recuerdos bochornosos.

Me había pasado toda la carrera universitaria suspirando por un chico que no me veía más que como su mejor amiga. Entonces me dejé llevar por sus palabras de borracho, pensando que de verdad me deseaba, y le dejé que me comiera el coño, solo para darme cuenta de que estaba prometido.

¡Prometido!

La palabra revoloteaba en mi cabeza mientras intentaba asimilarla de nuevo. Sencillamente, no encajaba con lo que había pasado entre nosotros, y eso hacía que me costara superarlo.

Mi mirada se desvió hacia el móvil y me reí con amargura al ver la de mensajes que Matty me había mandado durante el verano. Por extraño que pareciera, daba igual cuántas veces lo bloqueara, los mensajes seguían llegando.

Lo siento, Britt.

¿Podemos hablar de lo nuestro y de todo lo que pasó en Las Vegas?

Sé que fue demasiado, pero puedo arreglarlo.

Britt, por favor. No quiero perderte.

Al final del verano, pensé que por fin se había rendido, pero la semana que volvimos, intensificó los mensajes de nuevo.

No podía esconderme de él para siempre. Compartíamos muchas clases, pero tenía que protegerme.

Mi cabeza sabía cuál era mi lugar en la vida de Matty, pero mi corazón luchaba contra ello. Era imposible que pudiera oírle decir «estoy prometido» sin hacerme un ovillo en el suelo hecha un mar de lágrimas.

Nunca sería mío.

Esperaba que, si veía fotos de la feliz pareja, eso me ayudara a insensibilizarme ante toda la experiencia. Las fotos son estáticas. Un recuerdo congelado en el tiempo que no podía ser testigo de cómo se me rompía el corazón.

Hablar me destrozaría. Su voz grave y melosa era mi criptonita y tenía la capacidad de hacer que me temblaran las piernas sin siquiera intentarlo.

Me mordí el labio inferior mientras las lágrimas amenazaban con caer solo de pensarlo.

Él intentaría darme la noticia con tacto, diciendo que todavía quería que fuéramos amigos. Entonces yo tendría que decir que fue un error de borrachos y que nada de eso contaba. Él probablemente suspiraría de alivio y me diría lo enamorado que estaba de Olana y, como la obediente mejor amiga que era, tendría que mostrarme *feliz* por él.

Se me revolvió el estómago al pensar en esa posibilidad. ¿Me nombraría su dama de honor en su boda, como hizo Reign con Adam? Agarrando el protector estomacal, le di otro trago, preguntándome si sería posible tener una sobredosis de aquella cosa, pero sin ganas de parar.

Como si pudiera oír mis pensamientos, el nombre de Matty apareció en mi pantalla.

Matty: Ey. ¿Estás ya en el campus?

Flexioné los dedos, conteniéndome para no mandarle un mensaje incoherente lleno de improperios, diciéndole que me dejara en paz. ¿De qué serviría?

Él había tomado su decisión. Yo se lo había dado todo, y aun así no fue suficiente comparado con Olana. Gritar y chillar solo haría que pareciera una desquiciada.

Y oír las palabras de su boca tampoco me haría ningún favor.

Era estúpido y me estaba engañando a mí misma. Tenía que pasar página. Una tarea que sería un poco más fácil si no tuviera que hablar con él.

Respiré hondo, sacudí la cabeza para desechar esos pensamientos y me enderecé. No permitiría que Matty o su falta de amor por mí me afectaran más. No merecía la pena.

Giré el móvil y pasé los dedos por el teclado, borrando mi antigua respuesta para *Spillit* y sustituyéndola por una nueva.

Estimado Minktoast:

Son tiempos difíciles, ¿por qué no le pone un poco de picante al asunto mostrándole a su novio una faceta diferente de usted? ¿Ha probado a comprar juguetes nuevos para el dormitorio? Eso siempre es un buen giro de guion.

Besos,

Spillit

Listo.

Yo no iba a pillar cacho en mucho tiempo, pero al menos Minktoast sí.

CAPÍTULO 8

Matty

Solté un suspiro y me pasé una mano por el pelo, haciendo todo lo que podía por ignorar la discusión que tenía lugar en mi nuevo salón.

Thea, la hermana de mi compañero de piso, Tanner, estaba tapando el partido de béisbol mientras discutía con su hermano por algo. No era nada nuevo para los mellizos, y supuse que todo había empezado en el útero, pero a mí no me hacía ninguna gracia. El día de hoy era demasiado importante para eso.

Thea gimió sonoramente y se dejó caer en el sofá mientras miraba mal a Tanner. —Que tú no creas que deba hacerlo no significa que tenga que hacerte caso.

—¿No crees que sería sensato escuchar a alguien que tiene más información sobre el tema?

—¿Y no crees tú que sería sensato no hablarle a tu hermana como un gilipollas de primera? —se burló ella.

Jackson escupió la bebida y me sonrió. Yo no le devolví la sonrisa. En lugar de eso, pasé las manos por la encimera antes de resoplar y dejar caer la cabeza entre los hombros.

¿Era una locura decir que, aunque no estaba disfrutando de la conversación, me encantaba este piso y los dos tíos con los que vivía? Tanner, Jackson y yo lo elegimos hacía cosa de un mes después de enterarnos de que Aiden no nos iba a dejar quedarnos con él después del verano. No creía que muchas cosas pudieran superar una casa recién reformada con piscina, pero me equivocaba.

El piso estaba un poco más lejos del campus, pero tenía tres habitaciones de buen tamaño con una cocina moderna y un salón grande. Todo en él era perfecto para nosotros tres. Y lo mejor era que no teníamos que escuchar a Aiden y Lyss compitiendo por el récord mundial de los gemidos más fuertes del planeta cada noche. Su habitación insonorizada no era tan silenciosa como él creía, o quizá sabían que podíamos oírlos y eso era parte de la gracia para ellos.

—Esto no es para tomárselo a broma, Thea —le advirtió Tanner.

—¿Qué te hace pensar que estoy bromeando? Necesito un sitio donde quedarme y allí hay hueco. A menos que quieras que duerma en vuestro sofá por tiempo indefinido, más te valdría apoyar lo de la hermandad y dejar que haga las pruebas.

—¿Por qué no puedes quedarte en la misma residencia del año pasado?

—Esa habitación era un armario de escobas. No podía ni hacer yoga ahí dentro.

Jackson resopló. —¿Haces yoga?

—Cállate, Gorra de Béisbol.

—¿Gorra de Béisbol?

Ella se encogió de hombros, mirándolo de arriba abajo. —Sí, Gorra de Béisbol. ¿Por qué llevas siempre una? ¿Estás intentando dejarte crecer un flequillo mal cortado o algo así?

—No —bufó Jackson, ajustándose la visera de la gorra y hundiéndose en el sofá.

—Thea, el corte de pelo de Jackson no es importante ahora mismo. Estamos hablando de que te unas a una hermandad que es famosa por acosar a sus miembros.

—Famosa en el pasado. Punto clave. Porque a todas las miembros que acosaban las expulsaron, y por eso tienen sitio con habitaciones increíbles. ¿Sabes que una de ellas tiene un baño con una bañera

con patas? —Miró a Tanner y a Jackson con las cejas levantadas hasta la línea del pelo—. Nunca he tenido un baño con bañera, y mucho menos una con elegantes patas doradas.

—¿Es que nunca escuchas?

—¿Y tú? —replicó ella antes de poner los ojos en blanco—. ¿Sabes? Si no fueras mi mellizo, ya te habría bloqueado. Eres como ese tábano molesto en verano que hace imposible ponerse moreno.

Jackson resopló ante eso. —¿Esa es tu excusa para estar más pálida que un oso polar?

—Ah, ¿con que vamos a empezar por ahí? —Dio un paso al frente, fulminando a Jackson con la mirada.

—Thea —dijo Tanner con más fuerza—. Si tanto me odiaras, dudo que estuvieras ahora mismo en mi piso, y mucho menos durmiendo en nuestro sofá hasta que encuentres un sitio.

—¿Queréis parar de una vez? ¿Por favor? —interrumpió Jackson, fulminándolos con la mirada—. Estoy intentando ver el partido de los Catfish y con vuestra discusión es imposible que me impresione el número de lanzamientos de Hawk. Lleva veintiocho en la tercera entrada.

Thea puso los ojos en blanco y luego los entornó hacia mi compañero de piso. —Bueno, si pudieras hacer entrar en razón a mi hermano, podrías ver a tu hombre pájaro en paz.

Suspiró de forma dramática y, por mucho que estuviera de acuerdo con Jackson, no me molesté en detener los gritos. Tenía otras cosas en la cabeza.

Bip. Bip. Bip.

Mi móvil estaba en la encimera, delante de mí, y cuando vi su nombre, la decepción me recorrió las venas.

Olana: ¿Se lo has dicho ya? Necesitan saberlo para poder encontrar a otro compañero de piso antes de que sea demasiado tarde.

Apreté los labios y deslicé el móvil por la encimera hasta que quedó apoyado en una pila de papeles que Thea había dejado encima. Después de todo, técnicamente era su habitación.

Cuando el móvil volvió a vibrar, quise gruñir, pero me contuve. Después de la confesión de Olana en la boda, estaba haciendo todo lo posible para que volviera con ella. Eso incluía vivir juntos. Ni de coña iba a pasar eso.

Había probado la perfección con Britt, y eso solo me hizo darme cuenta de que nunca había estado enamorado de Olana. Solo creía que le debía algo después de que me ayudara con lo de mi padre.

Sí le debía algo, y sí necesitaba mi ayuda. La culpa que sentía por ello me carcomía por dentro. Quizá si le compraba un piso, me dejaría en paz.

No era que de verdad quisiera que viviera con ella. Me *necesitaba*. Discutíamos, casi nunca estábamos de acuerdo, y me negaba a dejar que me aislara de mis amigos. Algo que había estado intentando hacer desde el primer año de universidad.

Al mirar a Tanner y a Jackson, sonreí. Ella siempre los había odiado, pero el sentimiento era mutuo. Mis amigos no se andaban con rodeos cuando se trataba de mi ex. La consideraban controladora, odiosa y agobiante. Tenían razón, pero nunca habían entendido del todo por qué le era tan leal. Ninguno de ellos estaba cuando yo era pequeño. Ninguno de ellos vio lo que le pasó a mi madre y cómo eso me cambió.

Mi móvil volvió a sonar y mis dedos se aferraron a la encimera con la fuerza suficiente como para esperar ver grietas.

¿Por qué tenía que ser siempre Olana la que me perseguía?

¿Dónde estaba Britt?

Hacía dos meses que no hablábamos. Desde que nos besamos, desde que se corrió en mi lengua, y yo me moría por volver a verla, pero pasó de mí por completo. Y yo que pensaba que se le había

olvidado sin más decirme que tenía que coger un vuelo antes y que todo iría bien entre nosotros.

No fue así.

No llamó. No envió ningún mensaje. Ni siquiera publicó nada en las redes sociales. La única razón por la que sabía que estaba viva era porque había visto fotos suyas en las redes de su hermano Sam un par de veces.

Eso, y que puede que le hackeara el móvil para comprobar que seguía funcionando y que no se le había caído del avión ni nada por el estilo.

Por desgracia para mí, funcionaba, y no había día que no cargara la batería.

¿Tan malo tiene que ser un orgasmo para que pases de un tío justo después? Sinceramente, puede que yo no tenga tanta experiencia, pero por lo mojada que estaba y por cómo se contraía alrededor de mis dedos, pensé que estaba disfrutando.

—Por favor, cállate un par de segundos —refunfuñó Jackson, señalando la tele—. Hawk está a punto de hacer historia como lanzador y vuestra discusión me está aguando la fiesta.

—Pues lárgate de mi cuarto y míralo en el tuyo —le espetó Thea con descaro.

Jackson frunció los labios antes de decir entre dientes: —Cuando la pagues tú, entonces podremos discutir dónde veo la tele.

—Jackson —le advirtió Tanner.

—¿Qué? Lo único que quería era tener un domingo de relax. No solo estáis plantados delante de la tele, sino que discutís como si creyeseis que es más interesante que el partido de béisbol. ¿Qué te parece esto, Thea? Te puedes quedar mi cuarto si eso significa que vas a discutir ahí dentro. Así a lo mejor consigo un poco de paz.

—Sería la mayor movida que ha visto tu cuarto desde que te mudaste.

Jackson arrugó el gesto. —¿Con tu hermano? Qué asco.

—Me refería a los gritos. No sé a qué tipo de movida se refería tu mente calenturienta.

Jackson giró la cabeza y me fulminó con la mirada. —Matty. Has estado muy callado. ¿Cuál es tu opinión sobre esto?

Solté un suspiro, intentando pensar en una respuesta que fuera menos borde que un «me da igual». No era asunto mío en qué hermandad quería entrar la hermana de mi compañero de equipo y, francamente, tenía cosas más importantes de las que preocuparme, como el hecho de que Britt no me dirigía la palabra.

—Creo que Thea debería hacer lo que la haga feliz. —Listo. Eso sonaba bien.

Cuando el móvil me vibró de nuevo, miré inconscientemente el mensaje.

Olana: Matty. Ignorarme no va a hacer que desaparezca. Tienes compromisos.

Gruñí y me aparté de la encimera. ¿Por qué no paraba de enviarme mensajes? Ah, claro, porque Olana creía que era mi novia. Yo, en cambio, no estaba seguro de si Britt era siquiera mi amiga a estas alturas.

El móvil sonó otra vez y cerré los ojos, intentando serenarme.

—¿Quién te manda tantos mensajes? ¿Britt? —preguntó Tanner, probablemente para desviar la atención de él y su hermana por unos segundos—. Ay. ¿Eso a qué ha venido?

Jackson negó con la cabeza, mirando fijamente a Tanner. —No le menciones a Britt a Matty.

—¿Por qué no? ¿No se habían liado? Ay. Tío. Deja de pellizcarme el brazo. Tengo que poder lanzar la pelota para ser el *quarterback*, ¿sabes?

Jackson negó con la cabeza y fulminó a Thea con la mirada. —¿Se lo has contado tú?

—Vamos, Jackson. No puedes darme un cotilleo así y esperar que no se lo cuente a mi hermano. Son compañeros de cuarto, por el amor de Dios.

—Eres insufrible.

—Eh, cuidado. Es mi hermana.

—Ah, ¿o sea que tú puedes llamárselo, pero yo tengo que medir mis palabras?

—Preferiría que nadie me llamara insufrible, muchas gracias.

—Entonces, si no es la que no debe ser nombrada, ¿quién te manda mensajes sin parar? —dijo Jackson, recostándose en su asiento.

—Olana —solté con un suspiro. No tenía sentido ocultarlo. Al paso que íbamos, no me cabía duda de que Olana se plantaría aquí para imponerse, aunque no le hubiera dado mi dirección.

Como era de esperar, la habitación se quedó en silencio. Hasta Thea le tenía manía a Olana, y eso que solo llevaba aquí un año.

Jackson rompió el silencio. —Ya que la has mencionado. ¿Pensabas contarnos alguna vez por qué se plantó en la boda?

—Hala, espera. —Tanner nos miró a Jackson y a mí, y luego a Thea —. ¿Olana apareció en la boda?

—¿Thea no te contó toda la historia, entonces?

—Está claro que no.

—Matty y Britt se liaron. —Jackson lo dijo con toda naturalidad, como si fuera inevitable, y, francamente, cuando sus labios estaban sobre los míos, así lo sentí. Inevitable. Durante el breve instante que estuvimos juntos, no existía nadie más. No necesitaba a nadie. Solo éramos ella y yo, y yo era feliz. Jodidamente feliz.

—No nos liamos —dije entre dientes, agarrándome a la encimera con tanta fuerza que los nudillos se me pusieron blancos. Nadie tenía por qué saber lo que pasó entre Britt y yo. No necesitaban saber que hicimos cosas más íntimas que el sexo. Siempre

lamentaré haber sido tan avaricioso como para tener que buscar un condón en lugar de disfrutar de ella mientras tuve la oportunidad.

—Entonces, ¿adónde fuisteis cuando el resto nos estábamos divirtiendo en la fiesta de después?

—A ninguna parte.

—Bueno, a alguna parte fuisteis, porque os buscamos por toda la discoteca, pero no estabais ninguno de los dos, y eso fue al menos dos horas antes de que el resto nos fuéramos.

Me apreté el puente de la nariz, molesto porque la respuesta a dónde habíamos estado me estaba dando dolor de cabeza.

—Estábamos allí. Simplemente no nos visteis. —Me conformé con una respuesta mediocre porque la verdad era difícil de tragar.

—Vale. —Jackson no me creyó y volvió a mirar a Tanner—. Pues bien, estos dos estuvieron dale que te pego toda la noche, y no me refiero solo a que se estuvieran enrollando. Hablo de un magreo en toda regla en medio de la pista de baile privada. Les importaba una mierda quién los viera y, sinceramente, me sentí un poco pervertido.

—¿Te pareció? —intervino Thea.

Jackson ignoró su pulla. —No podía dejar de mirar. Pero, de repente, desaparecieron. Supuse que habían encontrado un cuarto de las escobas para echar un polvo, porque la siguiente vez que vimos a Matty fue en el desayuno.

Thea se tapó los oídos e hizo una mueca de asco. —Demasiada información. No voy a poder volver a mirar a Matty de la misma manera.

—Tienes razón, me he ido por las ramas. Lo más importante es que Olana arruinó la que debería haber sido la mejor noche de la vida de Matty. —Jackson me miró con una mueca de desdén—. De verdad, ese día vi a una acosadora en acción. Entró con el pelo teñido de rubio platino, parecía una fan de Britt, y le pasó el brazo por el cuello a Matty como si fuera su hurón mascota. Espera, ¿qué pasó con ese bicho, por cierto?

—Fred —dije.

—¿Eh? —Jackson me miró confundido.

—El hurón se llama Fred y todavía lo tiene. Lo que pasa es que en el piso que alquilaba el año pasado no le permitían tener mascotas, así que su hermano se lo está cuidando hasta que ella encuentre un sitio mejor.

—¿Así que está buscando casa? —preguntó Jackson, arqueando una ceja.

Asentí.

Sonrió con suficiencia y dirigió su mirada a Thea. —Oye, Thea —dijo, sonriendo de oreja a oreja—. Creo que te he encontrado una nueva compañera de piso.

—No se me ocurre nada peor que tener que oír a Matty y a Olana dándole que te pego. ¿Crees que fingen ser hurones? —dijo Thea.

Jackson soltó una carcajada y yo apreté los labios. ¿Cómo era posible que esa fuera mi realidad? Tenía a Olana pegada a mí como una lapa y, por mucho que quisiera quitármela de encima, sabía que era prácticamente imposible.

—Espera, ¿eso significa que has vuelto con Olana? —Tanner no pudo ocultar la sorpresa en su voz. No me extrañaba. Él era el único que estaba en casa cuando volví después de descubrir todo lo que ella había estado haciendo a mis espaldas. Lo de todos los tíos, y cómo pedí cita inmediatamente para hacerme unos análisis. Él estaba allí cuando dije que se había acabado entre nosotros y lo decía en serio.

—¿Podemos dejar de hablar de mi cagada monumental, por favor? —dije, dando un puñetazo en la mesa.

Jackson levantó la mano, mirando a los gemelos. —Casi he terminado. No han oído la peor parte. Así que, imaginaos, estamos todos sentados en el desayuno con Olana, quien sonríe como si Matty fuera el mejor premio del mundo, y la verdad, siempre me he preguntado por qué está tan obsesionada contigo. Y con Britt, ya que estamos. Eres mono cuando te cortas el pelo, pero no estás al

nivel de bueno de Aiden. A ese tío le basta con mirar a alguien para que se le caiga la ropa.

—Eres un cerdo, y no es que tú puedas hablar de pelo, señor Gorra de Béisbol. —Thea se cruzó de brazos y negó con la cabeza mientras se acercaba a mí con una mirada de consuelo—. No le hagas caso. Creo que eres el más mono del grupo.

Mascullé un «gracias» porque no quería ser maleducado, pero me daba igual lo que Thea, Jackson o cualquiera pensara de mí. Solo me importaba Britt. Siempre me había importado solo Britt.

—Vale, vale. Lo pillo. Lo siento. Está claro que tienes algún tipo de carisma que yo todavía no he descubierto. Pero bueno, ahí estábamos, desayunando, mientras Adam y Hayden llevaban a una Britt desconsolada al aeropuerto. —Jackson chasqueó la lengua mientras me fulminaba con la mirada.

¿Britt desconsolada?

—¿De qué estás hablando? —¿Alguien le había hecho daño? Mi mente iba a toda velocidad, repasando la noche entera y preguntándome por qué estaría disgustada. Me zafé de Thea y me fui hacia el salón para poder hablar directamente con Jackson.

Sus ojos se abrieron como platos. —¡¿Qué parte necesita una aclaración?! ¿La parte en la que trataste a la tía más buena del campus como a una mierda o la parte en la que elegiste a la tía que te trata *a ti* como a una mierda?

—¿Britt estaba desconsolada en el aeropuerto?

—Pues sí. ¿Por qué me miras como si esto fuera nuevo para ti? ¿No envió Adam el mensaje al chat del grupo? —Jackson levantó el culo para sacar el móvil y buscó entre sus mensajes.

—No. —Apreté el puño, preguntándome qué demonios la había cabreado tanto. Olana. Era la única explicación, pero no la había visto. Ni Adam ni Hayden tampoco, así que, ¿cómo se había enterado antes de irse? No tenía ningún sentido.

A menos que…

Realmente se arrepintiera. Quizá estaba enfadada porque lo habíamos llevado tan lejos y habíamos arruinado nuestra amistad. Quizá no me hablaba porque no quería darme una idea equivocada. Quizá pensaba que *yo* me estaba comportando como un acosador.

—Ah, aquí está. Qué curioso. Parece que solo me lo mandó a mí. Uy, a lo mejor se suponía que no debía contarlo.

—¿Qué dice?

—La verdad es que no debería.

—Venga ya, Jackson, ya has hecho bastante —dice Thea desde la cocina—. Lee el puto mensaje de una vez.

—Vale. Dice: «Hemos vuelto sanos y salvos, no es que te importe. ¿Sabes por qué Britt ha estado llorando a lágrima viva durante todo el camino al aeropuerto?».

—¿Qué le respondiste?

Jackson se encogió de hombros. —Le dije la verdad, que creía que tenía algo que ver con que Olana estuviera en la mesa del desayuno.

¿Así que no le había contado a Adam por qué estaba disgustada?

—Supongo que por eso ni Hayden ni Adam me han devuelto las llamadas desde entonces —mascullé.

—Parece una apuesta segura —respondió Jackson.

Mierda. La había cagado pero bien.

—¿Te imaginas hacerle eso a Britt? —Jackson miró a Tanner y a Thea antes de clavar su mirada en mí—. Quiero decir, lleva enamorada de ti desde el primer año. Cualquiera con ojos podía verlo. Olana te tolera. No es un lugar en el que me gustaría estar, pero oye, es tu vida. Puedes cagarla como te dé la gana. Eso sí, la próxima vez, no le hagas daño a la tía buena que tiene que entrevistarnos durante el próximo año, porque la cosa se va a poner muy tensa.

—No fue eso lo que pasó. Yo quiero a Britt. Siempre la he querido solo a ella —dije.

—Ohhh —canturreó Thea, con la mano en el corazón.

—No creo que estuviera llorando por Olana —dije, pensándolo bien —. ¿Cómo demonios podía pensar que yo elegiría a Olana por encima de ella después de todo lo que le dije? Después de todo lo que hicimos. Yo no haría eso con cualquiera.

—¿Has hablado siquiera con Britt desde entonces?

—No —afirmé, volviendo a la encimera para poder mirar el móvil una vez más. Ninguna sorpresa. No había ningún mensaje de Britt, pero sí un montón de Olana. Saqué la mochila de un lado, metí el móvil dentro y me la colgué al hombro.

—¿Vas a hablar con ella?

—No —mentí, ya que no quería darle carnaza a Jackson, el rey de los cotilleos. Era exactamente lo que iba a hacer, puesto que no quería que esto siguiera así por más tiempo. Britt y yo hablábamos de todo. No nos ocultábamos la verdad, y si no me quería, necesitaba oírselo decir a ella. Dos meses era demasiado tiempo para estar en el limbo esperándola—. Llego tarde a un castigo.

—¿Un castigo? —preguntó Jackson con el ceño fruncido. Maldije para mis adentros mi estúpida mentira—. Es domingo y acaba de empezar el semestre. ¿Cómo te has metido ya en líos?

—Da igual. Quien la hace, la paga.

—Estamos en la universidad. Ni siquiera pensaba que siguieran poniéndolos.

—Sí que lo hacen cuando eres yo —resoplé. Las preguntas de Jackson estaban complicando tanto mi mentira que tuve que empezar a pensar en alguna vez anterior en la que me hubiera metido en problemas para que sonara verosímil—. El decano lo llama una medida disciplinaria, pero consiste en que me siente en una sala a escribir por qué voy a dejar de trastear con los ordenadores del campus.

—¿Qué sistema de seguridad has hackeado esta vez? —preguntó Jackson, sin inmutarse.

—No es asunto tuyo. Aunque yo no lo llamaría exactamente hackeo, ya que pude entrar en la base de datos con un *firestick* y el móvil, pero eso es algo que tiene que arreglar la universidad, no yo.

Thea abrió los ojos como platos, lo que me sorprendió. Pensaba que todo el mundo en el campus sabía que me gustaba hackear cosas después del incidente con la ex de Hayden. Intenté hacerlo pasar por obra de un amigo, pero la mayoría de la gente lo sabía, solo que no lo decían en voz alta. Se me daban bastante bien los ordenadores, y todo empezó cuando mi madre me llevó a una clase de programación cuando tenía siete años. Me encantó tanto que, para cuando tenía diez, ya estaba hackeando el sistema informático de mi colegio para subirme las notas. Cuando lo conseguí sin que me pillaran, la cosa se fue de las manos hasta el punto de que me movía al borde de la legalidad. Lo único bueno de mi pequeño pasatiempo era que me había hecho ganar más dinero que sentido común. El cuádruple de la cantidad que Aiden iba a heredar, pero yo no era ni de lejos tan ostentoso al respecto. Olana sabía de parte del dinero, pero no de todo. Había escondido la mayor parte en cuentas que serían casi imposibles de encontrar. Dejé de hacerlo por dinero cuando recibimos un par de visitas de los federales, pero a veces no podía evitarlo y hackeaba un sistema o dos, ya que era una buena manera de comprobar que mis habilidades seguían al día.

Thea tragó saliva. —¿Qué tipo de cosas hackeas?

—¿Te acuerdas de aquel partido que tuvimos contra Southern Collegiate hace un par de años? Ya sabes, el que se hizo viral —preguntó Jackson.

Thea asintió. ¿Quién podría olvidarlo? Hackeé la pantalla gigante y puse un vídeo del quarterback estrella de Southern Collegiate haciendo algunas cosas bastante horribles. Fue una de mis mejores obras.

—Puedes darle las gracias a Matty por eso. Si necesitas hackear un sistema, él es el hombre adecuado para el trabajo.

—¿Qué? ¿En serio? —Thea se irguió con interés—. ¿Crees que podrías hackear el sistema de las hermandades y mejorar mi posición en la selección?

—Claro —dije, atravesando el salón y saliendo—. Lo miraré.

—No hace falta. No va a presentarse a la selección —gritó Tanner, y entonces él y Thea volvieron a discutir.

—¡Otra vez no! —bramó Jackson, agarrando su gorra y tapándose la cara con ella. No me molesté en despedirme. Nadie me habría oído por encima de la discusión de Tanner y Thea.

Ahora que era libre, todo lo que tenía que hacer era encontrar a Britt y averiguar qué demonios pasaba entre nosotros.



De pie en el pasillo, miré a ambos lados antes de levantar la mano para llamar a la puerta. Apoyé el puño en la madera, pero no me animé a golpear. ¿Qué demonios me pasaba? El apartamento de Britt había sido como un segundo hogar y, sin embargo, me sentía como un invitado no deseado.

Era una estupidez. Tenía una llave y, el año anterior, si no estaba ella estudiando en mi casa, estaba yo en la suya viendo un partido de fútbol. Había comido tantas pizzas en su sofá que sería apropiado poner un cartel que dijera «reservado permanentemente para Matty».

Sacudiendo la cabeza, miré la puerta con el ceño fruncido, obligándome a llamar.

Seguía sin hacerlo.

Esto era ridículo.

Britt era mi mejor amiga. No teníamos por qué andarnos con falsedades; estar con ella era como estar en familia. Aunque, desde luego, no la veía como a una hermana. Nunca lo había hecho.

Por eso necesitaba arreglar esto. Tenía que llamar a su puerta, hablar con ella por fin y sacar a la luz lo que había pasado entre

nosotros. Quizá ella no quería que se repitiera, pero no me dejaría en visto el resto de nuestras vidas sin darme esa explicación.

Finalmente, mi mano empezó a funcionar y golpeé la puerta con los nudillos.

Toc. Toc. Toc.

Respiré hondo, esperando que todo el aire se me escapara de los pulmones. Eso era lo que solía pasar cuando veía a Britt por primera vez después de un tiempo.

Al oír algo de movimiento, pegué la oreja a la puerta y me sorprendió oír la risita de una chica.

—Para ya. —Otra risa, pero la voz estaba demasiado ahogada para distinguir qué pasaba.

Me aparté de la puerta y me quedé mirándola. ¿Estaba Britt ahí dentro con otra persona? ¿Era esa la verdadera razón por la que estaba pasando de mí?

Joder.

Bajé la vista hacia el pomo dorado de la puerta cuando este giró, preparándome para los ojos de un azul intenso que me recibirían cuando levantara la vista. Al hacerlo, no pude reprimir una mueca de contrariedad.

Unos ojos de color ámbar me miraron con brillo mientras una chica que no había visto en mi vida apartaba algo de una patada a sus espaldas.

Con un hombro asomándole por la camiseta y chupetones esparcidos por la piel, era evidente que había un tío con ella. No sentía la curiosidad suficiente como para comprobar si iba vestido o no, pero me imaginé que probablemente estaría desnudo.

Bajó la barbilla y su expresión pasó de la diversión al cabreo. —¿Puedo ayudarle en algo o ha venido a quedarse ahí mirándome? Porque estoy un poco ocupada.

Una mano grande le rodeó el hombro, pero ella se la quitó de un manotazo y le lanzó al tío que tenía detrás una mirada igual de cabreada.

Di un paso atrás y esbocé una sonrisa dubitativa. —Hola. Supongo que, eh…, ¿es usted la nueva compañera de piso de Britt?

Soltó un bufido de fastidio. —¿En serio? —puso los ojos en blanco y gimió mientras negaba con la cabeza—. ¿Es que Britt es la meca de los deportistas obsesionados o qué?

—¿Qué se supone que significa eso?

—Mire, ya sé que Britt está buena, pero la cantidad de tíos que atrae está empezando a hacerme pensar que no puedo abrir la puerta sin ir maquillada hasta las cejas y, sinceramente, debería poder pasearme desnuda para que se me absorba la crema hidratante sin tener que preocuparme de que me vean tíos desconocidos.

—Yo puedo ayudar —dijo el tío de detrás. Sin dejar de mirarme, la chica puso los ojos en blanco.

—Lo… lo siento. —¿Qué otra cosa podía decir? Para empezar, no llevábamos aquí ni una semana, ¿y Britt ya tenía a tíos viniendo a su habitación con flores? Tenían que ser sus hermanos, ¿no? Todos eran atletas, así que supuse que encajarían en la descripción.

A la mierda. Ya había perdido bastante tiempo intentando adivinar qué pensaba Britt y hablando con todo el mundo menos con ella.

—¿Puedo entrar? Me gustaría mucho hablar con Britt.

Di un paso adelante y ella entornó un poco la puerta.

—Britt no está. Está en el gimnasio.

Eso era todo. La chica se disponía a cerrar la puerta, pero justo antes de que pudiera dar un portazo, metí el pie en el hueco, impidiéndole cerrarla. Cuando notó el obstáculo, bajó la vista hacia mis zapatillas y refunfuñó: —¿Puede mover el pie, por favor, oh, melenitas?

—Solo quería preguntar a qué hora se ha ido al gimnasio. No es la hora a la que suele ir.

—¿Qué es usted? ¿Su acosador? ¿Voy a tener que denunciarlo a la policía del campus? ¿Conoce al tipo que vigila este edificio? Todd. Es enorme y lo dejará hecho un cromo si no tiene cuidado.

—No soy su acosador. —Me mordí la lengua, sabiendo que ponérmela en contra no sería nada bueno para las futuras ocasiones en las que necesitara estar aquí—. Soy su mejor amigo. Me sé su rutina del año pasado porque vamos a las mismas clases. Los domingos, suele saltarse el gimnasio porque ve el partido de los Catfish por internet con su familia.

—No está consiguiendo que deje de pensar que es su acosador, ¿sabe? ¿Cómo se llama?

—Matty.

—Llevo un mes viviendo con ella y nunca he oído hablar de usted.

Sentí como si me clavaran una daga en el pecho. Normalmente, habría sido uno de los primeros nombres que mencionaba en el campus. Ahora, apenas llegaba a ser una nota a pie de página. ¿Cómo era posible, si yo lo único que quería era hablar de ella? Además, ¿Britt llevaba aquí más de un mes? Había desactivado la localización de su móvil un par de días después de la boda, así que no tenía ni idea.

—No pasa nada. Hablaré con ella cuando vuelva. ¿Sabe cuándo será?

—¿Qué le parezco? ¿Su secretaria? Por el amor de Dios, si ni siquiera me sé su apellido. ¿Cómo demonios voy a saber cuándo ha decidido que ya ha hecho suficientes sentadillas para que su culo parezca una estantería?

Vale. Esto no estaba saliendo según lo planeado, y no me cabía duda de que esta chica le contaría a Britt lo ocurrido, lo que solo empeoraría las cosas si estaba intentando evitarme.

—Brennon.

—¿Qué?

—Su apellido es Brennon. —Técnicamente, y su segundo nombre era Mackenzie, pero me lo guardaría para mí, teniendo en cuenta que su compañera de piso ya sospechaba que era un acosador. No quería que lo investigara. Si lo hacía, Britt podría descubrir que le había hackeado el móvil para que no pudiera volver a bloquearme.

—¿Y usted cómo se llama? —pregunté, dedicándole la mejor sonrisa que pude.

—Pff. ¿De verdad cree que se lo voy a decir después de todo esto?

—De acuerdo. ¿Puede decirle que he pasado a verla?

—Claaaarooo. —Fue sarcástico y arrastrado, así que estaba casi seguro de que no lo haría.

—Ha sido un placer... —Me cerró la puerta en las narices.

Dejé caer la cabeza, preguntándome si alguna fuerza oscura estaría conspirando en mi contra. ¿Es que Britt y yo nunca íbamos a tener un momento juntos?

Intenté volver a llamarla, pero no contestó. Si estaba haciendo sentadillas, tampoco era como para que estuviera pendiente del móvil.

Mirando por el pasillo, me pregunté qué debía hacer a continuación. Podría ir al gimnasio y darle una sorpresa, pero eso no solo consolidaría mi estatus de acosador, sino que también podría provocarme una erección involuntaria al verla con esa ropa de gimnasio ajustada que le gustaba ponerse.

Las clases empezaban por la mañana, y ella estaría allí. Durante los últimos tres años, nos habíamos sentado juntos en el mismo sitio del aula, y no tenía intención de cambiarlo. Para mí, mañana no sería diferente de cualquier otro día que pasábamos juntos.

Solo que sí sería diferente. La boda había tenido lugar, y fue una noche que se quedaría grabada en mi memoria hasta que muriera.

No podíamos evitar sus consecuencias, aunque ella quisiera.

CAPÍTULO 9

Britt

Mientras los alumnos entraban en el aula, me aparté el pelo lacio de la cara y me sequé el sudor de la nuca. Fuera hacía treinta y dos grados, pero yo estaba empecinada en que este gorro de los Covey Crushers no se moviera de mi cabeza.

Me estaba escondiendo.

O, al menos, hacía todo lo posible por pasar desapercibida porque no quería que Matty me viera en nuestra primera clase del año juntos. Este gorro y sentarme al fondo del aula, lejos de nuestros asientos habituales, eran mi único disfraz.

Se me erizó la piel y no tuve que levantar la vista para saber que Matty había entrado en la clase. Mi cuerpo tenía una habilidad innata para sentirlo sin importar dónde estuviera. Mis ojos me traicionaron y miraron hacia la puerta, y cuando vi su pelo alborotado, me dio un vuelco el estómago. Sus ojos recorrieron el aula, deteniéndose en los dos asientos que solíamos ocupar, y frunció el ceño al darse cuenta de que no estaba allí sentada, esperándolo.

No podía moverme ni dejar de mirarlo.

Matty.

Mi Matty, aunque en realidad no lo era.

Le había crecido el pelo y lo llevaba más revuelto desde la última vez que lo vi, pero sus facciones cinceladas y sus labios de arco de Cupido seguían igual. ¿Por qué tenía que doler tanto mirarlo? ¿Por qué seguía deseándolo, sabiendo lo que sé ahora?

Sus ojos recorrieron la clase a toda prisa, y yo contuve la respiración y me encogí en el asiento, usando al tipo corpulento de delante para taparle la vista a Matty. Luego, me bajé el gorro hasta cubrirme los ojos.

Matty siguió buscando, y sentí que el corazón se me iba a salir del pecho. ¿Qué haría si me encontrara? ¿Cómo se lo explicaría? ¿Acaso tenía que hacerlo? Temblaba mientras sus ojos se detenían en mi zona. Lento. Muy lento. Su mirada recorrió mi fila y me encogí, soltando un leve gemido.

Sabía que esto iba a pasar. Aunque mi nueva compañera de piso, Lydia, no me hubiera avisado de que un acosador de pelo alborotado había ido a mi puerta la noche anterior, sabía que tendría que verlo en clase, pero no había pensado realmente en cómo me haría sentir.

El corazón me latía con fuerza y sentía un cosquilleo en las piernas que me incitaba a salir corriendo. No podría evitarlo para siempre, pero me alegraba de intentar posponerlo todo lo posible.

—¿Eres muy fan de los Crushers, eh? —me preguntó el chico de al lado con una sonrisa de un blanco resplandeciente. Fue entonces cuando me di cuenta de que había alguien sentado a mi lado. ¿Me habría oído gemir?

Mirándolo fijamente, no supe qué hacer. Casi parecía que podía oír mis pensamientos y que se estaba burlando de mí. Como no respondí, me señaló la cabeza—. Se me ha ocurrido que debes de ser una gran aficionada si llevas el gorro con el calor que hace fuera.

Me reí, pero el sonido fue vacilante y torpe, antes de soltar un largo y poco convincente: «Sí».

El chico me miró fijamente, lo cual fue desconcertante. Era guapo, de un modo rudo, lo que hacía que el hecho de que estuviera sudando ligeramente fuera mucho más difícil de sobrellevar.

Al menos era una buena distracción de Matty. Ese chico había estado rondando mis pensamientos durante la mayor parte de los últimos tres años, y quería recuperar parte de mi espacio mental.

—Guay —asintió él, con un brillo de humor en los ojos. Puede que pareciera que trabajaba en la tienda de merchandising de los Crushers, pero hasta ahí llegaban mis conocimientos de hockey—. El equipo está pasando por muchos cambios este año. ¿Qué posibilidades crees que tienen sin Bridges ni Bright?

¿Bridges y Bright? Uno pensaría que tener hermanos en la MLB y la NFL me colocaría en una buena posición en cuanto a atletas y deportes, pero no tenía ni idea de hockey.

Cuando levanté las cejas, él se rio entre dientes, y no voy a mentir, fue bastante adorable.

—No te preocupes, lo pillo. Eres fan de Brooks Wright, ¿a que sí? Todas las tías buenas lo son —dijo, suspirando, y una punzada de emoción me recorrió la espalda. Era agradable que me llamaran «tía buena» cuando tenía el pelo lacio y las mejillas rojas por el calor. También era muy probable que tuviera gotas de sudor cayéndome por la frente, pero no pensaba llamar la atención sobre ello limpiándomelas—. Ojalá se tomara un descanso para que el resto de nosotros tuviéramos una oportunidad.

—¿Br-Brooks? —No tenía ni idea de a quién se refería, y estaba segura de que podía notarlo por mi ceño fruncido.

—Ah, ¿no es tu tipo? Pues supongo que es mi día de suerte, entonces. —Se enderezó en su asiento—. ¿Y qué me dices de Erik Steele? ¿Eres fan suyo?No podía seguir dudando, así que esta vez le seguí la corriente.

—Sí. Muy fan. La que más. Es increíble en su puesto, y la forma en que se mueve sobre el hielo es majestuosa. —Eso sonaba como algo que diría un aficionado al hockey sobre hielo, pero a medida que su sonrisa se ensanchaba, me di cuenta de que había algo gracioso en mi respuesta. Los Crushers eran un equipo de hockey sobre hielo, ¿verdad? ¿No sobre hierba?

—Buenos días a todos —dijo nuestro profesor desde el frente de la clase, y me relajé. Al menos ya no tenía que esconderme de Matty ni

hablar de hockey—. Espero que estéis todos listos para aprender los principios clave de la retransmisión bajo presión.

Bueno, pues esta clase parecía muy divertida. Miré de reojo al chico a mi lado para dar por terminada la conversación y me centré en la sección de notas de mi iPad cuando empezó la lección.

No pude evitarlo. Durante apenas dos segundos, bajé la vista hacia Matty, que estaba sentado en nuestro sitio de siempre con su chaqueta sobre el asiento vacío a su lado. El sitio que sin duda había reservado para mí. Estaba inquieto y se pasaba la mano por el pelo constantemente. Nunca lo había visto tan nervioso, y no pude evitar sacar mis propias conclusiones sobre el porqué.

No sabía cómo contarme la verdad sobre Olana. Habíamos hecho muchas estupideces esa noche en Las Vegas, y seguro que le preocupaba que nuestra amistad no sobreviviera a esto.

Sinceramente, yo tampoco estaba segura de que lo hiciera.

Olana estaba embarazada.

De su bebé.

Eso era todo lo que tenía que repetirme cada vez que pensaba que las cosas podían ser diferentes. Sería madrastra antes que madre, y no podía privar a su hijo de una familia potencialmente feliz. Tenía que ser la más madura de los dos y retirarme.

Bajé la vista de nuevo hacia mi iPad e intenté relajarme. Al menos, Matty no podría buscarme durante los próximos cuarenta y cinco minutos. Eso me daría un respiro de su mirada fulminante. Me quité el gorro; tenía el pelo apelmazado por el sudor, pero ya no importaba. Nadie me vería.

Me acomodé en el asiento y me relajé hasta que apareció un mensaje en la pantalla. Era de la aplicación para estudiantes, y antes incluso de mirarlo ya sabía de quién era.

Matty: Hola, Britt. Te he guardado un sitio en clase hoy, pero no te encuentro. ¿Te has cambiado de clase?

Palidecí y quité el mensaje de la pantalla con un gesto. Qué sugerencia tan excelente por parte de Matty. *Debería* cambiarme de clase. Así no tendría que seguir escondiéndome de él. Pero como era una asignatura troncal, no podría graduarme si no la cursaba.

Así que tendría que aguantarme.

Además, la triste realidad era que nuestras vidas estaban entrelazadas. Lo vería mañana en el entrenamiento. Sin duda, tendría que entrevistarlo durante la temporada. Nuestros amigos eran los mismos. Puede que lo haya evitado hoy, pero ¿cuánto podía durar aquello?

Necesitaba volver a ser su amiga. Era la única forma de sobrevivir a este curso, así que tenía que fingir que lo de Vegas no había sido importante para mí.

Me ardían los ojos, pero no dejé que se me escapara ninguna lágrima. Por mucho que odiara admitirlo, lo de Vegas lo había significado todo. Había sido la primera vez que me había sentido valorada por mi mejor amigo, y fingir que aquella noche no importaba podía ser mi perdición. Pero tenía que hacerlo. No había otra opción. Ya había sido su mejor amiga enamorada en secreto antes, así que no sería difícil volver a serlo.

Sacudí la cabeza para desechar esos pensamientos y me quedé mirando los apuntes de la clase en el iPad. No tenía sentido disgustarme por esto y suspender la asignatura por su culpa. Tenía que concentrarme, aunque solo fuera durante otros cuarenta y cinco minutos.

Al final de la clase, casi me había olvidado de Matty. Casi. Seguía echando algún que otro vistazo hacia su asiento para ver qué hacía, pero al menos ya no estaba al borde de las lágrimas.

Cuando el profesor nos dijo que podíamos irnos, Matty se levantó de inmediato y examinó la sala.

Mierda.

Seguía buscándome. Lo sabía. Me apresuré a ponerme el gorro, pero antes de que pudiera hacerlo, nuestras miradas se cruzaron.

Joder.

El rostro de Matty se iluminó con una sonrisa, y se me revolvió el estómago. No sabía qué cara estaría poniendo yo, pero se me disparó la tensión cuando empezó a caminar hacia mí.

La gente salía en todas direcciones y pronto no quedaría nadie detrás de quien esconderme. Si tenía alguna posibilidad de salir de allí sin hablar con él, tenía que tomar la salida de atrás de inmediato.

Metí rápidamente el gorro y el iPad en la mochila y, justo cuando iba a levantarme, el chico que estaba a mi lado se aclaró la garganta.

—Oye, sé que acabamos de conocernos, pero me preguntaba si querrías…

—Lo siento mucho, llego tarde. —Se le desencajó la cara, lo que me hizo sentir como una idiota. No era culpa suya que yo me estuviera escondiendo de mi mejor amigo, de quien estaba coladísima.

—He quedado con una amiga para ver el partido de entrenamiento de los Crushers. No puedo llegar tarde —canturreé, y ahí estaba. Esa sonrisa que me distrajo de Matty durante apenas dos segundos.

—No pasa nada. Nos vemos —dijo mientras yo salía pitando del aula más rápido que Flash puesto de crack.

Me metí en medio de un grupo de estudiantes que salía, agachándome para poder esconderme en la marabunta y que Matty no pudiera alcanzarme.

—Britt. —Bueno, eso no impidió que lo intentara. Se me cortó la respiración, pero no me atreví a mirar atrás. No tenía ninguna duda de que estaba justo detrás de mí. Aceleré el paso, abriéndome camino hasta la parte delantera del grupo y mantuve los ojos bien abiertos, buscando un lugar donde esconderme.

—Britt.

Me encogí. Había estado demasiado cerca. ¿Cuánto tiempo podría seguir así? Fingiendo que no lo oía e ignorando sus mensajes. Matty estaba decidido a limpiar su conciencia solo para romperme el corazón, y ese pensamiento era demasiado duro de soportar.

Cuando un grupo se desvió, los seguí, y me quedé helada al darme cuenta de que había entrado en otra aula. Una en la que había clase.

Tenía dos opciones. Podía salir del aula y arriesgarme a toparme con Matty, o podía quedarme y atender a la lección. Apoyé la mano en la puerta, pero ya sabía la respuesta. Tenía que quedarme a la lección. Salir y enfrentarme a Matty no era una opción.

Respiré hondo y bajé por el pasillo, sintiendo los ojos de los demás estudiantes sobre mí mientras me apresuraba a encontrar un asiento en el rincón del fondo.

Estaba escondida y tenía al menos una hora antes de mi cita con Sienna, lo que me daría tiempo a pensar en mi estrategia con Matty. Cuando bajaron las luces, los latidos de mi corazón se ralentizaron a la par. Estaba a salvo por ahora.

—La siguiente parte de este curso comenzará con *Los misterios del Imperio romano*.

¿El Imperio romano? Ni siquiera sabía que existía una clase sobre esto.

Me bajé el gorro de lana y me hundí más en el asiento —lo que ya era una costumbre—, esperando que nadie se fijara en mí. Solo necesitaba un poco de paz y tranquilidad.

Ah, y no pensar en Matty ni por dos segundos, pero eso era imposible.



—Me gusta tu gorro. —Sienna me dio un codazo en el costado y me dedicó una sonrisa divertida.

Me alegré de que estuviera contenta, porque yo no sonreía. Era un manojo de nervios y estaba en tensión, preocupada por si veía a Matty en cada esquina. El único lugar donde me sentía segura era en aquella clase sobre el Imperio romano. Allí dentro a nadie le importaba nada excepto el ascenso y la caída de Julio César. Me había enfrascado en una larga discusión con los chicos de allí, y si no tuviera ya mis clases cerradas para este año, me plantearía cambiarme. Me metí tanto en el tema que corrí un serio riesgo de llegar tarde a esto y, teniendo en cuenta que Sienna tenía mi nota en sus manos, no quería cabrearla. Ya era dura de pelar de por sí.

—Gracias —dije, recuperando el aliento y ajustándome la camiseta que Sienna me había dicho que me pusiera mientras estaba de pie en el vestuario de hockey. El suelo de goma no solo me daba un brío antinatural al caminar, sino que habría jurado que hacía que el lugar oliera más cargado que cualquier vestuario de fútbol americano o béisbol en el que hubiera estado. Aunque, quizá tuviera que ver con el hielo. ¿Lo humedecía?

Negué con la cabeza. No era momento de preocuparse por la ventilación del vestuario masculino. Había venido a trabajar, y Sienna también. Con un cuaderno en una mano y una grabadora en la otra, sonreí, lista para afrontar este nuevo reto.

—La camiseta también te queda bien.

—Gracias.

—Es casi como si estuvieras dispuesta a admitir que el hockey es el mejor deporte.

—No —espeté, poniéndome de puntillas para aliviar la tensión que me recorría las venas.

No me sentía incómoda en un vestuario de hombres. Mis tres hermanos habían jugado al béisbol, al baloncesto y al fútbol americano durante todo el instituto, así que siempre andaba merodeando a su alrededor, pero el vestuario de *hockey* era harina de otro costal. Estos tíos eran enormes, y existía la posibilidad muy

real de que te rebanaran un pie con sus cuchillas si no llevaban los protectores, y yo les tenía aprecio a los dedos de los pies.

—¿Te has hecho algo diferente en el pelo? —me preguntó, siguiendo con la mirada mis mechones lacios mientras me quitaba el gorro. Frunciendo el ceño, me tiré de las puntas antes de sacudir la melena, intentando que el peinado pareciera intencionado.

—Qué va. Simplemente he estado sudando de una forma inhumana durante casi dos horas —mascullé, con la vista clavada en el suelo. Me daba igual lo cuidadosos que fueran esos jugadores, jamás me fiaría de un hombre con una cuchilla enganchada al pie.

—¿De verdad tenemos que estar aquí detrás? —le susurré a voces, anhelando los asientos de fuera. Claro que haría frío, pero al menos no me sentiría como un quinto pino en un sitio donde no nos necesitaban—. Nunca he estado en el vestuario *antes* del partido. Normalmente solo me dejan entrar después, y siento que estamos molestando.

Sienna se encogió de hombros. —Es porque estamos molestando. Se supone que no deberíamos estar aquí, pero no pasa nada. Los chicos ya se han acostumbrado a mí y en un par de minutos estaremos fuera, en la zona de prensa, así que no le des más vueltas a la cabeza, señorita gorrito.

Otro jugador chocó conmigo y, cuando nuestras miradas se cruzaron, me guiñó un ojo. —Perdona —dijo.

Sonreí con torpeza y aparté la vista. No soy una chica pequeña. Había jugado al fútbol americano en el instituto, pero aquellos jugadores de hockey me hacían sentir diminuta en comparación, y solo podía suponer que era porque los patines les daban altura extra.

Mientras el jugador de hockey pasaba pesadamente a mi lado, hice todo lo posible por encogerme. No pintaba nada allí. Podía admitirlo.

Volviéndome hacia Sienna, le dije: —¿Sabes qué? ¿Por qué no terminas tú aquí y te veo en la tribuna de prensa?

Sienna me fulminó con la mirada. —¿Tribuna de prensa? ¿Quién te crees que somos? ¿El equipo de fútbol americano? Te quedas aquí mismo. Hay alguien…

—Lawrence —la llamó un chico a mis espaldas, contento de ver a mi amiga, lo cual era sorprendente. Tenía la impresión de que los jugadores de hockey la odiaban desde que intentó seducir al portero en su dormitorio una vez. Todavía no me había contado la historia completa, y yo esperaba que algún día me diera una explicación.

Poniéndose de puntillas para poder mirar por encima de mi hombro, Sienna esbozó una amplia sonrisa. Luego hizo algo que nunca olvidaría. Rio tontamente y saludó con la mano como si fuera una fan loca del hockey. Tenía que estar seduciendo a uno de ellos para conseguir una historia, porque rara vez se comportaba de forma tan... agradable.

—Hola, Erik —arrulló.

—¿Estás lista para entrevistarme luego? —preguntó él, y aunque la voz me resultaba familiar, no lograba ubicar de qué la conocía.

—Ya veremos, no puedo entrevistar a todo el mundo.

—Lo sé, lo sé. Solo entrevistas al mejor jugador del partido.

—Exacto. No soy un trofeo de consolación. —Sienna estaba bromeando, una faceta suya que nunca había visto fuera de nuestra propia oficina de prensa. Debía de gustarle mucho este chico. Eché un vistazo por encima del hombro y mi sonrisa se desvaneció al ver unos grandes ojos azules y una sonrisita familiar.

—Ah, la chica del gorro —dijo él, sin inmutarse por mi presencia.

—¿Erik? —grazné. No me había dado cuenta de que era jugador de hockey cuando hablamos en clase—. ¿Qué haces aquí?

Abrió los brazos y señaló su equipación de hockey. —Ya te dije que te vería luego, ¿no? Aunque, he de ser sincero, no me esperaba que aparecieras, teniendo en cuenta que no sabías absolutamente nada de hockey. —Se golpeó el pecho con la mano enguantada—. Creía que solo intentabas darme largas con amabilidad.

Las mejillas me ardieron al recordar nuestra conversación, en la que había hecho el ridículo.

—Para el carro un momento. ¿Ya os conocéis? —Las manos de Sienna se posaron en mi hombro mientras nos miraba alternativamente a Erik y a mí.

—Vamos a la misma clase —respondió él, sin dejar de mirarme. Esa sonrisa. Esos ojos brillantes. Este tío gritaba «jugador» por los cuatro costados, y a mí no me interesaba que jugaran conmigo.

Frunció los labios. —¿En serio? Tenía pensado presentaros.

—Bueno, puedes hacerlo. Todavía no sé cómo se llama. A no ser que a tus padres les diera un arrebato de excentricidad y de verdad te llamaran Chica del Gorro.

—Esta es Britt, es la jefa de comentaristas deportivos del equipo de fútbol americano este año.

—¿El equipo de fútbol americano? —Levantó la cabeza y se rio—. Bueno, eso lo explica todo. Eres una cazataacos, no una conejita del hielo —bromeó, y me quedé boquiabierta. ¿Acababa de decir eso?—. Pues esta noche estás lejos del césped artificial, nena. Estoy deseando enseñarte lo que es un deporte de verdad —añadió en tono de broma, acercándose a mí y tendiéndome la mano. La acepté y me la apretó con fuerza incluso a través de los guantes—. Hablando en serio. Encantado de conocerte, Britt. —La sinceridad en su voz era clara, pero yo solo sentía vergüenza por cómo había actuado antes.

—Igualmente. —Le dediqué una sonrisa un tanto forzada, sin querer dar a Sienna ninguna señal de que pudiera estar interesada en el atleta seguro de sí mismo e innegablemente atractivo que tenía delante.

Erik era majo y me gustaba que no tuviera miedo de tomarme el pelo o de ligar conmigo, pero la única razón por la que hablaba con él en clase era porque intentaba esconderme de Matty. El chico en el que pensaba constantemente. Tenía el corazón a punto de romperse

por su culpa, y no quería meter a nadie más en el lío que habíamos montado.

—Entonces, ¿supongo que eso significa que ya sabes que Britt estudia Comunicación? —preguntó Sienna, sin dejar de mirarnos a los dos. Podía sentir su sonrisa de suficiencia sin siquiera mirarla, y si Erik no estuviera delante de mí, le habría dado un capón para que se calmara.

—Me lo imaginaba, teniendo en cuenta que la he visto en todas las clases desde el primer año. —Se movió sobre los patines antes de apoyar la barbilla en el palo de hockey. Tragué saliva. Aquella fue la confesión más reveladora que había oído en mi vida. Sobre todo porque yo nunca me había fijado en él en ninguna de mis clases hasta hoy, pero sabía por qué.

Matty. Matty. Matty.

Mi obsesión ciega con él era absurda.

—Bueno, no sé si lo sabes, pero está harta del fútbol americano y superemocionada por aprender sobre hockey y asumir este nuevo reto. —El brazo de Sienna se deslizó por mi cuello y se giró para mirarme con apremio. ¿Qué quería que hiciera? ¿Montar un numerito para impresionar a Erik? Sí, claro, eso no iba a pasar. Sienna me pellizcó sutilmente el hombro en un intento de que me mostrara interesada.

—Ay —mascullé, pero le dediqué a Erik una sonrisa forzada y algo desganada, ya que había demasiadas mentiras en su comentario como para ponerme a analizarlas ahora.

—El único problema es que Britt no tiene ni idea de hockey. —Bueno, eso no era mentira—. Como esto es un partido de entrenamiento y estarás ocupado una vez empiece la temporada en octubre, he pensado que quizá podrías enseñarle un par de cosas antes de que llegue el momento.

Dios. Mío. Santo.

Quería que me tragara la tierra, pero no podía moverme porque la mano de Sienna estaba en mi hombro, reteniéndome en mi sitio. Era la peor encerrona que me habían hecho nunca.

Erik me examinó de arriba abajo, con una sonrisa cada vez más amplia, si es que eso era posible. ¿Cuántos dientes tenía? No era feo. Para nada. Su cara estaba perfectamente proporcionada para alguien propenso a recibir golpes en el hielo a diario, pero no podía evitar compararlo con la extraña media sonrisa que siempre me dedicaba mi mejor amigo cuando me veía entrar en una habitación. La misma sonrisa que me perseguía en sueños casi todas las noches.

—Me encantaría ayudar —dijo Erik—. Así, cuando digas que Erik Steele es majestuoso sobre el hielo, sabrás de qué y, lo que es más importante, *de quién* estás hablando.

Entonces me guiñó un ojo.

Casi me muero de la vergüenza. No bromeaba. En serio, casi me da un patatús al darme cuenta de que antes me había preguntado por él para poner a prueba mis conocimientos, y había suspendido estrepitosamente. Por eso le había hecho tanta gracia mi respuesta.

Otro jugador le dio una colleja a Erik y lo fulminó con la mirada al pasar a su lado. —La cabeza en el partido, no en las chicas guapas.

Erik puso los ojos en blanco hasta que se posaron en mí. —¿Tengo que irme, pero quizá podríamos vernos luego?

—Eh… —Tosí cuando Sienna me dio un codazo, empujándome hacia delante.

—Le encantaría.

¡¿De verdad me encantaría?!

—Nos vemos, Britt. —Me miró de arriba abajo antes de marcharse, y sin más, el equipo fue conducido al hielo, dejándonos a Sienna y a mí solas en el vestuario.

Fulminé a mi amiga con la mirada, sopesando en silencio la mejor manera de matarla.

—¿Qué? —Sienna levantó las manos, intentando parecer inocente, pero no le pegaba. No era su estilo—. Erik es un buen tío. Ya te dije que pensaba que os llevaríais bien. Aunque no me había dado cuenta de que ya os conocíais tanto. O de que estaba obsesionado contigo. —Abrió la boca de par en par, mirándome con asombro—. Eso sí que ha sido una sorpresa. —Luego se abanicó la cara, soltando el aire antes de imitar la voz grave de Erik—. «Sé que estudia Comunicación desde el primer año». —Mirando al cielo, dejó escapar un gemido de satisfacción—. O sea, ¿quién no quiere oír eso de un tío?

—¿Esa es la única razón por la que me pediste que fuera tu ayudante este año? ¿Para que conociera a Erik?

—Puede.

—Eres ridícula.

—Y a ti te hace falta un buen polvo.

—¡Sienna!

—¿Qué? Digo las cosas como las veo. Si no vas a usar esa rosa vibradora que tienes en el cajón de tu escritorio, entonces vas a tener que pillar cacho en otro sitio, y créeme, Erik es el hombre para eso. La cantidad de veces que pilla en una semana es incomprensible. No es de los que buscan una relación y le encanta divertirse un poco. Algo que a ti te vendría de perlas.

Podía decir misa sobre lo que yo necesitaba, pero si no estaba preparada, no lo estaba.

—Venga, vamos. —Sienna me cogió del brazo y me sacó del vestuario—. Nos vamos a perder el saque inicial, y hay un montón de cosas que querrás ver antes de eso.



Al mirar hacia atrás, a la considerable multitud, me quedé asombrada. —¿Por qué hay tanta gente? Parece que hay más público que en los partidos de los Wildcats. No creía que eso fuera posible para un partido de entrenamiento.

Sienna estaba escribiendo algo en su tableta y no se molestó en levantar la vista. —Eso es porque no has estado atenta. Cada año, los Crushers se han vuelto más impresionantes, y con un aforo mucho más limitado que el del estadio de fútbol americano, la gente tiene que conseguir las entradas cuando puede.

Giré la cabeza de un lado a otro, intentando seguir a los jugadores mientras patinaban a lo largo de la pista. Si este era su calentamiento, entonces no tenía ninguna duda de que me costaría seguir el ritmo de este partido. El público vitoreó cuando un jugador pasó patinando a nuestro lado, y Sienna se inclinó hacia mí. —Ese de ahí es la razón de que esto esté hasta la bandera. Es Scotty Hendricks. —Su nombre me sonaba, pero no recordaba de quién ni qué habían dicho—. Esta noche llevas su camiseta.

—Ah.

Sienna me miró de arriba abajo. —Tienes suerte de que tuviera esa camiseta en casa. Están muy cotizadas, porque se agotan constantemente. Es prácticamente la razón por la que la gente ve a los Crushers. La asistencia a los partidos se cuadruplicó cuando se unió y ahora compite con el récord del equipo de fútbol americano.

—¿Y qué le hace tan especial?

—No lo dirás en serio, ¿verdad? Es uno de los mejores jugadores que hay. Su padre, Scott Hendricks, ha ganado la Stanley Cup tres veces.

—Supongo que eso es importante —mascullé. Debería haber investigado sobre el equipo, teniendo en cuenta que era su ayudante improvisada para la temporada. Por desgracia, estaba demasiado ocupada agobiándome por Matty como para hacer algo constructivo con mi tiempo.

—Es muy importante, y Scotty también lo es.

Asentí, saqué el móvil y me escribí una nota para acordarme de buscarlo más tarde. Cuando volví a mirar al hielo, me quedé sin aliento y cerré los ojos. ¿Se me estaba cortocircuitando el cerebro? Hacía mucho tiempo que no estaba debajo de un hombre, pero no me había dado cuenta de que mi cerebro estaba tan desesperado como para empezar a imaginar semejante depravación delante de toda esta gente.

—Por favor, dime que los jugadores están tumbados en el hielo y que no estoy teniendo delirios con pollas.

—¿Delirios con pollas? —se rio Sienna—. ¿Te refieres a los estiramientos de meneo pélvico?

Asentí.

—Puedes abrir los ojos. Es algo que se hace. No te rayes.

Para cuando reuní el valor para volver a mirar al hielo, ya habían parado y estaban de nuevo recorriendo la pista. *Menos mal.*

—Están buenos, ¿eh? —me codeó Sienna, señalando a los jugadores con la barbilla—. Ya lo sé, ya lo sé. A ti te van más los de fútbol americano, ¿y quién te puede culpar? Esas mallas ajustadas son la gloria. Sin embargo, espero que ver este partido te enseñe las exquisiteces de un jugador de hockey bien definido.

Con el ceño fruncido, miré a Sienna como si se hubiera vuelto loca. —¿De qué estás hablando? Pensaba que odiabas a los deportistas. La única razón por la que te metiste en periodismo deportivo fue porque pensabas que había una gran primicia en el equipo de hockey que te catapultaría a cosas más grandes y mejores. Palabras tuyas, no mías.

—Sí. —Se encogió de hombros, casi avergonzada—. Así es como empezó. —Su mirada se deslizó sobre los jugadores y se detuvo en uno que pasaba a toda velocidad.

—Pero cuanto más los conocía, más me daba cuenta de que no se puede negar que hay algo especial en un tío que lleva todas esas

protecciones, que patina como una gacela y que está dispuesto a darle una paliza a cualquiera con un palo por ti.

—¿Las gacelas patinan? —apreté los labios para reprimir la sonrisa que amenazaba con dibujarse en mi cara al ver el brillo en los ojos de Sienna mientras seguía al jugador con «Newman» escrito en la espalda. Sienna estaba enamorada, o al menos colada por él. Disimuladamente, saqué el móvil y escribí su apellido junto al de Scotty para poder buscarlo también al llegar a casa.

—Usa la imaginación por una vez, B. —Sienna señaló el hielo—. Míralos. Tú apenas puedes caminar derecha con zapatillas y estos tíos se deslizan por el hielo como si nada.

Solté una carcajada, sorprendida por su vehemencia. Quizá me había estado perdiendo algo todo este tiempo.

—Mira. Solo quiero que te lo pases bien y te relajes —dijo, y yo asentí antes de echar un vistazo a mi móvil con la aplicación de notas abierta.

Pasármelo bien y relajarme. Tenía razón. Necesitaba centrarme en hacer lo que me gustaba. No iba a superar lo de Matty sentada en mi cuarto de la residencia, regodeándome en mi miseria. Necesitaba salir, estar con otra gente, pensar en otras cosas.

Se me cortó la respiración. Mentira. No quería salir con nadie que no fuera Matty. Ni ahora. Ni nunca. Mierda. ¿Cuándo iba a admitirme a mí misma que seguía coladita por mi mejor amigo?

—Oh, oh. —Sienna me fulminó con la mirada—. ¿En qué estás pensando ahora?

—¿En nada?

—Entonces, ¿por qué tienes cara de que vas a vomitar otra vez? Mira, sé que estabas sensible el otro día, pero estoy empezando a pensar que *sí* que estás embarazada, y quiero asegurarme de que puedo estar ahí para ti si me necesitas.

Embarazada. Otro recordatorio de Matty y Olana.

—No lo estoy, y estoy perfectamente bien.

—Claro que lo estás. —Sacudió la cabeza—. Pero si estás pensando en cierto *kicker* de pelo alborotado, para ya. Erik es igual de guapo, ¿y lo mejor de él? Que está disponible y claramente interesado en ti. No estás compitiendo con un amor de instituto que se niega a desaparecer.

Me eché hacia atrás y choqué sin querer con la persona disfrazada de oso polar que estaba a mi lado. La cabeza de la mascota giró en mi dirección y el hocico casi me rozó la mejilla.

—Perdona. —Me incliné hacia un lado, dándole más espacio al oso polar para que pudiera girar la cabeza sin tocarme. Sinceramente, la pequeña descarga de emoción por el roce del pelaje fue suficiente para hacerme pensar que Sienna probablemente tenía razón. Seguramente necesitaba pensar en alguien que no fuera Matty.

Un golpe contra el plexiglás me hizo dar un respingo, y el corazón se me aceleró al darme cuenta de que había un jugador al otro lado mirándome directamente.

Erik.

Cuando nuestras miradas se conectaron, sonrió, jugueteando con su protector bucal antes de volver a colocárselo en su sitio. Levantó las cejas y señaló su número.

—Quiere que lo mires —susurró Sienna.

—Sí, eso lo he pillado.

Y sin más, Erik patinó de vuelta con su equipo, listo para empezar el partido. Cuando supe que no miraba, me giré y fulminé a Sienna con la mirada. Me crucé de brazos, me dejé caer en mi asiento y negué con la cabeza. —No puedo creer que intentes liarme con un jugador de hockey. No sé absolutamente nada de este deporte. Es superviolento.

—Pues vete —me retó, haciéndome vacilar—. Si soy tan horrible y la idea de conocer a un chico que está claramente interesado en ti es tan mala que no sabes qué hacer, pues vete.

—Vaya, ¿te has picado o qué?

Se encogió de hombros. —No es culpa mía que no veas algo bueno cuando lo tienes delante de las narices. Sé que estás cegada por tus sentimientos por el fútbol americano, pero tienes que salir de tu burbuja. Si no quieres estar aquí, perfecto. Pero entonces, sal de mi palco.

Sienna no tenía pelos en la lengua. Nunca los tenía, pero oírselo decir me hizo darme cuenta de la realidad. Me estaba convirtiendo en esa persona que la gente evita en las fiestas porque está tan ensimismada en sus problemas que le roba la energía a toda la sala.

Cuando la música paró, supuse que el partido estaba a punto de empezar y me enderecé un poco. Sienna seguía mirándome fijamente. Con los labios fruncidos, esperó mi siguiente movimiento. Sin decir nada, me giré hacia la pista y me eché hacia atrás en el asiento. No iba a irme. Sienna tenía razón, y necesitaba oír la cruda realidad.

El partido empezó y, sinceramente, no tenía ni puñetera idea de qué demonios estaba pasando. No era capaz de seguir el disco, no sabía por qué se peleaban los jugadores ni cómo funcionaba aquello. Daba igual cuántas preguntas me respondiera el oso polar negando con la cabeza, necesitaba irme a casa y ver un partido por la tele con comentaristas para pillarle el tranquillo.

Cuando terminó el primer periodo, me sentía como si hubiera corrido una maratón intentando seguir el hilo de lo que pasaba, y eso que nadie había marcado todavía.

Inclinándome hacia Sienna, le dije:

—Voy a por algo de beber. ¿Quieres algo?

Sienna levantó su botella de agua y negó con la cabeza.

—Estoy bien, gracias.

—¿Y tú? —le pregunté a Crushie, el oso polar. Como era de esperar, se limitó a negar con la cabeza. Era un oso callado y un tanto estoico. Pasé por delante de él, deseando hacer cola en el bar. Al

menos eso me daría un respiro de un partido que no entendía y que no me interesaba en absoluto.

CAPÍTULO 10

Matty

¿Era normal tener una reacción tan visceral por una chica con una gorra? Se me revolvían las tripas, tenía la mandíbula apretada y hacía todo lo que estaba en mi mano para no echar a correr hacia Britt y preguntarle qué demonios estaba haciendo.

¡¿Erik Steele?!

Desde luego, eso no entraba en mis planes para este año. Cuando Tanner sugirió que viniéramos a apoyar a nuestros compañeros deportistas, pensé que sería una buena forma de despejarme de mi situación con Britt. Pero eso se fue al traste en el momento en que vi a Erik golpear el plexiglás para llamar la atención de mi chica.

Estaba aquí para ver a otro tío, y me maldije por haber sido tan ingenuo al pensar que su nueva compañera de piso se refería a sus hermanos cuando mencionó que vendrían otros deportistas.

Lo peor de esta noche fue que le sonrió a Erik cuando golpeó el cristal. El ligón oficial del campus, que tenía más rollos de una noche que pelos yo en la cabeza. Qué curioso, no era el tipo de chico por el que hubiera pensado que se sentiría atraída, pero eso podría deberse a que daba por hecho que acabaría conmigo, no con un jugador de hockey engreído.

¿No se daba cuenta de que era mía? Parecía que Britt estaba confundida sobre el estado de nuestra relación, y no podía culparla. ¿Éramos amantes? ¿Amigos? ¿Desconocidos? Necesitaba dejarlo claro, ya que estaba a un paso de convertirme en un acosador mientras pensaba en todas las formas en las que podría secuestrarla

para que ningún jugador de hockey volviera a verla mientras elegía qué pedir en el puesto de comida.

Levantó la barbilla mientras se concentraba en el menú, y no me cabía duda de que estaba sopesando si pedir el Crushie Slushie, la bebida por la que eran famosos los Crushers. Le encantaba todo lo que fuera dulce, lo que probablemente explicaba por qué su coño sabía a caramelo.

Apreté los puños, obligándome a no preguntarme si Erik también sabía a qué sabía ella.

A la mierda.

Siempre intentaba ser el bueno. El que se quedó con su novia a pesar de que lo trataba como una mierda. El que intentó ayudar a su padre a pesar de que este se desentendió de sí mismo cuando murió mi madre. Ser el bueno de la película me había llevado a esto. Cabreado y solo, esperando a que Britt me dijera qué coño estaba pasando. Se acabó. Había dejado que nuestra relación se enconara durante demasiado tiempo. Necesitábamos hablar, y necesitábamos hablar ahora mismo.

Colándome delante de un par de personas en la fila, dejé claro que iba con la rubia explosiva que estaba casi al principio y, al ponerme a su lado, estaba tan absorta en el menú —o en sus propios pensamientos— que no se percató de mi presencia.

Bueno, ya era hora de que empezara a prestarme atención.

Me incliné hacia delante y dije:

—Es de uva. Creo que te gustará.

Britt dio un respingo y se llevó una mano al pecho.

—¿Matty? —dijo sin aliento. Dios, ¿por qué su reacción de sorpresa tenía que parecerse tanto a su cara cuando tenía un orgasmo? Sinceramente, con los labios ligeramente entreabiertos y perfectamente perfilados, no podía dejar de pensar en lo bien que me sentía con ellos enroscados en mi polla, y eso estaba resultando muy inoportuno.

Sus hombros se relajaron y su respiración se calmó mientras me examinaba de arriba abajo.

—Hola, Britt. Cuánto tiempo sin verte. —Le dediqué una sonrisa torcida, siguiendo su ejemplo y observándola. Sinceramente, si no estuviera intentando camelármela, querría arrancarle esa camiseta de los Covey Crushers. No solo se había olvidado del estado de nuestra relación, sino que parecía haber olvidado su lealtad a los Covey Wildcats.

Apretó los labios, pero las comisuras se le curvaron mientras miraba a todas partes menos a mí. Se le notaban los nervios, y nunca me había sentido tan relegado al papel de amigo en mi vida.

—Sí —chilló, acercándose un poco más al cajero. No estaba justo delante, pero parecía desesperada por acelerar las cosas—. ¿Cuándo fue la última vez que nos vimos? —Su voz era temblorosa y, francamente, me cabreó que preguntara eso.

—En la boda.

—Ah, sí, ¿cómo podría olvidarlo? —Estaba mintiendo, lo sabía porque la conocía. Siempre le temblaba el ojo izquierdo cuando mentía. A veces sentía que la conocía a ella y a sus manías mejor que a mí mismo.

—No sé, porque estar sentado desnudo entre tus muslos con la cara reluciente de haberte saboreado está grabado a fuego en mi memoria para siempre.

Una inspiración brusca y un pequeño chillido después, Britt se había acercado más al mostrador, pero no podía deshacerse de mí. La había dejado muda de la impresión, y eso estaba bien, porque todavía tenía más cosas que decir.

—¿Qué haces en un partido de los Crushers? Durante toda nuestra amistad siempre has dicho que eras una chica de fútbol americano y, sin embargo, aquí estás, con una camiseta de los Crushers. —Una que, por cierto, la hacía estar jodidamente sexy, pero me guardaría eso para mí por ahora.

—Bueno, las cosas cambian.

—Ya lo veo.

Dos meses no habían cambiado lo guapa que era ni que estuviera enamorado de ella. Tan desesperadamente que me molestaba que no corriera a mis brazos porque sentía lo mismo.

—He estado intentando llamarte.

¿Por qué coño he dicho eso?

Arrugó la nariz.

—Ah, ¿sí? —Su voz era tres octavas más alta de lo normal y su ojo volvió a temblar. Vaya, qué decepción. ¿Qué demonios me estaba ocultando?

—Sí. ¿Has cambiado de número o algo?

—No —afirmó, dando otro paso adelante y sonriendo a la gente que nos rodeaba.

Que les den.

Su atención debería centrarse únicamente en mí.

Apreté los labios y asentí.

—Entonces, ¿me estás ignorando, sin más? —Ya no podía molestarme en fingir que no estaba enfadado con ella. Sentía como si estuviéramos hablando con rodeos, y necesitaba ser sincero—. Después de la boda, ¿no creíste que quizá era importante que habláramos?

Cerró los ojos y dejó escapar un gemido de inquietud. Fue entonces cuando lo vi. Arrepentimiento. Lo tenía escrito por toda la cara.

—N-no, claro que no. Estoy aquí porque Sienna necesitaba una ayudante, y me dan créditos por ello. En cuanto a todo lo demás, bueno, es el último curso y estoy muy ocupada con todo. ¿Te has enterado de que soy la locutora principal de la temporada de fútbol americano?

Contuve una risa sarcástica. No podía estar hablando en serio. ¿Que si me había enterado? Por supuesto que me había enterado. Si Britt fuera una asignatura en esta universidad, yo me licenciaría con matrícula de honor.

—Me imaginaba que hablaría contigo en uno de los partidos, ya que los dos hemos estado ocupados yendo a lo nuestro.

—¿Ocupada? Sí. Se te veía un poco ocupada ahí fuera.

Apreté la mandíbula, esperando cualquier mínima reacción por su parte. Era masoquista, y una parte retorcida de mí quería que admitiera que estaba saliendo con Erik. Al menos así no me volvería loco dándole vueltas.

—¿De qué estás hablando?

Negué con la cabeza, soltando una risa ahogada, odiando que no pudiera ser sincera conmigo. Mi mejor amiga me estaba rechazando y hacía todo lo posible por fingir que lo de Las Vegas no había sucedido.

—Perdonen la espera. ¿Qué desean? —El cajero rompió la tensión entre nosotros, pero yo no podía dejar de fulminar con la mirada a mi mejor amiga. Como no hablaba, tomé la iniciativa.

Pasándole la mano por la cadera, la atraje hacia mí y le sonreí al cajero. —Queremos dos granizados Crushie grandes, por favor, y un perrito caliente jumbo con todo.

Sorprendentemente, Britt no se apartó de mi abrazo. Bien. Ahí era donde pertenecía, aunque se negara a admitirlo. El cajero tecleó en la caja registradora antes de ponerse a preparar nuestro pedido, y cuando se dio la vuelta y nos quedamos solos, Britt se negó a mirarme.

—No tenías por qué invitarme, ¿sabes? —Su voz era tan débil que casi no la oí por encima de toda la demás gente. Aún no se había apartado de mí. Me pregunté si sentiría la misma necesidad que yo de estar cerca.

—¿Por qué no iba a hacerlo? Lo mío es tuyo. Siempre.

Esas palabras hicieron que dirigiera la mirada en mi dirección y me dieron la confianza suficiente para inclinarme hasta que nuestros alientos se mezclaron. Estábamos a escasos centímetros de besarnos, pero no daría el primer paso por mucho que quisiera.

Se lamió los labios mientras miraba los míos. Recordaba lo que había pasado en la boda; simplemente se negaba a admitir esta tensión ardiente entre nosotros.

Cuando el cajero dejó un par de bebidas en la bandeja, tiré un fajo de billetes sobre el mostrador sin apartar los ojos de Britt. ¿Cómo podría hacerlo? Me dejaba sin aliento.

—Aquí tenéis.

—Oh, vaya, tengo que mirar en las otras cajas a ver si tenemos cambio.

—Quédeselo. —De nuevo, no había apartado los ojos de Britt. Sabía que había dejado un billete de cien dólares, ya que era todo lo que llevaba encima, pero llegar al fondo de lo que estaba ocurriendo entre Britt y yo era más importante—. Es su propina por prepararnos el pedido tan rápido.

—Claro —dijo él, emocionado, y mientras preparaba el perrito caliente, apreté a Britt en el costado, instándola a hacer lo que ambos queríamos.

Cuando nos acercó la bandeja, Britt apartó la mirada y se separó de mí antes de musitar un pequeño «gracias». Luego cogió la bebida, envolvió los labios en la pajita extragrande y sorbió.

¿Acaso esa chica intentaba matarme?

—Está delicioso —murmuró.

—Desde luego. —No me refería a la bebida, y estaba seguro de que ella lo sabía. No dijo nada más y siguió sorbiendo de ese granizado, y yo no podía dejar de mirarla. Tenía muchísimas preguntas, pero sabía que evitaría cada una de ellas si intentaba hacerlas.

Esto era una mierda.

La tensión incómoda. Los secretos. Así no éramos Britt y yo.

—Britt, ¿podemos…?

—¿Perdona? ¿Habéis terminado? El siguiente tiempo está a punto de empezar, y no quiero perderme un gol porque os estéis mirando el uno al otro como si nunca hubierais visto al sexo opuesto.

Britt se giró hacia la mujer molesta que había detrás de nosotras y le dedicó una de sus preciosas sonrisas falsas. —Lo siento. Tienes razón. Ya hemos terminado. Hasta pronto, Matty.

Dándose la vuelta, Britt empezó a alejarse, pero se equivocaba si creía que podía dejar las cosas así. Cogí el perrito caliente y el granizado y la seguí.

—¡Britt! —la llamé, alcanzándola. Ella aminoró el paso y yo caminé a su lado. Mi asiento estaba al otro lado del estadio, pero esta conversación era más importante que ver a un puñado de tíos golpear un disco con sus palos—. Creo que es importante que hablemos de todo lo que pasó en Las Vegas.

—¿Las Vegas?

—¿La boda? —¿Por qué demonios actuaba como si no pudiera recordar nada? ¿Sufría un caso leve de amnesia?

—Ah, sí. Bueno, ninguno de los dos estaba pensando con claridad esa noche, y supongo que teníamos las emociones a flor de piel, así que creo que deberíamos atribuirlo al viejo dicho de «Lo que pasa en Las Vegas, se queda en Las Vegas». En realidad, nada de lo de allí cuenta. Por mí no hay problema, ¿y por ti?

—No. No hay problema. Britt, yo…

No pude terminar la frase porque la «Marcha Imperial» de *Star Wars* sonó a todo volumen desde mi móvil. No tuvo que preguntar quién llamaba, sabía que era Olana, y, sinceramente, estaba hasta las narices del acoso constante de mi ex.

Con los labios apretados en una fina línea, Britt dirigió la mirada a mi bolsillo y luego de nuevo a mí. —Si tienes que cogerlo, lo entiendo.

Cerré los ojos y respiré hondo. —Ese es el problema. Que en realidad no lo entiendes.

—No. No. Sí que lo entiendo. Sigues con Olana. Lo que pasó en Las Vegas fue solo un momento divertido. No es que significara nada. Tú y Olana estabais pasando un mal día. Estáis hechos el uno para el otro. Yo solo me estaba interponiendo y ahora me estoy apartando.

¿Hechos el uno para el otro? ¿Se había vuelto loca? Porque *yo* desde luego lo estaría si alguna vez volviera con Olana.

—No estoy con ella.

—Matty, no pasa nada. No tienes que andarte con contemplaciones conmigo. Sabía en qué me estaba metiendo.

—No lo estoy. De verdad que no estoy con ella. Es solo que…

—Lo sé —gritó con la mano libre en alto y los ojos cerrados. Estaba haciendo todo lo posible para que fuera imposible hablar—. He hablado con ella.

—¿Qué? ¿Cuándo?

Britt miró al techo. —Fue hace un tiempo, pero mira, no tenemos que hablar de nada. Lo pillo. Están pasando muchas cosas. Las cosas entre vosotros dos son complicadas, pero estoy segura de que lo solucionaréis. Siempre lo hacéis.

—¿No tengo ni idea de qué estás hablando? ¿Qué te dijo?

—Lo suficiente como para saber que te necesita ahora mismo.

Mantuve los labios sellados porque no sabía cómo responder a eso. ¿Se lo había contado Olana todo? ¿Era esto otro intento de mantener a Britt alejada de mí? Olana podría pensar que me tenía en el bote, pero su embarazo no significaba una mierda en lo que a Britt y a mí respectaba.

Negué con la cabeza. Lo había entendido todo mal. —¿Britt, cómo no lo ves? Da igual dónde esté Olana o cualquier otra chica en este planeta, nada impide que piense constantemente en ti.

Retrocedió un paso y, he de admitir, que quizá me estaba poniendo un poco intenso, pero ¿qué tenía que perder? Apretó los labios, cerró los ojos y levantó una mano.

—Estoy saliendo con alguien, Matty. —Le temblaba la voz, pero percibí la fuerte convicción tras sus palabras.

¿Se me había parado el corazón? De verdad *estaba* saliendo con alguien. Sí, puede que yo hubiera venido aquí con toda esa bravuconería, esperando que me lo dijera, pero en el fondo no creía que fuera verdad.

—¿Estás saliendo con Steele? —Lo pregunté antes de poder pensar lógicamente si me serviría de algo saberlo.

Britt arrugó la nariz de esa forma tan mona que tenía cuando intentaba ocultar algo. Esa fue toda la confirmación que necesitaba. Estaba intentando darme calabazas con delicadeza, esperando que aún tuviera a Olana como plan B porque ella ya había superado aquella noche.

Por desgracia para mí, esa noche quedaría grabada a fuego en mi memoria para siempre, ya que fue la última vez que recordaba haberme sentido verdaderamente feliz.

—Sí. —Dejó caer los hombros y agachó la cabeza. No era la reacción que esperaría de alguien en una relación feliz.

—¿Cuándo?

—Eh, lo conocí antes de la boda en Las Vegas, y luego la cosa solo progresó cuando lo volví a ver hace unas semanas.

—¿*Antes* de Las Vegas? —grazné, sorprendido. ¿Pasó esa noche conmigo mientras estaba empezando algo con otro tío? ¿Y todas aquellas promesas? ¿Cómo es que nunca me lo había mencionado? Me lo contaba todo, y hablaba de los chicos que le interesaban todo el tiempo. Erik Steele nunca salió a colación.

Joder, quería darle un puñetazo a la pared, pero el maldito perrito caliente y el granizado me estorbaban.

—S-sí. Pero como dijimos, lo de Las Vegas fue un calentón del momento. Los dos habíamos bebido y no pensábamos con claridad.

—Pues yo pensaba con total claridad, gracias.

—Sí, bueno, aun así, creo que ambos nos dejamos llevar por el momento.

Vaya. Y yo que pensaba que ella era mi meta definitiva, y al parecer, para ella, yo solo era el segundo plato.

—Claro. —Asentí, haciendo todo lo posible por no mostrar el golpe demoledor que aquello suponía. Tenía novio, y no era yo. Y tampoco quería que lo fuera—. Bueno, ¿eres feliz?

—Sí —dijo arrastrando las palabras, y no me convenció del todo, pero ¿quién era yo para decir nada? No me quería. Eso había quedado claro.

—Entonces me alegro por ti. —Y estoy destrozado por mí. Este no podía ser nuestro final, pero yo jugaba a largo plazo en lo que respectaba a Britt. Habíamos bailado este baile muchas veces y yo era paciente. Podría creer que era feliz ahora mismo, pero le demostraría que se equivocaba.

—¿En serio? —preguntó, sorprendida.

—Sí.

Entonces se hizo el silencio, y todo volvió a ser incómodo.

—Gracias, Matty. —Miró por encima del hombro y luego señaló con el pulgar—. Yo, eh, será mejor que vuelva dentro. Sienna me matará si no estoy lista cuando empiece el segundo período.

Con los labios apretados, asentí. —Seguro que Steele también querrá verte ahí fuera.

Yo sí lo quería cuando estaba en el campo. No tenía ni idea del consuelo que me daba cuando jugaba. Después del calentamiento, me sentaba en el banquillo intentando calmar mi ansiedad, y era ella la que estaba allí abajo, sentada a mi lado, ofreciéndome una sonrisa de apoyo.

—Sí. —Tragó saliva, mirando algo por encima de mi hombro. No me molesté en averiguar qué. Ya no importaba. Nada lo hacía. ¿Qué sentido tenía nada si la única persona para la que estaba construyendo este mundo no lo quería?

—Supongo que ya nos veremos, ¿no?

—Eso espero. —Tenía las mejillas sonrojadas, los ojos oscuros y, cuando se acercó para abrazarme, di un paso atrás, llevándome el granizado y el perrito caliente al pecho para bloquearla. No quería un abrazo por lástima.

Ella bajó la vista a mis manos ocupadas y asintió.

—Adiós, Matty. —Me saludó con la mano, y luego la vi alejarse hasta que desapareció entre la multitud.

Negué con la cabeza y me di la vuelta, dispuesto a volver a mi asiento, pero me detuve al darme cuenta de que la fila de tíos que esperaban para comprar cacahuetes me observaba con lástima.

Por eso odiaba tener conversaciones con la gente en público. Todo el mundo podía oírte.

—Qué mala pata, tío —dijo uno de ellos cuando pasé por su lado. Agradecí la camaradería, pero habría preferido que me arrancaran el corazón en privado.

—Gracias —mascullé, recibiendo palmadas de consuelo en el hombro.

El perrito caliente con todo se había quedado frío, y el granizado se estaba derritiendo en mi mano. Cien dólares gastados en eso. No tenía apetito y odiaba las cosas dulces. A menos que fuera el coño de Britt, claro.

Para cuando volví a mi asiento, Jackson estaba con el ceño fruncido. —¿Qué le ha pasado a mi perrito?

Su mirada iba de mi mano a mi cara. Entonces me di cuenta de que había apretado la cosa con tanta fuerza que era un amasijo informe en mi mano.

—Era el último que quedaba, así que te he traído esto también. —Le metí la bebida pringosa en la mano junto con el perrito, y aunque resopló, no le impidió aceptarlo.

Dando un sorbo al granizado, Jackson me dio un codazo en el costado una vez que estuve sentado. —¿Crees que el entrenador me va a machacar por tomar tanto azúcar antes del entrenamiento de mañana?

—Se te pasará el efecto para entonces —dijo Tanner desde el otro lado mientras observaba a los jugadores volver al hielo.

Yo, sin embargo, estaba demasiado ocupado observando lo que pasaba fuera del hielo. Mientras Britt lanzaba miradas de reojo por la pista, supe que no tenía ni idea de dónde estaba sentado.

¿Estaba mal desear que a su novio le pusieran un ojo morado o, peor aún, que se rompiera una pierna y quedara fuera el resto de la temporada? Sí, al parecer, era un cabrón mezquino de ese calibre.

La mascota se puso a hablar con ella y mi cuerpo se relajó cuando sonrió. No la había visto sonreír desde lo de Las Vegas, pero una pequeña burbuja de celos creció en mi estómago. Quería ser yo quien la hiciera reír, no un oso polar de pega con demasiado relleno.

Erik pasó patinando a su lado y golpeó el plexiglás con el guante para llamar su atención. Ella lo recompensó con un saludo y yo di las gracias de que empezara el partido. La escena, sumada al olor dulzón del granizado a mi lado, me estaba dando náuseas.

—Vaya, ¿todavía la estás mirando? ¿Incluso después de haberle roto el corazón? —preguntó Jackson.

No respondí. ¿Qué podía decir? Todo el mundo sabía que estaba enamorado de ella. Solté un bufido de rabia, odiando que fuera verdad. Estaba enamorado de Britt. Siempre lo había estado, pero como la había mantenido al margen durante tanto tiempo, este parecía un castigo justo.

Estaba tan atrapado en mi propio dolor y confusión, reprendido por mi ex, que nunca vi a Britt de pie frente a mí. *Esperándome*, nada

menos.

Eso estaba a punto de cambiar. Lo único que Britt vería pronto sería a mí.

A pesar de estar jugando, Erik volvió a golpear el cristal, pero no se quedó a ver la reacción de Britt porque el árbitro le llamó la atención.

Pero yo sí la vi. Britt apenas sonrió esta vez. La única razón por la que supe que se estaba haciendo la dura fue porque Sienna vibraba de emoción a su lado.

—Para el carro. ¿Está saliendo con Steele? —preguntó Jackson sorprendido.

Apreté la mandíbula, sin querer responder, e intenté pensar en cualquier otra razón por la que estuvieran tan coquetos, pero no se me ocurrió nada. Britt se sentaba al lado de Erik en clase y él le estaba haciendo el numerito en ese mismo momento. Joder, si ella misma me había *dicho* que se estaban viendo, así que no había forma de disimularlo.

—Sí —mascullé, y Jackson se recostó en su asiento.

—Mala suerte. —Me dio una palmada en el hombro mientras le daba un bocado a mi perrito caliente de cien dólares—. Sé que crees que es la mujer de tu vida, pero hay un montón de tías que querrían hacerte lo que quisieras.

—No las quiero a ellas.

Jackson inspiró bruscamente y, como no dije nada, le dio un trago a su bebida, haciendo ese desagradable ruido de sorber. Luego nos rodeó con los brazos a Tanner y a mí.

—¿Sabéis qué, chicos? No hemos celebrado nuestro nuevo estatus de compañeros de piso desde que llegamos. Salgamos esta noche.

—¿De qué hablas? Ya estamos fuera —dijo Tanner.

—Sí, pero el partido casi ha terminado, así que más vale que vayamos a Covey's Cantina a divertirnos un poco antes de que

empiece la temporada.

—Paso. Tengo cosas que hacer en casa —dije. ¿Qué coño tenía que celebrar? Que estaba solo y había jodido lo único que importaba.

—Jackson tiene razón. Thea sigue allí. —Tanner suspiró, mirándome con compasión—. Ha dicho que teníamos que estar fuera del piso unas horas para que pudiera hacer unas cosas.

Jackson arrugó la cara. —¿Qué demonios está haciendo en nuestro salón? Porque como esté montando una orgía, no le perdonaré en la vida que no me haya invitado.

Tanner puso los ojos en blanco y negó con la cabeza. —Se está dando rayos UVA.

¿UVA de bote?

Tanner se encogió de hombros. —Sí. Creo que se tomó a pecho tu comentario del oso polar.

Jackson resopló. —¿Cuándo se va a buscar su propia casa?

—Pronto. En cuanto le encuentre una habitación, se irá, pero hasta entonces, creo que deberíamos dejarla en paz. Si no, se pondrá de un humor de perros y la verdad es que no me apetece tener que aguantarla.

Jackson giró la cabeza para mirarme. —¿Qué me dices, Mathieson? ¿Covey's Cantina o arriesgarse a ver a Thea desnuda y medio adobada?

—¡Jackson! —advirtió Tanner, pero, como de costumbre, no le hizo caso. Siguió mirándome con una sonrisa de oreja a oreja.

—Vale. —Fingí concentrarme en el partido para que los chicos no me hicieran más preguntas sobre Britt, pero en realidad, solo podía pensar en ella.

Quizá no estábamos destinados a acabar juntos. Quizá ella estaba mejor con otro. Quizá era hora de afrontar la realidad.

Britt me había superado.

Lástima que yo nunca la superaría a ella.

CAPÍTULO 11

Britt

El corazón me latía tan fuerte que me retumbaba en los oídos. No me llegaba ningún otro sonido. Lo único que se repetía en mi mente era: *Olana está embarazada, Olana está embarazada, Olana está embarazada*.

Me estremecí solo de pensar en cómo Matty lo había confirmado, pero actuando como si eso no fuera a poner fin a nuestra relación. ¿Cómo podía pensar que a mí me parecería bien estar con él después de haber dejado embarazada a otra chica? Y, para colmo, su ex de toda la vida, con la que iba y venía.

Me temblaban las rodillas y el corazón se me aceleró como si acabara de correr una maratón. Al entrar en el pabellón, los vítores del público me retumbaron hasta en los huesos, pero yo no estaba ni de lejos emocionada.

Estaba totalmente destrozada y mi ansiedad estaba por las nubes. No solo no estaba preparada para oír todo lo que me dijo, sino que además le había mentido. No era una mentira cualquiera, sino una de las gordas. Apenas había hablado con Erik diez minutos como mucho, y ahora, a ojos de Matty, era mi novio.

Y yo, vuelta a las andadas. La última vez que usé a un chico para distraerme del verdadero objeto de mi afecto, acabó enamorándose de mi compañera de piso.

Sin embargo, esta vez la mentira era distinta. Matty y yo habíamos tenido intimidad. Puede que no nos hubiéramos acostado, pero casi, y él acababa de admitir que no podía dejar de pensar en mí.

Cerré los ojos y suspiré. Solo quería que dejara de hablar. No quería que me convenciera de que, de algún modo, aún podíamos estar juntos. De que la fantasía de que fuéramos pareja se haría realidad.

No podía ser.

Por el bien de su hijo, tenía que formar una familia con Olana.

Ser madrastra antes de los veintiuno era demasiado para mí y, por mucho que quisiera a Matty, tenía que dejarlo marchar. Así que mentí.

Me encogí al pensar en la facilidad con que las palabras habían salido de mi boca. No era una mentirijilla sobre algo insignificante. Involucraba a otra persona. A alguien a quien apenas conocía.

Resoplé y negué con la cabeza, maldiciendo en un susurro. El partido seguía; el público seguía animando y estaba casi segura de que la mascota podía oír mis murmullos.

Instintivamente, eché un vistazo por el pabellón, pero entonces recordé que Matty estaba allí y no quería cruzarme la mirada con él por accidente, así que centré toda mi atención en el portero de los Crushers.

Apenas había procesado el final del partido cuando Sienna me agarró de la mano y me arrastró hacia el plexiglás.
—Vamos. Necesito tu ayuda.

Mi cuerpo tembló mientras miraba a mi amiga, que no se enteraba de nada. ¿Qué diría cuando descubriera lo que había hecho? Un calor sofocante me subió por la cara y solo pude llegar a la conclusión de que era una reacción tardía a mi metedura de pata de antes.

—¿Tienes calor o algo? —Sienna me miró de arriba abajo, frunciendo el ceño.

No podía mentirle. Ya lo había hecho bastante en la última hora.

—He visto a Matty —fue todo lo que necesité decir para que lo entendiera.

Frunciendo los labios, asintió.
—Vale, pues quiero que me lo cuentes todo en cuanto podamos salir de aquí, pero ahora mismo necesito tu ayuda para entrevistar a los chicos.

—Vale —dije, y tragué saliva para contener mi nerviosismo, haciendo todo lo posible por mantener la compostura a pesar de que sentía que el mundo se derrumbaba a mi alrededor.

Los jugadores se dieron la mano con sus rivales y, cuando terminaron, patinaron hacia las vallas. Sienna se colocó junto a un par de aficionados, sonriendo radiante mientras esperaba a que los jugadores llegaran hasta ella.

Como era de esperar, Erik fue el primero en llegar y, cuando se quitó el casco, me guiñó un ojo, haciendo que se me revolviera el estómago de la preocupación. No haría eso si supiera lo que he hecho.

Se sacó el protector bucal y le sonrió a Sienna.
—Y bien, Lawrence, ¿esa actuación me ha valido una entrevista? —Enarcó las cejas, esperando su respuesta.

Cuando ella echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada, él se apretó el palo de hockey contra el corazón.

—No. Claro que no. Estabas demasiado ocupado ligando con mi ayudante como para tener suerte en el hielo.

Las comisuras de sus labios se curvaron y su mirada se desvió hacia mí durante unos segundos antes de volver a Sienna.
—Estás de coña, ¿no? —Abrió los brazos—. He marcado el gol de la victoria. ¿Qué tiene que hacer un tío para conseguir una entrevista?

Ella inclinó la barbilla hacia la multitud que vitoreaba.
—No conseguirlo con una asistencia del hijo de un ganador de la Stanley Cup.

Scotty Hendricks estaba al otro lado de la pista hablando con los aficionados a través del plexiglás. Poniendo los ojos en blanco, Erik gimió.

—Estoy deseando que ese tío se gradúe —masculló. Luego, sin necesidad de que nadie lo animara, se acercó a mí, para alegría de Sienna.

—¿No estáis los dos en segundo? —preguntó Sienna.

—Sí, pero quién sabe, podría hacerse profesional antes que yo —dijo Erik, poniendo los ojos en blanco en mi dirección. Luego, una sonrisa deslumbrante se dibujó en su rostro cuando me vio mirándolo—. Britt —arrastró las palabras—. ¿A lo mejor podrías entrevistarme tú?

Su sonrisa y su naturalidad me relajaron un poco, pero no podía quitarme de encima la sensación de que Matty probablemente me estaba mirando. Todavía estaba aquí y no estaba segura de que se hubiera creído nada de lo que le había dicho.

Pero ¿qué se suponía que debía hacer ahora? No podía salir con un chico sin su consentimiento, lo que significaba que tenía que mantenerme lo más lejos posible de Erik Steele para asegurarme de no tener que meterlo en más líos.

—Britt. —Sienna me dio un codazo en el costado, devolviéndome a la realidad.

—Lo siento. Solo puedo entrevistar a jugadores de fútbol americano —declaré, paseando la mirada por la pista. No vi a Matty, así que, con suerte, se había marchado.

—¿Eso es lo que les dices a todos los chicos que muestran un poco de interés por ti?

Negué con la cabeza.
—No. Es la verdad. Ponte a jugar al fútbol americano y hablamos.

—Auch. Sabes cómo romperle el corazón a un tío, ¿eh?

Solo el de una persona. El de Matty. Se lo rompí sin pensármelo dos veces porque darle cualquier esperanza me rompería el mío.

Podía sentir la mirada de decepción de Sienna. Solo quería lo mejor para mí. Lo sabía, pero eso no me hacía sentir mejor por la situación en la que me encontraba.

—Bueno, ya que no voy a poder entrevistarte, ¿qué te parece si vienes a la Cantina de Covey a celebrar la victoria?

Se me revolvió el estómago. Ahí estaba Erik, ofreciéndome la oportunidad de intentar convertir en realidad la mentira de nuestras citas, y yo seguía dudando. Debería estar celebrándolo y diciendo que sí de inmediato, pero era incapaz de hacerlo. No podía engañarme a mí misma ni a Erik haciéndonos creer que estaba lista para algo con alguien cuando era evidente que no lo estaba.

Mi silencio y mi ceño fruncido respondieron a su pregunta antes de que yo tuviera que hacerlo.

—Eso es un no, ¿eh? ¿Ni siquiera para echar unas partidas de billar?

—Erik, eres un tío genial...

Sienna levantó su mano, con una manicura perfecta.

—No le hagas caso, Steele. Britt se ha bebido su Crushie Slushie tan rápido que se le ha congelado el cerebro para rato. Solo tenemos que recoger un par de cosas, pero estaremos allí.

—¿Que iremos?

Erik nos miró a las dos, alternativamente.

—Sí, iremos —respondió Sienna por mí—. Es solo una partida de billar, y ya sé que le vas a dar una paliza. Además, tengo que presentarte a mi nuevo novio.

—¿Qué? ¿Tienes novio? —Erik pareció igual de sorprendido por la revelación.

Sienna miró al techo y se encogió de hombros. —Él todavía no lo sabe, pero yo ya me refiero a él como mi marido del trabajo, así que he pensado que ya podríamos hacerlo oficial.

—¿Hablas de Newman? —preguntó Erik con sorpresa. La sonrisa de Sienna fue su única respuesta—. Te lo vas a comer vivo.

—Espero que sea él quien me coma viva *a mí*, pero supongo que tendremos que esperar a ver qué pasa.

Erik negó con la cabeza y se volvió hacia mí. —¿Entonces, te veo luego? —Sus ojos se clavaron en los míos, haciendo que fuera difícil decir que no.

—Sí. —Mi reticencia ya no parecía tan evidente.

—Genial.

Cuando regresó patinando con su equipo, me quedé mirándolo, estupefacta. ¿Podría seguir con esto? ¿Y si fingir que salía con alguien o que estaba interesada en alguien se me pegaba y empezaba a gustarme Erik de verdad? Lo había visto pasar muchas veces en películas y libros, pero no estaba tan segura de que pudiera ocurrir en la vida real. No mientras Matty siguiera aquí.

—Sé que has visto a Matty hoy y que eso te está volviendo loca, pero creo que soltarte la melena y salir con un tipo diferente de chico podría ser un cambio agradable para ti —me susurró Sienna al oído como un diablillo en mi hombro.

—Mmm.

Sienna me rodeó el brazo con la mano, zarandeándome. —Venga. Vayámonos a divertirnos un poco.

—Vale, pero en el momento en que yo lo diga, nos largamos de allí. —Le dediqué una mirada significativa.

—Claro, pero espero al menos dos bailes antes de irnos.

—¿Bailes? No hay pista de baile.

—No..., pero hay mesas —dijo, moviendo las cejas, y yo gemí. Bailé sobre una mesa una vez en la fiesta de Halloween de Aiden Matthews, y esa era toda mi fama.

—Venga, acabemos con esto de una vez.



—Otra vez no —gimió Erik antes de apartarse de la mesa de billar.

—¿Cuántas veces vas a jugar contra Britt antes de aceptar que es claramente mejor que tú en esto? —se rio Brooks Hart, otro

miembro del equipo de hockey. Tenía que admitir que había oído hablar mucho de Brooks por el boca a boca, también conocido como Sienna, pero no sabía cómo era en persona. Con una barba espesa y ojos oscuros y profundos, desprendía un aire de misterio, y esa vibra tranquila y seria resultaba atractiva.

Erik se pasó una mano por la cara, gruñendo. —Odio perder.

—Pues deja de jugar —bromeé, metiendo otra bola con facilidad.

—No lo retes así, que nos quedaremos aquí toda la noche.

—Puedes irte, Brooks —dijo Erik antes de que su bola rebotara en la banda, fallando el agujero.

Cuando metí la bola negra, Erik no dijo ni pío, se acercó a mí, invadió mi espacio y me ofreció la mano. —De acuerdo. Por mucho que odie decir esto, me rindo. Eres, con diferencia, mejor jugadora que yo. Buena partida, Chica del Gorro.

—Gracias. —Asentí, aceptando su mano y conteniendo una sonrisa. Llevábamos jugando casi una hora y me estaba divirtiendo, cosa que no creía posible.

—¿Cómo te has vuelto tan buena?

—Fácil. Crecí con tres hermanos supercompetitivos.

—¿Tres hermanos? —Enarcó las cejas.

—Sip. ¿Jugamos a los dardos ahora? —Lo imité, enarcando las cejas en un desafío. No pude evitarlo; yo también era competitiva.

—Claro. Quizá mientras jugamos puedas contarme todo sobre esos tres hermanos y si debería preocuparme.

Bueno, eso arruinó el ambiente. No es que estuviera intentando crear uno ni nada, pero me recordó que no solo lo había utilizado para que Matty se echara para atrás, sino que ahora, básicamente, le estaba dando falsas esperanzas. Por muy bien que me lo estuviera pasando, Matty y la mierda de situación en la que nos encontrábamos siempre estaban en mi mente.

—¿Quieres otra copa? —preguntó, levantando su vaso vacío.

—No creo que sea buena idea beber alcohol antes de jugar con cosas puntiagudas.

—Joder. —Me dedicó otra sonrisa pícara—. Has descubierto mi estrategia. Esperaba emborracharte lo suficiente para poder acabar con tu racha de victorias.

Antes de que pudiera responder con alguna agudeza, me di cuenta de lo silencioso que estaba el resto del local. Cuando llegamos, estaba lleno de aficionados, pero ahora solo quedaban unas pocas mesas de estudiantes.

—¿Adónde ha ido Sienna?

—Probablemente esté intentando desnudar a Henry otra vez —murmuró Brooks en un rincón, mirando su móvil mientras esperaba que Alex volviera con una bebida.

—¿Otra vez? ¿Cuándo ha hecho eso antes?

—Dejaré que ella te lo explique, pero digamos que la tía es insistente y, cuando quiere que poses para un calendario, no tienes ninguna posibilidad de escaquearte. —Brooks nos miró a Erik y a mí y suspiró—. En fin, yo también debería irme. Tendré que ir a ver cómo están Major Dick y Corporal Cock si no vas a venir a casa esta noche —dijo con una sonrisita.

—Gilipollas —se quejó Erik.

Ladeé la cabeza, mirando a Erik, a la espera de una explicación. Dio un paso hacia mí y no retrocedí, para mi propia sorpresa, pero podría haber sido porque me estaba acostumbrando a su presencia.

—¿Quiénes son Major Dick y Corporal Cock?

—Los cascanueces gigantes de casi dos metros que Erik tiene a los pies de la cama —respondió Brooks, ya que Erik se mostraba reacio a hacerlo.

—¿Qué? —Vale, ahora sí que estaba intrigada.

—No te darán miedo los cascanueces, ¿verdad? —preguntó Erik, sin responder todavía a la pregunta.

—No diría que son mi adorno navideño favorito. Prefiero los elfos, la verdad.

Se quedó boquiabierto. —Bueno, asegúrate de no decírselo a ellos. Alex dice que te comerán el hígado mientras duermes si se enteran de que no te gustan —dijo Brooks justo cuando Alex, otro jugador de hockey, volvía con las cervezas.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó Alex, dándole un trago a su cerveza.

—De Major Dick y Corporal Cock.

Alex se estremeció al oírlos mencionar. Luego me miró con la mayor seriedad. —Aléjate, pero bien lejos, de esos trastos. Creo que están encantados y que por eso Erik no consigue que una chica se quede más de una noche.

Brooks soltó una carcajada odiosa. —Sí, claro. Esa es la razón por la que Erik se ha acostado con todo el campus —murmuró, y Erik le dio una patada en la espinilla.

—Bájale los humos, B —le dijo con los dientes apretados.

—No te preocupes, de todas formas, no es como si fuera a conocerlos. —Me reí para quitarle importancia y luego me callé, dándome cuenta de lo cortante que había sonado. Lo estábamos pasando bien y, si no estuviera tan colgada de Matty, quizá me interesaría más Erik. Pero distraerme con otros chicos no iba a funcionar. Sinceramente, ya jugué a ese juego en segundo con Adam y aun así acabé perdiendo en esa situación.

En definitiva, mi cerebro y mi corazón necesitaban tiempo para superar a Matty, y eso no iba a ocurrir si había otros chicos de por medio.

Erik, que no se perdía una, se recostó en la mesa de billar. —¿Joder. ¿Tan mal se me ha dado con las bolas que me has tachado de tu lista de posibles pretendientes? ¿Serviría de algo que supieras que se me da mucho mejor manejar el palo?

Se hizo el silencio entre nosotros, y como no respondí de inmediato, Brooks y Alex tomaron aire a la vez, bruscamente, y retrocedieron poco a poco para darnos algo de intimidad.

No quería ser maleducada, pero tampoco podía decirle la verdad. Cuando Brooks y Alex se hubieron alejado lo suficiente, decidí que lo mejor era ser lo más sincera posible con él. —Mira, Erik, no eres tú.

Soltó una risa sarcástica. —¿Aquí es donde vas a salirme con que tienes un marido secreto o algo así? —Sonrió, sin inmutarse en absoluto por mi rechazo, y hubo algo en eso que me resultó refrescante. Quizá fue porque cuando intenté tener una conversación similar con Matty, sentí como si estuviera pisoteando a un cachorro.

—Que yo sepa, no. ¿Por qué?

Se llevó una mano al corazón. —Porque hay algo que te frena, y desde luego no soy yo. —Lo miré entrecerrando los ojos—. Mi madre me dijo que soy irresistible y perfecto. —Puse los ojos en blanco, conteniéndome para no soltar un gemido—. Así que, como no soy yo, debe de ser algo o *alguien* más.

—¿Qué?

—Es obvio. Eres de ese tipo de tía buena que siempre está pillada, pero ¿qué esperabas que hiciera cuando te sentaste a mi lado en clase? Me pareció que era el momento de probar suerte. No es que vayas a estar soltera mucho tiempo.

—Pues, siento decírtelo, pero siempre he estado soltera.

Erik bufó. —Sí, claro. Puede que no quieras admitir que era tu novio, pero todo el mundo lo sabía.

—No estoy segura de a qué te refieres.

—El *kicker*. Mathieson.

Se me heló la sangre. —¿Matty?

—Sí. —Agitó una mano delante de mi cara—. Por eso nunca me molesté en intentarlo contigo. Siempre supe que teníais algún tipo

de follamigoship.

Me quedé sin palabras. Nunca había oído que nos describieran así, sobre todo de alguien que ni siquiera nos conocía.

—Eh, ¿follamigoship? Las cosas no van por ahí.

Erik me miró con los ojos entrecerrados. —¿Segura? Porque la forma en que te escondías de él en clase me haría pensar lo contrario.

—¿Cómo sabías que me estaba escondiendo?

—Vamos, Britt. Es obvio. Primero, te has sentado al lado de ese tío durante tres años. Siempre con risitas y pasándoos notas como un par de idiotas enamorados. Y de repente, te sientas al otro lado del aula. —Soltó una risa—. Cuando te sentaste a mi lado con una gorra de los Covey Crushers, pensé que era el destino. Claro que eso fue hasta que hablaste, y me di cuenta de que no tenías ni idea de los osos polares.

—No hay nada entre Matty y yo. Nunca lo ha habido.

—¿Estás segura?

Cerré los ojos, casi molesta de que no solo tuviera que defenderme ante mis amigos, sino que ahora tuviera que hacerlo con gente que acababa de conocer.

—Sí. Estoy segura. —Y un rollo de una noche después de una boda en Las Vegas no contaba.

Erik soltó una carcajada suave. —No estoy tan seguro de que Matty estuviera de acuerdo contigo en eso.

—¿Qué te hace creer eso?

—Porque lleva mirándome como si estuviera pensando en todas las formas en las que puede matarme con un palo de billar desde que empezamos a jugar.

—¿Matty está aquí? —tragué saliva, y no podía creer que lo dijera con tanta naturalidad después de soltar lo que era básicamente una bomba nuclear.

Erik canturreó mientras una sonrisa se dibujaba en su rostro. —Ajá. Lo sabía. Algo pasa.

—¿Dónde está?

Erik ladeó la barbilla y yo lo imité sutilmente. Se me paró el corazón al ver que Matty me miraba fijamente.

Se me cortó la respiración y me apresuré a agarrarme a la mesa de billar para no caerme.

—¿Cuánto tiempo llevan ahí? —pregunté con los dientes apretados. Matty, Tanner y Jackson estaban sentados en un reservado justo enfrente de nosotros. Demasiado absortos en la tele, Tanner y Jackson parecían no darse cuenta de que su compañero estaba mirando hacia la mesa de billar.

Cuando me atreví a mirar de nuevo, nuestros ojos se encontraron y me quedé quieta. Su rostro era inexpresivo mientras le daba un trago a su cerveza y me observaba con una mirada desafiante.

—Cree que estamos saliendo —dijo Erik, inclinándose hacia mí.

¿Cómo lo sabía? —¿Cómo lo sabes?

Se encogió de hombros. —Es obvio. La forma en que te mira a ti y luego a mí. No me cabe duda de que cree que soy el cabrón con suerte que se va a ir contigo a casa esta noche.

—Es porque estaba sentada a tu lado —dije, y él retrocedió para poder mirarme de lleno—. Nos ha visto hoy en clase y me ha preguntado por ello.

Fue un alivio quitármelo de encima. Puede que no fuera toda la historia, pero incluso esa pequeña parte fue suficiente para hacerme sentir un poco mejor.

—i¿Que lo ha hecho?! ¿Cuándo lo has visto?

—En el partido.

—¿Y qué le has dicho? —Había intriga y diversión en las preguntas de Erik. Lo miré, demasiado avergonzada para responder, pero al

parecer mis mejillas sonrojadas me delataron—. Espera un momento. ¿*Tú* le has dicho que estábamos saliendo?

—¿Cómo lo has sabido?

—Oh, se te nota en toda la cara. —Se echó a reír—. ¿Qué te ha hecho para que lo tortures así?

—Eh, nada.

Negó con la cabeza, riendo. —¿Cómo me las he arreglado para meterme en un problema de pareja?

—No somos pareja —gemí—. Nunca lo hemos sido.

Asintió. —Lo pillo. Amigos con derecho a roce. Esos también pueden ser divertidos. Aunque todavía no he conocido a una chica que no se enganchara después de uno de esos rollos. Parece que a ti te pasa lo mismo. Quizá *nosotros* deberíamos probarlo.

—No éramos amigos con… —Esta no era una conversación que quisiera tener. Me parecía ridícula.

—¿Estás segura? Porque él está claramente cabreado.

—No, no lo está. Tiene novia.

—Ajá. Claro. —Mirando de uno a otro, una sonrisa se dibujó en sus labios—. ¿Puedo probar una cosa?

Ladeé la cabeza.

—Solo un momento. Quiero demostrar algo.

Enarqué una ceja y él entendió que era un no.

—Venga. No será para tanto.

—Vale.

Sin decir nada más, Erik me rodeó la cintura con el brazo y me subió a la mesa de billar. Cuando estuve sentada cómodamente, me separó las piernas y se colocó entre ellas.

—¿Qué haces? —susurré a gritos.

Sonrió de esa manera tranquila y relajada. —Sígueme el rollo dos segundos. Creo que lo que va a pasar te sorprenderá.

Me guio las manos hasta sus hombros y me quedé helada.

—Erik —le advertí.

—¿Ya has mirado a tu novio?

—No es mi novio —canturreé.

—Eso es subjetivo. Echa un vistazo.

Miré disimuladamente a Matty y luego volví a mirar a Erik con los ojos como platos. Matty no se limitaba a mirarme como antes. Tenía el puño cerrado sobre la mesa, arrugando una servilleta de Covey's Cantina. Tenía los ojos oscuros y entornados, y la mandíbula tensa. Estaba cabreado de cojones y, aunque no debería entusiasmarme ese sentimiento, un pequeño escalofrío de placer me recorrió la espalda.

Durante mucho tiempo estuve suspirando por Matty, sin saber lo que él sentía, pero ahora las cosas eran distintas. Matty se estaba mostrando abierto y atrevido. No quería estar con Olana, pero yo no le permitiría estar conmigo cuando tenía cosas de las que ocuparse primero.

Algo en esta situación me hacía sentir que tenía el control, y nunca me había sentido así con Matty.

—Ahí viene.

Antes de que tuviera tiempo de pensarlo, Matty estaba a nuestro lado.

—Hola, Marty —dijo Erik.

—Es Matty.

—Oh, sabes, sí que lo sabía. Es que estaba un poco ocupado aquí para pensar con claridad. —Erik seguía entre mis piernas y, cuando bajó la mano hasta mi muslo, Matty gruñó.

—Britt, ¿puedo hablar contigo un segundo? —preguntó Matty. Sentí sus ojos sobre mí, pero no podía soportar mirarlo. Cuando me encontré con la mirada de Erik, también tuve que apartar la vista por miedo a no poder parar de reír. ¿Cómo me había metido en esta situación y por qué Erik estaba tan dispuesto a picar a Matty? ¿Era porque, de alguna manera, en las últimas horas, nos habíamos hecho amigos?

—Estoy un poco ocupada —afirmé cuando reuní el valor suficiente para mirar a Matty. Entonces, cuando la vi por encima de su hombro, toda la emoción se desvaneció de mi cuerpo.

Olana estaba aquí. Con una sudadera ancha, buscando a Matty, sin duda. Seguía con el pelo rubio y parecía agotada. No podía imaginar que estar embarazada en la universidad fuera fácil, y casi sentí un poco de lástima por ella.

El corazón se me encogió cuando la realidad se impuso. No había forma de que dejara en paz a Matty, y no tendría por qué hacerlo.

Nunca podría librarme de que ella alardeara de tener un hijo con el único chico que me había interesado. Estaría cerca de él en un futuro previsible, fastidiándolo todo. Dejándome con la confirmación de que probablemente no valía la pena luchar por Matty. Aunque él no lo pensara ahora, ella tenía dieciocho años para ganárselo de nuevo con el tiempo.

Olana fue a la barra y pidió una copa.

—Britt. De verdad que me gustaría hablar contigo —insistió Matty, y yo me quedé helada de nuevo.

Erik se inclinó y me rodeó con sus brazos el hombro, atrayéndome hacia él.

—Sabes, Marty, creo que deberías ocuparte de tu novia en la barra en lugar de intentar llevarte a la mía.

Oh. Dios. Mío.

¿De verdad acaba de llamarme su novia? Tenía una sonrisa de oreja a oreja mientras Matty fruncía el ceño. ¿Cómo demonios sabía lo de

Olana?

Matty se giró para observar la escena a sus espaldas y, cuando se dio cuenta de que Olana estaba allí, ligando nada menos que con el camarero, suspiró. —¿Qué hace esta aquí? —gruñó, y luego se acercó a ella arrastrando los pies.

Y otra vez. Si necesitaba alguna otra señal de que Matty siempre elegiría a Olana, acababa de recibirla. No estaba segura de que mi corazón pudiera soportar mucho más.

Matty le arrebató la copa de la mano de inmediato y se hizo el silencio suficiente como para que pudiéramos oír su conversación.

—¿Qué haces?

—¿Qué quieres decir? Solo estaba esperando a que terminaras de hablar con tu *amiguita* Britt.

Él levantó la copa. —¿Y has pensado que era buena idea beberte esto? —Negó con la cabeza, dejó el vaso sobre la barra y cogió a Olana del brazo. Ella se bajó del taburete y, mientras él la sacaba a rastras, me miró por encima del hombro y me guiñó un ojo.

—Vaya, parecen una pareja divertida. —Erik me apretó la cadera, atrayendo de nuevo mi atención hacia él.

—¿Cómo sabías que estaban juntos?

—Verás, como jugador de hockey, necesito ser plenamente consciente de todo lo que pasa a mi alrededor. Para desarrollar esa habilidad, tuve que ponerla en práctica a diario. Supongo que me acostumbré a observar a la gente, y me di cuenta de que, mientras Matty te miraba a ti, ella lo estaba mirando a él desde la puerta. —Se encogió de hombros—. No hay que ser un genio para ver que estáis metidos en una especie de triángulo amoroso.

—Yo no lo llamaría así, exactamente.

—Bueno, hoy en día tener más de una pareja es más que aceptable, quizá podríais montar un *ménage à trois*.

—No, gracias.

Se lo pensó un momento. —Mejor, una chica como tú se desperdiciaría en un escenario así. Te mereces que te adoren dos tíos.

Tragué saliva y le dediqué una pequeña sonrisa. Sinceramente, ningún chico me había hablado nunca tan abiertamente de que le gustaba. Supongo que en parte era porque mis hermanos siempre estaban cerca, pero era extraño. ¿Matty también se sentía así o era solo la forma de ligar de Erik?

—Gracias —dije con timidez.

—De nada —respondió Erik, satisfecho.

Me zafé de su brazo y me levanté de la mesa de billar.

—No tenías por qué haber hecho eso, ¿sabes?

—Lo sé. Solo pensé que necesitabas un poco de ayuda. Tenías cara de haber visto un fantasma y, si quiero estar en la lista de los buenos de Papá Noel este año, tengo que empezar a actuar de forma desinteresada.

—Gracias —dije, bajando la mirada hacia mis zapatos. Mirar a Erik se había vuelto demasiado abrumador. La realidad de la situación me había golpeado y no estaba segura de cómo me sentía al respecto.

—No hay de qué. Cuando necesites un novio falso, házmelo saber. También puedes llamarme cuando necesites uno de verdad. —Me guiñó un ojo y yo solté un gemido.

Entonces levantó las manos. —Oye, como he dicho antes, un hombre tiene que comer cuando tiene el mejor solomillo delante.

Puse los ojos en blanco, intentando mirar disimuladamente hacia la puerta por la que había salido Matty. Por mucho que quisiera pasar página, en ese momento me parecía imposible.

CAPÍTULO 12

Matty

Al abrir de par en par las puertas de la Cantina de Covey, estaba que echaba chispas de la rabia. ¿Por qué coño tenía que fastidiármelo todo siempre?

Olana se plantó en seco. No me cabía duda de que quería montar un numerito con nuestra discusión y poner a Britt en mi contra de una vez por todas.

Las puertas del bar se cerraron, dejándonos en una calma relativa, y yo no pude hacer otra cosa que fulminarla con la mirada.

Me devolvió la mirada, con una leve contracción en los labios, mientras arqueaba las cejas, fingiendo no ser consciente de que me estaba arruinando la vida.

—Matty, ¿a qué ha venido eso? —Su voz sonó fría mientras me tocaba el brazo.

Retrocedí, zafándome de su agarre. Hacía mucho tiempo que había perdido el privilegio de tocarme.

—¿Qué coño haces, Olana? —articulé entre dientes, y ella se rio y me dedicó una sonrisa tímida e inocente. La misma que llevaba usando conmigo desde que me habló de su embarazo.

El mismo embarazo que ahora utilizaba para manipularme y que hiciera todo por ella, sabiendo que no podía echarme atrás. No después de toda la historia que teníamos.

Gruñendo, estrellé la mano contra el ladrillo. El dolor me recorrió la palma como un pinchazo, pero me dio igual. Podría golpear ese

ladrillo hasta romperme la mano. No importaba. Seguiría sin tener a Britt. Seguiría atrapado en esta misma situación de mierda.

—Matty, cálmate —dijo Olana mientras intentaba alcanzarme una vez más. Esta vez me aparté y respiré hondo varias veces, molesto por lo fácil que conseguía sacarme de mis casillas.

—¿Cuánto has bebido esta noche? —le pregunté, sabiendo que era una de las cosas que los médicos le habían dicho que no debía hacer.

—Me sorprende que te importe —masculló.

Soltando el aire, me volví hacia ella. Jugueteaba con las manos junto al estómago y el labio inferior le temblaba tanto que intentaba detenerlo con los dientes. Sentí una punzada de culpabilidad en el pecho, pero esta vez no dejaría que me controlara.

Puede que Britt aún no se hubiera dado cuenta, pero era mía. Podía intentar resistirse y salir con otros tíos, pero iba a recuperarla. O, bueno, supongo que iba a conseguirla.

—Todavía me importas, Olana. —Lo dije con la boca pequeña, porque ella lo ponía difícil.

—Pero ya no me quieres, ¿verdad?

Mi silencio fue la única respuesta que obtuvo. ¿Cómo iba a quererla? Francamente, después de estar con Britt, estaba casi seguro de que, para empezar, nunca había querido a Olana. Fue una novia del instituto a la que me aferré durante demasiado tiempo porque estar con ella me hacía sentir que las cosas no habían cambiado. Como si mi madre siguiera aquí. Como si mi padre no hubiera empezado a ir a bares cuando pensaba que yo estaba dormido. Como si todo estuviera bien.

Había ido por la vida como un sonámbulo, dejando que Olana me arrastrara, y ha sido ahora, al estar con Britt, cuando me he dado cuenta de cuánto más quería para mí.

Olana negó con la cabeza, riendo con incredulidad. Estaba seguro de que mi expresión le había dicho todo lo que necesitaba saber. Le

tembló el labio inferior y bajó la vista hacia el cemento. A veces me hacía sentir que era una persona horrible cuando solo le decía la verdad.

—Lo sabía.

Cerré los ojos, preparado para su arrebato. Ya habíamos tenido discusiones como esta. Estaba acostumbrada a que yo cediera, pero esta vez no podía. No con lo que estaba en juego.

No solo por mí, sino por ella y por Britt. Cuando Olana soltó la bomba en Las Vegas, esperaba que fuera su as en la manga para recuperarme, pero había perdido su toque. Por fin se me habían caído las gafas de color de rosa y reconocía la manipulación. No estábamos destinados a estar juntos, pero eso no significaba que fuera a dejarla sola para que se las apañara.

Mi madre no querría que hiciera eso, y yo haría todo lo posible por proteger su memoria.

—¿Por qué has bebido esta noche, Olana?

Bajó la mirada, negándose a encontrarse con la mía. —Sé que no debería haberlo hecho y que ha estado mal, pero ¿qué esperas que haga? Estoy sola y necesito ayuda.

—Ya te dije que te ayudaría económicamente.

—¿Pero emocionalmente? ¿Quién me ayuda en eso?

Me mordí la lengua para no decir lo que quería. Había ahuyentado a todos sus amigos del instituto y ahora venía a darme la matraca con eso. No era culpa mía que se hiciera constantemente la víctima y que la gente se hartara.

—Puedo buscarte un terapeuta.

Se rio con amargura. —¿De verdad es eso lo que crees que necesito?

—Es todo lo que puedo darte, y te agradecería que dejaras de seguirme a todas partes.

—No te estoy siguiendo.

—Es una broma, ¿no? ¿Qué hacías aquí esta noche?

Su falta de respuesta me dio la que necesitaba.

—Apareciste en la boda de mi amigo en Las Vegas y me pillaste por sorpresa con una noticia bastante gorda. No puedes hacer esto y esperar que caiga de rodillas y te apoye sin pensármelo dos veces todo el tiempo.

Levantó las manos. —¿Qué esperabas que hiciera? No contestas a mis llamadas ni a mis mensajes. No volviste a casa en verano y tuve que ir a Las Vegas porque era el único momento en que sabía dónde estabas. Mi noticia no podía esperar.

Mi noticia. Siempre tan egoísta. Siempre pensando en ella.

—Tienes que darme tiempo y espacio, Olana. Esperar a que responda. Estoy viendo cuál es la mejor manera de apoyarte. ¿Quieres una casa? Bien. Estoy en proceso de buscarte una. ¿Quieres a alguien con quien hablar? Te encontraré al mejor puñetero terapeuta del país, pero lo que no voy a hacer es quedarme aquí fingiendo que seguimos siendo las mismas personas que éramos en el instituto. Sabes de sobra por qué no volveremos a estar juntos nunca más.

Se quedó callada. Tenía los ojos muy abiertos y la boca entreabierta.

—¿Cuándo cambiaron las cosas?

Miré al cielo, soltando un gemido. No quería tener esta conversación. Ya había hablado con Olana lo suficiente para toda una vida.

—Creo que fue justo después de que te encontrara acostándote con mi antiguo compañero de equipo del instituto.

Negó con la cabeza. —No. No puedes seguir usando esa excusa conmigo. Cometí un error. Me acosté con alguien. Lo asumo. Pero llevas años distante. Reaccioné así porque es la única manera que tengo de llamar tu atención. Si no te empujo a actuar, no haces nada.

Interesante observación. Intentó acariciarme el brazo, pero me estremecí y retrocedí. Sentí un escalofrío de repulsión antes de que se me acercara.

—No me toques.

—Matty.

—No, Olana. No vas a hacer que me sienta mal por algo que ya está solucionado. Ahora, si no te importa, tengo que volver a entrar y hablar con Britt.

Me di la vuelta, dispuesto a dejar a Olana en el aparcamiento.

—No quería decirte nada, pero he hablado con tu padre.

Me detuve y, al girarme para mirarla, ella retrocedió un paso, casi como si le preocupara mi reacción.

—¿Qué has hecho?

Levantó las manos. —No te enfades. No me hablabas, así que supuse que tampoco le hablabas a él y que tenía que saber lo que pasaba.

—No tenía que saber una mierda.

—Claro que sí. Sé que ahora mismo no es tu persona favorita del mundo, pero tu familia ha sido como la mía durante años. Querría saber lo que está pasando.

Negué con la cabeza. Estaba tan lleno de rabia que no tenía forma de disiparla. Había hablado con mi padre. Sabía lo que yo sentía por él y, aun así, lo había hecho a mis espaldas.

—Me..., eh..., me ha dicho que llevas tiempo sin llamarlo. Mira, sé que las cosas se pusieron difíciles después de que Evelyn muriera, pero cortar la relación con la única persona que te queda de tu familia no va a ayudarte.

Me mordí la lengua hasta que un sabor metálico me estalló en la boca. Me estaba llevando a límites insospechados. Estaba enfadado. Furioso, incluso, y, sin embargo, ella se quedó allí, asimilando mi reacción como si esperara que sucediera algo.

—Creemos que te pasa algo que no sabemos.

¿Nosotros? Hablaba como si ella y mi padre estuvieran conchabados. Aunque, por lo visto, ambos querían controlarme a la mínima oportunidad.

—Ya sabes por qué no le hablo —dije entre dientes. Se olvidó de mí en el momento en que mamá falleció, y odiaba que yo fuera la única razón por la que no podía vender nuestra casa y usar el dinero para beber hasta morir.

—Matty, eso no es verdad. Solo quiere hablar contigo, y creo que es lo menos que podrías hacer.

—Para ya.

—¿Parar el qué?

—¡Deja de intentar controlar mi vida! —grité, pudiendo por fin decir lo que pensaba. No volvería a controlarme nunca más.

—No estoy haciendo eso.

—¿Estás segura? Porque está claro que no entiendes lo que son los límites, ¿o es que estás tan metida en tu necesidad de controlar la situación que te da igual?

Ella enarcó las cejas y resopló mientras negaba con la cabeza. —Creo que eres tú el que no conoce los límites apropiados, y ya que estamos, no te vendría mal una lección sobre obligaciones.

—¿Obligaciones? ¿De verdad vas a echarme eso en cara? ¿Cuando estoy haciendo todo lo que puedo para ayudarte?

—No todo.

Negué con la cabeza, sintiéndome como si estuviera atrapado en una tumba. A dos metros bajo tierra y sin salida. —Olana... —Hacía todo lo posible por mantener la calma—. Me importas. Siempre me importarás. Estoy intentando darte todo lo que necesitas para ayudarte a superar esto porque solo quiero lo mejor para ti. Pero lo que es mejor para ti no es lo mejor para mí, ni para nosotros. No puedo darte lo que quieres.

Cuando intenté mirarla a los ojos, ella bajó la vista al suelo. Era lo más sincero que le había dicho nunca y, en realidad, esto era lo que causaba la mayoría de nuestras peleas cuando estábamos juntos. No estábamos hechos el uno para el otro y alargar esto no ayudaba a nadie.

Se limpió la nariz con la palma de la mano, sorbiendo. —¿Recuerdas que antes nos lo pasábamos muy bien juntos? —Quise preguntarle cuándo, pero buscarle las vueltas no me pareció apropiado.

Cuando por fin levantó la vista, una única lágrima se deslizó por su mejilla izquierda.

—Olana. No llores.

—No lo hago —dijo, secándose la lágrima—. Solo desearía que me tomaras más en serio cuando digo que quiero arreglar las cosas contigo. —Me cogió de la mano, atrayéndome hacia ella.

Di un paso adelante, y su rostro pasó de un ceño fruncido a una pequeña sonrisa, que luego vaciló. ¿Creía que había vuelto a ganar? Suspiré, dispuesto a contarle la verdad sobre Las Vegas cuando las puertas del bar se abrieron. Se oyeron risas, y supe quién venía sin mirar. Solo cuando oí la risa más grave combinada con la suya, miré.

No pude evitarlo.

Y joder.

Justo delante de mí, Britt y Erik salían del bar, cogidos de la mano, riéndose como si fueran íntimos amigos. ¿Qué coño estaba haciendo con mi vida? Estaba detrás de una chica que era claramente feliz sin mí, y machacando el alma de otra a la que conocía desde el instituto.

Me crucé con la mirada de Britt, pero ella se giró rápidamente.

—Vaya. —La voz de Olana era de repente más grave. Más dura, con menos emoción—. ¿En serio? ¿Vas a quedarte ahí embobado mirándola conmigo delante?

—¿Creía que estabas disgustada? —La miré entrecerrando los ojos. A veces sus emociones me daban un latigazo cervical. Habían desaparecido los ojos vidriosos y la inseguridad. En su lugar había una chica segura de sí misma y un poco repelente a la que nadie soportaba.

—Lo estaba hasta que me he dado cuenta de que da igual cómo actúe. Siempre me serás infiel emocionalmente.

Me lo echó en cara. Lo mismo que hacía siempre que yo no seguía el juego a cualquier mierda que intentara lanzarme. —¿Infidelidad emocional? ¿De verdad quieres hablar de infidelidad emocional? Porque después de que te pillara acostándote con ese compañero de equipo idiota, ¿sabes lo que hice?

Ella negó con la cabeza.

—Te miré el móvil. —No hacía falta que preguntara cómo—. Llevabas engañándome desde que empezamos a salir en el instituto.

Ella frunció los labios. —No puedes demostrarlo.

—Claro que puedo. Pero ya no quiero hacerlo. Ya no.

—Matty. —Tenía la mandíbula apretada y se acercó a mí. No. No. No. Esto no iba a volver a pasar. No dejaría que Olana arruinara cualquier posibilidad que tuviera con Britt. Por pequeña que fuera.

—Nunca te va a querer, ¿sabes? —Las palabras de Olana coincidían tanto con lo que yo pensaba que no estaba seguro de si las había dicho en voz alta. Cuando la miré, me devolvió la mirada con aire desafiante.

—¿Quién?

—Ya sabes quién. Britt. —Dijo su nombre con tanto rencor que lo sentí recorrer mi espina dorsal.

—No sé de qué hablas.

—¿De verdad crees que no me doy cuenta de cómo la miras? Lo pillo, es guapísima. Es una de esas personas que parecen perfectas sin esfuerzo y sin siquiera intentarlo. —Agarrándose la tripa, Olana

espetó—: Yo solo soy una chica con michelines y problemas. ¿Por qué querrías a alguien como yo?

Retrocedí porque empecé a sentirlo de nuevo. Esa punzada de dolor al verla así. Olana era terriblemente insegura, pero nadie, aparte de mí, podía verlo. Se le daba bien mantener su fachada ante los demás, pero conmigo nunca se escondía. Yo lo sabía todo, y eso era lo que la hacía tan difícil de tratar.

—Olana, eres preciosa. —¿Por qué siempre acababa diciendo cosas que no quería? ¿Acaso valían la pena mi dignidad y mi cordura?

—¿Entonces por qué no puedes quererme? —Lo dijo tan bajo que casi no la oí. Casi.

—Lo siento —fue todo lo que pude articular.

Alguien se rio tontamente detrás de nosotros y cerré los ojos, intentando ocultar mi fastidio. Odiaba no ser yo quien la hacía reír. *Maldito Steele*.

—Vamos —le tendí la mano a Olana, pero no la aceptó—. Deja que te lleve a casa.

Aun así no se movió de su sitio. Gruñí.

—Vamos, Olana. Por favor.

—No. Estoy bien. No te necesito.

—Es tarde y, si te pasara algo, nunca me lo perdonaría.

—Otra vez, solo me ayudas para tener la conciencia tranquila.

—Basta ya —cerré los ojos y saqué el móvil.

—¿A quién llamas? ¿A tu padre? Porque sé que le encantaría saber de ti.

—Hola, ¿seguridad del campus? Ah, hola, Todd. ¿Cree que usted o uno de los otros guardias de seguridad podría pasarse por la Cantina de Covey y acompañar a mi amiga a casa? Sí, se llama Olana Stephenson. Esperaré aquí con ella hasta que llegue uno de ustedes. Genial. Gracias.

Ella sorbió por la nariz, bajó la mirada y dio unas pataditas en el hormigón con los zapatos. Estaba molesta, pero ¿qué más se podía decir? Estaba haciendo todo lo que había prometido. La estaba ayudando, pero no me estaba *entregando* a ella. Ya no. Mi corazón estaba con otra persona, y estaba decidido a hacer todo lo que estuviera en mi mano para demostrarle a Britt lo mucho que significaba para mí.

Permanecimos en silencio hasta que llegó un guardia de seguridad para acompañar a Olana a casa. No dijo nada al irse, pero puede que fuera porque no quedaba nada que decir.

Tenía la conciencia tranquila, pero la culpa por todo lo demás seguía carcomiéndome la mente.

Olana...

La mierda con mi padre...

La mierda con Britt...

Mi vida era un puto desastre y solo podía culparme a mí mismo. Solo tenía que encontrar la manera de arreglarlo.

CAPÍTULO 13

Britt

Frustrada y enfadada, lancé el bolso sobre la encimera de la cocina, molesta por haber tenido que saltarme la clase para evitar mi culebrón artificial con los tíos.

Sabía que entrar en el aula esa mañana iba a ser difícil; lo que no me esperaba era encontrarme a Erik y a Matty vigilando la puerta, esperándome con un asiento vacío a su lado. Alterné la mirada entre el jugador de hockey y el de fútbol americano durante un buen minuto antes de darme cuenta de lo incómoda que me hacía sentir fingir que estaba enamorada de Erik cuando, en realidad, a la única persona que deseaba era a Matty.

Así que hice lo que cualquiera habría hecho en mi lugar. Mandé todo a la mierda y los dejé plantados. Desde luego, saltarme la clase no iba a ayudarme con las notas, pero me dio igual. Necesitaba alejarme un poco de todo el mundo.

Tras soltar un suspiro, llamé a mi compañera de piso, esperando a que respondiera, pero no obtuve nada.

—Lydia, ¿estás en casa? —pregunté. Me acerqué a su puerta y llamé suavemente.

Seguía sin haber respuesta. Así que empujé la puerta un poco y, al ver que no estaba, agradecí no haberla interrumpido en pleno acto. Menos mal. A menudo, me tumbaba en la cama preguntándome en qué postura la tendrían puesta para que chillara tanto como una cochinilla, y estaba harta de que me restregara por la cara todos los polvos que echaba. Cada día había un tío nuevo sin camiseta pululando por la cocina, cosa que no me importaba. Era divertido

hablar con algunos. El asunto solo se ponía incómodo cuando hablaban de invitarla a salir, creyendo que ella quería algo más, porque me daba la sensación de que pretendía que fuera yo la portadora de las malas noticias.

No sabía si Lydia tenía un don para elegir a tíos que le provocaran orgasmos, pero nunca le faltaba uno, y no podía evitar sentir un poco de… envidia. Básicamente me había autoimpuesto el celibato, y su activa vida sexual no hacía más que poner de manifiesto mi falta de ella.

Cerré los ojos y exhalé. Hacía tanto tiempo que no sentía un placer tan intenso como para evadirme de mis propios pensamientos… La última vez fue en Las Vegas, y ese recuerdo no me venía nada bien en este momento.

Lo que daría por un orgasmo ahora mismo.

La idea de aquel vibrador con forma de rosa se me pasó por la cabeza, haciendo que mi centro hormigueara. Me lo había traído a casa después de que Sienna lo dejara sobre mi escritorio, ya que tenía el miedo irracional de que lo sacara cuando hubiera otra gente delante.

¿Pasaría algo por probarlo? Me ayudaría a desahogar mis frustraciones, y de verdad quería relajarme.

Me froté la nuca, intentando darme un masaje, pero no sirvió de nada. Necesitaba otra cosa. Necesitaba un buen polvo, como decía Sienna.

A la mierda.

Hoy estaba de ese humor, y tal vez un orgasmo o dos me ayudarían a calmarme. Caminé con determinación hacia mi cuarto y cerré la puerta con pestillo. Luego fui directa al armario y saqué la caja. La dejé sobre la cama, me senté con las piernas cruzadas y me quedé mirándola.

Era de un rosa chillón y tenía una inscripción en un idioma extranjero en el lateral. No estaba segura de que fuera muy fiable,

pero podía contener la llave de todo mi placer. La verdadera pregunta era: ¿tenía el valor para usarlo?

Me temblaban los dedos, pero hoy no serían suficientes. Llevaban mucho tiempo sin serlo. Necesitaba una solución rápida y, si esto funcionaba tan deprisa como decía Sienna, entonces me quedaría a gusto.

Deslicé el dedo por la parte superior de la caja y examiné la imagen un segundo. Un juguete de color rosa neón con forma de flor y un tallo grueso me devolvía la mirada. Justo en el centro de la rosa había algo que parecía una lengüita diminuta, y me estremecí solo de pensar para qué servía. También vi un símbolo de Bluetooth, pero no iba a molestarme en configurarlo. Se me daba fatal la tecnología y lo único que quería era correrme.

Saqué el juguete del embalaje y lo acerqué para inspeccionarlo. Los pétalos moldeados eran preciosos e intrincados, y pegué un gritito cuando, de repente, empezó a vibrar en mi mano.

¿Pero qué demonios acabo de pulsar?

Tragando saliva, me quedé mirando el juguete, preocupada de que algo más me saltara encima si le quitaba ojo. El centro de la rosa se agitaba como un pez… o una lengua. Tomé una bocanada de aire e ignoré los cosquilleos que me recorrían el vientre. No era porque tuviera miedo de usarlo; era porque me recordaba demasiado al hombre que me había comido el coño la última vez.

Matty. Joder, qué bien había sentado cuando su lengua jugueteó con mi clítoris. Mi cuerpo reaccionaba solo con pensarlo, lo que me frustraba hasta el infinito. Hasta cuando intentaba relajarme, él hacía que fuera imposible.

De repente, el tallo de la rosa empezó a bombear y, mientras el juguete se movía en el aire, parecía que lo estaba haciendo todo bien. De verdad que quería probarlo, pero ¿y si ningún hombre pudiera igualar esa sensación nunca más?

¿Me importaba a estas alturas? Matty ya me había dejado inservible para cualquier otro tío, así que, ¿por qué no dejar que me

estropearan un poco más?

El juguete seguía agitándose, y a mí me seguía interesando lo que podía ofrecerme, así que me recosté en la cama y me deslicé bajo las sábanas. Cogí la rosa, la metí debajo y comprobé por segunda vez que la puerta estuviera cerrada con pestillo. Luego me quité las bragas, dejándolas en algún lugar de la cama, y abrí las piernas.

Mirando al techo, el único ruido en la habitación era el del consolador vibrando, e intenté no reírme. Era muy raro, pero estaba desesperada y necesitaba desconectar de todo. Respiré hondo para calmarme.

Comprobé los ajustes, bajé la velocidad de la lengua vibradora a lo que consideraría un ritmo más manejable, pero me fijé en dónde estaba el botón de intensidad por si quería aumentarla en algún momento.

Con los ojos cerrados, abrí más las piernas y lo llevé a mi centro, sobresaltándome al instante en cuanto rozó mi piel sensible.

—¿Pero qué coño…?

Lo tiré fuera de las sábanas, dejándolo vibrar en algún lugar de la cama, sorprendida de que hubiera sido como si me estuvieran electrocutando. *¿De verdad a la gente le gustaba eso?* Negué con la cabeza, mirando el juguete con el labio fruncido. Se suponía que esto debía ser divertido y relajante, y ahora estaba frustrada y confusa.

Quizá debería haber leído las instrucciones, pero no tenía tiempo. Quería sentirme mejor ahora, lo que significaba que tendría que tomar cartas en el asunto.

Literalmente.

Tumbada de nuevo en la cama, volví a cerrar los ojos y deslicé la mano hasta mi monte de Venus antes de masajearme lentamente el centro, dejando que esa sensación cálida y hormigueante se acumulara en mi vientre. Mis dedos eran agradables. Mucho más suaves que aquel juguete, y a medida que me sumía más en la

sensación de excitación, era más fácil imaginar las manos de otra persona en su lugar.

Unos ojos verdes aparecieron en mi imaginación y una suave sonrisa se dibujó en mis labios al recordar lo que sentía al pasarle los dedos por el pelo castaño y revuelto mientras su lengua me lamía. Se me arqueó la espalda, anhelando la misma sensación que tuve cuando me miraba fijamente mientras su boca trabajaba contra mi clítoris. Hambriento y oscuro. No se cansaba de mí y tuve que morderme el labio para no gemir.

Una y otra vez, su lengua se movía con rapidez, como lo hacían mis dedos ahora. Con suma agilidad, hundí los dedos en mi centro, cogí parte de mi humedad y la froté sobre mi clítoris en un intento de que se pareciera más a una lengua. La lengua de Matty, para ser precisos. Hacía meses que no pasaba, pero la sensación estaba grabada a fuego en mi cerebro para siempre y revivirla, aunque fuera una burda imitación, sentaba bien.

—¿Sabes cuánto tiempo he esperado para saborearte?

Sus palabras flotaron en mi mente, excitándome aún más. Mis dedos no dejaban de moverse y mis caderas se arqueaban a un ritmo rápido. Todavía lo deseaba. Todavía quería saber qué se sentiría al tenerlo deslizándose dentro de mí, tomándome de todas las maneras posibles mientras me susurraba cochinadas al oído.

—¿Vas a correrme para mí como una niña buena?

No pude contenerme. La idea de su polla rozando mis pliegues húmedos me hizo gritar de placer.

—Eso es, B. Quiero que te corras para mí.

Mis caderas se movían más rápido y mis talones se clavaban en la cama a medida que mi orgasmo se acercaba.

—Estás jodidamente buena cuando estás así, Britt. Completamente abierta y esperando.

Eso fue todo. Era todo lo que necesitaba pensar para caer en un éxtasis eterno. Olas de placer recorrieron mi cuerpo mientras una luz

blanca y brillante destellaba ante mis ojos. No podía hablar ni moverme, pero era lo más relajada que me había sentido en mucho tiempo.

Qué bien.

Hacía tanto tiempo que no me permitía correrme, principalmente porque me negaba a imaginar a Matty, pero me lo permitiría por esta vez.

Mientras soltaba un suspiro de cansancio, sonreí. Mis caderas cayeron sobre el colchón y, con los dedos todavía dentro de mí, me quedé tumbada mirando al techo. Cansada y agotada, pero en una completa y borrosa nebulosa.

—¿Britt? ¿Britt?

La voz de Matty seguía en mi cabeza. Diciendo mi nombre una y otra vez, como una burla interminable. Nunca volvería a tenerlo así, pero quizá imaginarlo aquí no sería una mala manera de vivir el resto de mi vida.

Toc. Toc. Toc.

—Britt, ¿está todo bien?

Abrí los ojos de golpe y aparté los dedos al instante, haciendo una mueca de desagrado.

—¿Matty? —grazné. Tenía que ser una pesadilla. ¿Qué hacía él aquí en mitad del día?

—Sí, soy yo.

—¿Qué haces aquí? —Mi voz era un poco más estable, pero estaba demasiado paralizada por la conmoción como para moverme.

—Pues, eh, te vi salir de clase y quería ver cómo estabas. Pensé que estabas enferma.

Oh, Dios mío.

Estaba ahí fuera, y esto no era solo una pesadilla.

Un momento. ¿Me había... me había *oído*? ¿Sabía lo que estaba haciendo aquí dentro? ¿Mientras pensaba en él?

Forcejeó con el pomo de la puerta, lo que me hizo reaccionar de un salto. El corazón me latía desbocado. Estaba sudada, parcialmente desnuda y todavía excitada. La puerta seguía cerrada con llave, gracias a Dios, pero salté de la cama y me puse mi albornoz de satén color champán. Puede que aún llevara puesta la camiseta, pero como estaba desnuda de cintura para abajo, tendría que valer.

Corrí hacia la puerta y la entreabrí. Sus ojos verdes se clavaron en mí mientras una sonrisa torcida se dibujaba en sus labios. Esos labios. Tan grandes y besables. Tuve que contenerme para no lamerme los míos.

—Oye, Matty, ¿qué tal? —Intentaba mostrarme tranquila y serena, pero por dentro gritaba de vergüenza.

La camiseta de los Wildcats de Matty se le ajustaba en los lugares precisos. Tenía una ligera barba incipiente en la barbilla y el pelo alborotado. Maldije para mis adentros, mientras mi cuerpo se calentaba, listo para un asalto con él en lugar de con mi mano.

—¿Cómo te encuentras? —Sus palabras por fin calaron lo suficiente como para que pudiera responder.

—Mmm. ¿Bien?

—¿Seguro? No tienes que mentirme. Acuérdate de cuando te comiste ese sushi en mal estado el año pasado, yo estaba allí sujetándote el pelo. No me molestó. Estoy aquí para todos los detalles escabrosos.

Me encogí. ¿Por qué demonios tenía que recordarme eso?

—Las cosas que dijiste esa noche también fueron bastante interesantes...

Puse los ojos en blanco. Era algo con lo que siempre me tomaba el pelo, sabiendo que lo único que yo podía recordar de esa noche era a Matty sentado a mi lado con la espalda contra la bañera, dispuesto a ayudarme en todo lo que pudiera.

—¿Por qué estás aquí?

Asomé más la cabeza, pero no me atreví a enseñar el resto de mi cuerpo. Matty sabría lo que estaba haciendo solo con mirarme.

Dio un paso atrás y señaló la cocina. —Te he traído sopa y galletas saladas de esa tienda de delicatessen que te gusta.

Efectivamente, la bolsa de Covey's Delicious Deli estaba junto a mis llaves. Se me había abierto bastante el apetito masturbándome, y me rugieron las tripas al pensar en la comida, pero, de nuevo, no era algo de lo que quisiera hablar abiertamente en este momento.

—Espera, ¿cómo has entrado?

Me miró con aire de culpabilidad. —Bueno, llamé a la puerta e iba a irme, pero tenía toda esa comida y no quería que se echara a perder, así que pensé que podría dejártela en la nevera, por lo que usé la llave que me diste el año pasado para emergencias.

—Ah, vale.

—Y una vez dentro, pensé en ver cómo estabas.

Respiré hondo. Mi mente seguía acelerada, preguntándome si habría oído algo.

Abrió los ojos como platos y retrocedió. —Lo siento. Estoy interrumpiendo algo. No debería haber venido. Es solo que te fuiste sin tu novio, así que pensé que estabas sola.

—Lo estoy —dije, y luego apreté los labios rápidamente.

—Entonces, ¿por qué no contestabas al móvil?

Porque estaba demasiado ocupada masturbándome pensando en ti.

—Oh, espera. No contestes a eso. Tampoco es que contestaras a mis llamadas y mensajes antes de hoy —bromeó.

Tragándome ese pensamiento, cerré los ojos, intentando encontrar una explicación plausible para haberme saltado la clase y que así Matty me dejara para revolcarme en mi vergüenza.

—Sí, no es nada. Me dolía la cabeza y he pensado que una ducha podría ayudarme. —He abierto la puerta un poco más y los ojos de Matty se han clavado de inmediato en la abertura del albornoz. Oh, mierda. Se me había olvidado que debajo no llevaba nada.

¡Zas!

Y en ese momento, Lydia ha abierto la puerta del apartamento de par en par, estampando a un tío contra ella mientras lo besaba con todas sus ganas. No le he podido ver la cara, pero sabía que era nuevo porque nunca antes había traído a un pelirrojo a casa.

En un día normal me habría parado a pensar en lo raro que era ver a un pelirrojo, pero Matty seguía mirándome fijamente y no podíamos hablar con los otros dos magreándose contra la puerta.

—Eeeh… ¿Por qué no entras aquí? —le he ofrecido, y Matty ha sonreído asintiendo.

Mientras pasaba por mi lado, me he repetido que aquello no significaba nada. Lo estaba invitando a mi habitación para poder conseguir que se fuera. Lydia y su héroe pelirrojo terminarían en cualquier momento. Estaba segura.

Me he estremecido cuando Matty ha pasado por mi lado y he cerrado la puerta rápidamente, dejando que mi compañera de piso hiciera lo que le diera la gana ahí fuera, lo que significaba que la sopa se estaba sacrificando por el bien común.

Con las manos en los bolsillos, Matty se ha quedado de pie en mi habitación, observándola como si fuera la primera vez que entraba. No lo era. Habíamos pasado mucho tiempo estudiando aquí cuando Hayden le preparaba la cena a Adam, pero en este momento, tenerlo en la habitación hacía que pareciera mucho más pequeña. Su presencia era abrumadora en este espacio tan diminuto, y me he preguntado si por eso no podía quitármelo de la cabeza.

Se ha vuelto hacia mí y ha señalado la silla que estaba metida debajo de mi tocador.

—¿Te importa si me siento?

En cuanto se ha sentado, he oído un zumbido bajo, muy parecido al de una mosca. Qué raro. Hoy no he abierto ninguna ventana.

¡Joder!

El vibrador. ¿Lo había apagado? He mirado disimuladamente hacia la cama y he tenido que contenerme para no ahogar un grito de horror al verlo vibrando como un pez sobre la colcha. Lo peor era que la extensión curva del tallo también estaba en marcha, dejando a la vista lo que parecía una polla con hojas.

Oh, Dios mío.

No superaría esto en la vida. Si antes había alguna duda sobre lo que estaba haciendo, ahora quedaba más que resuelta.

Joder.

He mirado de reojo a Matty, que al parecer no me había quitado los ojos de encima. Quizá todavía no se había fijado en el follaje vibrador. Tenía que aprovechar la oportunidad y apagarlo antes de que lo hiciera. Me he arrastrado hasta la cama, he echado el edredón por encima del colchón para tapar el juguete y he amortiguado gran parte del ruido que hacía.

Pero no era suficiente. No podía relajarme hasta que supiera que estaba apagado, pero ¿cómo iba a hacerlo sin que él se diera cuenta? Tosiendo con fuerza, he empezado a mover las sábanas en busca del objeto y, cuando lo he encontrado, me he sentado encima y le he sonreído a Matty.

Vale, no ha sido la mejor idea. Las vibraciones me recorrían el cuerpo como olas, y con Matty enfrente, mirándome con esa mirada suya, intensa y oscura, me estaba excitando. No era un buen momento.

He tosido un poco más y he movido el culo, apuntando al lado de la rosa donde sabía que estaba el botón de apagado.

Vamos. Vamos.

Matty ha fruncido el ceño. Sí, debía de parecer un poco rara, retorciéndome en la cama, pero esperaba que la tos bastara para distraerlo. Cuando las vibraciones se han detenido de repente, me he relajado.

¡Por fin!

—¿Todo bien? —me ha preguntado, y yo he asentido efusivamente, tomándome su pregunta como una señal de que no había visto mi vibrador.

—Sí, todo bien.

—Genial. —Ha asentido y ha señalado mi baño—. Entonces, ¿quieres darte esa ducha?

—Eh… —He mirado alternativamente a Matty y a la ducha. Se me ha secado la boca. La idea de ducharme con él después de todo era un poco atrevida, teniendo en cuenta que acababa de preguntarme por mi supuesto novio.

Entonces me ha señalado las piernas, recordándome que estaba medio desnuda.

—Por el dolor de cabeza. Has dicho que necesitabas una ducha. Ve a darte una y yo te espero aquí.

¿Por qué mi mente estaba siempre inventando nuevas formas en las que Matty y yo podíamos tener sexo? Tenía que parar y controlarse.

—O podrías irte. Seguro que Lydia y su chico ya han trasladado lo que sea que estuvieran haciendo a su dormitorio.

—¿Seguro que te encuentras bien?

—Estoy bien.

—Pero estás un poco más pálida de lo normal y tienes las mejillas muy sonrojadas. —¿Se estaba burlando de mí? Tenía toda la pinta—. Creo que es mejor que me quede aquí hasta que al menos te hayas duchado. No quiero que tengas una urgencia médica ahí dentro y que no haya nadie para ayudarte.

—Eeeh, vale. —No me dejaba otra opción, así que lo mejor que podía hacer era darme esa ducha lo más rápido posible—. Vuelvo… eh, ahora mismo. —He intentado ocultar el nerviosismo de mi voz, pero se me daba fatal. Me la había meneado pensando en él, no tenía ni idea de si lo sabía o no, y ahora iba a desnudarme en la ducha mientras él se sentaba en mi habitación.

—Sin problemas.

Cuando he cerrado la puerta del baño, me he asegurado de que estuviera con pestillo y me he apoyado en la madera. ¿Qué me pasaba? Matty me estaba volviendo loca y no tenía ni idea de cómo solucionarlo sin admitir que no podía dejar de pensar en él.

Después de poner el agua lo más fría posible, he entrado en la ducha y me he dado la más rápida de mi vida, poco dispuesta a dejar a Matty ahí fuera el tiempo suficiente como para que encontrara mi vibrador.

¿Por qué no me lo había llevado al baño?

—Mierda.

Me he envuelto el pecho con la toalla, muy consciente de que me había dejado toda la ropa en mi dormitorio, lo que significaba que tendría que salir ahí fuera y enfrentarme a Matty en toalla.

¿Qué pasaba con mi suerte hoy?

He asomado la cabeza por la puerta y le he dedicado a Matty una sonrisa tímida.

—Otra vez yo —he dicho, casi en broma, y me he deslizado dentro de la habitación. La mirada de Matty ha descendido hasta la mullida toalla blanca que me envolvía el pecho.

—Guau. —Sus ojos me han recorrido el cuerpo y ha tragado saliva.

Ignorando su comentario, he pasado a su lado y he señalado mi armario, negándome a mirarlo a los ojos. El trayecto se me ha hecho eterno bajo su mirada, pero he intentado fingir que no me molestaba.

—Es que se me ha olvidado la ropa.

—Sin problema —ha respondido Matty. Cuando he llegado a la cómoda, he sacado un sujetador y unas bragas antes de dirigirme al armario y rebuscar entre mi ropa.

—¿Ese es tu vestido para el Baile de los Jugadores?

Mi mano se detuvo en una percha y miré por encima del hombro a Matty, cuya única atención estaba puesta en el vestido morado con la abertura alta que colgaba de la puerta de mi dormitorio.

El Baile de los Jugadores. Casi lo había olvidado, y el lío que podría suponer que Erik y Matty estuvieran allí. No solo era obligatoria mi asistencia, sino que tendría que entrevistar a Matty como parte del dossier de marketing.

—Eh, sí. Me dijeron que tenía que vestir del morado de Covey, pero encontrar un vestido de noche de ese tono es más difícil de lo que parece. No estoy segura de que la abertura sea apropiada.

—¿A quién coño le importa? Esa abertura lucirá tus piernas atléticas, pero lo pillo, serás de lejos la tía más buena de allí. Aunque te aviso, da igual lo que te pongas, ese siempre será el caso.

Fruncí los labios y me volví hacia el armario, luego saqué una camiseta y unos vaqueros. No quería que se diera cuenta de que me estaba sonrojando. Nunca me cansaría de oír los cumplidos de Matty, pero ojalá no me sonrojara como si fuera la primera vez que me decían algo bonito.

—¿Vas a ir con Steele?

Pfff. ¿Que si voy a ir con Steele? Esta mentira me había estallado en la cara de mala manera.

—Mmm. No estoy segura.

¿Era lo correcto? ¿Debería haber dicho que iba con Erik? Quizá eso habría hecho que Matty se echara para atrás, pero ¿y si Erik ya tenía pareja?

—¿Cómo que no estás segura? ¿No estabais saliendo?

Me di la vuelta para volver al baño. —Lo estamos —me aclaré la garganta—. Pero todavía estamos en la fase informal, ¿sabes?

¿Todavía seguía hablando? Cuanto más hablaba, más grande se hacía la mentira.

—Claro. Bueno, si solo es algo informal entre vosotros dos, entonces me gustaría llevarte a ti.

—¿Perdona?

—Bueno, lo nuestro es mucho menos informal, ¿no crees?

Fruncí el ceño y negué con la cabeza. —No creo que a Erik le gustara eso.

—¿Crees que me importa? Estoy hablando de tú y yo, y de todo lo que pasó en Las Vegas.

—No hay un «tú y yo».

—Tendrías que ser estúpida o no estar prestando atención para pensar eso.

Sujetando la toalla y la ropa contra mi pecho, decidí terminar con esto diciendo: —Matty. Ya hemos hablado de esto. No tengo tiempo para seguir dándole vueltas a lo mismo. Voy a cambiarme.

Cuando pasé por su lado, esperaba que intentara detenerme, pero no lo hizo. Se quedó ahí sentado. Una vez en el baño, me puse la ropa lo más rápido posible. Luego me desenredé el pelo mojado antes de volver a la habitación.

Matty estaba sentado en el mismo sitio, pero esta vez estaba mirando algo en el móvil. Pasé rápidamente a su lado para abrir la puerta de mi dormitorio y comprobar que Lydia se había llevado sus payasadas al suyo. Se había ido, y cuando me volví hacia Matty, su mirada seguía pegada a la pantalla.

—¿Haciendo algo interesante? —pregunté, intentando mirar disimuladamente.

Negó con la cabeza antes de guardarse el móvil en el bolsillo de los vaqueros. —Solo intentaba programar una cosa, pero puede esperar.

Se reclinó en la silla y se cruzó de brazos. Luego, sus ojos recorrieron mi cuerpo, observándome. Iba vestida, pero el gesto aun así me provocó un escalofrío por la espalda.

—¿Puedo preguntarte una cosa, B?

¿Por qué esa pregunta hizo que me fijara tanto en sus labios? Tan perfectamente curvados.

—Sí —dije con voz lánguida, sin pensar con claridad.

—¿Cómo de en serio vais tú y Erik?

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, es que dijiste que estabas con él antes de Las Vegas, y ahora te sientas con él en clase, vas a los partidos. Todo suena a que estáis saliendo, pero no sé. Cuando os he visto juntos, hay algo que no me cuadra.

—¿Que no te cuadra?

—Sí, es decir, si yo fuera él, estaría dejando muy claro que tú eres mi pareja para el Baile de los Jugadores.

Se me erizaron los pelos de la nuca, pero intenté quitarme los nervios de encima. Estaba pillando mi mentira, y no me gustaba nada.

—Pues va muy en serio.

Mirándonos fijamente, Matty enarcó una ceja. —Si es así, entonces ¿por qué te saltas las clases y aprovechas ese tiempo para correrte la con un vibrador potente?

Me quedé helada, y el rostro de Matty permaneció serio.

—Q-qué…

Levantó una mano. —Lo digo en serio, B. Si no es capaz de correrte la, y tienes que venir a casa a hacerlo tú misma, entonces está claro que no es el tío adecuado para ti.

—Yo no estaba haciendo eso.

—Claro. ¿Así que el vibrador que tienes en la cama se encendió por casualidad cuando entré?

Cerré los ojos y resoplé con fastidio. —Eso no es algo de lo que tú y yo deberíamos estar hablando.

—¿Por qué no? Sinceramente, siento que tu placer debería ser mi prioridad a estas alturas, ¿no crees?

Tomé una bocanada de aire y dije las palabras que llevaba repitiendo en mi cabeza desde Las Vegas. —Solo somos amigos, Matty. Siempre lo hemos sido.

—Ajá. A mí me pareció algo más que amistad cuando tenía mi lengua dentro de ti. Pensé que sentirías lo mismo, teniendo en cuenta que me corrí en el fondo de tu garganta.

—Eso fue una noche.

—¿Lo fue? Estoy bastante seguro de que la intención era que fuera para siempre —enarcó las cejas—. Al menos por mi parte.

Atónita. Me había dejado atónita y sin palabras. No podía creer que tuviera el descaro de decir algo así.

—Aunque te digo una cosa. Si siguiéramos juntos y te pillara usando un vibrador en lugar de pedirme ayuda, me sentiría insultado. Pero luego me recordaría a mí mismo que los juguetes son mis amigos, y que podemos trabajar juntos para darte horas y horas de placer. ¿Te gustaría eso, Britt?

—Matty.

—¿Has probado alguna vez a usar un vibrador mientras te follan?

Tragué saliva. El Matty de Las Vegas había vuelto. Hablando sucio y poniéndome las bragas chorreando. Parecía que no importaba quién se interpusiera en su camino. Estaba en su punto de mira y no pararía hasta que yo cediera.

—Me encantaría probarlo contigo alguna vez. Piensa en lo divertido que sería. Mi polla dentro de ti mientras la vibración en tu clítoris se

vuelve más intensa. Quizá podríamos pasarlo al otro lado. Una pequeña doble pen…

—Fuera —dije con voz queda.

Matty se quedó en silencio un segundo, luego se calmó e intentó hablar. —Britt.

—No. No quiero hablar de esto. No estoy enferma y no es asunto tuyo lo que hacía en la intimidad de mi habitación. —Cerré los ojos, reacia a mirarlo—. Por favor, solo dame un poco de espacio.

Hubo una pausa en silencio entre nosotros hasta que se levantó de la silla. Me rozó el brazo al pasar a mi lado, y odié que mi cuerpo reaccionara a él de inmediato, deseando atraerlo hacia mí.

—Esto no ha terminado, Britt. Voy a recuperarte. —La frase hizo que un escalofrío me recorriera la espina dorsal—. Eres mía.

Dicho eso, la puerta se cerró y me quedé con el pelo y las bragas mojadas.

Vaya, menuda forma de empezar el día.

CAPÍTULO 14

Britt

La coleta mojada me golpeaba la espalda mientras corría por el campus, intentando quitarme de la cabeza a Matty y mi vibrador de color rosa fucsia. Respirando con dificultad, apreté los dientes para ignorar el dolor mientras mis pies martilleaban la acera.

«Eres mía».

Todavía no podía creerme que esas palabras hubieran salido de su boca. ¿Qué era? ¿Un cavernícola? Intentaba desesperadamente convencerme de que lo había odiado, pero por alguna estúpida razón, no podía dejar de pensar en ello.

Reduciendo el ritmo, respiré hondo un par de veces y negué con la cabeza. Ir más despacio significaba pensar más en Matty.

Las imágenes de él mirándome mientras me corría con el vibrador me atormentaban, y eso ni siquiera había ocurrido… pero, ¿por qué lo deseaba tanto?

Ay.

Mi dedo del pie chocó de lleno con un adoquín grande y perdí el equilibrio. Bueno, eso era quedarse corto. Iba directa al duro pavimento sin nada a lo que agarrarme. Haciendo una mueca, cerré los ojos, preparada para soportar la humillación de romperme la nariz contra el hormigón, cuando un par de manos me sujetaron con facilidad.

Cuando reuní el valor suficiente para abrir los ojos, estaba suspendida sobre la acera, con la cara tan cerca del cemento que casi podía lamerlo.

—Arriba —dijo una voz grave mientras me levantaba hasta ponerme de puntillas, y sonreí al ver quién me sujetaba.

—Erik.

—Chica del Gorro —dijo él, como si ese fuera mi nombre de verdad. Luego retiró las manos y me sacudió el polvo de los brazos, aunque no hacía falta. En realidad, no me había caído, gracias a él—. ¿Todavía sigues corriendo?

Solté un bufido.

—Acabo de empezar.

—No es verdad. Llevas corriendo toda la mañana. Empezaste cuando saliste corriendo de clase antes.

Todavía azorada, me alisé los leggings como si eso fuera a calmarme de alguna manera.

—¿Así que has visto eso?

—Era difícil no verlo. Te quedaste paralizada como un ciervo ante los faros otra vez, mirando a Marty durante un buen rato antes de salir disparada.

—Sí… —Me aparté de él, ajustándome la coleta para no tener que mirarlo—. Sabes que se llama Matty, ¿verdad? ¿No Marty?

Se encogió de hombros y me dedicó una sonrisa despreocupada. Nada parecía inmutar a este chico.

—Claro que lo sé. Todo el mundo lo conoce. Es el mejor *kicker* que hemos tenido en esta universidad en años. O, al menos, eso es lo que la prensa quiere que creas. Lo único que yo he visto es una actuación que calificaría de mediocre.

—Solo han sido unos pocos partidos, y le han estado pasando algunas cosas —ofrecí como explicación, pero no había hablado con Matty en condiciones desde que volvimos. Supuse que la presión inminente de convertirse en padre era lo que hacía que sus chutes fueran menos precisos.

—Sí, pero siempre están pasando cosas. —Se señaló la cabeza—. Parte de ser un atleta de élite es saber desconectar el tiempo que sea necesario para ganar el partido. Pero tengo que preguntártelo porque imagino que sabrás la respuesta. ¿Es un genio del mal o algo así? He oído que hundió a la Southern Collegiate con solo pulsar una tecla. ¿Es verdad?

—Yo no lo diría exactamente así.

—Pero sí que publicó algunos vídeos, ¿no? Salieron artículos sobre ello.

—Tenía sus motivos.

Una sonrisa jugueteó en sus labios, y sacudió la cabeza, mirando al cielo con nostalgia.

—Joder, tengo que encontrarme una chica que me defienda con la misma vehemencia que tú a Marty.

—¿Qué quieres decir?

—No es por malmeter, pero da igual lo que pregunte, siempre tienes una excusa para él. Es adorable. Que él no lo vea como la señal más clara del mundo es algo que jamás entenderé.

—Matty es mi amigo. Uno de mis mejores amigos, así que siempre daré la cara por él. —Me encogí. La única razón por la que estábamos metidos juntos en este lío era porque yo siempre estaba ahí para él. Él se pasaba de bueno con Olana, y yo actuaba como la amante de turno, siendo demasiado buena con él.

—Supongo que sí, pero, sinceramente, el tío es idiota por no ver lo que tiene delante de las narices.

—¿Y qué es eso?

—La mujer más entregada que un hombre podría desear.

Entrega. Joder. ¿Tanto se me notaba?

Asintiendo, intenté forzar una risa. ¿Por qué Matty era lo primero de lo que todo el mundo quería hablar conmigo? Decidí cambiar de tema.

—Gracias por cogerme al vuelo. No me cabe duda de que habría acabado con la nariz ensangrentada y al menos un ojo morado si no hubiera sido por ti.

—De nada. —Se encogió de hombros antes de señalar al suelo—. Aunque la próxima vez, quizá deberías atarte los cordones.

—¿Los cordones?

Miré hacia abajo y me reí. Efectivamente, estaban desatados. Me vino a la mente mi mensaje a *Spillit*. Este era el *meet-cute* con el que siempre había soñado, pero no era con el chico que yo deseaba. Sin ofender a Erik ni nada. Se había portado bien ayudándome con Matty la otra noche, pero eso no hacía más que complicar las cosas, y yo no quería darle falsas esperanzas cuando todavía estaba en pleno proceso de curar un corazón roto.

Me aparté un mechón de pelo rebelde de la cara y sonreí.

—Ah, sí. Tienes razón. Soy una patosa. Mis hermanos siempre me dicen que debería comprarme zapatillas con velcro para no tener este problema.

—No es mala idea. —Me sonrió de oreja a oreja, mirándome de arriba abajo—. Aunque es curioso, ¿no?

—¿El qué?

—Verte por el campus de nuevo después de todo lo que pasó la otra noche. Te vi salir corriendo y ahora has acabado cayendo a mis pies.

—Sí, es desternillante —dije, inexpresiva.

Se mordió el labio inferior antes de decir:

—Yo que tú, dejaría de correr. No vas a llegar muy lejos. El universo no te va a dejar.

El universo *tampoco* me dejaba olvidar a Matty.

—A lo mejor tengo que hablar con el universo —refunfuñé.

Erik se rio, dándome un codazo en las costillas.

—No, creo que es con el destino con quien tienes que hablar, porque lo estás ignorando.

Puse los ojos en blanco cuando me guiñó un ojo y luego me reí.

—A este respecto, tengo una pregunta para ti —dijo Erik.

—Dispara.

—¿Vas a ir al Baile de los Jugadores el viernes?

—Eh…

Levantó las manos y dio un paso atrás. —¿Solo te lo pregunto porque pensé que a lo mejor ibas, ya que Sienna va a cubrirlo para el equipo de hockey. Supuse que tú harías lo mismo para los Wildcats.

—Sí, voy a ir —. Pero ahora estaba pensando en comprarme un vestido nuevo. ¿Cómo podría ponerme el que tenía en la habitación sin pensar en Matty mientras lo llevara puesto?

Las imágenes de mí, escondida en un armario mientras Matty me metía la mano por la abertura del vestido, me subía la tela por encima de la cintura y se arrodillaba delante de mí, no dejaban de inundarme la mente.

Estaba mal, pero cada fibra de mi ser sentía que era lo correcto. Solo confirmaba que no estaba segura de que mis rodillas tuvieran la fuerza suficiente para no flaquear bajo la presión de estar en su presencia con ese vestido puesto.

—¿Tú vas a ir?

Me dedicó una sonrisa irónica, estudiándome de arriba abajo. —Faltaría más. No puedo perderme la oportunidad de ir de fiesta con mis compañeros de equipo. Tenemos que asegurarnos de mantener viva nuestra reputación de libertinos —bromeó, soltando una carcajada.

Negué con la cabeza. —Lamento decirte que creo que el equipo de fútbol americano ostenta ese título desde hace tiempo. Sin ánimo de

ofender, pero apenas oigo hablar del equipo de hockey, y mucho menos de vuestro «libertinaje».

—¿No has oído hablar de la carrera de desnudos por el campus?

Negué con la cabeza.

—¿Cómo te lo perdiste? Es la novatada que les hacemos a los de primer año. Les obligamos a correr desnudos por el campus solo con los guantes para taparse los palos. —Me guiñó un ojo como si debiera estar impresionada.

Fruncí los labios antes de dedicarle una mirada de disculpa. —Lo siento. Estaba demasiado ocupada cubriendo por qué Aiden Matthews y sus compañeros de piso llevaban suspensorios con purpurina rosa como para preocuparme por vuestras payasadas.

—Ah, bueno, pues te perdiste algo divertido. Pero tiene sentido, porque no me cabe duda de que si me hubieras visto correr así, te habrías olvidado del equipo de fútbol en un santiamén. —Sus labios se curvaron al pensar en aquel día—. Aunque, si Scotty no hubiera estado allí, todo el mundo me habría visto ganar. En serio, ese tío podría vomitar en un casco y aun así las tías harían cola para darle palmaditas en la espalda.

—Sabes, mencionas mucho a Scotty. ¿Es la primera vez en tu vida que no has sido el centro de atención?

Hizo un mohín y se frotó la barbilla. —Sip, pero no es la última. —Luego me miró con seriedad—. Entonces, si vas al Baile de los Jugadores, ¿vas con Marty?

—Matty.

—Chica del Gorro, puedes corregirme todo lo que quieras, pero cuando le he puesto un apodo a alguien, me quedo con él.

Me ajusté el bolso y lo miré con inquietud, sin querer responder a esa pregunta.

—¿Qué más da?

Con las manos metidas en los bolsillos, se echó hacia atrás y esbozó una sonrisa incómoda. —Si tú vas al Baile de los Jugadores, Marty irá y, bueno, yo también voy.

—Ah, claro —dije con voz queda.

—Supongo que Marty piensa que seguimos «saliendo», ¿verdad?

—Sí —dije arrastrando las palabras—. Iba a decirle que habíamos roto, pero no lo he visto el tiempo suficiente como para hablar de eso. —Era una mentira piadosa, pero no podía decirle que no había tenido tiempo de contárselo porque Matty estaba amenazando con usar un consolador conmigo.

—Bueno, ¿y por qué ibas a hacer una tontería como esa?

—Porque no estamos saliendo de verdad.

—Como ya has dicho varias veces. Eso no significa que no podamos seguir tomándole el pelo al idiota que aún no te ha elegido.

—No es un idiota, y la verdad es que no me gusta que digas eso. —Principalmente porque técnicamente no era verdad. Matty había dejado claro innumerables veces que me deseaba, pero iba a tener un hijo, lo que significaba que no había sitio para mí.

Erik levantó las manos. —Perdona. Tienes razón, no pretendía ofenderte, ni a él. Solo intento ayudarte, así que déjame empezar de nuevo. ¿Te gustaría ir al Baile de los Jugadores conmigo, Britt?

—Aunque la oferta es muy amable, creo que es mejor que le pongamos fin a esto. No nos beneficia a ninguno.

—Vale, lo pillo. Pero ¿qué te parece esto? Si te ves metida en alguna conversación difícil, solo tienes que llamarme y estaré encantado de ayudarte.

—Eso suena bien. —Sonreí, contenta de que no pareciera haber ninguna animosidad entre nosotros.

—Ah, acabo de pensar que la sala es grande, puede que te cueste encontrarme. ¿Sabes qué? Probablemente tendrás que mandarme

un mensaje. Así que, supongo que necesitaré tu número. —Intentó parecer indiferente, pero su sonrisa se hizo más amplia.

—¿Mi número?

—Sí, ya sabes, por si necesitas que te ayude o si necesito hablar contigo sobre fútbol americano. Sienna me ha dicho que eres muy aficionada.

—No se equivoca.

—¿Al béisbol también?

—Sip.

—Joder —dijo, mirando al cielo y agitando el puño—. ¿Por qué no elegí el béisbol en lugar del hockey en el instituto?

Me reí. —Porque está claro que eres increíble en el hockey.

—Seamos sinceros, sería genial en cualquier deporte que me propusiera. Pero si hubiera sabido que una de las chicas más guapas del campus solo se fijaría en mí si supiera manejar pelotas en lugar de discos, quizá habría seguido ese camino.

Puse los ojos en blanco. —Vaya frasecita. ¿Normalmente te funciona?

—¿Sinceramente? Ninguna otra me lo pone tan difícil.

—¿Es por eso por lo que intentas desesperadamente llamar mi atención?

—Qué va. Es solo que Sienna pensó que congeniaríamos, y te mencionó un par de veces. También me dijo que debía perseverar antes de rendirme.

—Espera, ¿ella dijo eso?

—Sí. Dijo que estabas saliendo de un rollo raro en el que llevabas metida desde que eras novata. Puedo confirmar que tu rollo con Marty McFly es más confuso que la explicación científica de cómo el Doc consiguió que el DeLorean viajara en el tiempo.

—La voy a matar. —Sinceramente, en parte era culpa mía. Debería haber sido sincera con ella desde el principio, pero a medida que pasaban las semanas, dejé de hablar de Matty, así que toda la situación empezó a perder importancia.

—No. No. No hagas eso. Solo intenta ayudarte.

—Sí, bueno, pues me está fastidiando las cosas.

—Vale —dijo con voz arrastrada, sin saber muy bien adónde mirar. No lo culpaba. No era culpa suya que yo estuviera de mal humor. Había perdido la clase y, una vez más, me habían hecho ver mi situación con Matty, como si no supiera ya lo mierda que era—. Valía la pena intentarlo, pero ¿sabes qué? Lo pillo.

—Lo siento. No estaba enfadada contigo. Es que ahora mismo tengo muchas cosas en la cabeza.

—No pasa nada, Bean. Lo entiendo, pero mi oferta sigue en pie. Si necesitas que te echen una mano, yo tengo dos.

Levantó las manos y movió los dedos.

—Gracias.

Me despedí de él con la mano antes de seguir corriendo. Cuando volví al apartamento, no estaba ni un ápice más cerca de olvidarme de Matty, pero al mirar el móvil, me eché a reír. Erik me había pasado su número por AirDrop con un mensaje:

Erik: Por si lo necesitas. Estoy listo para ser tu Supermán.

Negué con la cabeza y entré en el apartamento, sin saber cómo acabaría todo aquello, pero preocupada por haberme metido en un lío de cualquier manera.

CAPÍTULO 15

Matty

Me hice crujir los nudillos y miré por el vestuario como si esperara que fuera a pasar algo malo. Mi cuerpo estaba en alerta máxima y, aunque los partidos solían ser mi refugio, no podía concentrarme. Britt estaba aquí, pero no sabía qué decirle. Me había estado evitando desde que le pregunté si podía verla masturbarse con un vibrador y, aunque parecía un poco directo, creí que era apropiado para nosotros dos.

Lo nuestro era un caos confuso, pero no estaba dispuesto a renunciar a ella tan pronto. La convencería para que estuviera conmigo. No era una cuestión de si lo haría, sino de cuándo.

—Bueno —dijo Tanner con voz arrastrada, mirándonos a Jackson y a mí. Se sentó en el banco de enfrente mientras nos poníamos las protecciones—. Se acerca el Baile de los Jugadores.

—Así es —afirmó Jackson, impasible.

—Matty, supongo que llevarás a Olana. —Levanté la vista hacia Tanner y él alzó las manos, riéndose—. Vaya, perdona, tío. Creía haber oído que lo habíais arreglado.

Negué con la cabeza.

—No. Con ella sigo como siempre.

—Sin sexo y cabreado —dijo Jackson y, aunque Tanner le dio un guantazo a mi amigo en la nuca, no me sentí con fuerzas para rebatirlo. Tampoco es que se equivocara. Desde mi única e increíble noche con Britt, había estado célibe.

—Suéltalo ya, T —dijo Jackson, cogiendo su casco y poniéndose en pie.

—¿El qué?

—Algo quieres. Es obvio. Pídelo ya para que pueda decirte que no.

—Es sobre Thea.

—Lo sabía. No. Joder, ¿por qué suena tan bien esa palabra? ¡No! ¡No! ¡No! No va a pasar. Jamás. Nunca jamás. Nones.

Tanner puso los ojos en blanco y siguió a nuestro compañero de piso hacia el túnel.

—Vamos, J. Solo es una noche.

—Sí, una noche en la que tendré que hacer de carabina de tu hermana porque estarás demasiado ocupado mirando a Aster a los ojos. Thea es un peligro público y no tengo ni idea de qué puede llegar a hacer si no la vigilas.

—No es para tanto. Simplemente no me gusta la idea de dejarla sola en el campus mientras los demás estamos fuera.

—¿Y eso por qué? —preguntó Jackson.

Tanner ladeó la cabeza y fulminó a Jackson con la mirada.

—Por favor. De verdad que no tendrás que hacer nada. Estaré allí para cuidarla. Podrás irte a ligar con todas las tías que quieras. Solo necesito que cene en nuestra mesa y que no esté sola en el apartamento.

—¿O sea que quieres que esté con nosotros en nuestra mesa? ¿Has olvidado que también tendré que estar yo en dicha mesa y que tendré que soportar vuestras discusiones toda la noche? Thea quiere entrar en Alpha Delta Theta. Tienes que dejarla en paz. —Reflexionó sobre ese punto—. Espera un momento. ¿Por eso quieres que vaya? ¿Esa noche son las novatadas?

Tanner apretó los labios y su mandíbula tensa fue respuesta suficiente.

Jackson soltó una carcajada.

—Entonces es un no definitivo. En serio, ¿cuál es tu obsesión con mantenerla alejada de eso? Lo pillo, Aster lo pasó fatal, pero toda la gente que fue mala con ella ya no está. —Jackson se encogió de hombros, y yo los seguí, contento de que la conversación no tratara sobre mí—. Está en la universidad, deja que haga lo que quiera.

—No me corresponde a mí contarlo —dijo—. Venga, por favor. Te daré lo que quieras.

Jackson se pellizcó el puente de la nariz.

—¿Cuándo me he convertido en el canguro residente de la casa?

—No eres un canguro. A Thea le caes muy bien y no es como si tuvieras a nadie más a quien llevar.

—¿Seguro? He oído que hay por ahí una reportera rubia especialmente atractiva que podría necesitar una cita. —Levanté la cabeza de golpe y vi a Jackson sonreírme—. ¿Tú qué crees, Matty? Ahora que Britt te ha superado, ¿crees que por fin ha llegado mi oportunidad?

—No te vas a acercar a ella —dije con los dientes apretados, para gran diversión de mis amigos.

—¿Quién me lo va a impedir? —Jackson me estaba provocando. Intentando cabrearme para el partido. Sin duda, había demostrado lo poco que me interesaba, pero eso no impedía que me entraran ganas de arrasar con todo—. Ya sabes, he oído que ha estado haciendo buenas migas con un tío del equipo de hockey. Erik Steele, ¿verdad? A lo mejor tengo que enseñarle cómo los jugadores de verdad manejan sus pelotas, ya que te dejó tirado después de probar las tuyas.

Eso fue la gota que colmó el vaso. No importaba que fuera uno de mis mejores amigos, quería matarlo. Me abalancé sobre él, corriendo tan rápido que no pudo prepararse para el golpe.

—Joder —gritó al caer al suelo conmigo encima, justo a la salida del túnel. El público vitoreó, pero yo estaba concentrado únicamente en

Jackson y en las ganas que tenía de matarlo.

—Si crees que Britt se va a acercar a ti y a tu culo con un tatuaje de Mickey Mouse, lo llevas claro.

—Tío —se quejó Jackson—. Solo estaba bromeando. Tienes que calmarte.

Tanner me quitó de encima de Jackson y lo miró.

—Y tú tienes que dejar de ser un gilipollas. ¿A qué viene provocar a Matty? —Tanner se puso delante de mí y le tendió la mano a Jackson, que la aceptó a regañadientes. Cuando Jackson se dio cuenta de que habíamos llamado mucho la atención y de que varias personas nos estaban grabando, la aceptó y esbozó una de sus sonrisas características.

Entonces abrió los brazos e hizo una reverencia a ambos lados del túnel. —Gracias por ver nuestro numerito. Nos gusta llamarlo «Compañeros hasta que el sueño muera».

Dando un paso más para entrar en el estadio, encontró la cámara que tenía más cerca y la señaló. —Espero que esta actuación me consiga un papel como el próximo *Football Bachelor*.

—Idiota —dijo Tanner, apartándolo de las cámaras y empujándolo hacia los banquillos. Mientras iba tras ellos, vi las caras que ponían los entrenadores. Lo habían visto todo y supe que, al final de esto, me caería una bronca.

En fin. Nada de eso importaba. El partido estaba a punto de empezar, así que en lo único que tenía que concentrarme era en el espacio entre los postes de la portería y en marcar puntos.

Pero entonces unos ojos azules se cruzaron con los míos.

Joder.

Llevaba dos segundos en el estadio y ya había encontrado a Britt. Estaba despampanante, como de costumbre, con un micrófono en la mano junto a mi sitio en el banquillo de los jugadores.

Tenía el ceño fruncido por la preocupación. Estaba preocupada por mí, y como no quería que pensara que era un débil, le guiñé un ojo y me mordí el labio inferior mientras la recorría con la mirada. Esa chica podía hacer que cualquier hombre en su sano juicio perdiera la concentración. Con la puta camiseta de los Covey Wildcats puesta, estaba convencido de que había salido de mis sueños más húmedos.

Con el casco en la mano, me acerqué a ella y, aunque dio unos vacilantes pasos hacia atrás, no se marchó. En parte porque no tenía adónde ir, pero al menos no estaba pidiendo ayuda a gritos ni nada por el estilo.

—Ho-hola, Matty —dijo ella, mirando al suelo, intentando evitarme todavía, pero no me sorprendió. Estaba avergonzada por todo el asunto del vibrador en su cama. Aunque no tenía por qué estarlo. Era la hostia de excitante pensar en ella haciendo eso.

—Britt. —La examiné y solté un chasquido de lengua audible—. ¿Por qué llevas una camiseta de Brennon? —pregunté, y ella levantó la vista hacia mí lentamente.

—Porque es mi apellido —afirmó.

Me la quedé mirando y, como no captó el mensaje, dije: —Creo que ambos sabemos que en tu espalda debería poner Mathieson.

Ella frunció los labios, disimulando fatal su enfado. —No, no debería.

—Vegas —dije como única declaración.

—Olana.

—¿Qué pasa con ella? No significa nada.

—¿Ah, no? Entonces, ¿por qué está ahí fuera mirándote en primera fila? —Britt señaló por encima de su hombro.

—Olana no signi… —Cuando miré para ver a mi ex sonriéndome, vestida con el abrigo más grande que había visto en mi vida, me quedé helado. No porque pareciera ridícula, sino porque la persona sentada a su lado no había venido a ninguno de mis partidos desde que empecé en la UC.

Mi padre.

Joder.

¿Qué demonios hacía aquí y por qué estaba con Olana? Sentí que iba a vomitar. La última vez que me vio jugar, mi madre estaba sentada a su lado.

—Pues no lo parece —dijo Britt antes de pasar a mi lado y caminar hacia el cámara, dejándome clavado mirando a las gradas. Mi padre no se había dado cuenta de mi presencia, demasiado inmerso en su conversación con Olana. Quería decirle que se largara, pero montarían una escena y sin duda afectaría a mi rendimiento.

¿A quién quería engañar? Mi concentración ya estaba por los suelos. ¿Cómo coño se suponía que iba a chutar un balón con él mirándome? Juzgándome como siempre hacía. Culpándome por acaparar toda la atención de mi madre cuando ella debería haberse concentrado en mejorar.

No supe cómo ocurrió, pero de alguna manera, estaba de vuelta en el banquillo, mirando fijamente el campo en lugar de practicar mis lanzamientos en la pequeña red del lateral.

Jackson me dio un golpecito en la bota de fútbol mientras se cernía sobre mí. —Eh, tío —dijo. Contemplé el césped artificial como si de repente fuera a resolver todos mis problemas—. Tanner me ha dicho que viniera a pedirte perdón por lo de antes. Solo intentaba picarte. Pensé que jugarías mejor. Y de todos modos, ya deberías saber que no me voy a acercar a Britt. —Su nombre hizo que saliera de mi ensimismamiento. Cuando lo miré, Jackson sonreía con suficiencia—. Las rubias cañón que están fuera de mi alcance no son mi tipo.

Solté un sonido ahogado que algunos podrían llamar una risa.

—Pero hay un tipo en las gradas que te busca. Ha dicho que era tu padre. —Señaló con un gesto en la dirección en la que estaba sentado mi padre—. Ya sé que no hablas mucho de él, así que solo quería asegurarme de que supieras que estaba aquí.

—Ese es él —dije sin emoción alguna. Nadie sabía lo mal que se habían puesto las cosas entre nosotros, y quería que siguiera así. Sin embargo, el hecho de que hablara con algunos de mis compañeros me empujó a actuar. Tenía que hablar con él, de lo contrario me arriesgaba a que intentara hablar con más compañeros. Incluso con Britt si no tenía cuidado.

Echando un vistazo a mi alrededor, corrí hacia un banco justo debajo del asiento de mi padre. De pie sobre él, me subí al saliente para quedar cara a cara con él. Claro, para la gente de alrededor parecía el dulce reencuentro de un padre y un hijo, pero era cualquier cosa menos eso.

El corazón me latía a punto de salírseme del pecho, y toda la ansiedad que había reprimido durante años empezó a aflorar. Hacía tres años que no lo veía, y decir que tenía mal aspecto sería quedarse corto. Tenía la piel grisácea y los ojos amoratados. Sabía que no lo estaban. Era solo desnutrición y falta de sueño.

—¿Qué haces aquí, papá?

—¿De verdad? ¿Así es como quieres saludar a tu viejo después de tanto tiempo? —Se rio con amargura—. Jodidamente típico. Ni siquiera saludas a tu novia. —Le pasó el brazo por los hombros a Olana, que sonreía inocentemente.

—Papá. ¿Qué haces aquí? —repetí con firmeza. No iba a dejar que me pintara como el malo de la película en esta situación.

—He venido a verte jugar. ¿No es tu último año? Podría ser una de las últimas veces que te vea jugar al fútbol universitario.

—Y la primera —mascullé—. ¿Cómo te has pagado el vuelo hasta aquí? —Decir que mi padre andaba justo de dinero era quedarse corto. Lo único que le mantenía un techo sobre la cabeza era yo. El hecho de no haberle puesto la casa a su nombre había sido una bendición. También lo había ayudado de otras maneras que él desconocía, pero nunca le daría dinero en efectivo porque empeoraría las cosas.

—He conseguido un trabajo, hijo. —La forma en que lo dijo me hizo sentir como si se estuviera burlando de mí.

—Ah, ¿sí? ¿Dónde?

—En el súper del barrio. Como ves, el pueblo no se ha rendido conmigo aunque mi propio hijo lo haya hecho.

Me contuve para no decir lo que pensaba. No tenía sentido enfrentarme a él. Hacía mucho que había renunciado a nuestra familia, mucho antes de que yo me marchara y, aunque ya no estuviera allí físicamente, seguía pendiente de él.

—¿Esa es Brittany? —preguntó mi padre, sonriéndole a mi amiga. No me gustó el tono con el que dijo su nombre ni que lo supiera. Tuve cuidado de no mencionar nunca a Britt en las contadas ocasiones en que hablábamos, porque no había nada que contar. En ese momento solo era una amiga. Miré a Olana, que me dedicó una sonrisa entre divertida y perpleja, esforzándose al máximo por parecer inocente y fracasando estrepitosamente. Era la única que podría haberle hablado de Britt a mi padre.

Decir que estaba cabreado con ella sería quedarse corto. Estaba haciendo todo lo que quería y, aun así, seguía empeñada en arruinarme la vida de cualquier forma que pudiera.

—Mathieson. Ya podrá hablar con su familia después del partido. —Asentí al entrenador, dispuesto a marcharme. No era como si esta conversación fuera a ninguna parte. Justo cuando iba a bajarme, mi padre me agarró del brazo y me obligó a volver a prestarle atención.

—Le esperaré después del partido. Tenemos algo muy importante de lo que hablar. —La mirada de mi padre se desvió hacia Britt y no me gustó, pero necesitaba saber por qué estaba tan interesado en ella.

—De acuerdo —dije entre dientes antes de quitármelo de encima con un manotazo y volver con el resto de los jugadores.

El partido transcurrió y yo no era capaz de chutar. Era como si no tuviera control sobre las piernas. Llegó a ser tan grave que, en un momento dado, el estadio entero contuvo la respiración mientras

intentaba un tiro desde la línea de treinta yardas. Estaba acostumbrado al ruido, así que el silencio no ayudaba. La multitud me mantenía la adrenalina alta y me ayudaba a mantener la concentración. Cuando había silencio, en lo único que podía pensar era en mis problemas.

Mi padre..., Olana..., Britt.

Como era de esperar, fallé, y fue la última vez que me permitieron salir al campo. Al menos, jugar tan rematadamente mal tuvo algo bueno: Britt no me entrevistaría, y yo no quería estar cerca de ella en ese momento. Si se acercaba lo suficiente, o me hablaba, no tenía duda de que se daría cuenta de que estaba afectado e intentaría ayudarme. Y no quería eso. Quería que Britt me viera como un protector fuerte y seguro de sí mismo, no como alguien que se convertía en un debilucho en cuanto su padre le sermoneaba.

Sentado en el banquillo, supuse que mi noche había terminado, así que, cuando el entrenador me llamó, me quedé confuso. Miré a ambos lados y me señalé a mí mismo. Él asintió. *Mierda*. Iba a dejarme salir ahí otra vez. Respiré hondo antes de volver a ponerme el casco, entrar trotando en el campo y prepararme para chutar desde la línea de veintitrés yardas. Era bastante sencillo. Nunca había fallado un tiro desde tan cerca en toda mi carrera como jugador en la Covey U, y supuse que me sacaban al campo para intentar devolverme la confianza tras el último y pésimo chute.

Como era de esperar, el público se calló. Mi mente se quedó en blanco. Como siempre que estaba a punto de hacer un tiro que podía cambiar el partido. Colocaron el balón y miré a la portería, luego al balón. Repetí ese movimiento un par de veces hasta que me sentí cómodo con el ángulo, flexioné las rodillas y dejé que el rebote del césped artificial me impulsara hacia delante para chutar.

En el instante en que mi puntera tocó el balón, supe que algo iba mal.

—Joder —grité, pero nadie me oyó dentro del casco. El balón se desvió demasiado a la derecha y el viento lo alejó aún más de la

línea de gol.

Había vuelto a fallar, y era uno de los tiros más fáciles de mi carrera.

¿Qué coño me pasaba?

Me arrastré hasta los banquillos, negándome a cruzar la mirada con nadie e ignorando las cámaras que sin duda me apuntaban.

—Mala suerte —dijo uno de los otros *kickers*, Kyle, mientras me dejaba caer en el banquillo. Gracias a Dios que no era un gol decisivo; de lo contrario, tendría una diana en la espalda el resto de la semana. Apenas me moví de mi sitio durante el resto del partido. Demasiado paralizado pensando en que iba a ver a mi padre y en todas las cosas que podría decirme.

Siempre supe que eras un fracasado. Menos mal que tu madre no vivió lo suficiente para ver la vergüenza en la que te has convertido.

—Eh —murmuró Britt, y cuando levanté la vista, me di cuenta de que todo el mundo se estaba marchando. Yo seguía sentado en el banquillo, demasiado frustrado con mis propias acciones como para querer moverme. No le contesté, pero ella no se apartó. Nunca lo hacía. Siempre estaba ahí para mí, incluso cuando menos me lo esperaba.

—Hazme un sitio —dijo, dándome un golpecito con la cadera en el costado, y obedecí. Nuestros muslos y hombros se tocaron cuando se sentó a mi lado, y quise reírme porque era lo más cerca que habíamos estado el uno del otro desde Las Vegas.

—No he venido a entrevistarte.

—Eso me imaginaba. A no ser que intentaras subir la audiencia entrevistando al peor *kicker* de la historia de los Wildcats.

Ella resopló. —Por favor, todavía te queda mucho para ser el peor. Pero, además, te das cuenta de que tienes las mejores estadísticas de todos los *kickers* que han jugado aquí, ¿verdad?

La miré y me reí. Claro que ella lo sabía. Estaba tan obsesionada con el fútbol americano que era ridículo.

Dándome un codazo, dijo: —Todos tenemos días malos, sigues siendo el mejor *kicker* que he visto en mi vida. La yo de primer año desearía poder decir que estás sobrevalorado porque me haría sentir bien, pero no puedo.

—Hoy no he podido concentrarme en el partido.

Ella echó un vistazo a los asientos donde estaban sentados Olana y mi padre. —Comprensible. Están pasando muchas cosas. Estoy segura de que la próxima vez lo harás mejor.

—Gracias.

Me rodeó con un brazo y me zarandeó un poco. —Supongo que tendremos que encontrarle una solución. Sabes, cuando estaba en el instituto, tuve un bloqueo.

—No me digas que también jugabas al béisbol.

Ella se rio. —No, pero creo que el término funciona para todo. Durante unos cuantos partidos, tuve un problema: cada vez que chutaba, el balón se quedaba rodando por el suelo. Sinceramente, estaba tan avergonzada que pensé que mi pie por fin había decidido que prefería jugar al fútbol, pero ya era tan tarde en el instituto que había arruinado mis posibilidades de entrar en el equipo.

—¿Conseguiste superarlo?

—Sí. Vi unas cuantas películas de zombis y conseguí desconectar. Siempre las veía y pensaba que si esa gente podía sobrevivir a un apocalipsis zombi, yo podía sobrevivir a cualquier cosa que me estuviera pasando. Hubo un episodio en el que un tipo perdía las gafas y lo único que podía pensar era: «¿Cómo diablos va a sobrevivir sin ellas?». Pero, de alguna manera, lo hacía y, bueno, eso siempre me ha resultado inspirador.

—¿Qué te rondaba por la cabeza? —la estudié, porque nunca me pareció que fuera de las que se ponen nerviosas.

Me miró con aire avergonzado. —De todo un poco. A veces me cuesta mucho concentrarme. Es como si una voz interior me dijera constantemente que tengo que ser perfecta para todo el mundo y

para todo. —Sus hombros se relajaron un poco tras decirlo—. No sé. Mi familia nunca me ha presionado, pero supongo que, cuando tienes tres hermanos que son atletas profesionales, empiezas a pensar que todo es posible si te esfuerzas lo suficiente.

—Ya eres perfecta, Britt. No hace falta que te esfuerces tanto.

—Gracias, pero estoy intentando ayudarte con tus problemas, no con los míos.

—Mis problemas son un poco más difíciles de resolver —mascullé, y ella me dio una palmada en la rodilla.

—Bueno, entonces, quizá deberías pensar en formas de solucionarlos. Si el problema no va a desaparecer, ¿cómo puedes al menos hacer que las cosas sean más tolerables?

—Gracias, B. —Suspiré y me zafé con suavidad de su agarre. Eché un vistazo a la multitud y mi padre no estaba allí. Sin embargo, eso no significaba que me hubiera librado. Me encontraría, y yo necesitaba hablar con él—. Me tengo que ir, pero te veo mañana en clase.

Britt asintió. —Claro que sí.

Me puse de pie y volví a regañadientes a las duchas, sabiendo que lo único que me esperaba era una reprimenda del entrenador y una conversación con mi padre.

A todo esto, ¿por qué estaba aquí? ¿Quería verme fracasar? ¿Creía que necesitaba llegar a la NFL para sobrevivir? No me sorprendería. Nunca se había interesado mucho por mis actividades extraescolares, así que quizá pensaba que necesitaba el dinero. Quizá intentaba llevarse tajada. Lo más probable era que solo estuviera aquí para intentar que le firmara la cesión de la casa, pero eso era algo que no estaba dispuesto a hacer.

Al salir del estadio, aminoré la marcha cuando vi a mi padre sentado en uno de los bancos. Todavía no se había girado para verme, y sopesé la idea de dejarlo allí plantado, pero entonces recordé lo

rápido que había mencionado a Britt. Necesitaba saber cómo sabía su nombre.

A regañadientes, me acerqué y, sin dirigirle la palabra, me senté en el banco y me quedé mirando la estatua de bronce de un jugador de fútbol americano que tenía delante.

—Me alegro de verlo, Ben —dijo, y le olí el aliento a alcohol desde donde estaba. Torcí el gesto mientras se me revolvía el estómago. La cosa no siempre había sido así entre nosotros. No siempre habíamos estado tan distanciados, pero tampoco diría que hubiera sido nunca un camino de rosas—. No tanto de verlo jugar. Supongo que no siempre es usted tan terrible para estar en el equipo.

—Normalmente no —dije, apoyando los codos en las rodillas y soltando un suspiro de cansancio. Los jugadores salían del estadio, pero nadie nos molestó. Jackson y Tanner echaron un vistazo al pasar, pero supuse que era más para comprobar si yo estaba bien que otra cosa—. Me ha pillado en un mal día.

Él resopló. —¿En serio?

—¿Qué hace aquí, papá?

—¿De verdad? ¿He volado hasta aquí y usted actúa como si fuera un inconveniente?

—Papá. Vamos.

Soltó una risita. —Sí, bueno, recibí algo muy interesante por correo hace un par de semanas, y después de hablar con su novia, me pareció que era algo que tenía que hablar con usted. —Con la mandíbula apretada, me quedé callado, sin dejar de mirarlo. Él negó con la cabeza—. Sinceramente, sabía que era usted impulsivo, pero tengo que admitir que no me había dado cuenta de que era más tonto que una piedra.

—¿De qué está hablando?

—Aunque, para ser justos, ahora que la he visto, entiendo por qué querría atarla en corto antes de que nadie se le adelantara.

—Sigo sin tener ni idea de lo que habla.

—Casarse antes de haber terminado la universidad con una chica que no es su novia… Sé que su madre y yo nos casamos jóvenes, pero éramos novios desde el instituto. Ni siquiera conozco a Brittany Brennon, y resulta que es mi nuera.

—¿Nuera?

—Los papeles del matrimonio. Me sorprende que los hiciera enviar a nuestra casa, teniendo en cuenta que no ha vuelto por allí desde que empezó en esta universidad de lujo.

Me quedé helado. Creía que me había deshecho de todo eso. Mi cerebro no funcionaba, y él se dio cuenta.

¿Qué papeles de matrimonio?

Lo primero que hice después de hablar con Britt en el partido de los Crushers fue hackear la pequeña capilla blanca donde nos casamos y borrar cualquier referencia de que hubiera ocurrido. Pensé que había funcionado y que Britt no tendría que cargar con las consecuencias, pero estaba claro que no si mi padre lo sabía.

Britt iba a matarme. Sí, había estado insinuando vagamente nuestro pequeño matrimonio de borrachos para picarla, pero sinceramente pensaba que no contaba si había borrado todos los registros.

—Necesito ver los papeles. ¿Dónde están?

—¿De verdad cree que vendría hasta aquí para verlo cinco minutos y simplemente dárselos? Ambos sabemos que no soy tan buena persona y que usted me dejaría en la estacada.

—¿Qué quiere? —fui al grano, sin ganas de quedarme sentado escuchándolo más tiempo.

Pareció satisfecho con eso mientras levantaba la mano. —Dos cosas. Cenar con su nueva esposa y que usted firme la venta de la casa.

Las dos cosas que no podía darle.

—No.

—Bueno, entonces supongo que no conseguirá esos papeles.

Me estaba poniendo la zanahoria delante, sabiendo que no tenía muchas opciones.

¿Qué sería lo peor que podría pasar si no teníamos esos papeles? Estaba seguro de que esa noche había revisado cada dato y lo había ocultado o borrado, pero la forma en que mi padre me miraba me hizo pensar que me estaba perdiendo algo vital. ¿Y si había algo más y ella encontraba a alguien con quien quisiera casarse en el futuro? Mi mente pensó en Erik y no pude evitar sentirme mal. ¿Y si quería casarse con él y no podía porque estaba legalmente casada conmigo?

Di un manotazo en el banco. El dolor se irradió por mi mano, pero apenas lo sentí, demasiado paralizado por la realidad de mi situación.

—Estoy aquí toda la semana. Tiene mi número, avíseme cuando quiera que cenemos y estaré listo y esperando con sus papeles.

Se levantó y se marchó. Ni un abrazo. Nada. Pero no me dolió. Llevábamos años distanciados. Nunca he sido lo bastante bueno para él. Quería un hijo que fuera jugador de fútbol americano, e incluso cuando llegué a donde él quería que estuviera, nunca fue suficiente. La de *kicker* era la peor posición, por lo tanto, yo no era una persona lo bastante buena para él.

Sentía todo el cuerpo pesado. Casi como si el peso de mis problemas me estuviera aplastando. Britt y yo estábamos casados y, por muy feliz que eso me hiciera, también me ponía enfermo porque ella no lo querría. Ni en un millón de años.

¿Cómo coño se suponía que iba a pedirle que conociera a mi padre? *Mi padre*. Apenas lo soportaba, y la sola idea de tener a Britt cerca de él me daba ganas de vomitar.

Mierda. Britt y yo acabábamos de reconciliarnos, e incluso eso pendía de un hilo.

Me pasé una mano por el pelo e intenté respirar. Cerré los ojos, conté hasta diez pensando en mi madre y en todo lo que ella habría querido para mí. A veces, si me esforzaba lo suficiente, aún podía oír su risa, pero no lo hacía a menudo. Cada vez que lo intentaba, algo cambiaba en el recuerdo y sentía como si ella se alejara cada vez más de mí.

Sabía lo que tenía que hacer, aunque no quisiera. Tenía que hablar con mi mujer, pero ¿cómo cojones se iba a tomar que la llamara con ese título?

CAPÍTULO 16

Matty

—Vaya, qué agradable, ¿verdad? —dijo Aster, mirando a los demás en la mesa con una sonrisa forzada.

—¿Agradable? ¿A eso llamas tener que traer a alguien de pareja en contra de tu voluntad? —gruñó Jackson antes de limpiar unas migas inexistentes del mantel.

—Estoy sentada aquí mismo, ¿sabes? —Thea entrecerró los ojos y lo fulminó con la mirada—. Y créeme, yo tampoco quiero estar aquí. Vamos, por Dios. ¿No podías ni peinarte?

—¿En serio? ¿No quieres estar aquí conmigo? Porque recuerdo vagamente que me suplicaste de rodillas que te llevara a la boda de Reign y Devin porque estabas desesperada por conocer a tu futuro marido de la NFL.

—Venga, por favor. Actúas como si no hubiera sido una oportunidad única en la vida. Además, fue muy diferente porque yo sí que *quería* ir. No quiero estar aquí.

—¿Por qué no? —hizo un gesto hacia la fiesta—. Tienes un montón de atletas entre los que elegir. De hecho, por favor, ve y elige a tu futuro marido, que me gustaría tener un poco de paz y tranquilidad.

Ella puso los ojos en blanco y negó con la cabeza, apartando la mirada.

—Te odio —masculló, mirándolo de reojo.

—¿Sabes qué? Hay un tío en el equipo de baloncesto. Creo que se llama Carl o algo así. Sería perfecto para ti. Mide dos metros diez.

—¿Y por qué iba a ser perfecto para mí? Si solo mido un metro sesenta.

—Exacto. Le costará oírte desde ahí arriba. Así no le echarían para atrás tus quejas incesantes.

—Por favor, paraos dos segundos —dijo Tanner desde el otro lado de Thea.

Aster se inclinó hacia mí. —Esta ha sido la peor idea que ha tenido Tanner en su vida —susurró, y yo sonreí y asentí. No tenía nada más que añadir. Sinceramente, había dejado de prestarles atención a Thea y a Jackson hacía treinta minutos y diez segundos, cuando mis ojos se posaron en Britt.

Mi mujer.

Puede que aún no lo supiera, pero pronto lo descubriría. Aunque llevaba un vestido morado distinto al que había visto en su armario, seguía siendo la chica más sexi de la fiesta y yo seguía queriendo quitárselo.

De pie junto al cámara, observaba con una sonrisa plácida cómo Sienna entrevistaba al equipo de hockey. Erik estaba cerca de ella, pero no hablaban, y el misterio entre ellos dos era una buena distracción de mis otros problemas más serios. No había coqueteo entre ellos. Ni miradas de reojo. Ni roces secretos, lo que no hacía más que confirmar que Britt podría haber exagerado la seriedad de su relación.

No se había percatado de mi presencia desde el otro lado de la sala, ya que estaba demasiado absorta en su trabajo. Britt, una perfeccionista de los pies a la cabeza, tenía una forma innata de aislarse de todo el ruido y concentrarse en la tarea que tenía entre manos. Rara vez se estresaba y siempre rendía. Era una de las muchas cosas que admiraba de ella. Era dedicada, inteligente y estaba jodidamente buena.

El vestido que había elegido era ajustado y se le ceñía a las curvas. Estaba para comérsela, y yo me moría de hambre. Me lamí los labios mientras la observaba y pensaba en todas las cosas que quería

hacerle cuando la tuviera a solas. Al fin y al cabo, estábamos casados. Follársela en un cuarto de las escobas no se consideraría tan grave. A lo mejor le apetecía un buen polvo de su marido.

Le di un trago lento a la bebida, contemplando sus curvas mientras hablaba y sonreía a todo el mundo. Se había mostrado vulnerable conmigo después del partido, y casi sentí que había recuperado a mi mejor amiga, pero después de que le contara la verdad, sin duda volveríamos al punto de partida.

—Hola, chicos. —Erik se detuvo junto a nuestra mesa, nos miró a todos y luego bajó la vista hacia mí. Me sonrió, pero no fue una sonrisa sincera. El veneno en sus ojos me lo confirmó. No me fiaba de él, y no me cabía duda de que él sentía lo mismo—. ¿Se lo están pasando bien?

—Me lo pasaría aún mejor si le pidieras a mi pareja que bailara contigo. —Jackson señaló a una Thea estupefacta.

—¡Jackson! —chilló ella antes de dedicarle a Erik una sonrisa ensayada—. Hola...

—Erik.

—Erik. Encantada de conocerte, pero no te preocupes, no me interesa bailar.

—No hay problema. En realidad, he venido porque esperaba hablar con Marty.

Todos en la mesa me miraron con las cejas arqueadas. Estaba tan sorprendido como ellos. No era ningún secreto que había cierta tensión latente entre nosotros. El equipo se había enterado de mi reacción al ver a Erik y Britt juntos en la Cantina de Covey, pero no había hablado más del tema con ellos, ya que no había nada más que añadir.

—¿Querrás decir Matty? —lo corrigió Thea con un tono casi despectivo. *Gracias, bonita.*

Erik la ignoró con un gesto y siguió fulminándome con la mirada. ¿Qué coño iba a hacer? —Claro. Si así es como quiere llamarlo.

—No hay problema —dijo Aster, cogiendo a Tanner de la mano y tirando de él para que se levantara—. Íbamos a bailar ahora mismo. Jackson, Thea, ¿por qué no venís?

Jackson tenía la mandíbula tensa mientras miraba a la hermana de Tanner, pero puso los ojos en blanco y refunfuñó: —Vale, pero solo lo hago porque creo que es importante que Matty se desahogue con esa charla.

—¿Qué charla?

Al ponerse de pie, enarcó las cejas y le ofreció el brazo a Thea, que se lo cogió sin dudar. Su relación era extraña, pero ¿quién era yo para cuestionarla cuando las únicas dos mujeres con las que había estado eran Olana y Britt?

—Ya sabes qué charla, pero no voy a decirlo delante de la visita. —Señaló a Erik, y yo gemí porque tenía razón. Me esperaba una charla, solo que odiaba pensar en ello. Se marcharon sin mirar atrás, así que me quedé mirando mi cerveza, acariciando la etiqueta con el pulgar.

Sentía los ojos de Erik clavados en mí, pero no tenía intención de mirarlo. Sin embargo, por el rabillo del ojo, vi cómo señalaba hacia la silla. —¿Le importa si me siento?

—Adelante —me quejé.

Tiró de la silla y, cuando se sentó, habría jurado que se dobló un poco. Era un tipo grande, y su complexión me recordaba un poco a la de una de las Tortugas Ninja, pero no creía que fuera lo suficientemente grande como para romper una silla.

—No creo que nos hayan presentado como es debido.

—Sí que nos han presentado.

—Mmm. Lo de la Cantina de Covey no cuenta.

No pude evitar mirar a Britt y apreté un poco más la cerveza. Era tan ajena a todo.

—¿Por qué está aquí, Erik? —resoplé. Francamente, no estaba de humor para sutilezas con el tío que intentaba colarse en el corazón de mi mujer.

—He pensado que sería bueno hablar —declaró.

Me erguí en el asiento y lo fulminé con la mirada. —Bueno, si está planeando cambiar de deporte a estas alturas del partido, lamento decirle que es usted demasiado corpulento para ser *kicker*. Se necesita puntería y precisión. Todo lo que, según he oído, le falta a usted.

—Vaya, qué carácter.

Apreté los labios, conteniendo todo lo que quería decir.

—Pero ya sabe que no estoy aquí para hablar de eso. Ya he firmado un contrato con la NHL, así que no ando soñando con que un equipo vea alguna promesa en mí durante mis partidos universitarios. —Inspiró bruscamente—. Espero que usted tampoco, porque esa actuación de la semana pasada no fue nada del otro mundo.

—¿Qué quiere, Steele?

—Creo que lo sabe.

—¿Ah, sí?

—Sí. Quiero a Britt, y usted está en medio.

Bueno, no podía culpar a un tipo por ser tan directo. Lástima que no tuviera ninguna oportunidad con ella. No me quedé callado, lo cual era bueno, pero probablemente también se debía a que tenía cosas más importantes de las que preocuparme. Como contarle la verdad sobre nuestra boda en Las Vegas.

—¿Lo estoy? ¿Por qué? ¿Está intentando salir con ella?

—¿Le molestaría si lo estuviera?

—Sí. Y mucho. —No estaba de humor para gilipolleces, y este idiota me estaba sacando de quicio.

Erik se echó hacia atrás, observándome con las cejas arqueadas. —Vaya... Están ustedes dos más jodidos de lo que pensaba.

—¿De qué está hablando? —Estaba a punto de echar la silla hacia atrás y soltarle un puñetazo. Ya había tenido suficiente de esta mierda y, de hecho, de esta noche.

Soltó un silbido bajo antes de dirigir su atención a mi mujer. Todavía tan perdida en su propio mundo, no se había dado cuenta de que los dos hombres que estaban obsesionados con ella se encontraban sentados uno al lado del otro, observándola. —Usted y Britt. No sé qué rollo de amantes desdichados se traen, pero estoy aquí para decirle de hombre a hombre que tener a una chica como esa en el banquillo es una cabronada.

Era tan directo. En cierto modo me gustaba. No es que fuera a decírselo.

Puse los ojos en blanco. —Creo que descubrirá que es ella la que se ha puesto en el banquillo a sí misma.

La sonrisa de Erik se convirtió en una sonrisa de oreja a oreja. —Porque cree que usted está enamorado de otra. A ver, personalmente, creo que es usted un capullo por estar jugando a dos bandas, pero quién soy yo para juzgar. Yo tengo a una chica distinta en mi cama cada semana, pero al menos soy sincero sobre quién soy. Usted es un capullo porque se pone esa fachada de chico beta inocente cuando, en realidad, es usted tan capullo como el resto de nosotros.

—No estoy jugando a dos bandas.

—Claro —dijo arrastrando las palabras—. Por eso vino a Covey's Cantina con una chica e intentó irse con otra.

—Eso no fue lo que pasó. No sabe de lo que está hablando.

Levantó las manos y soltó otra risita sarcástica. —Lo único que digo es que si quiere a una chica como Britt, tiene que ser un hombre y estar a la altura. —Frunció el labio mientras me miraba una última vez—. Quiero decir, mírese. ¿Cuánto ha bebido esta noche? Se

supone que representa a lo mejor de lo mejor en la Universidad de Covey, y huele fatal. Parece que no ha dormido en días.

Para ser justos, no lo había hecho. Ver a mi padre y que me chantajeara le hacía eso a cualquiera. Por no mencionar la culpa con la que me estaba castigando por no haber lidiado antes con la situación de Las Vegas.

—Britt es una chica lista y, claramente, le ha dicho usted algo para que piense que merece la pena quedarse a su lado, pero lo que digo es que eso no durará mucho. Habrá otro tío suplicando por su atención, listo para adorar el suelo que pisa, ¿y sabe qué pasará? Que se olvidará de usted por completo.

Asentí. Tenía razón. Britt valía mucho más de lo que yo había sido capaz de ofrecerle hasta ahora, pero él no conocía la historia completa. Britt no me estaba *permitiendo* estar con ella.

—Lo único que digo es que tiene que ser un hombre y estar con ella o dejarla marchar para que siga con su vida. No se merece que la tenga en la zona de amigos, esperando a que la llame cuando se aburra.

—¿Quiere que la deje marchar para que pueda salir con alguien como usted?

Soltó una risa grave y negó con la cabeza. —Seamos sinceros, tarde o temprano se dará cuenta de que no tiene usted nada que ofrecer. Entonces yo estaré a su lado, listo para recoger los pedazos.

Mis dedos se aferraron a la botella de cerveza, y estuve a punto de estampársela en la cara. Como él mismo había dicho, sabía que no podía hacer una mierda con Britt esta noche porque no quería montar una escena delante de toda esta gente. Necesitaba hablar con ella en privado. Sin embargo, conseguir estar a solas con ella parecía ser el problema.

—En fin, será mejor que me vaya. Sienna y Britt van a entrevistarme pronto. —Se inclinó y su rostro se partió en una sonrisa casi siniestra —. Así que, si no le importa, voy a pasar un rato con nuestra chica.

Erik guiñó un ojo, y eso fue todo. Sin una segunda mirada, se marchó, dejándome contemplando mi próximo movimiento mientras él pasaba el rato con la única persona con la que yo quería estar, y no había nada que pudiera hacer para evitarlo.

Todavía no.

CAPÍTULO 17

Britt

—Estoy muy emocionado ante la perspectiva de jugar para los Covey Crushers una temporada más. Hemos progresado y aprendido tanto que creo que tenemos muchas posibilidades de conseguir una plaza en la Frozen Four de nuevo el año que viene —le sonrió Scotty Hendricks abiertamente a Sienna. No sabía cómo explicarlo, pero Scotty tenía un aura especial y, en las últimas semanas, había aprendido que se le daba bien ganarse a la gente. Tenía una forma de hacerte creer que estaba pendiente de cada una de tus palabras, y no sabía decir si era porque su padre lo había entrenado muy bien para tratar con los medios o si de verdad estaba interesado.

Sienna sonreía, asintiendo con la cabeza con tanto fervor que apunté una nota en el móvil para decirle que tenía que mejorar eso. Parecía uno de esos muñecos cabezones de mi hermano.

—¿Parece que se inclina más por quedarse, entonces?

Scotty bajó la vista hacia el micrófono y vaciló antes de mirar hacia su mesa.

—Yo..., eh..., todavía no lo he decidido. Mudarse del país es un paso muy importante. Uno para el que estoy preparado, pero no estoy seguro de querer renunciar todavía a lo que la Universidad de Covey ofrece.

Esa respuesta no era la que me esperaba. La mayoría de los deportistas de aquí buscaban conseguir sus contratos profesionales lo antes posible, pero Scotty iba en contra de esa tendencia y estaba haciendo esperar a los Toronto Thrashers. Quizá tuviera que ver con que no necesitaba el dinero, o quizá había algo o alguien a quien no

quería dejar atrás. No lo conocía lo suficiente como para estar al tanto de la respuesta.

—¿Y cuáles son esas cosas, si no le importa que le pregunte? —Típico de Sienna, siempre presionando para sacar más información.

Scotty sacó la lengua y se la pasó por los labios. —Ya sabe, los compañeros de equipo. La gente. Es una universidad magnífica, ¿y quién querría irse? —Evasivo como siempre, pero demostrando también su pericia con los medios.

—De acuerdo, bueno, no creo que vaya a sacarle nada más sobre eso, así que lo dejo libre. Gracias por hablar conmigo, y estoy segura de que a todos los fans de los Crushers les encantará saber que es posible que se quede una temporada más. Disfrute del resto de la noche.

—Gracias a usted, Sienna. Se lo agradezco —dijo Scotty con un guiño y luego se acercó a un grupo de jugadores. Ella llevaba cuarenta minutos entrevistando al equipo, pero no sentía mucha compasión, pues sabía que yo era la siguiente y a quién tenía que entrevistar.

Al equipo de fútbol americano.

Uf. Era muy frustrante que me aterrorizara hablar con el equipo que tanto amaba. Estaba en un evento de jugadores y, aun así, no me había atrevido ni a mirar las mesas llenas de jugadores de fútbol americano por miedo a cruzar la mirada con Matty. Tenía que superar esto. Era mi trabajo y, si quería que cualquier cadena de retransmisiones deportivas me tomara en serio, tendría que lidiar con la situación incómoda entre Matty y yo como una profesional.

Como hice después de la terrible actuación de Matty el viernes. Estaba disgustado y necesitaba a alguien con quien hablar. Pensé que yo podría ser esa persona, y lo fui durante esa noche, pero ¿cuánto podía durar eso? Nuestras vidas estaban a punto de volverse drásticamente diferentes. Él se iba a casar con una mujer que no soportaba e iba a tener un hijo con ella. Ya sabía que no me dejaría acercarme a su marido, pero, de todos modos, eso

probablemente no sería un problema. Yo me mudaría al estado en el que consiguiera un trabajo como presentadora. Seguramente sería en un equipo de nivel inferior hasta que demostrara mi valía, y no tendría tiempo de llamar para ver cómo estaba. Lo nuestro con Matty, en el plano romántico, se había acabado. Nuestra amistad también se estaba desvaneciendo, pero sentía que no había mucho que pudiera hacer al respecto.

—¿Te importaría traerme un agua? —preguntó Sienna mientras otro jugador, Brooks, se paraba frente a ella. Se ajustó las solapas de su esmoquin morado y yo negué con la cabeza. Ni el chico más guapo de ese equipo podía hacer que eso quedara bien. No sabía de quién había sido la idea de llevar esmóquines morados diseñados para parecerse a sus camisetas, pero merecía ser repudiado.

—Claro.

Saludé a Brooks con un pequeño gesto antes de dirigirme al bar. Por desgracia, la cola ya era de diez personas, lo que significaba que Sienna no conseguiría su bebida en un buen rato. Poniéndome de puntillas, intenté ver qué era lo que causaba tanta tardanza y, al hacerlo, vi una cara familiar unida a uno de esos horribles esmóquines que imitaban camisetas.

Cuando Erik me vio, levantó la barbilla y articuló sin voz:

«¿Qué quieres?».

Levanté la mano y articulé, intentando esquivar todos los brazos y cabezas que se interponían:

«Dos aguas».

Él asintió, haciendo un gesto con el dedo que supuse que significaba que me buscaría. Bueno, eso fue más fácil de lo esperado. Sabía que lo vería esta noche, pero no esperaba que hiciera de recadero para mí. No habíamos hablado desde que me caí en sus brazos la semana pasada, y no sabía qué decir ni cómo actuar con él. Al menos sabía que no se había ofendido por no haber respondido a su mensaje.

Cuando volví con Sienna, estaba terminando su entrevista con Brooks, y frunció el ceño al ver mis manos vacías.

—¿Dónde están nuestras bebidas?

—Las trae Erik.

—¿Erik? —dijo con una sonrisa tonta en la cara—. ¿No habíamos quedado en que no nos interesaba Erik? —Su voz tenía un deje juguetón mientras me daba un golpecito en la cadera.

—Y no nos interesa. No es nada —señalé a la multitud—. Hay una cola enorme y él estaba al principio, así que se ha ofrecido. Da las gracias, probablemente seguiría esperando allí otros diez minutos si no fuera por él.

Ella negó con la cabeza y se rio. —¿Sabes? A veces siento que el destino tendría que darte una bofetada con un bol de humus para que te dieras cuenta de los demás.

—¿Por qué humus? ¿Y eso cómo funcionaría?

—Porque es lo único lo bastante aleatorio como para que de verdad te cuestiones las cosas. Te juro que estás tan metida en tu cabeza con lo de Matty que estás completamente ciega a cómo te miran los demás.

—Son solo un par de aguas, Sienna. Creo que estás exagerando un poco.

—No. No exagero. Y no son solo las aguas. Te sentaste a su lado en clase cuando intentabas esconderte de Matty. ¿No dijiste que evitó que te cayeras y te rompieras la nariz el otro día?

Asentí, recordando que también fue entonces cuando mencionó que tenía que atarme los cordones de los zapatos, y la importancia de ese detalle.

—Así que no creo que sea solo el destino que sigan pasando estas cosas. Creo que tienes que mirar más allá de cierto príncipe de pelo alborotado con el que has estado deseando hablar toda la noche.

—¿Y eso qué se supone que significa?

—¿Vas a negar que has estado evitando mirarlo? —Como no respondí, continuó—. Lo que creo que intento decir es que algunos príncipes acaban convirtiéndose en ranas.

—¿Estás llamando rana a Matty?

—Solo sé que buscas a un chico increíble y no quiero que seas una de esas chicas que no consigue lo que quiere por estar esperando a alguien que siempre está pillado.

Pillado.

La palabra me dolió porque era verdad. *Estaba* pillado. Y no solo pillado. Estaba comprometido y se preparaba para ser padre, y yo todavía intentaba asimilarlo, quisiera admitirlo o no.

Cuando alguien carraspeó detrás de mí, me giré y no pude evitar sonreír al ver al hombre que nos traía dos aguas. Vale, puede que antes haya dicho que sus esmóquines eran horribles, pero el morado resaltaba de verdad el verde de los ojos de Erik, así que al menos a alguien le sentaba bien.

—Sienna —dijo él con frialdad, dándole la bebida pero sin apartar la vista de mí.

—Erik —arrulló ella, deslizando la mano por su hombro y apretándoselo—. Tengo que entrevistar a Henry y luego vas tú —le guiñó un ojo, haciendo que Erik se riera.

—¿Henry? Me sorprende que todavía te hable después de que lo siguieras hasta su habitación la otra semana.

—No lo seguí. Me invitó.

—Como cuando te «invitaron» a la habitación de Dash y causaste todo tipo de caos.

Ella levantó las manos.

—Oye, eso no fue lo que pareció. Sigo segura de que él y Cade esconden algo, solo que no sé el qué.

Negué con la cabeza, reprimiendo una risa. Recordaba que me llamó después de aquel incidente, insistiendo en que tenía una historia, y

nunca me enteré del desenlace. Quizá por eso cambió el periodismo de investigación por el de radiodifusión. No se le daba muy bien.

—En fin, quiero terminar de una vez con estas entrevistas, así que te veo en un minuto, Steele. No coquetees con mi ayudante de forma demasiado descarada. Puede que ella no se dé cuenta, pero todos los demás sí.

—Sienna —susurré, casi gritando, y ella me dedicó una sonrisa antes de agitar los dedos a modo de despedida.

Erik se inclinó y dijo:

—¿Sabes? Tenemos que dejar de vernos así. —Todavía sosteniendo mi agua, abrió los brazos y no pude contenerme. Me hundí en su ancho pecho y le devolví el abrazo. Me atrevería a decir que nos habíamos hecho amigos y me gustaba pasar el rato con él. Cierto es que abrazarlo no era lo mismo que cuando lo hacía con Matty, pero era agradable.

—¿Vernos cómo? ¿Sabías que iba a estar aquí?

—Sí, lo sabía, pero no sabía que ibas a estar *así*. —Dio un paso atrás y me observó de arriba abajo con una sonrisa—. Quiero decir, ya debería estar acostumbrado, pero joder, es difícil cuando estás llena de tantas sorpresas.

Gruñí, puse los ojos en blanco y lo aparté. Intentó cogerme las manos en el movimiento, pero no se lo permití.

—Para ya con los piropos. Son malísimos.

—No pasa nada. —Se detuvo, torciendo el gesto—. Tienes razón. Mis cursiladas nunca funcionarían con alguien como tú. Entonces, ¿qué tal si intento esto? —Hizo una reverencia, mostrando el número 44 en la espalda de su esmoquin. Retiro todos los cumplidos que le he hecho antes. Eran de verdad las cosas más horteras que había visto en mi vida. No es que quisiera comparar, pero el equipo de fútbol americano tenía un aspecto mucho más elegante con esmóquines negros y sus números impresos en el forro morado.

—No te preocupes. No voy a pedirte que te cases conmigo. —Erik se aclaró la garganta—. Brittany, ¿me concederías este baile? —dijo con un falso acento británico, y yo solté una carcajada.

Sienna estaba detrás de él a punto de entrevistar a Henry, y yo debería haber estado allí con ella, pero cuando nuestras miradas se cruzaron, hizo un gesto con la mano para sugerirme que fuera con Erik. ¿Qué tenía que perder a estas alturas? Puede que Erik no fuera mi «y comieron perdices», pero al menos me haría pasar un buen rato.

—¿Britt? ¿Te importaría contestar? Me van a fallar las rodillas. —Seguía inclinado, así que puse las manos en sus hombros para intentar levantarlo.

Riendo, dije:

—Perdona. Sí. Vamos a ello.

Dejó escapar un bufido y había un punto de sorpresa en su rostro. Lo entendía. Llevaba tanto tiempo dándole una de cal y otra de arena, pero era un baile y necesitaba divertirme un poco.

Deslicé mi mano en la suya y, cuando llegamos a la pista de baile, sus brazos cayeron a mi cintura, atrayéndome hacia él. No estábamos inapropiadamente cerca, pero no pude evitar preguntarme si Matty estaría mirando.

De nuevo, era una estupidez. Erik había fingido ser mi cita una vez, pero restregarle cualquier cosa a Matty después del partido del otro día me parecía un poco distinto. Parecía destrozado, y solo podía suponer que tenía algo que ver con que Olana estuviera en el partido.

Erik se inclinó, acercando su boca a mi oído.

—He hecho una cosa —susurró antes de echarse hacia atrás para calibrar mi reacción—. Y creo que podrías enfadarte por ello.

—¿Qué has hecho?

Conteniendo el aliento, se mordió el labio inferior mientras un sinfín de situaciones pasaban por mi mente. Ninguna era buena.

—Si te lo digo, ¿prometes no odiarme?

—Difícil prometer eso cuando no tengo ni idea de lo que ha pasado.

Cerró los ojos y me apretó la cadera.

—Vale, ¿recuerdas que el otro día estuvimos hablando de lo vuestro con Matty?

—No es «lo nuestro».

—Eso no dejas de decir —murmuró—. Pero para todos los demás, eso es lo que parece. —Apreté los labios, esperando a que continuara—. Bueno, sinceramente, estoy harto de ver todas estas idas y venidas cuando está claro que estáis locos el uno por el otro. —Me quedé helada, sin estar segura de querer oír el resto de lo que tenía que decir—. No podía dejarlo así. Soy un bromista. Me gusta hacer el tonto, y fingir ser tu novio por un momento fue gracioso, pero cuando me he metido demasiado, intento arreglar las cosas.

Se estaba yendo por las ramas, lo cual era muy raro en él, y solo me llevaba a conclusiones atroces.

—Erik, ¿qué has hecho?

—He hablado con Matty.

Se me heló la sangre y dejé de balancearme. Me pitaban los oídos y la habitación daba vueltas.

¿Dónde estaba Matty?

Era la primera vez que lo buscaba esta noche, mientras pensaba en Erik y Matty hablando de mí. Me sentí mal, pero Matty no estaba en la pista de baile ni en el futbolín.

—¿Sobre qué? —pregunté, sin dejar de buscarlo. Tampoco estaba en la barra.

—Sobre ti.

Eso hizo que volviera a prestarle atención a Erik, y esperé pacientemente a que se explicara.

—Mira, al principio, pensé que era divertido meterme con el *kicker*. Pero con el tiempo, me di cuenta de que solo estaba jodiendo algo que no debería ser tan complicado.

Juro que dejé de respirar cuando sentí que unos ojos se clavaban en mí. Matty. Estaba a un lado, con los ojos entrecerrados, observándome.

—Básicamente le dije que sacara la cabeza del culo y que te reclamara como suya o que te dejara ir para que otro tuviera una oportunidad.

—¡¿Que hiciste qué?! —dije un poco más alto de lo que pretendía.

Él sonrió. —Te mereces algo más que un idiota suspirando por ti a medias.

Cerré los ojos, intentando desesperadamente mantener la calma, pero no estaba segura de que fuera posible. —Hay más de lo que crees.

—De todos modos, creo que ha funcionado.

—¿Cómo?

—Bueno, para empezar, no ha dejado de mirarnos desde que te he sacado a bailar, y está claro que está molesto.

—No, no lo está.

—Entonces, ¿por qué viene hacia aquí?

—¿Que viene qué?

—Aunque, sinceramente, no estoy seguro de si debería dejarte a solas con él esta noche.

—¿Por qué no?

—¿Britt? —dijo Matty con voz forzada a mi espalda. Cuando miré por encima del hombro, me quedé de piedra. Tenía los ojos inyectados en sangre, la cara pálida y el pelo revuelto. Parecía que había estado

bebiendo sin parar desde la noche anterior, pero el baile solo había empezado hacía un par de horas.

Sin soltarme, Erik retrocedió y murmuró:

—Buenas, Marty.

Fulminé a Erik con la mirada, odiando que se comportara así con Matty. Él no lo entendía. Nadie lo hacía, y por lo general no me importaba, pero no necesitaba que nadie hiciera comentarios sarcásticos sobre un chico que claramente estaba pasándolo mal.

Me aparté de Erik, y Matty bajó la mirada al suelo.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Britt, necesito hablar contigo. —Actuaba de forma extraña, y no era solo porque pensara que podía estar borracho. Había algo más. No se comportaba como el Matty que estaba acostumbrada a ver, y yo no sabía cómo reaccionar. En el fondo, quería abrazarlo y decirle que, fuera lo que fuera por lo que estuviera pasando, todo saldría bien, pero mi cerebro me decía que era una idea estúpida. El chico tenía una prometida embarazada en casa y, de algún modo, yo seguía pensando que había alguna posibilidad para nosotros.

Me estaba engañando a mí misma, y empezaba a cansarme. No quería ser así. Me merecía algo más. Pero lo *quería* a él.

Matty me tendió la mano, pero Erik la apartó de un manotazo, interponiéndose entre nosotros.

—Oye, de verdad creo que deberías beberte al menos tres vasos de agua antes de hablar con ella —dijo, dándome la cara, y yo no sabía qué pensar al respecto. No necesitaba que Erik me protegiera, pero agradecía que hubiera alguien más aquí intentando hacer entrar en razón a Matty.

Sus actos eran extraños. Matty bebía, pero no se emborrachaba, especialmente en eventos importantes como este. Algo había pasado. Solo que no sabía el qué.

Matty ni siquiera pareció oír a Erik. Se hizo a un lado para poder verme y esperó pacientemente mi respuesta.

Eché un vistazo por el salón de baile y me di cuenta de que estábamos atrayendo la atención. Y aunque sabía que una confrontación con Matty era inminente, no quería tenerla aquí, delante de toda la élite de deportistas del instituto.

—Creo que estamos bien así —le dije a Matty. No sabía qué más hacer.

Apretando la mandíbula, Matty negó con la cabeza, frustrado. No iba a ceder ante él esta noche. Uno de los dos tenía que detener este ciclo interminable entre nosotros, y parecía que tendría que ser yo.

—¿En serio? Porque yo creo que tenemos muchísimo de qué hablar. —Matty no iba a rendirse, y las cosas solo empeoraron cuando Sienna se acercó y me puso una mano en el brazo.

—¿Todo bien? —preguntó, con genuina preocupación. *Genial. Nuestro público aumentaba.*

Todo el mundo me miraba, esperando que dijera algo, pero yo no sabía qué hacer. Se me sonrojaron las mejillas y la respiración se me volvió dificultosa. No quería que toda esa gente nos mirara y juzgara mientras intentábamos aclarar las cosas.

Matty dio un paso adelante, pero Erik volvió a bloquearle el paso.

—Oye, tío. ¿No acabas de oír lo que he dicho? —preguntó Erik. Por mucho que odiara admitirlo, sentí un ligero cosquilleo en el estómago al ver a este enorme y corpulento jugador de hockey haciendo todo lo posible por defender mi honor. El problema era que no estaba segura de necesitar que me defendieran de Matty.

—Necesito hablar con Britt —dijo Matty con los dientes apretados, pero Erik se negó a moverse, y cada vez que Matty daba un paso, Erik lo seguía.

—Como he dicho antes, vete a por un vaso de agua antes de hablar con ella. Contrálate. No vas a conseguir lo que crees actuando así.

Matty apartó a Erik de un empujón y se tambaleó hacia mí. Su mano intentó alcanzarme, pero retrocedí. —No, ninguno de los dos lo entendéis. Britt, de verdad necesito hablar contigo.

Negué con la cabeza, dándome la vuelta, y Sienna se puso a mi lado en un instante.

—Soltadme. Necesito hablar con ella. —No miré hacia atrás, aunque oía un forcejeo a mi espalda.

—Y ella no quiere hablar contigo hasta que se te pase la borrachera. Así que te sugiero que la dejes en paz antes de que llame a seguridad.

—Es mi *esposa*. Necesito hablar con mi esposa.

—¿Esposa? —preguntó Sienna, confundida, mirándome con un sinfín de preguntas—. ¿De qué está hablando, B?

—¿Estás *casada* con este gilipollas? —preguntó Erik.

Se me tensó todo el cuerpo y clavé la mirada en el fondo del bar, negándome a mirar a Sienna. Ni a Erik, para el caso. Estaba segura de que tendrían más preguntas. Preguntas que no podría responder, porque en el fondo creía que aquella noche en Las Vegas había sido un sueño febril y que en realidad no había sucedido, pero, por desgracia, la realidad me estaba abofeteando en plena cara.

—Sí —mascullé antes de cerrar los ojos y esperar a que se desatara el caos.

CAPÍTULO 18

Britt

Hace tres meses

Levanté los brazos y moví las caderas al ritmo de la música, dejándome llevar por ella. La mano de Matty se deslizó alrededor de mi cintura, atrayéndome de forma posesiva mientras apretaba mi culo contra su entrepierna.

¿Que si sentía su erección?

Sí.

¿Que si me parecía mal?

En absoluto, pero que mi mejor amigo me provocara así constantemente era algo nuevo. Era tan posesivo, tan masculino, mucho más de lo que jamás había deseado, y solo nos habíamos estado tocando así durante las últimas cuatro horas. ¿Cómo iba a ser el resto de nuestras vidas?

Sí, he dicho el resto de nuestras vidas. No tenía ninguna intención de ir a ninguna parte sin él. No después de haberlo conseguido por fin y de sentir lo bien que sentaba tener sus manos por todo mi cuerpo.

Con los ojos cerrados, apoyé la cabeza en su hombro y dejé que la música se apoderara de mí. La mano de Matty se aferró a mi cadera y empezó a moverme de una forma que podría confundirse con sexo si no lleváramos ropa y no estuviéramos en mitad de la pista de baile. Lo deseaba, eso no era ninguna sorpresa, pero estaba disfrutando de este juego de provocación sin fin en el que participábamos. Tocar a Matty de esta manera no se parecía a nada

que hubiera experimentado con ningún otro chico. Ya nos sentíamos tan cómodos el uno con el otro que, cuando me tocaba, solo podía pensar en cómo sería cuando me quitara la ropa.

Apretó sus labios contra mi sien antes de susurrarme al oído:

—Lo eres todo, preciosa.

Sonreí para mis adentros y le rodeé el cuello con la mano. No me cansaba de él. Quería su cuerpo fundido con el mío. Su mano recorrió mi abdomen y estuvo tan cerca de mi centro que el cuerpo me hormigueó solo de pensar que me tocaba el clítoris de formas con las que solo me había atrevido a soñar.

—Matty —dije lo bastante alto para que me oyera por encima de la música—. Aquí no. No delante de todo el mundo.

—No puedo evitarlo. ¿Sabes cuánto tiempo he deseado poder hacer esto? ¿Poder tocarte como si fueras mía?

—Soy tuya. Siempre lo he sido.

Sus dedos me hicieron cosquillas en su descenso hacia mi centro. Justo antes de que llegaran al vértice de mis muslos, eché las caderas hacia atrás, le cogí la mano y entrelacé mis dedos con los suyos para detenerlo.

—Nuestros amigos están aquí.

—Y ninguno está mirando. —Abrí los ojos con pereza y miré alrededor de la sala de socios. Tenía razón. Como solo estaban los invitados de la boda, era un grupo pequeño, pero incluso ese se había reducido a los amigos de la Universidad de Covey. Todos ellos estaban metidos en sus propias conversaciones y ni uno solo nos miraba. Supuse que era porque la sorpresa de que estuviéramos juntos se había disipado. Era inevitable. Al menos, eso era lo que todos habían dicho.

Matty me hizo girar antes de cogerme la mano, llevársela a los labios y besarme todos los nudillos.

—Vamos. Larguémonos de aquí.

No tuve tiempo de pensar ni de reaccionar antes de que me sacara de la sala VIP. Lo único que pude hacer fue observar a nuestros amigos mientras hablaban y nosotros salíamos por las puertas.

—¿Pero qué pasa con los demás? —pregunté, mirando hacia el interior de la sala.

Matty me apretó la mano con más fuerza, decidido como nunca a sacarme de la discoteca, y me eché a reír. Tampoco es que necesitara que me animaran a escaparme con él. Iría adonde quisiera.

Al abrir las puertas de la discoteca, el ruido se disipó y el aire frío me azotó los brazos. Matty se volvió hacia mí con una sonrisa y, aunque había desconocidos caminando por la calle a nuestro lado, sentí que estábamos solos.

Me observó y me dedicó la misma sonrisa ladeada que me había regalado en la hoguera. La noche en que me enamoré perdidamente de él.

Sus ojos recorrieron mi rostro, deteniéndose en mis labios mientras me ahuecaba la mejilla. Puse mi palma sobre la suya y froté mi pulgar contra su piel. Matty me había mirado muchas veces a lo largo de los años, pero esta noche me parecía diferente. Como si quizá se estuviera permitiendo mirarme por primera vez como algo más que su mejor amiga.

El cielo todavía estaba oscuro, pero las luces brillantes del Strip hacían que pareciera que la noche acababa de empezar. ¿O ya era de madrugada? No tenía ni idea. Solo sabía que no quería que lo que estaba pasando entre nosotros terminara.

—¿Cuándo te vas a dar cuenta de que los demás no me importan? Los veremos en el desayuno. A quien quiero es a ti.

Matty entrelazó sus dedos con los míos y me apretó la mano antes de llevarme a la parada de taxis. El corazón se me aceleró. No había dejado de tocarme en toda la noche y la cabeza me daba vueltas pensando en lo increíble que sería nuestro último año juntos.

Había venido a esta boda soltera y dispuesta a *quizá* ligar con alguno de los primos buenos de Devin. Esos de los que Reign había hablado con tanto cariño. Pero, en cambio, me había liado con mi mejor amigo y luego me lo había restregado hasta el infinito. Y ahora me llevaba de vuelta al hotel.

Me estremecí al pensar en las cosas que haríamos cuando estuviéramos solos. Matty tiró de mí para llamar mi atención.

Tenía los ojos inyectados en sangre y la cara sonrojada de tanto beber y bailar.

—¿Tienes frío? —Se quitó la chaqueta del esmoquin antes de que respondiera.

Mordisqueándome el labio inferior, asentí. Me gustaba que me cuidara. Cuando me echó la chaqueta por los hombros, metí las manos por las mangas, ahogándome en la colonia de Matty. Especiada y amaderada. Era la misma que llevaba la primera noche que lo conocí y me reconfortó más de lo que había imaginado.

Me abrazó, besándome de nuevo como si fuera la primera vez que podía hacerlo. Cuando se apartó, me pasé la lengua por los labios, queriendo saborear su gusto.

Esta tenía que ser la mejor noche de mi vida. Por fin, Matty y yo estábamos juntos.

Mientras esperábamos en la cola de la parada de taxis, Matty no podía parar de tocarme. Si no tenía sus labios sobre mí, sus manos me hacían cosquillas en alguna parte de mi cuerpo que nunca había explorado.

Cuando nos acercamos al principio de la cola, Matty se puso detrás de mí para rodearme la cintura con los brazos. Una vez que estuve firmemente sujeta, apoyó la barbilla en mi coronilla. No soy una chica baja, pero que Matty me abrazara así me hacía sentir segura y protegida.

Sonriendo, apoyé la mejilla en su bíceps y cerré los ojos.

Esta noche era perfecta. ¿Ya lo había dicho? Porque seguía sintiendo que no lo había reconocido lo suficiente. Por fin estaba con el chico con el que siempre había soñado y no estaba preparada para actuar como si fuera algo normal.

Matty frotó la nariz contra mi pelo y dijo algo, pero fue un murmullo demasiado ahogado como para entenderlo. Giré el cuello para poder mirarlo.

—¿Qué has dicho?

Me dedicó una sonrisa perezosa. —Nada. —Dejó un beso en mis labios y miró al encargado de la parada—. Al Sky's Vineyard, por favor.

Matty me ayudó a subir al taxi antes de rodear el coche y sentarse a mi lado. Su mano me agarró el muslo y yo puse la mía sobre la suya, para no perder nuestra conexión.

—Serán unos cuarenta minutos —dijo el taxista.

Se me disparó el pulso. Cuarenta minutos sentada en el asiento de atrás con Matty y sin poder tocarlo como quería. ¿Cómo demonios iba a aguantar? La cara de Matty estaba tan tensa como la mía.

Las luces del Strip de Las Vegas destellaban sobre sus facciones, y me contuve para no sugerirle que buscáramos un restaurante con bufé libre para intentar alargar más la noche. Inclinándose sobre el asiento, Matty me acunó la mejilla con la mano y me besó larga y lentamente. Habíamos hecho muchísimo más en la discoteca, pero esto era solo entre nosotros... y el taxista, si nos poníamos tiquismiquis.

—Eres todo —susurró contra mis labios, haciendo que mi corazón se elevara hasta las nubes. Su pulgar calloso me acarició la mejilla mientras me miraba a los ojos—. Y no puedo creer que por fin pueda tocarte así.

—Yo tampoco. —Desvié la mirada hacia sus labios, disfrutando de que ahora sabía a qué sabían—. No quiero que esta noche acabe.

—Te quiero, Britt. —Eso hizo que mi atención volviera a sus ojos—. Sé que puede sonar a locura, o que puede que no me creas, pero te quiero con todo lo que hay en mi interior.

—Yo también te quiero. —Hice una mueca, avergonzada por haberlo soltado sin pensarlo bien. Solo nos habíamos pasado unas horas besándonos, ¿y ya nos estábamos declarando nuestro amor? ¿Íbamos demasiado deprisa?

Matty sonrió, atrayéndome para darme otro beso, y me derretí en él. Era esto. Lo sabía. No íbamos demasiado deprisa. Estábamos destinados a estar juntos. Podía sentirlo en lo más profundo de mis huesos.

Cuando se apartó, apoyó su frente en la mía. —Disculpe —le dijo al taxista—. Hemos cambiado de opinión. ¿Puede parar aquí?

—¿Está seguro? Todavía no hemos salido del Strip.

—Esa es la idea.

Cuando el taxi se detuvo, Matty lanzó un fajo de billetes en dirección al conductor y se bajó del coche. Llegó a mi lado antes de que pudiera abrir la puerta y, en cuanto mis pies tocaron la acera, contuve el aliento.

Justo delante de nosotros estaba la réplica de la Torre Eiffel y, la verdad, a la luz del día podría haber pensado que era un poco hortera, pero aún estaba oscuro y las luces le daban un bonito resplandor.

—Es preciosa.

—No tanto como tú.

Matty no se había molestado en mirar la torre. Tenía los ojos fijos en mí, y parecía que tuviera algo en la punta de la lengua.

Se acercó a mí y volvió a besarme antes de decir: —Solo eres tú, Britt. Siempre has sido solo tú, y fui un estúpido por pensar que estar con otra persona me haría sentir una mínima parte de lo que siento al besarte.

Llevó mi mano a su pecho para que descansara sobre su corazón. —Este sentimiento. Solo lo he tenido por ti. Eres la única persona que he deseado en todo el mundo.

Tragué saliva, sin saber qué decir, aunque tampoco me dio tiempo a responder.

Aún sujetando mi mano, se arrodilló y me miró con una sonrisa despreocupada. Los dos primeros botones de su camisa estaban desabrochados y la pajarita ondeaba al viento. La gomina que le peinaba el pelo hacia atrás se había desvanecido, pero para mí todo en él era perfecto. Él también era todo lo que siempre había deseado.

—No quiero vivir ni un día más sin que seas completamente mía. —El corazón me dio un vuelco y estaba tan perdida en lo guapo que se veía que me pilló por sorpresa cuando dijo—: Britt, ¿quieres casarte conmigo?

Me eché a reír e hice lo que pude por levantar a mi amigo.

Si al menos lo dijera en serio.

—Lo digo en serio.

Oh, mierda. ¿He dicho eso en voz alta? Estaba demasiado borracha como para tomar buenas decisiones.

Cuando por fin se levantó, me acunó las mejillas. Luego me besó. Un beso lleno de promesas. —Lo digo tan jodidamente en serio que me está volviendo loco. Eres mi mejor amiga y la única persona en la que confío en el mundo. Sé lo suficiente sobre ti como para saber que no quiero a nadie más. Nunca querré a nadie más.

—Pero Matty. Ni siquiera estamos saliendo.

—No lo necesitamos. Ya lo sé. Eres mía. ¿Y yo soy tuyo?

—Sí. —Espera, ¿acabo de decir eso?

—¿Sí? ¿Sí a qué?

Lo había dicho. Yo también lo sentía, y no debería asustarme que él fuera el primero en expresarlo. Estábamos hechos el uno para el

otro. Lo sabía.

—Sí, eres mío y yo soy tuya. —Sentí como si me quitara un peso de encima. Llevaba años guardándome esa confesión.

—Entonces hagámoslo oficial.

¿Oficial? ¿Con mi mejor amigo y el único chico por el que he estado colada desde que llegué aquí?

Casarme con Matty sí que parecía un salto al vacío, pero ¿qué era la vida si no te arriesgabas un poco? Llevaba tanto tiempo esperando que él me viera como yo lo veía a él, que ahora que habíamos llegado a este punto, no me parecía bien ser yo quien nos frenara.

—Vale —dije, segura de mi decisión.

Matty no pudo contener su sonrisa, me levantó en brazos y nos hizo girar en círculo.

Mientras mi pelo se agitaba con el viento, supe que era una locura y que probablemente mis padres me matarían, pero no me importó.

Todo en aquello parecía condenadamente correcto.

—Acabas de hacerme el hombre más feliz del mundo.

Las lágrimas me corrían por la cara y el corazón me daba tales saltos que pensé que necesitaría sentarme un minuto, pero no quería empañar este recuerdo.

Él levantó mi mano izquierda hasta su corazón y la miró. Su pulgar recorrió mi dedo anular, frotando el espacio bajo el nudillo, justo donde iría un anillo.

—Lo siento. No tengo anillo, pero te compraremos uno. Mañana. Te llevaré al sitio más elegante de aquí y te compraré lo que demonios quieras, porque nada es demasiado para mi mujer.

¿Mujer? ¿Por qué me encantaba cómo sonaba?

Apretándome la mano, inspeccionó la zona. —Venga. Vamos a buscar un sitio para hacerlo oficial.

Solté un gritito y aflojé el paso porque no podía seguirle el ritmo a Matty con los tacones.

—¿Qué pasa?

—Nada.

—¿Estás segura? No tenemos por qué hacerlo.

—Claro que sí —me mordí el labio inferior, intentando ocultar la emoción o los nervios. No estaba segura de qué sentía, porque estaba demasiado embriagada por las luces de Las Vegas como para preocuparme por las consecuencias.

Lo único que me importaba era embarcarme en esta aventura con mi futuro marido.

CAPÍTULO 19

Britt

Presente

Matty y yo estábamos de pie a ambos lados del pasillo, mirándonos. No habíamos cruzado palabra desde que me llamó su mujer delante de nuestros amigos.

¿Estáis casados?

¿Desde cuándo dura esto?

¿No te pregunté si tenías un marido secreto?

¿Por qué coño no me lo dijiste?

¿Intentabas meterme en un trío?

¿Por qué no me invitasteis a la boda?

Las preguntas de Erik y Sienna se agolpaban en mi mente mientras me apoyaba en la pared y descansaba la cabeza contra ella. ¿Qué habíamos hecho? Cada una de sus preguntas era válida, solo que yo no era capaz de responder a ninguna hasta que encontrara la respuesta por mí misma. Eso significaba tener una conversación con Matty, una que había estado evitando con maestría durante los últimos tres meses con la esperanza de que el problema desapareciera por completo.

Giré la cabeza hacia un lado para comprobar que el pasillo del hotel estaba despejado. No había nadie, todo el mundo estaba abajo en el salón de baile y, aun así, yo estaba haciendo todo lo posible por retrasar esta conversación.

Cuando miré a Matty, se pasó una mano nerviosa por el pelo y sonrió. Era evidente que quería que yo hablara primero. ¿Qué demonios quería que dijera? Todo esto me parecía ridículo y no era como había imaginado que sería mi vida. Reacia a hablar con mi propio marido.

Mi marido.

Por lo visto, Matty era mi compañero de vida, y ni siquiera nos habíamos acostado todavía. Joder, hacía solo veinte minutos, Sienna estaba intentando convencerme de que debía olvidarlo, y yo casi estaba de acuerdo.

—¿Así que eres mi marido?

¿Qué otra cosa podía decir para romper el hielo? La idea me daba vueltas en la cabeza. Se supone que un marido debe serte devoto y, aunque él no paraba de intentar convencerme de que lo era, iba a tener un hijo con otra. Alguien con quien yo *creía* que estaba prometido.

—Y tú eres mi mujer.

Me tragué la decepción. Me sentía tan poca cosa al ser llamada su mujer en ese momento. Cuando de adolescente pensaba en cómo sería mi boda, siempre me imaginaba casándome con mi mejor amigo, y aunque ese era Matty, nunca fue en una noche de borrachera.

—¿Así que de verdad nos casamos en Las Vegas?

Matty levantó la vista con el ceño fruncido.

—¿Lo has olvidado? Porque es en lo único en lo que he pensado desde el momento en que dijimos: «Sí, quiero».

Negué con la cabeza, reacia a decirle la verdad. No podía saber que yo también había estado pensando en ello. Que tenía demasiado miedo de tener una conversación de verdad con él por si no era cierto. O peor, que lo fuera y necesitara divorciarse de mí para poder casarse con el verdadero amor de su vida: Olana. Sentí un pinchazo

de dolor en el fondo de los ojos mientras me esforzaba por contener las lágrimas.

Aquella noche seguía siendo la mejor de mi vida, aunque terminara tan terriblemente. Me había sentido como si estuviera en una nube y nada pudiera bajarme de ella. Admití que estaba enamorada de mi mejor amigo y me casé con él esa noche. ¡Qué tonta fui al creer que ese sería nuestro «y comieron perdices»!

Levanté la mano con desgana.

—No lo había olvidado. Es solo que no habíamos hablado de ello.

—Bueno, podemos hablar de ello ahora mismo. Nos casamos en Las Vegas y nunca te di ese anillo. —Se rio de una manera amarga y casi sarcástica—. Te fuiste a la mañana siguiente, antes de que pudiera siquiera hablar contigo, y luego te dedicaste a evitarme en cada una de las oportunidades que tuviste. Incluso en el partido de los Crushers, cuando te vi, pensé que podríamos hablar de ello, pero me dijiste que estabas saliendo con Erik. Todavía no estoy convencido de que sea real. —Reflexionó durante un segundo—. Aunque tuvo una reacción bastante visceral a la noticia de que estabas casada, así que algo debía de haber.

¿Estaba intentando buscarme las cosquillas con esa afirmación? Sacudí la cabeza, sin querer ni siquiera mencionar a Olana. Acabaríamos discutiendo y necesitaba entender qué pasaba con este matrimonio antes de ocuparme de cualquier otra cosa.

—¿Estás seguro de que es legal?

—¿Qué? ¿Nuestro matrimonio?

Asentí.

—Sí. Pensaba que esos sitios eran una especie de broma.

Soltó un bufido.

—Me alegro de que la idea de casarte conmigo te parezca divertidísima.

Contuve la respiración, sin querer decirle cómo me sentía en realidad. Nada que tuviera que ver con Matty era una broma.

—No, no vas a convertir esto en un drama sobre ti. Es una pregunta legítima. Pronunciamos nuestros votos delante de una imitadora de Britney Spears que cantó *Toxic* justo después de que nos… —No pude terminar la frase. Incluso hablar de tocar a Matty me entristecía, sabiendo que nunca volvería a tener la oportunidad de hacerlo.

—Besamos. —Enarcó una ceja como si intentara ocultar la sonrisa pícara que amenazaba con dibujarse en su rostro—. Créeme, esos matrimonios son de verdad. —Se apartó de la pared y se acercó a mi lado.

Estar tan cerca de Matty y no querer besarlo se estaba convirtiendo en un verdadero problema, así que fijé la mirada en el retrato que tenía delante.

—Al principio, no hice nada porque pensé que podríamos hablarlo.

—¿Qué hay que hablar?

Me miró con aire avergonzado, casi tímido ante la respuesta.

—Si quieres o no seguir casada conmigo. Que conste que por mí, perfecto.

Puse los ojos en blanco y solté un bufido.

—Creo que sabes la respuesta sin preguntar. Tienes a Olana.

—Olana y yo rompimos. No estamos juntos desde finales del año pasado.

—Pensaba que estabais prom… —Negué con la cabeza. Nada tenía sentido, pero estaba llegando a la conclusión de que pocas cosas lo tenían últimamente. Tenía muchísimas preguntas, pero Matty levantó la mano, impidiéndome hacer ninguna de ellas.

—Olana no es importante ahora mismo. Lo que importa es que eres mi mujer y me gustaría que siguiera siendo así, pero noto ciertas reservas por tu parte.

—Y yo solo pregunto si estás seguro de que cuenta, porque yo no lo estoy.

Se encogió de hombros.

—Sinceramente, pensé que lo había borrado. Eliminé todo rastro de nuestra boda de su base de datos después de que me dijeras que lo tuyo con Erik era oficial. Por desgracia, ahora he descubierto que las bodas de Las Vegas también dejan un rastro en papel, uno que las hace bastante imposibles de piratear.

—¿Cómo es posible? Si lo borraste del registro, entonces no hay nada que ver.

—Salvo la versión en papel, que luego se introduce en un sistema nacional en los meses siguientes, y no puedo piratear las páginas web del Gobierno. No otra vez, y no sin meterme en un lío muy gordo.

—Entonces tenemos que divorciarnos lo antes posible —No tuve que pensármelo. No quería estar con Matty así. Como un error y, desde luego, no como la otra, la que lo separa de su hijo. Aquello no tenía nada que ver conmigo.

—Vaya, esposita. Esa no era la respuesta que quería oír. ¿Y si te llevo a una de estas habitaciones de hotel a ver si te hago cambiar de opinión? —Lo dijo sin muchas ganas. Casi como si supiera lo que iba a decir yo.

—No me interesa, y no me llames «esposita».

—¿Aunque sea verdad?

—Sobre todo si es verdad. No quiero que esto se sepa. ¿Qué pensaría mi madre?

—Bueno, esperaría que pensara que hacemos buena pareja, pero no te preocupes, lo pillo. Imaginé que dirías que querías el divorcio, así que pensé en seguirte la corriente e investigarlo. Por desgracia, separarse no es un proceso rápido.

—¿Por qué no? ¿No podemos firmar unos papeles y ya está?

—Bueno, no se nos permite anular el matrimonio antes de que pasen seis meses desde la fecha en que tuvo lugar.

—¿Bajo ninguna circunstancia?

Él asintió.

Entrecerré los ojos, volviendo a observarlo. —¿Pero si estábamos completamente borrachos? Seguro que cualquier cosa que firmáramos en ese estado no cuenta, ¿no?

—Por favor, Britt. No actúes como si esto hubiera sido un error de borrachos entre nosotros, porque yo estaba lo bastante sobrio como para saber que quería pasar el resto de mi vida contigo —afirmó, pero yo no tenía ni idea de qué intentaba demostrar. Ya había dicho cosas así antes, pero eso no negaba el hecho de que no podía ser—. Además, a ellos les da igual nuestro nivel de alcoholemia. Lo firmamos y nos besamos para sellar el trato.

Fruncí los labios e intenté pensar en cualquier resquicio legal que pudiera encontrar. —Pero no lo consumamos.

Él se rio entre dientes. —Estoy bastante seguro de que algo sí consumamos.

—No. No tuvimos sexo —sí, lo saqué a colación porque estaba cabreada. He tenido marido durante casi tres meses y seguía a dos velas.

—Quizá no, pero te comí el coño, luego deslicé mi polla entre tus jugos antes de correrme en tu boca.

Mi cuerpo se estremeció y mi centro se calentó.

Excitada.

Eso era. Estaba excitada.

Me mordí la lengua, conteniendo mi frustración. Toda esta situación era ridícula.

—He estado investigándolo y hay un par de cosas que tenemos que hacer para que anulen esto.

Agité las manos delante de su cara. —Si tú puedes hackear la base de datos, ¿entonces por qué tenemos que hacer nada? ¿No puedes cambiar el estado y ya está, mientras estás ahí dentro?

—Como te he dicho, está conectado a un montón de bases de datos diferentes, lo que implicaría hackear un infierno de páginas web del gobierno. Por mucho que me guste hacerlo, me gusta aún más mi libertad.

—Egoísta —dije con sarcasmo.

Enarqué una ceja, esperando a que continuara.

—Lo primero que tenemos que hacer es esperar. Seis meses. Eso es todo.

Lo pensé por un segundo. —Bueno, supongo que no está tan mal —levanté una mano y conté con los dedos—. La boda fue en agosto. Ahora estamos en noviembre. Podrían tardar tres meses en procesarlo, así que seguro que podemos empezar todo el proceso y enviar los papeles ahora, ¿no?

Matty canturreó. —Mmm... Suena como una buena idea, ¿a que sí? Lamentablemente, no es tan sencillo porque necesito la documentación.

—¿Te refieres al certificado de matrimonio? —asintió—. ¿No lo tienes? ¿Pensaba que lo habías cogido después de la ceremonia?

Negó con la cabeza. —No. No quería perderlo, así que organicé que lo enviaran por correo. Pensé que quizá también te habían enviado una copia a ti. ¿Quizá a casa de tus padres?

Negué con la cabeza. —No. Créeme, mi madre me habría dicho si lo tuviera —hubo una pausa en la conversación mientras pensaba en la implicación de sus palabras—. Espera. ¿Esa es tu forma de decirme que no tenemos ningún documento de la boda en sí?

—Oh, no. Sí que hay documentación. Simplemente, no la tengo en mi poder.

—¿Por qué no?

—Supongo que porque solo me permitían enviar la documentación a la dirección registrada en mi carné de conducir.

—Vale. ¿Así que está en tu casa?

Hizo una mueca ante la palabra. —No lo llamaría así, pero sí.

—Pues entonces ve a buscarlo. Una vez que lo tengas, podremos empezar el divorcio.

—Sí, podríamos. Sin embargo, conseguir ese trozo de papel está resultando un poco más difícil de lo esperado.

Enarqué una ceja. Él vaciló antes de girarse sobre el hombro para mirarme. Cara a cara, esto era lo más cerca que habíamos estado desde aquella noche fatídica, y odiaba querer devorar la distancia entre nosotros y caer en sus brazos.

—No sé si recuerdas algo de lo que te conté sobre mi relación con mi padre.

—Apenas lo has mencionado —afirmé, pero no estaba del todo segura de si era verdad. Me daba vueltas la cabeza con tanta información que no podía pensar con claridad—. Creo que una vez dijiste que no hablabas con él desde hacía tiempo.

—Me suena que sí —murmuró—. No tenemos la mejor de las relaciones.

—¿Tiene él el certificado de matrimonio?

—Sí.

—¿Y no te lo va a devolver sin más?

—Lo hará, pero al igual que el gobierno de Las Vegas, tiene sus condiciones.

—¿Que son?

—Quiere conocerte.

Arrugué la nariz. —¿A mí?

Matty se encogió de hombros y desvió la mirada. —Porque eres mi mujer y su nuera. Vino al partido la semana pasada, y estoy seguro

de que se dio cuenta de que estoy obsesivamente enamorado de ti.

Tomé una bocanada de aire, pero no supe qué decir. Realmente deseaba que dejara de decir cosas así, porque me descolocaban.

—No me dará la documentación hasta que hayamos cenado juntos. Una cena, es decir, tú, yo y él.

Cerré los ojos y suspiré. Cenar con el padre de Matty en estas circunstancias era una de las últimas cosas que me apetecía hacer.

Agitando una mano delante de mí, intenté pensar en una forma diferente de salir de esto. —¿No podemos solicitar un duplicado?

—Podemos —dijo arrastrando las palabras—. Pero en la página web ponía que puede tardar entre seis y siete meses en llegar.

—¿Seis o siete meses? —el corazón se me aceleró—. Eso es una locura.

—Así funciona la Administración, para que te hagas una idea. Por lo visto, tiene que pasar por todo el sistema antes de que podamos solicitar unos nuevos, y no sé cuánto tardará. Podría ser una semana o siete meses.

Resoplé, molesta. ¿Pero qué coño pensarían mis padres si se enteraran de que me había casado en Las Vegas? Sam, Max y Bryce matarían a Matty. Ninguno de ellos me había visto casarme, y era ahora cuando me daba cuenta de lo triste que era. Simplemente, no quería pensar más en esto.

—Por desgracia —continuó Matty—, eso no incluye la solicitud de divorcio, que puede tardar al menos seis meses en tramitarse.

Los plazos se me iban acumulando en la cabeza y la respuesta no me gustaba. Esto podría alargarse un año si no nos poníamos en marcha pronto. Las imágenes de una sesión de fotos familiar me venían a la mente, atormentándome hasta provocarme una migraña. Matty en el centro con su hijo en el regazo mientras Olana y yo estábamos de pie a cada lado.

¿Pero qué puñetero infierno es este?

No quería eso.

Esto no podía estar pasando. Esposa y madrastra. Mi primer matrimonio habría terminado antes de empezar mi primer trabajo oficial.

—Esto es horrible. —Me pasé una mano por la cara y gemí—. Esto no puede estar pasando. No podía creer que hubiera dejado que el corazón pensara por mí aquella noche en Las Vegas. En aquel momento supe que era demasiado bonito para ser verdad, pero aun así seguí adelante. Debería haberme protegido mejor.

El silencio se alargó entre nosotros. No había mucho más que pudiéramos decirnos. Estábamos en un callejón sin salida. Habíamos cometido un error garrafal, nos habíamos casado después de ver la boda de nuestros amigos, y ahora tendríamos que afrontar las consecuencias. Ya era mayorcita, podía admitir cuándo había hecho algo mal, pero saber que la familia de Matty estaba ahora involucrada dolía aún más. Además, saber que nunca podría contárselo a la mía era desolador.

—Britt, yo...

Levanté la mano; no quería oír más excusas.

—Por favor. Deja de hablar. Una cena.

—¿Qué?

—Cenaré con tu padre una vez para que consigamos este estúpido certificado de matrimonio y sigamos adelante. Tenemos que anular esta boda antes de que mi familia se entere. ¿Vale?

—¿De verdad? ¿Estás segura de que es lo que quieres?

—¿Qué esperabas que dijera?

Me dedicó otra sonrisa pícara. —Bueno, esperaba que pudiéramos seguir con esto, y quizá pudiera ofrecerte una boda de verdad.

—¿Has perdido la cabeza?

—No. He perdido a mi mujer, o ella ha renunciado a mí.

¿Hablaba en serio? —¿Qué esperabas que dijera?

—No sé. Quizá que no te preocuparas por tu padre, que podíamos intentar que las cosas funcionaran.

—Deliras.

—Y tú te casaste conmigo, así que, ¿eso en qué te convierte a ti?

—En propensa a un infarto. —Sonrió, acercándose a mí y tendiéndome la mano. Le miré la palma y me aparté—. No sé por qué sonríes. Estamos en un lío tremendo y pareces contento.

—Eso es porque cuando te pedí que te casaras conmigo, lo decía en serio.

Cuando dije que sí, yo también lo decía en serio, pero no iba a divulgar esa información, ya que no tenía dudas de que Matty se aprovecharía de ello.

—Organízalo. —Parecía que quería decir algo, pero cuando lo fulminé con la mirada a modo de advertencia, se echó atrás.

—Vale, bueno, ¿qué te parece este fin de semana?

—Sí. —Me di la vuelta y eché a andar por el pasillo. Matty caminaba a mi lado, solo rozando mi brazo con el suyo de vez en cuando, haciendo que se me erizara el vello de la nuca.

Mi marido.

Negué con la cabeza. ¿Así era como conseguía al chico de mis sueños? Sin boda romántica. Sin citas para cortejarme. Sin una pedida de mano bien pensada. Y con una futura madre. No había forma de recuperarse de esto. Todo lo que Matty y yo seríamos jamás era una noche de borrachera en Las Vegas, y era una mierda.

El ascensor que bajaba al salón de banquetes fue silencioso, un marcado contraste con la última vez que estuvimos en esta situación. Las manos entrelazadas y una sonrisa cómplice en nuestros rostros porque acabábamos de casarnos.

Lo habíamos tenido todo, pero se había desmoronado en unas pocas horas.

—No me arrepiento, ¿sabes? —murmuró Matty. Tenía las manos en los bolsillos y se miraba los zapatos, y como no respondí, continuó—. Si hubiera sabido que este sería el resultado, te habría pedido igualmente que te casaras conmigo, porque que me llamaras tu marido, aunque solo fuera durante unos meses, es un privilegio. Ojalá me dieras tiempo para demostrarte lo mucho que significas para mí.

Din. Din. Din.

Por suerte, las puertas del ascensor se abrieron, así que no tuve que responderle. Parecía que Matty estaba empeñado en quemar su futura familia para tenerme a mí. Me dio espacio suficiente para salir por mi cuenta, pero cuando entré en el salón y la gente empezó a fijarse en mí, casi deseé haber tenido la protección extra de su cuerpo junto al mío.

Se me encendió la cara y el corazón me latía desbocado. ¿Lo sabía todo el mundo? ¿Se había extendido el cotilleo tan rápido? No es que Erik y Sienna fueran los mejores guardando secretos.

Sienna se puso a mi lado, arrastrándome a un rincón tranquilo antes de que tuviera tiempo de pensar. Mierda. Todavía no había entrevistado al equipo de fútbol. ¿Cómo demonios se suponía que iba a entrevistar a Matty ahora?

—Sienna, tengo que hablar con...

—No te preocupes. Me he encargado. Le he dicho a Dillon que te ha sentado mal el marisco y que necesitarías que te cubrieran en las entrevistas.

Se me encogió el estómago. No quería dejar pasar la oportunidad, pero tenía la mente demasiado revuelta para pensar con claridad.

—Gracias —musité.

—No hay de qué. A cambio, tienes que contarme qué demonios ha pasado con Matty.

Se me revolvió el estómago. No quería hablar de ello. No aquí.

Lancé una mirada al resto de la multitud, sintiendo los ojos de alguien sobre mí. Efectivamente, Erik se dirigía hacia nosotros, y se me hizo un nudo en el estómago. ¿Qué demonios se suponía que debía decirle?

Se me encendieron las mejillas; se me cortó la respiración.

Un momento. ¿Estaba teniendo un ataque de pánico?

Negué con la cabeza y, como si Sienna supiera lo que pasaba, me cogió del brazo y me dirigió hacia la salida.

—¿Sabes qué? Tengo cita para la manicura temprano por la mañana. Creo que si me quedo mucho más, voy a tener problemas para llegar. ¿Quieres que te lleve a casa? —preguntó. Qué detalle por su parte intentar sacarme de esta situación.

—Sí, claro. —La idea de quedarme aquí era demasiado para soportarla. Necesitaba tiempo para mí, y tenía que largarme de aquí para no volver a hablar con Matty.

CAPÍTULO 20

Matty

—Tengo ganas de conocer a tu padre —dijo Britt mientras yo aparcaba frente al tranquilo restaurante. Posó una mano vacilante sobre mi muslo, pero no le hice caso. En su lugar, miré por la ventanilla, buscando la camioneta de mi padre. Había venido en avión para verme, así que sabía que no estaba en el aparcamiento, pero era mejor buscar una camioneta inexistente que enfrentarme a mi mujer, que estaba decidida a divorciarse de mí.

—¿Va todo bien?

No. No iba nada bien. No lo había ido desde el momento en que salí de su habitación de hotel en Las Vegas, y ya no podía fingir que sí.

Posé la mirada en la suya, reparando en su ceñido vestido negro y en sus labios rojos y carnosos. Se había arreglado para esa noche y, en cualquier otro contexto, parecería una primera cita. Ay, qué iluso era mi corazoncito. Sus cejas fruncidas por la preocupación y su mirada ensombrecida solo servían para recordarme que eso nunca iba a ocurrir.

Por lo visto, Britt y yo éramos el epítome de «la persona correcta en el momento equivocado». Se suponía que debíamos estar juntos. Podía sentirlo hasta en los huesos, pero, después de todo por lo que habíamos pasado, sabía que ya no era una posibilidad.

No había vuelta de hoja. El amor de mi vida no me quería. No se trataba de un enorme malentendido. Simplemente, Britt no me quería. Erik no hizo más que confirmarlo cuando se acercó a disculparse en el Baile de los Jugadores. Al parecer, había fingido

toda una relación con él, y solo podía suponer que lo había hecho porque yo no pillaba la indirecta.

—Has estado un poco callado —susurró, intentando sonsacarme una respuesta.

Típico de Britt. Preocupada por mi bienestar aunque yo solo fuera su amigo. Siempre tan educada.

Se humedeció el labio inferior y se contuvo de decir algo. Ignoré el anhelo en mi pecho de disipar su ansiedad con un beso porque no era mía. Estaba empeñada en creer que Olana me importaba más que ella, y lo entendía. Nunca había cortado por lo sano del todo. Incluso ahora sentía la obligación de ayudar a mi ex, pero eso no negaba lo que sentía por Britt. Aunque ella ya no quisiera oír hablar del tema.

Tenía que afrontarlo.

La había perdido.

No solo como esposa, sino como mi mejor amiga.

—¿Matty?

—Estoy bien —solté con un suspiro, apartando con suavidad su mano, porque, por desgracia, mi polla se estaba involucrando en toda esa exaltación emocional. Juraría que le bastaba con mirarme para que se me pusiera firme.

—¿Seguro? Porque has estado actuando un poco raro.

—Es que tengo muchas cosas en la cabeza. —No solo tenía que lidiar con la realidad de que no me quería, sino que tenía que hacerlo con el telón de fondo de que iba a conocer a mi padre. El hombre que me odiaba y me decía siempre que podía el absoluto fracaso que era.

¿Qué pensaría ella cuando lo conociera? ¿Confirmaría eso todo lo que pensaba de mí? Que no valía la pena. Que era un perdedor que no podía mantener a su familia unida y que pasaba demasiado tiempo centrado en su ex.

Esto era una puta pesadilla. Recordaba todo lo que dijo en Las Vegas. La emoción que brillaba en sus ojos ante la idea de estar casada conmigo. ¿Era todo mentira?

—La cena debería ser agradable —dijo, y me amargó el humor. Britt era demasiado educada por su propio bien. Sabía que se estaba metiendo en la boca del lobo, y aun así estaba dispuesta a hacerlo porque tenía muchísimas ganas de divorciarse de mí.

—No digas eso. Es mentira.

—No lo es. Puede que tu padre y tú no estéis muy unidos, pero cenar con el hombre que participó en traer al mundo a mi mejor amigo suena bastante genial.

Mejor amigo… ¿Tenía que seguir recalcándolo? Mejor amigo. No su marido. No su pareja. Ni siquiera su puto novio. Me había metido tan de lleno en la zona de amigos que el puñetazo metafórico en el estómago me dio ganas de vomitar.

Britt fue mía solo por un segundo, y era un hecho que tendría que afrontar tarde o temprano.

Sin decir palabra, deslizó su mano en la mía, entrelazando nuestros dedos. —Todo va a salir bien. —Esas eran las palabras que yo había estado repitiendo en mi cabeza durante las últimas horas. Se me secó la boca al mirarla a los ojos, y la comprensión me golpeó como un mazo. No, una mierda iba a salir bien. La única razón por la que la chica de mis sueños me estaba tocando y se encontraba en mi presencia era porque no me quería.

No solo eso. Estaba a punto de cenar con mi padre y ver el desastre que mi madre dejó atrás. No es que todo fuera un camino de rosas antes de que falleciera, pero mi madre hacía las cosas tolerables. Hacía feliz a mi padre, y al morir dejó tras de sí a un borracho amargado.

Toda esta situación era una mierda.

—Estoy aquí para ti.

Su sonrisa.

Joder. Me paraba el corazón cada vez que lo hacía. Todo lo que veía cuando sonreía era un futuro que había estado anhelando. Uno que nunca podría tener porque el momento oportuno nunca estuvo de nuestro lado.

Las probabilidades estaban en nuestra contra. Si no era Erik quien se interponía, era Olana. Como si no tuviera suficiente con lo del Baile de los Jugadores, apareció Olana. Siguiéndome a todas partes, bebiendo sin parar y solo empeorando su estado. Todo porque ya no quería estar con ella, y lo estaba usando como una forma de manipularme.

Estaba harto de esto. Estaba harto de ser el apoyo de los demás. Todo el mundo quería un trozo de mí, excepto la única persona por la que lo daría todo.

—Gracias, Britt.

Clavé mi mirada en la suya, esforzándome al máximo por sentirme positivo acerca de esta noche. No tenía ni idea de lo que diría mi padre, pero estaba casi seguro de que esta sería mi última conversación agradable con Britt. En cuanto viera lo egoísta y mezquino que era mi padre, me dejaría de lado a mí y a nuestra amistad tan rápido como planeaba firmar esos papeles de divorcio. Divorciarme de la mujer de mis sueños era un asco, pero era lo único que podíamos hacer. Si ella no me quería, ¿cuánto tiempo podría seguir persiguiéndola hasta que se volviera dolorosamente obvio que estaba haciendo el ridículo?

—Vamos —susurré, apretando su mano y estudiando su perfecta manicura roja. Ignoré el hecho de que su mano encajaba perfectamente en la mía, porque, de nuevo, eso solo empeoraría las cosas—. Acabemos con esta noche de una vez.

Britt me dejó cogerle la mano durante todo el camino hasta el restaurante. En silencio, me tomé mi tiempo para memorizar lo que se sentía al estar con ella así. Su pulgar acariciando la palma de mi mano, ofreciéndome una silenciosa tranquilidad. Su perfume

flotando en el aire. Estábamos casados, y si esta era la única vez que íbamos a estar juntos en público, entonces pensaba disfrutarla.

Cuando entramos en el restaurante, le pasé el brazo por la cintura y la atraje hacia mi costado. Dio un gritito ahogado mientras se miraba la mano, algo sorprendida por el gesto, pero no se apartó. De hecho, colocó su palma sobre mi mano y se inclinó hacia mí.

Jodidamente perfecto.

El camarero cogió un par de cartas y nos pidió que lo siguiéramos, y cuando me di cuenta de adónde nos llevaba, aminoré el paso.

—Pensaba que nos sentábamos aquí fuera esta noche.

—No, señor. El señor Mathieson ha solicitado un reservado.

Las cejas se me dispararon hacia la frente. ¿Un reservado? ¿Qué demonios iba a decir mi padre para que no quisiera que lo oyera ningún otro cliente?

Cuando el camarero abrió la puerta de la pequeña sala, mi padre estaba al fondo de una gran mesa cuadrada, con un aspecto sorprendentemente bueno con una chaqueta deportiva azul marino completamente nueva.

—Ah, Matty. Me alegro de que hayas decidido venir —sonrió mi padre, y si no lo conociera, casi diría que se alegraba de verme. Completamente sobrio, mi padre parecía radiante y sano por primera vez en mucho tiempo, lo cual era desconcertante. Se levantó y me ofreció un abrazo, pero no se lo acepté. Le di un apretón de manos en su lugar. Sin embargo, me sorprendió que no oliera a alcohol. En su lugar, tenía el intenso aroma de la loción para después del afeitado que usaba antes de que mi madre falleciera.

Los recuerdos de mi madre acudieron a mi mente, tranquilizándome de la forma más extraña.

Cuando los ojos de mi padre se posaron en la chica que estaba detrás de mí, su sonrisa se ensanchó y soltó un murmullo de aprobación—. Y esta debe de ser Brittany —dijo, y me esquivó para dirigirse directamente a mi mujer.

—Prefiere Britt.

Britt enderezó los hombros, irguiéndose, y aceptó su apretón de manos. —Señor Mathieson. Es un placer conocerle —dijo sin esfuerzo. Incluso en los peores momentos, el comportamiento de Britt se mantenía natural. Se negaba a dejar que nada la alterara, y era una de las cosas que me encantaban de ella.

Bueno, me encantaba todo de ella, pero ese era un problema para otro día.

—Por favor. Llámeme Ben. Ahora somos familia, ¿no? —Parecía que estaba haciendo una broma, pero a ninguno de los dos nos hizo gracia.

—Vamos a comer y ya está —dije mientras inspeccionaba la mesa para ver dónde había puesto mi padre los papeles. No estaban allí, pero había un maletín negro cerca de su silla que supuse que contenía los documentos. No iba a enseñar sus cartas tan pronto en la cena, de eso estaba seguro.

Le retiré la silla a Britt y ella me dio las gracias antes de sentarse. Después de acercarle la silla, me senté a su lado y frente a mi padre, intentando actuar como una barrera entre ellos.

Apenas se dijo nada entre nosotros cuando entró el camarero. Pedimos las bebidas y se fue. Entonces volvimos a ser nosotros tres, sentados en silencio.

—Y bien, Britt, ¿cómo os conocisteis Matty y tú?

—Papá —siseé.

Britt apoyó la mano en mi muslo y mi cuerpo se relajó. Ah, y se me empinó la polla. Joder, estaba fatal.

—No pasa nada. Encantada de hablar con el señor… Ben. —Volviéndose hacia mi padre, dijo—: Conocí a Matty a principios del primer año. Somos amigos desde entonces.

—¿Amigos? —resopló mi padre—. ¿Eso es todo? ¿No salisteis? ¿No le pusiste los cuernos a Olana?

Y ahí estaba la primera cagada de la noche. Britt frunció los labios, la primera vez que demostraba que no estaba contenta de estar aquí. Negó con la cabeza, al parecer demasiado cabreada para darle una respuesta verbal.

—¿Así que solo erais amigos?

—Eso es lo que ha dicho, ¿no? —respondí secamente. Mi padre podía ser un capullo conmigo, pero no con Britt. Ella no se lo merecía.

—Entonces, ilústrame. ¿Cómo acabasteis casados en Las Vegas?

Era una buena pregunta, una que a mí mismo me costaba responder. Cuando estábamos en Las Vegas, parecía que ambos lo dábamos todo, pero algo cambió de la noche a la mañana, y solo podía suponer que tuvo que ver con la cantidad de alcohol y que a Britt le entró el canguelo. Llevaba un mes usando la excusa de Erik y Olana, pero ninguno de los dos era un obstáculo insuperable para que estuviéramos juntos.

—Las cosas simplemente se precipitaron —respondió Britt al darse cuenta de que yo no lo iba a hacer.

—Te pega bastante, ¿a que sí, Matty? Nunca planificas. Siempre la cagas.

—Casarme con Matty no fue una cagada —defendió Britt.

—¿Pero quieres divorciarte de él?

Ella no respondió.

—¿Por qué si no necesitabais una copia del certificado de matrimonio con tanta urgencia?

Tenía razón, y Britt se quedó totalmente descolocada. Le había dicho que las cosas entre nosotros eran complicadas, pero estaba casi seguro de que ver la franqueza de mi padre por sí misma era más chocante.

—Tampoco ayuda que Matty siempre ande con los dramas de Olana —dijo con una sonrisita.

Sí, no había ninguna posibilidad de que recuperara a Britt después de esta cena. Dejar que Olana me mangoneara en lugar de lidiar con mi propio duelo fue la peor decisión que había tomado en mi vida, y me preguntaba si iba a pagarla el resto de mis días.

—No hay nada entre nosotros.

—¿Estás seguro? Parece que ahora te necesita más que nunca, y tú la abandonas por algo mejor.

Apreté la mandíbula con frustración. Estaba haciendo de todo *menos* abandonar a Olana. Me había puesto los cuernos y, aun así, era yo quien le compraba una casa para que viviera a gusto. Necesitaba a alguien y yo estaba dispuesto a ayudarla, pero no a estar encadenado a ella para siempre.

Britt retiró la mano de mi muslo y se puso a juguetear con la servilleta. Como si no necesitara más confirmación de que estaba incómoda con el rumbo que estaba tomando la cena.

Me quedé mirando la mesa mientras decía: —Nunca abandoné a Olana. Nunca estuvimos destinados a estar juntos.

Mi padre enarcó una ceja y una sonrisa divertida asomó a sus labios. —No es a mí a quien tienes que convencer. —La mirada que me lanzó fue casi amenazadora mientras desviaba lentamente la vista hacia Britt—. Y bien, Brittany, ¿qué estudia usted? —preguntó, y habría jurado que Britt casi dio un brinco ante la pregunta.

Se aclaró la garganta antes de decir: —Comunicación y Ciencias de la Computación.

—Parece una mezcla intensa.

—No tan intensa como si fuera al revés —me dio un golpecito con su rodilla en la mía y noté que me fulminaba con la mirada, pero la ignoré. No podía mirarla. No con mi padre aquí, arruinando cualquier posibilidad de tener una amistad con ella.

Después de todo, ¿por qué iba a querer ella tener algo que ver conmigo si ni mi propio padre lo quería?

—Ben es el tío más trabajador que conozco. Saca notazas en todas sus clases, y me ayuda, y mientras tanto, tiene un calendario de entrenamiento intensivo para el fútbol americano. No creo haber visto a nadie trabajar tan duro como él. Incluso cuando no tiene día libre, siempre está ahí para ayudarme.

—Seguro que te ayuda todo el tiempo —dijo mi padre, con una sonrisita—. Y me sorprende que una chica tan guapa como usted esté tan impresionada con que sea un *kicker*. Se nota que no sabe mucho de fútbol americano. —Me encogí. No era lo que tenía que haber dicho—. ¿Sabía que solo está en el campo menos de un minuto en todo el partido?

Casi podía sentir la rabia de Britt vibrando.

—Ser el *kicker* es una de las posiciones más difíciles del equipo. No solo tienes que estar preparado para chutar un balón con precisión y consistencia en cuestión de segundos, sino que la mayoría de las veces el partido depende de ti. La presión con la que tiene que lidiar Matty chutando a nivel universitario demuestra lo capacitado que está mentalmente y que es uno de los jugadores más fuertes del equipo. No siento más que admiración por él.

Entonces la sala se quedó en silencio mientras todos asimilábamos las palabras de Britt.

—Vaya. —Mi padre me miró directamente con asombro—. ¿Qué demonios has hecho para que esta mujer tenga tan buena opinión de ti? —No me digné a responderle—. Tengo que admitir que ya veo por qué decidiste dejar a Olana por ella. Olana te diría la verdad. Sin gilipolleces, pero Britt te defiende. Es lo mejor que te ha pasado en la vida.

Ya está. La noche entera ya era un desastre, y ni siquiera habíamos empezado a cenar.

—¿Han tenido tiempo suficiente para mirar la carta? —Nuestro camarero asomó la cabeza por el marco de la puerta y sonrió. No tenía ni idea de lo tenso que se estaba poniendo el ambiente aquí dentro.

—Estamos listos —dije, pensando que cuanto antes nos trajeran la comida, antes podríamos salir de este embrollo.

Britt cogió mi mano por debajo de la mesa, y le temblaba, así que le froté la palma con el pulgar, esperando que eso la ayudara a calmarse.

Cuando me giré para ver cómo estaba, me dedicó una pequeña y plácida sonrisa y se sonrojó. Dios, era tan guapa.

Entonces hizo algo que no me esperaba. Apoyó la frente en mi hombro antes de rodar la cara hacia delante y dejarse caer ahí. Sentí una necesidad imperiosa en las entrañas de protegerla rodeándola con el brazo, pero no era mi sitio, aunque técnicamente estuviéramos casados.

—¿A que es adorable? —se burló mi padre, mirándonos a ambos—. Como la parejita perfecta. Me pregunto cómo encaja Olana en todo esto.

—No encaja —afirmé. ¿Por qué todo el mundo seguía pensando que Olana y yo éramos un pack? Habíamos roto. Llevábamos meses así, así que cualquiera que sugiriera que estábamos destinados a acabar juntos era jodidamente molesto a estas alturas.

—¿Así que la has dejado? —Mi padre estaba atónito—. ¿Necesita tu ayuda y tú respondes casándote con otra? He de admitir que no pensaba que fueras de los que rehúyen sus responsabilidades, pero, por otro lado, ¿no es por eso por lo que no te has molestado en venir a verme?

¿Responsabilidades? Tenía suerte de que la estuviera ayudando lo más mínimo.

El cuerpo de Britt se tensó.

—Oye, Britt. ¿Sabías que la razón por la que tu marido no se ha molestado en verme en tres años es porque no quiere que venda nuestra casa?

—¿Qué tiene que ver eso con que no lo vea? —preguntó Britt.

Mi padre nos miró a los dos con falso asombro. —Vaya. Estás casado y no le has contado nada de tu vida en casa. Quizá no seas tan estúpido como pensaba. —Se volvió hacia Britt con una sonrisa de suficiencia—. La madre de Ben falleció en su último año de instituto. Le dejó su mitad de la casa a Ben, quien me ha dicho que no firmará la venta hasta que cumpla los veintiuno.

—Es la verdad. Era parte de la estipulación en su testamento.

—¿Entonces por qué no has accedido a venderla todavía? Llevas seis meses con veintiún años y sigues sin querer ni plantearte la idea.

—Porque sé lo que harás con tu mitad del dinero.

—¿Por qué te importa lo que yo haga? No es como si te importara.

—Eso no es verdad —dije—. La única razón por la que estaba protegiendo la casa era porque conocía el patrimonio de mi padre lo suficiente como para saber que era todo lo que le quedaba. Se gastaría ese dinero en un par de meses si tuviera acceso ilimitado a él.

—No estoy preparado. —Cerré los ojos, sintiéndome más vulnerable de lo que me había sentido en mucho tiempo. No quería decirlo en voz alta, pero otra cosa que me frenaba era mi madre. Venderla me parecía como deshacerme de sus recuerdos y, por ende, de lo único bueno de mi infancia.

—¿Que no estás preparado? Pero si no has vuelto a casa desde que te graduaste del instituto. Para ti es muy fácil, Ben. Tú no vives en esa casa día sí, día también. Tú no tienes que darte de bruces con el recuerdo de tu mujer muerta a cada segundo del día. Tú no tienes que ser recordado del dolor y el sufrimiento por el que pasó antes de morir. Tú no tienes que revisar sus cosas, pensando qué deberías quedarte. Yo sí. Cada día me acuerdo de ella y de cómo su vida se vio truncada. Me siento en esa casa a compadecerme porque tengo que aceptar el hecho de que ya he vivido mis mejores años, ya que mi única oportunidad de ser feliz está bajo tierra.

Cerré los ojos, asimilando sus palabras. Todo lo que había dicho eran cosas que yo sentía, solo que nunca había sido capaz de articularlas.

—Es que no puedo. —No tenía nada más que decir, y probablemente apreté la mano de Britt un poco más fuerte de lo que debería. Si le estaba haciendo daño, Britt no se quejó. Nunca lo hacía, y quizá mi padre tenía razón. Quizá había dado por sentada su lealtad inquebrantable todos estos años.

—Es por fastidiarme, ¿a que sí? Nunca fui un padre lo bastante bueno para ti, y nunca te cortaste un pelo en decírmelo. Puedo asumir parte de la culpa. Lo reconozco. Siempre estaba ocupado trabajando. Tu madre era la que estaba ahí para ti. Te adoraba. Te decía que todo lo que hacías era perfecto, incluso cuando era un comportamiento de mierda. Prácticamente lo que está pasando ahora mismo. Tienes la capacidad de cambiar las cosas para mí, y no lo haces.

Casi podía ver las preguntas bullendo en la mente de Britt, y me arrepentí de no haberle explicado la historia de mi familia antes de meterla en todo esto.

—Bebe demasiado, papá. —Y eso era decirlo con delicadeza, pero no quería ponerme a contar cómo tenía que ir a recogerlo a los bares en mitad de la noche antes de que mi madre muriera, o que me enteré de que le habían prohibido la entrada en casi todos los locales que servían alcohol cerca de nuestra casa. No estaba siendo egoísta. Lo hacía por él.

—¿Y te crees que dejarme en esa casa encantada va a hacer que beba menos? —Se rio con amargura.

—Creo que es mejor que tenga un lugar al que volver que vivir en la calle, donde nunca podría encontrarlo.

Enarcó las cejas y tuve que admitir que el comentario pareció dolerle un poco. Mi padre era de armas tomar cuando se lo proponía. Podía ser rencoroso y mezquino, but I had never seen him quite as broken as this before.

—¿Así que crees que voy a gastarme todo el dinero en alcohol?

—Una corazonada.

—Bueno…

—¿Quién ha pedido la pasta *penne*? —El camarero llegó justo a tiempo, y estaba claro que la propina que le di al restaurante por teléfono había ayudado a que se dieran prisa con el pedido.

—Yo —fue lo último que dije antes de zamparme la comida e intentar que la velada terminara lo antes posible.

CAPÍTULO 21

Britt

Mientras apartaba las judías verdes por el plato, el peso de asistir a aquella cena se me metió hasta los huesos. La rabia y el resentimiento en la mesa se podían cortar con un cuchillo. El padre de Matty se mostraba beligerante, pero echarle la culpa al alcohol, como hacía Matty, me parecía demasiado benévolo. Estaba claro que no conocía toda la historia, pero que Matty tuviera que defenderse constantemente tampoco me parecía bien.

Su padre lo reprendía a la mínima oportunidad y Matty nunca salía ganando. Todo lo que hacía era examinado con lupa y se lo echaba en cara como si fuera un desaire deliberado hacia Ben. Por qué se fue. Por qué nunca volvió. Por qué su madre se deterioró hacia el final. Siempre era culpa de Matty.

Mientras tanto, mi amigo, tan seguro de sí mismo y payaso, era la sombra de lo que era. Matty se limitaba a quedarse ahí sentado como un perro maltratado y a encajar todos los insultos que su padre le lanzaba. Estaba tan acostumbrado a que ese hombre lo decepcionara que lo aceptaba sin más. Nunca era la persona más ruidosa de la sala, pero su comportamiento de esta noche explicaba muchísimo más de su situación de lo que yo podría haber imaginado.

Matty estaba atrapado en su propia culpa y miseria porque su padre no podía lidiar con las suyas.

—Oh, Brittany —dijo Ben con alegría—. ¿Le contó Matty alguna vez la vez que intentó presentarse a las pruebas para ser *quarterback*?

Miré al padre de Matty, reacia a intervenir, pero con la sensación de no tener otra opción. Sin duda sería otra historia sobre lo patético que le parecía Matty. Estaba harta. Sí, Matty había cometido errores, pero era leal, comprometido y el hombre más inteligente que conocía. Si Ben no era capaz de verlo, era su problema. Matty no necesitaba cambiar, y yo tampoco quería que lo hiciera.

—Tenía los brazos como fideos y apenas podía lanzar un pase a cinco metros —el padre de Matty rio para sí, negando con la cabeza —. Lanzaba y, todas las veces sin excepción, el balón caía rodando al suelo.

Una vez más, Matty no respondió. Se tomó las palabras de su padre al pie de la letra.

Odiaba esto.

Odiaba estar sentada escuchando cómo menospreciaban al hombre de mis sueños. Puede que la hubiera fastidiado con Olana, pero en ningún momento tiró la toalla conmigo. ¿Podía yo decir lo mismo?

No.

Yo había tirado la toalla con Matty en el mismo instante en que Olana se frotó la barriga delante de mí. Estaba viendo cómo mi mejor amigo se encogía lentamente sobre sí mismo y no hacía nada al respecto. El pasado de Matty estaba paralizando su futuro; solo ahora me daba cuenta de por qué estaba tan empeñado en alejar a Olana.

—Sinceramente, ni siquiera sé por qué pensó que sería lo bastante bueno para jugar al fútbol americano. El crío tiene la coordinación de una jirafa recién nacida y unas rodillas huesudas a juego.

Mirándolos a ambos, me dolía el corazón. Matty se merecía más, y yo no podía quedarme callada.

Solté la mano de Matty y dejé caer el tenedor a un lado. Luego me limpié ambas palmas en la servilleta que tenía en el regazo para darme un poco de tiempo para recuperar la compostura.

—Señor Mathieson —dije con calma. Luego me humedecí los labios —. Con el debido respeto, su hijo es...

—Disculpen —el camarero de antes entró en la sala—. Ha llegado su otra invitada.

¿Otra invitada?

Miré a Matty, pero como de costumbre, estaba mirando su plato vacío como si contuviera las respuestas a todos los problemas de la vida.

—Matty —siseé, y él levantó la cabeza con desgana. Entonces se me rompió el corazón.

Sus ojos. Cuánto dolor se escondía tras ellos. Lo único que me apetecía era sacarlo de allí y decirle que nada de aquello importaba. Lo único que quería era a él.

—No le hagas caso —susurré. Aunque oí los pasos de la nueva invitada al entrar, la única persona lo bastante importante como para merecer toda mi atención era Matty.

—Es un poco difícil no hacerlo cuando todo lo que dice es verdad.

—Bueno, ¿no es esta una agradable sorpresa? —Ben no era buen actor; no parecía sorprendido en absoluto. Parecía alguien que había conseguido todo lo que quería. Cuando levanté la vista y vi a Olana de pie, impecablemente vestida y con una gran bufanda que cubría lo que solo podía suponer que era su ya incipiente barriga, me entraron ganas de vomitar.

—Señor Mathieson —Olana entró sin siquiera dirigirnos una segunda mirada. La única persona en la que se fijaba era Ben. Matty echó su silla hacia atrás, observando a su ex, y sentí ganas de acurrucarme en un rincón.

Esto no podía estar pasando.

¿Por qué estaba siempre ahí?

Olana le dio un beso a Ben en la mejilla y, dejando la mano en su hombro, preguntó:

—¿Cómo le ha ido el resto de la semana? Siento no haber podido ponerme en contacto con usted, he estado muy ocupada.

—Genial. Gracias por preguntar. Qué chica más agradable. Te preocupas más por mí que mi propio hijo.

—Papá —dijo Matty entre dientes, atrayendo la atención de Olana.

—Matty, y... —la cara de Olana se descompuso al verme sentada junto a su prometido, del que estaba algo distanciada—. ¿Qué hace Britt aquí?

—Eso no es asunto tuyo —replicó Matty—. Estaba invitada. Tú, sin embargo, no.

Se llevó una mano al pecho y algo dentro de mí sintió un poco de lástima. ¿Por qué no le había contado nada de este lío? Si iban a tener un hijo juntos, habría pensado que estarían en la misma onda.

—Sí que estaba invitada, ¿y de verdad me vas a hablar así? —le hablaba a Matty como si fuera un niño, no alguien con quien quisieras construir una vida.

—¿Por qué iba a ser diferente? —su voz sonaba desinteresada y cansada.

—Ya sabes por qué.

El padre de Matty soltó un largo silbido.

—Oh, vaya. Me siento como si estuviera en un episodio de *El diario de Patricia*. He de admitir, Matty, que no creía que pudieras cagarla más, pero casarte con una chica mientras dejas embarazada a otra tiene que ser lo mejor que te he oído hacer.

—¿Embarazada? —Matty frunció el ceño mientras miraba a Olana, y las mejillas de ella se encendieron—. Espera, ¿le dijiste a mi padre que te dejé embarazada?

—Creo que la pregunta más apremiante es si ya estás casado —me señaló—. ¿Con ella? Porque te puedo asegurar ahora mismo que ha estado saliendo con un jugador de hockey durante el último mes.

No podía moverme. Ni siquiera podía decir nada. Se estaban lanzando tantas cosas que me limité a quedarme sentada, observando.

—*Ella* es mi mujer. No está saliendo con ningún jugador de hockey.

Odié que cuando dijo «mi mujer», un escalofrío me recorriera la espalda hasta las entrañas. Comprendía que estábamos aquí para conseguir el certificado de matrimonio y así poder divorciarnos, pero, madre mía, que me hiciera suya de esa forma y me reclamara en público delante de la gente era increíblemente sexy.

A Olana le tembló el labio y su mirada esquivó la de él. —¿N-n-no sé qué decir. Pensaba… ¿Pensaba que te ibas a casar conmigo?

—¿Y por qué ibas a pensar eso? ¿Porque les dijiste que estabas embarazada de un hijo mío?

Actuaba con tanta indiferencia sobre todo el asunto que sentí que algo gordo se avecinaba, aunque no estaba del todo segura de qué.

No respondió; se quedó con la boca abierta como un pez fuera del agua.

—¿Estás embarazada? —le pregunté.

—Si lo está, no es mío. —Matty me miró fijamente a los ojos. Quería creerle. Quería pensar que todo esto era normal, pero habían pasado tantas cosas que sentía que no podía. *No es mío.* De verdad que acababa de decir eso. *No es mío.*

—¿C-cómo lo sabes?

Soltó una risilla sin humor antes de clavar la mirada en su padre. Se giró y se inclinó hacia delante. —Porque ha pasado bastante más de nueve meses —masculló para que solo yo pudiera oírlo.

¿Más de nueve meses? No se habían acostado en más de nueve meses.

Fruncí los labios y miré a Olana buscando… ¿una aclaración? No lo sabía, pero ella tenía la mandíbula apretada y la cara se le estaba poniendo roja.

Había mentido ese día y yo me la había creído.

—Ben —intentó razonar Olana, acariciándole el brazo. Él se zafó de su agarre, fulminándola con más rabia de la que le había visto nunca.

—No. Me llamo Matty y no quiero oír tu explicación. Llevas años mintiéndome. Por favor, ¿no me digas que lo del cáncer también es mentira?

—¿Cáncer? —soltó el padre de Matty, mirándolos a los dos—. ¿También le dijiste a él que tenías cáncer?

Con los labios apretados, Olana inspiró hondo con los ojos cerrados. Parecía que estaba a punto de echarse a llorar. —¿Qué esperabas que hiciera? Usted quería que me casara con él. Enseguida echó cuentas cuando le dije que estaba embarazada, así que tuve que inventarme otra razón.

—¿Y se te ocurrió el *cáncer*? —Negó con la cabeza, asqueado—. Como Evelyn. —La voz quebrada fue lo primero que oí.

Matty tragó saliva. —¿Estás enferma, Olana?

Ella puso los ojos en blanco. —Vale. No. No lo estoy. ¿De acuerdo? Solo te dije que lo estaba porque pensaba que te importaría lo suficiente como para que te casaras conmigo.

—¿Por qué?

Olana miró a Ben y vi la mirada de advertencia que le lanzó a espaldas de Matty.

—Yo quería que lo hiciera. Imaginé que os ibais a casar de todos modos. Necesitaba que alguien firmara la venta de la casa y, si tú no ibas a hacerlo, esperaba que lo hiciera tu mujer. —Señaló a Olana, pero enseguida se giró y me miró—. Supongo que aposté por la mujer equivocada.

Matty retrocedió, con el rostro más pálido que nunca, y se sentó en una silla, sin hacernos caso a ninguno.

Apenas podía procesarlo y eso que yo estaba al margen del asunto. No podía imaginar lo que estaría sintiendo él. Ella le había dicho que tenía cáncer y me había apartado a mí fingiendo un embarazo.

—No sé qué decir —dijo Matty. Se le notaba en la voz. Estaba destrozado y yo quería ser quien le levantara el ánimo y le dijera que todo saldría bien.

—Eso es muy típico de ti —dijo Olana, mirando a Matty con asco—. Siempre has sido un desastre, al fin y al cabo. No me sorprende que también la hayas cagado con esto. —¿Pero qué demonios? ¿Cómo le había dado la vuelta a la tortilla?—. Es porque lleva años obsesionado con esa chica. —Olana me señaló con el pulgar y se tomó su tiempo para mirarme—. Y si piensas que por estar casada con él vas a ver un céntimo de esa herencia, siento decepcionarte, pero su fondo fiduciario no vence hasta que cumpla los veinticinco. Dudo que sigáis juntos el tiempo suficiente para verlo.

Me quedé en silencio. Seguía sin tener ni idea de qué diablos estaba pasando y aquello parecía una conversación que esos tres deberían haber tenido sin que yo estuviera presente.

—Britt no va a por mi dinero —dijo Matty.

Olana se rio. —¿Seguro? Es lo único bueno que tienes, teniendo en cuenta que posees la personalidad de una piedra. Todavía no me puedo creer que no quisieras casarte con tu novia enferma para que tuviera un seguro médico mejor. ¿Qué clase de monstruo eres?

—No estabas enferma, Olana. Te iba a comprar una puta casa y estaba dispuesto a pagar tus facturas médicas sin necesidad de eso.

—¿Tienes que estar de broma? —Otra carcajada sonora de Ben—. ¿Te tragaste el cuento del cáncer? ¿Por qué no comprobaste nada? —Los labios de Matty se curvaron y sus puños se cerraron, pero no respondió.

—Debería haberlo hecho —musitó.

—Qué curioso, ¿no? Le compras una casa y pagas sus facturas médicas inexistentes, ¿pero no renuncias a lo que es mío por

derecho? —Negó con la cabeza, sin hacer nada por ocultar su regocijo—. ¿Cómo demonios estás pagando todo eso? ¿Has accedido antes de tiempo a la herencia de Evelyn?

De nuevo, ninguna respuesta de Matty. —Increíble —dijo Ben—. Sinceramente, no entiendo por qué estás en la universidad, porque parece que eres más tonto que cuando empezaste.

—Es egoísta y manipulador —empezó Olana—. Siempre me tuvo en segundo plano mientras suspiraba por ella. Yo estaba dispuesta a pasar por alto todo tu comportamiento de gilipollas y casarme contigo de todos modos. Parece que a ti te la han jugado igual de mal. ¿Qué tan patético hay que ser para estar tan colado por alguien que estás dispuesto a casarte con ella y dejar que tenga un novio por ahí? Patético. —Olana estaba desatando toda su rabia por haber sido descubierta por Matty, quien, una vez más, simplemente lo encajó como siempre hacía.

No se merecía nada de esto. Esa gente era egoísta y estaba amargada, y odiaba que le hubieran estado alimentando todas esas inseguridades durante tantos años.

—Deje de decir cosas tan horribles de mi marido. —Me tragué todo mi orgullo. ¿Quién lo necesitaba? Yo no. No después de esto—. Matty es perfecto y tiene más integridad en su dedo meñique que ustedes dos en todo el cuerpo.

Mierda. ¿Acababa de llamarlo perfecto? Era verdad. Incluso con toda esta mierda a su alrededor, de alguna manera seguía siendo una fuerza positiva en su propia vida. Triunfó donde muchos otros habrían fracasado.

—Vaya. —Olana negó con la cabeza—. Estás coladita por él, ¿a que sí? Puede que te creas que eres la número uno, pero recuerda que, hagas lo que hagas, él siempre volverá a mí. ¿Cómo no iba a hacerlo? Yo soy la que estuvo a su lado cuando murió su madre. ¿Acaso sabes que tiene el anillo de su madre y que quiere dárselo a su esposa algún día?

Me miró la mano, sin anillo, y tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para no encogerme ante esa mujer. —Sí. Lo están ajustando para mí ahora mismo, y no tengo ninguna intención de quitármelo en cuanto nos lo devuelvan. —Había mentido y no estaba segura de cómo se lo tomaría Matty, pero estaba harta de ellos. Él no se merecía nada de esto. Aparté la silla y me acerqué a la carpeta que estaba junto a Ben, sabiendo que el certificado de matrimonio se encontraba dentro. Ben no se movió cuando la cogí.

—Si va a seguir casada con él, ¿para qué necesita los papeles? —Esa sonrisita—. ¿O solo va de farol para poner celosa a Olana? En serio, ¿qué le ha hecho mi hijo?

—Necesito los papeles para poder cambiarme el apellido.

Fue todo lo que dije antes de acercarme a Matty y tenderle la mano. —¿Vienes?

—¿Adónde va? —preguntó Ben.

—Estoy esperando a que mi marido me lleve a casa, porque, con toda franqueza, preferiría beber gasolina a quedarme aquí sentada un minuto más escuchando a cualquiera de los dos hablar de él como si fuera basura. —Por primera vez en diez minutos, Matty alzó la vista hacia mí.

—Marido —se burló Olana con amargura—. Yo de ti no parecería tan orgullosa.

—¿Por qué no? Matty es el hombre más amable, inteligente y divertido que conozco.

Todos los ojos estaban puestos en mí, incluidos los del camarero, que había entrado durante mi discurso. Vale, puede que estuviera un poco más alterada de lo normal, pero estaba muy cansada de escucharles hablar a esos dos.

Matty me cogió la mano y yo volví a mirar a Ben y Olana. —Mi madre siempre me dijo que era de buena educación decir «encantada de conoceros», aunque no lo fuera. Sin embargo, no puedo decir eso de ninguno de los dos.

Dicho esto, saqué a Matty de la sala y del restaurante en silencio. Vaya desastre de noche.

CAPÍTULO 22

Britt

Sentada en el coche de Matty, la tensión en el ambiente se podía cortar con un cuchillo. Al igual que en el trayecto de ida, Matty no había hablado. No había dicho ni una palabra desde que salimos del restaurante, y yo me sentía inquieta por cómo había gestionado las cosas.

Su padre le había tendido una trampa.

Olana me la había tendido *a mí*.

Y no solo eso, sino que yo había actuado como una apisonadora y había sacado a Matty de allí antes de que tuviera tiempo de defenderse. Era como un muñeco de trapo al que zarandeaban en dos direcciones, y no podía evitar preguntarme si yo era igual de mala que ellos. ¿Le estaba controlando yo de otra manera?

Me daba vueltas la cabeza y me dolía de tanto pensar. No podía quitarme de encima la sensación de que le había empeorado las cosas una barbaridad. Aunque yo había dicho que quería el divorcio, ya no estaba tan segura de sentir lo mismo. No después de todo aquello.

Lo miré de reojo, y no supe qué decir. Sentía que todo mi mundo se había puesto patas arriba por culpa de una breve cena. Daba igual cuántas veces me dijera a mí misma que todo saldría bien. Matty no iba a ser padre y no estaba prometido, pero aun así sentía que la ansiedad me subía por la garganta. El problema no era él. Era yo. La que lo había fastidiado todo era yo, no él.

No estaba dispuesta a hablar, demasiado preocupada por que me rompieran el corazón; y, mientras tanto, yo le rompí el de Matty.

Todas las conversaciones que habíamos tenido durante el semestre se agolparon en mi mente y me avergoncé de cómo había actuado.

¿Por qué había escuchado a Olana en Las Vegas? Me creí sus palabras a pies juntillas porque estaba en la habitación de él con su camisa puesta, pero ¿y si no había pasado nada? Me había engañado con lo del embarazo, así que no me cabía duda de que también había mentido sobre todo lo demás.

¿Se habría evitado todo este lío si me hubiera quedado? ¿Habría empezado mi matrimonio con Matty de otra manera? ¿Era yo una víctima del efecto mariposa? ¿Había pasado todo esto porque yo era tan reacia a hablar con mi marido?

Pero entonces recordé aquella noche.

Sentí el escozor de las lágrimas en los ojos.

Estaba en su habitación, con su camisa puesta. Las mantas estaban revueltas y él, en la ducha. ¿Cómo no iba a pensar que habían vuelto juntos cuando eso es lo que siempre hacen? Ya no sabía qué era verdad y qué no.

Algo pasó entre ellos esa noche. Algo *después* de que él estuviera conmigo, y yo seguía sin saber el qué.

Cuando nos detuvimos frente a mi residencia, miré hacia mi planta y me sentí incómoda. No sabía cómo íbamos a seguir a partir de aquí. Matty abrió su puerta, rodeó el coche para abrir la mía y me tendió la mano. Un ofrecimiento para ayudarme a salir a pesar de que seguía sin mirarme, y yo no iba a forzarle. Había demasiada gente en la vida de Matty que creía que podía controlarle. Yo no quería ser una de ellas.

Cuando le cogí la mano y salí del coche, la brisa fría rozó mis piernas desnudas. —Gracias —mascullé, intentando ignorar que mi cuerpo se estaba calentando al contacto de nuestras manos. Sentí un vuelco en el estómago. Se me oprimió el pecho y, de repente, lo único en lo que podía pensar era en cuánto deseaba que sus manos estuvieran por todo mi cuerpo. Por primera vez desde Las Vegas, no intenté

reprimirlo. Dejé que la sensación de desearle irradiara por mi cuerpo sin sentir culpa.

Pero era poco probable que pasara algo entre nosotros. No pronto, al menos. ¿Cómo iba a pasar? Le había gritado a su padre y a su ex.

Como si necesitara una confirmación más de ese hecho, Matty me soltó la mano, cerrando la puerta en el proceso.

¿Por qué resultaba todo tan extraño?

Estábamos de pie, juntos, sin nada que decirnos. Eso no nos había pasado nunca. Siempre fuimos amigos, pero ahora parecía que fuéramos dos desconocidos.

Abrí la boca, dispuesta a decirle a Matty que se merecía algo mejor que el trato que le daban su padre y Olana, pero no logré que saliera. Necesitaba saber primero qué pensaba él, pero no había dicho ni una maldita palabra.

—¡Ah! —Abrí el bolso y saqué el papel arrugado, intentando contener una risa sombría. Nuestro certificado de matrimonio estaba arrugado y roto por algunas partes. Al igual que nuestra relación, había recibido golpes y magulladuras, y no estaba segura de que fuera a soportar más escrutinio, pero mantenía la esperanza.

Sus ojos verdes observaron el papel mientras se movía con la brisa. —No podemos olvidar esto. La única razón por la que hemos salido esta noche.

—Claro —dijo él, cogiéndomelo. Luego abrió el coche para volver a tirarlo dentro. Cerró la puerta de un portazo, haciéndome sobresaltar.

—Supongo que te veré….

Sin darme tiempo a terminar, me puso la mano en la parte baja de la espalda y me guio hacia el edificio. —Te acompaño a la puerta.

Me empujó hacia delante y, aunque estaba caminando, levanté las manos y negué con la cabeza. —Oh, no te preocupes. Puedo subir sola. No pasa nada. Lo hago todo el tiempo. —Le dediqué una

sonrisa forzada, pero no la vio porque había vuelto a mirar hacia sus pies.

—¿Y si quiero hacerlo? —Su voz era baja, pero firme. Casi sentí que mi mejor amigo había vuelto.

—Va… vale. —Tropecé un poco antes de recuperar el equilibrio y dejé que Matty me guiara a través del edificio de mi residencia, con su mano actuando como una presencia cálida y tranquilizadora.

Cuando llegamos a la puerta de mi habitación, me volví hacia Matty. Debería darle las buenas noches, pero tenía las palabras atascadas en la garganta. No quería que se fuera. Señalando por encima de mi hombro con el pulgar, le dije: —¿Quieres entrar a tomar algo?

Miró alternativamente la puerta y a mí antes de decir: —Me encantaría.

Su sonrisa era triste mientras yo asentía. Al menos él pensaba lo mismo que yo. No queríamos separarnos en este momento.

Cuando abrí la puerta, grité, llevándome la mano al pecho, con el corazón a punto de salírseme.

—Erik, ¿qué haces aquí?

Erik me dedicó una sonrisa despreocupada antes de rascarse la nuca y mirar la puerta de mi compañera de cuarto. —Chica del Gorro. Marty. Me alegro de veros de nuevo.

—¿Has venido a verme? —pregunté, sintiéndome un poco avergonzada por no haber intentado hablar con él después del Baile de los Jugadores, pero, a decir verdad, tenía que aclarar lo de mi propio matrimonio antes de intentar explicárselo a un jugador de hockey cualquiera.

Se rio entre dientes y volvió a mirar hacia la habitación de Lydia. —No. Yo, ehm, estaba esperando a tu compañera de piso.

—¿Has venido a ver a Lydia? ¿De qué os conocéis…? —Caí en la cuenta—. Ah. ¿Sois…?

—No —dijo—. Bueno… —Puso los ojos en blanco y aspiró hondo—. No lo sé.

—Ah.

Fruncí los labios. No sabía qué pensar. Erik se había liado con ella después de haber intentado con tanto ahínco ligar conmigo. No estaba molesta, pero, vaya, al menos sabía que no le había roto el corazón ni nada por el estilo.

Lydia abrió la puerta de su cuarto, lista para salir, y contuvo la respiración al vernos a los tres de pie en el salón. Cuando sus ojos se encontraron con los de Erik, torció el gesto en una mueca de desprecio. —¿Qué coño haces tú aquí todavía?

Erik extendió las manos, mirándola con desesperación. —Quería hablar.

—No hay nada de qué hablar.

Erik bufó. —Permíteme que discrepe.

—Increíble. Sabía que tenía que haberme ceñido a los jugadores de béisbol; ellos no hacen gilipolleces como esta. Me está acosando un idiota al que le han dado demasiadas veces en la cabeza con un disco de hockey. —Lydia cerró la puerta de su cuarto de un portazo, se ajustó la falda y pasó a mi lado pisando fuerte—. Que pases buena noche, Britt —dijo antes de salir de la habitación.

La mirada de Erik la siguió y sonrió cuando ella cerró la puerta principal de golpe. —¿Tiene carácter, eh? —Enarcó las cejas mientras su sonrisa se ensanchaba.

—No sabía que os conocierais.

—No nos conocíamos hasta que vine a hablar contigo sobre qué coño pasaba entre vosotros dos. —Nos señaló a Matty y a mí—. Quería que supieras que no me iba a interponer, pero, vamos, que de todas formas me estaba dando demasiada importancia.

—Sí, bueno…

Erik levantó una mano. —No hace falta que me lo expliques. Lo pillo. Como te he dicho, soy de los que aprovechan la oportunidad cuando se presenta. Lo intenté, no funcionó, pero ahora, si no te importa, me gustaría mucho aprovechar la oportunidad con tu compañera de piso.

—Vaya —dije—. Buena suerte. No parece interesada.

—Y eso es lo mejor de ella. —Casi pasó corriendo a nuestro lado en persecución de mi compañera de piso, y no pude evitar mirar con asombro.

—Te ha olvidado rápido —dijo Matty, mirando cómo se cerraba la puerta.

—En realidad, nunca estuvo tan interesado en mí. —Sonreí levemente y señalé el sofá—. ¿Quieres sentarte? —Asintió y, mientras Matty se dirigía al sofá, yo fui a la nevera a coger un par de botellas de agua antes de sentarme en el otro extremo.

La incomodidad en la habitación se palpaba en el ambiente y, después de dar un sorbo a mi agua, me quité una pelusa del vestido. Matty no hablaba y yo sabía que era porque me había pasado de la raya. No debería haberle gritado a su padre, pero no podía quedarme allí sentada escuchando cómo lo reprendían. Tenía los sentidos en alerta máxima mientras esperaba que Matty desatara sobre mí alguna furia oculta.

—Matty —suspiré su nombre mientras estábamos sentados uno al lado del otro, mirando la pantalla apagada del televisor—. Lo… lo siento —solté, e hice una mueca. ¿Por qué no podía ser normal con él?

—¿Por qué? —Por fin, me miró durante más de cinco segundos. Sus ojos eran tan oscuros que casi parecían negros.

Solté una risa ahogada. —Por todo. Por la forma en que le hablé a tu padre. —Me mordí el labio inferior y cerré los ojos—. Y a Olana.

—Britt. —La forma en que dijo mi nombre fue desgarradora. Me hizo sentir cosas que había perdido hacía mucho tiempo. Cosas como la

esperanza. Cosas como el sentimiento de pertenencia. Cosas como que esto era todo.

Se movió por el sofá y me ahuecó la mejilla, incitándome a que lo mirara.

Sus ojos eran de un verde intenso y estaban vidriosos. No pude descifrar su expresión mientras observaba cómo una única lágrima me recorría la mejilla, y usaba su pulgar para secarla. Estábamos tan cerca de tenerlo todo, pero, de alguna manera, todavía sentía como si el océano Pacífico nos separara.

—Por favor, no lo sientas. —Su contacto me calmó de una forma que no debería, pero había sido una noche tan dura que me permitiría consolarme con él. Aunque fuera solo por esta vez—. Ha sido lo más increíble que he visto hacer a alguien, y lo mejor de todo es que lo has hecho por mí.

—¿Qué?

—Nadie me ha defendido nunca así. Fuiste pasional. Fuiste vehemente. Fuiste mi puta esposa, y nunca he estado más orgulloso de nadie.

Esas palabras. Era todo lo que había querido oír en las últimas horas. Que a él le parecía bien lo que yo había hecho. Matty se inclinó y, justo cuando nuestros labios estaban a punto de encontrarse, no pude hacerlo. Tomé una bocanada de aire y lo aparté.

—¿Qué pasa? —susurró.

Apoyé mi cabeza en la suya y jugueteé con el borde de su camisa. —Matty, te quiero tanto…

—Y yo a ti.

—Pero no creo que pueda hacer esto.

Sus ojos se entristecieron y se me revolvió el estómago. Le estaba enviando señales muy contradictorias, pero algo no encajaba. La

última vez nos habíamos precipitado y no quería cometer el mismo error.

—¿Hacer qué exactamente? —murmuró.

Lo miré apenas dos segundos antes de acobardarme y quedarme mirando mi botella de agua.

—Esto. —Señalé el espacio entre nosotros—. Porque después de esta noche y todo lo que ha pasado entre nosotros, creo que necesitas algo de tiempo para ser simplemente tú. No me había dado cuenta de lo mal que estaban las cosas con tu padre y Olana. Quiero decir, sabía que era retorcida, pero no me había dado cuenta de que era una zorra manipuladora. —Puse mi mano en su rodilla y continué—. Creo que necesitas pasar un tiempo entendiéndote a ti mismo antes de meterte en una nueva relación conmigo.

—Apenas llamaría a lo nuestro una relación nueva, teniendo en cuenta que llevo enamorado de ti desde el minuto en que mi s'more chocó con el tuyo —se lo pensó un momento y enarcó una ceja, riendo entre dientes—. Bueno, en realidad, si soy totalmente sincero conmigo mismo, me enamoré de ti en el instante en que te vi sentada junto a la hoguera. Con el cordón de un zapato desatado, parecías un cervatillo asustado a punto de salir pitando si alguien se acercaba a hablarte.

Se me iluminaron los ojos y sentí que el pecho se me abría en canal. Lo deseaba. Lo deseaba con todas mis fuerzas, pero no quería ser un clavo que saca otro clavo. Yo quería un para siempre.

—Eso no cambia el hecho de que no podemos hacer esto. Al menos, no ahora —bajé la mirada. Parecía lo correcto, pero en cuanto las palabras salieron de mi boca, me arrepentí. Apartar al hombre que amaba no estaba bien, pero tampoco lo estaba besarlo o acostarme con él cuando aún no había superado toda la mierda de esta noche.

—¿Adónde ha ido la Britt de la cena? ¿Esa que estaba dispuesta a luchar por mí y me dijo que llevaría el anillo de mi madre?

—Esa Britt ha despertado a la realidad de que necesitas centrarte en descubrir quién eres. Quiero que estés completamente seguro de

que quieres tener una relación conmigo antes de que acabemos en un ciclo de rupturas interminable como el tuyo con Olana. Quiero que averigües qué quieres en tu vida antes de que me invites a entrar en ella.

—A ti —afirmó, colocando su mano sobre la mía—. Solo te quiero a ti. Créeme, lo sé desde hace muchísimo tiempo. He intentado ignorarlo. Joder, si hasta te emparejé con mi mejor amigo porque esperaba que eso me hiciera olvidarme de ti. Obviamente, no funcionó. Nada lo hará, Britt. Te quiero.

Levantó mi mano y me besó lentamente cada nudillo, observando mi reacción. Unas oleadas de placer me recorrieron el cuerpo y estuve a punto de decir: «A la mierda», y dejar que Matty hiciera conmigo lo que quisiera.

—Te quiero, Matty.

—Yo también te quiero.

—Pero no estoy preparada para ser el segundo plato.

—¿Qué de esta noche te hace pensar que eres el segundo plato de alguna manera? Eres mi primera opción. Siempre lo has sido.

Aunque todo lo que decía sonaba bien, todavía había algo que me reconcomía por dentro.

—Aunque eso sea verdad, necesito que te tomes este tiempo y lo confirmes. No puedo estar preocupada por si te cansas de mí o te das cuenta, como pasó con Olana, de que ya no me quieres.

—Por favor, deja de mencionarla. Olana es irrelevante en esta situación. Nos hizo una putada a los dos y me cabrea que ahora te esté haciendo dudar de lo que *nosotros* tenemos.

—¿Y qué tenemos *nosotros* exactamente? Soy tu mujer porque te lo estabas pasando demasiado bien en Las Vegas y te entusiasmó la idea de estar con alguien que no fuera Olana.

—¿De verdad es eso lo que piensas? —permanecí con los labios sellados—. Pues que sepas que eso es completamente falso. Estoy

obsesionado contigo. Has sido mi mejor amiga durante más de tres años. Te conozco. Me conoces —apretó mi mano contra su corazón —. Esto te pertenece. Siempre lo ha hecho. Eres mi esposa y lucharé hasta mi último aliento para que siga siendo así.

—Matty —suspire—. Hemos hecho las cosas completamente al revés. Nos casamos antes de tener la oportunidad de salir juntos. Por no mencionar que tu ex ha estado pendiendo sobre nosotros todo el tiempo. No es así como esperaba que fueran las cosas entre nosotros.

—¿Quieres que salgamos? ¿Es eso?

—¿Quizá? —estaba incómoda, sin saber cómo expresarlo con palabras—. Creo que deberíamos ir más despacio para que tengas tiempo de pensar en lo que quieres.

—¿Ir más despacio?

—Sí —respiró hondo y se relajó contra el sofá—. Así que quizá deberíamos tener citas y conocernos. Pero sin besos.

Frunció el ceño y apretó los labios. —Esto suena mucho a que quieres que volvamos a ser amigos.

—No. Quiero que tengamos citas. Ver películas. Pasar el rato.

—Eso es básicamente lo que hacíamos antes.

—Está bien. Podemos besarnos, pero nada de sexo.

Enarcó las cejas y, cuando lo fulminé con la mirada, suspiró. —De acuerdo. Iremos más despacio, esposita —mis hombros se relajaron. Volvía a sonar como el viejo Matty. *Mi* Matty—. No nos acostaremos esta noche, aunque en lo único que he podido pensar desde que salimos de la cena es en lo bien que sentiría tu coñito apretado ahogando mi polla.

Me quedé sin aliento y giré la cabeza bruscamente hacia Matty mientras una descarga de placer me recorría hasta el sexo al pensarlo. Se encogió de hombros. —Has dicho que nada de besos. No has dicho nada de soltar guarradas.

Su mirada recorrió mi cuerpo. —Supongo que no podré hacerte el amor hasta que te des cuenta de que eres la única para mí.

—Vale.

—Aunque ya va siendo hora. Como casi cuatro años tarde.

—Claro —dije arrastrando las palabras, sintiéndome casi un poco arrepentida por haberlo presionado tanto cuando sus palabras sonaban sinceras y lo único que yo quería era a él.

—Pero te demostraré lo mucho que ha significado para mí esta noche.

—Va… —estaba a medio asentir cuando realmente escuché sus palabras. Matty me sonreía de oreja a oreja cuando abrí los ojos.

¿Qué quiere decir?

—Ve a tu habitación —ordenó, y por alguna estúpida razón de enamorada, mis pies obedecieron antes de que pensara en las consecuencias.

De pie en medio de la habitación con las piernas temblorosas, observé cómo Matty se acercaba. Cuando cerró la puerta, sus ojos recorrieron mi cuerpo, admirándome.

—Estás jodidamente preciosa —dijo, acercándose unos pasos—. Date la vuelta.

—Matty, ¿qué estás haciendo?

—Siguiendo órdenes. Ahora, ¿seguirás tú las mías?

Nuestras miradas se conectaron y, por alguna estúpida razón, obedecí.

Hasta aquí lo de tomarse las cosas con calma. Ya me estaba comportando como un perrito faldero.

Oí sus pasos arrastrarse hacia delante antes de que su cálida palma tocara mi brazo, acariciando mi piel hasta llegar a mi cuello. Me recogió el pelo y lo colocó sobre mi hombro. Luego su mano experta encontró la cremallera de la espalda de mi vestido y la bajó.

A medida que la tela se aflojaba sobre mi piel, también lo hacían las inhibiciones que me quedaban. Debería haberme aferrado a mis principios, debería haberlo mantenido fuera de mi dormitorio.

Cuando la tela cayó al suelo, Matty me dejó un beso en el hombro.

Me puse tensa, sabiendo que esto solo podía acabar de una manera.

—Relájate —dijo él, depositando otro beso en el mismo sitio—. Dijiste que nada de sexo, pero dijiste explícitamente que podíamos besarnos.

Me giré para mirarlo y luego le agité un dedo en la cara.

—Más te vale no estar intentando usar un tecnicismo conmigo. He dicho que nada de sexo. Y lo digo en serio. —Pero, la verdad, si vamos a ser sinceros, ya estaba en ropa interior, esperando que pasara algo. Deseando algo.

Fijó la atención en mi dedo, lo rodeó con la mano y lo apartó.

—No te preocupes. Por mucho que me apetezca comerte el coño hasta que grites, no lo haré. Eso no cuenta como un beso.

Sus palabras no me tranquilizaron tanto como pensaba. Quizá fuera por el brillo de sus ojos.

Bajó la mirada hacia mi sujetador de encaje morado.

—¿Te he dicho alguna vez lo fantásticas que son tus tetas?

—Lo has mencionado un par de veces, sí.

—¿Te he dicho las ganas que tengo de lamerte los pezones hasta que te corras?

Tomé una bocanada de aire.

—Matty.

—Britt —me imitó—. Quítatelo todo. —Cuando le lancé una mirada de advertencia, levantó las manos—. Lo sé. Lo sé. Nada de sexo, pero dame algo en lo que pensar cuando me la esté cascando esta noche. ¿Por favor?

Me quité el sujetador y Matty se relamió los labios.

—Me muero de ganas de que se me permita tocarlas. —Luego metí los pulgares en los lados de mis bragas de encaje y Matty chasqueó la lengua, trazando un círculo con el dedo—. Date la vuelta, por favor.

Y justo cuando lo hice, gimió.

—Jodidamente perfecta. Siempre. —Cuando ya no estaba de cara a él, dijo—: Bájatelas. —Entonces me incliné para quitármelas y sus manos se posaron en mi culo mientras él avanzaba para que yo pudiera sentir su erección contra él.

—Súbete a la cama antes de que ignore todo lo que he prometido y te folle hasta dejarte sin sentido.

Mi sexo se contrajo al pensar en la polla de Matty dentro de mí. Todavía no lo habíamos hecho y estaba desesperada por saber cómo sería.

Me recosté en la cama, observando a Matty mientras permanecía de pie a los pies.

—Abre las piernas.

Debería haberme sentido cohibida, pero con la mirada hambrienta de Matty puesta en mí, me sentía poderosa y deseada. Observé cómo sus ojos recorrían mi sexo y un dolor que no podía controlar crecía en mi interior.

—Mmm. —Su aprobación fue directa a mis entrañas y me pregunté si podía ver lo excitada que me ponía todo aquello. Matty completamente vestido, mirándome mientras yo me retorcía en la cama, suplicándole que me tocara, pero sin permitírselo al mismo tiempo.

—Juega con tus tetas —ordenó, y mis manos cubrieron mi pecho mientras me pellizcaba los pezones. Mi espalda se arqueó a medida que la necesidad de alivio en mi sexo se hacía más fuerte.

Los ojos de Matty revoloteaban entre mi coño y mis tetas, observando cómo me daba placer a mí misma.

No era suficiente para correrme. Necesitaba más, y aunque sentía una necesidad desesperada de cerrar las piernas y frotarlas, no lo hice. Dudaba que Matty me lo permitiera, así que me pellizqué los pezones un poco más fuerte, ahuyentando el dolor e imaginando que era la lengua de Matty la que me calmaba.

—¿En qué piensas, esposa? —preguntó, cerniéndose sobre mí mientras observaba desde los pies de la cama.

—En ti. Siempre estoy pensando en ti —admití en un susurro entrecortado, demasiado perdida en lo caliente que me sentía con su mirada sobre mí como para importarme lo desesperada que parecía.

—¿Piensas en mí cuando estás sola en tu habitación así?

—Mmm. —Las palabras y los pensamientos eran un poco difíciles de formular mientras seguía jugando con mis pechos.

—¿Qué estoy haciendo?

—Jugar con mi coño —dije sin aliento, con las caderas girando al pensar en la última vez que me tocó así.

—¿Cómo estoy jugando contigo?

—Con tus dedos, tu lengua, tu polla. Con todo. Igual que la primera noche. —Tiré de mis pezones, persiguiendo un clímax que sabía que no llegaría sin más estimulación.

—Juega con tu clítoris. —Como si hubiera perdido el control sobre mí misma, bajé la mano a mi sexo y rodeé frenéticamente mi botón, y la oleada de placer reprimido se abrió paso a través de mí.

Matty se inclinó tan cerca de mí que pude sentir su aliento en mis muslos abiertos, añadiendo una dimensión totalmente nueva a esto.

Mi pecho subía y bajaba, mi cuerpo estaba al límite y verlo a él mirarme hacía que todo fuera mucho más excitante. Nadie me había visto así antes.

—Métete un dedo en tu coño empapado, Britt. Quiero verte follarte a ti misma mientras piensas en mí.

Hice lo que me dijo y gemí al sentir la penetración. Si miraba a Matty, casi podía fingir que era su dedo el que estaba dentro de mí en lugar del mío. Por desgracia, al mío le faltaba el grosor para sentirlo como si fuera de verdad, pero con su aliento contra mí, casi no importaba.

—Añade otro.

Como siempre, obedecí, añadiendo otro dedo y usando la palma de la mano para estimular mi clítoris mientras mis dedos trabajaban en mi interior.

—Te está costando, ¿verdad?

Gemí.

—Joder, estás tan buena ahora mismo, esposita. Chorreando por mí y anhelando mi polla. ¿Por qué te haces pasar por esto? ¿Por qué no me dejas tocarte?

No respondí, demasiado excitada por la sensación de su aliento soplando contra mí como para querer que terminara. Aún no me había tocado, pero cuando sus hombros chocaron contra mis rodillas, abriéndome aún más, estuve a punto de correrme.

—Eso es, esposita. Añade otro dedo. —Hice lo que me pidió, la humedad de mi excitación era el único ruido que se oía.

—Qué buena.

Apreté la mano, tratando de contener mi orgasmo cuando dos dedos más se hundieron en mí.

—Pero qué…

Decir que entraban justos sería quedarse corto.

—¡Matty! —grité, medio delirante mientras sus dedos empujaban los míos más adentro.

—Puedes aguantarlo. Sé que puedes.

Dejé escapar un gemido de placer ahogado mientras mis dedos se hundían más de lo que nunca lo habían hecho. Tenía cuatro dedos

dentro. Estaba tan llena, y la sensación era tan buena.

—Matty. —Iba a correrme. Lo sabía, pero justo cuando mi cuerpo estaba a punto de llegar al límite, Matty sacó los dedos y levantó la mano para inspeccionar el brillo de la humedad que los cubría—. Lo siento, esposita. Me he dejado llevar un poco. No debería haberlo hecho.

Finalmente, conectó su mirada con la mía y sonrió. —¿Estabas cerca, eh? Lo he notado por cómo apretabas nuestros dedos.

—Cógeme ya —grité, sin ganas de esperar más. Ya había cedido.

Dirigió la mirada a mi coño y se mordió el labio inferior. —Por mucho que me apetezca volver a saborear tu coño, creo que tengo una idea mejor que no va en contra de tus deseos. Ir despacio. Eso es lo que quieres.

Sacó el móvil y se acercó al lado de la cama. Por instinto, me tapé, y él me miró con el ceño fruncido y luego dejó caer el teléfono. —¿Ah, creías que iba a grabarte? —No hizo falta que dijera nada para que supiera la respuesta—. Esposita, si fuéramos a hacer algo así, estaría montando una videocámara VHS de los noventa. Ni de coña me arriesgaría a que me hackearan el ordenador y compartir tu perfección con el mundo, pero ten por seguro que compraría un vídeo para que pudiéramos verlo.

Uf, tenía que decir eso, ¿verdad? El clítoris me palpitaba por la falta de estimulación. La necesidad de volver a tocarme era cada vez más difícil de ignorar, pero cuando abrió el cajón de al lado de mi cama y sacó el vibrador con forma de rosa, me quedé sin aliento.

—Ah, he estado esperando para probarlo. —Pulsó el interruptor y lo puso en marcha. Efectivamente, esa pequeña lengua se agitaba y el grueso consolador empezó a bombear. El zumbido de la vibración cambiaba con cada movimiento de su dedo por el móvil.

—¿Me has hackeado el consolador?

Se rio. —No. Bueno, podría haberlo hecho si hubiera querido, pero no ha hecho falta. Esto tiene Bluetooth, así que lo configuré en mi

móvil la vez que te oí meneándotela en la ducha —dijo mientras volvía a rodear la cama para colocarse entre mis piernas. Dios mío, sí que me *había* oído. ¿Significaba eso que me había oído gritar su nombre?—. La aplicación no hace gran cosa, solo controla la intensidad. —Sus ojos conectaron con los míos—. Pero *puede* que le haya añadido algunas funciones al software para que me avise cuando lo enciendes y lo apagas.

—Eso suena bastante a que sí que me has hackeado el consolador.

—Hackear hace que suene mucho más amenazador de lo que es. Simplemente quería saber cuándo estaba cachonda mi mujer. Eso es todo.

Cerré los ojos porque el significado de sus palabras no se me escapaba. —Matty, por favor, no me digas que eres la razón por la que ha estado fallando cada vez que he intentado usarlo.

Se encogió de hombros antes de colocar el centro de la rosa contra mi clítoris, haciéndome gritar de placer. —Puede ser. —Lo miré fijamente, conmocionada—. Solo quiero que juegues contigo misma cuando yo esté delante para mirar —dijo él, pero no pude responder —. Y como las cámaras de seguridad solo están en el pasillo de la residencia, no tenía sentido hackearlas.

Me daba vueltas la cabeza. Deliraba. Era la primera vez que las lentas pasadas de la lengüeta me resultaban agradables. Una y otra vez, hacía algo parecido a la lengua de Matty, y abrí los ojos de golpe para comprobar que no estaba ayudando.

—Relájate, mujer. Si no se me permite tocarte, al menos déjame ayudarte. Sujeta esto aquí. —Me guio la mano hacia la rosa, luego jugueteó con el consolador antes de metérmelo dentro.

No podía respirar.

Puse los ojos en blanco. *Mierda.* —Qué gustazo. —Matty toqueteó algo en su móvil antes de dejarlo caer sobre la cama y gatear sobre mí.

Seguía completamente vestido y se encontraba entre mis muslos. Sus manos lo sostenían de tal manera que no nos tocábamos. Se inclinó hacia delante y me dio el más suave de los besos. Cuando se apartó, solté un jadeo.

Ahora el juguete palpitaba dentro de mí, y con Matty cerniéndose sobre mí, casi me sentía como si estuviéramos teniendo sexo.

La mano de Matty se metió entre nosotros y apretó el centro palpitante contra mi clítoris, subiendo la intensidad.

Mi cuerpo estaba en cortocircuito y no podía pensar con claridad.

—¿Te gusta, mujer?

¿Por qué la forma en que decía «mujer» tenía que ponerme tanto? ¿Y no era malditamente obvio que estaba en pleno éxtasis?

El cuerpo de Matty se movía sobre mí con el mismo vaivén que el consolador, y se parecía tanto a que estuviéramos follando que fue todo lo que necesité para correrme.

Olas de placer recorrieron mi cuerpo mientras gritaba el nombre de Matty.

—Preciosa —dijo, besándome en la nariz antes de levantarse y contemplarme desde arriba.

Aunque el juguete seguía dentro de mí, Matty había detenido el movimiento, así que yo yacía en un charco de mi propia excitación.

—Saca el juguete —dijo él, con la mirada fija en mi centro.

Hice lo que me pidió, pero fue un poco desganado y lánguido. Estaba demasiado cansada para mucho más.

Me agarró la muñeca, acercándose el juguete de color rosa brillante. Quería avergonzarme de que estuviera inspeccionando la humedad, pero no podía. Estaba demasiado extasiada.

Dicho esto, pasó el dedo por la parte que había estado dentro de mí y luego se lo llevó a la boca para saborearme. —Delicioso —dijo con una sonrisa antes de soltarme la mano y ajustarse la camisa. Sin

una palabra más, volvió al escritorio, cogió la cartera y se dirigió a la puerta.

—Espera, ¿adónde vas? —pregunté, pero, con toda sinceridad, no estaba segura de si se me había oído. Tenía el cerebro embotado y estaba totalmente saciada.

—A casa.

—¿Por qué?

Cerré las piernas y, aunque me sentía hecha polvo por lo que acabábamos de hacer, no pude ocultar la decepción.

—Me dijiste que no se me permitía tocarte, y lo único que me interesa hacer en este momento es demostrarte que sé escuchar y que haré lo que haga falta para que me tomes en serio. Te quiero a ti, Britt. A largo plazo, y estoy dispuesto a hacer lo que sea para demostrarlo.

—Va-vale.

—Ahora voy a planear todo lo que tengo que hacer para conseguirlo. ¿Vas a ser buena y a esperarme?

—Eh, sí.

—Genial. Que duermas bien, Britt.

Y así, sin más, lo vi marcharse. ¿Qué otra cosa podía hacer? Estaba desnuda y todavía húmeda por él, pero no quiso darme nada más. Al menos, no por ahora.

CAPÍTULO 23

Britt

Dos semanas después

Estimado Spillit:

Hay una chica. Seguro que todos los correos que recibe empiezan así, pero esta no es una chica cualquiera. Es todo lo que siempre he deseado, pero quiere tomarse las cosas con calma.

¿Cómo le hago ver que es la ÚNICA para mí?

De parte de

FlamesFlickeringAtTheFireside

Estimado FlamesFlickeringAtTheFireside:

Tiene razón. Siempre hay una chica, pero ¿está seguro de que la conoce lo suficiente como para hacer semejante declaración de amor?

No ponga todos los huevos en la misma cesta si no está seguro.

Spillit

Apenas podía concentrarme mientras escribía mi respuesta para *Spillit*; los papeles que tenía junto al teclado me distraían demasiado.

Solicitud de disolución de matrimonio (Divorcio)

¿Cómo habíamos llegado a esto? Mis ojos recorrieron el formulario hasta llegar a la pequeña nota amarilla de la parte superior.

Britt:

Te quiero en esta vida y en la siguiente.

Te quiero tanto que te estoy haciendo caso. Quieres ir despacio y te ofrezco la opción más lenta posible.

Empezar de nuevo conmigo, o con otra persona.

Obviamente, no quiero que elijas esa opción, pero la tienes por si no logro demostrarte que valgo la pena.

Matty

—Bueno... —dijo Sienna arrastrando las palabras, sentada en mi escritorio. Aparté los papeles a un lado y los tapé con la mano—. Sé que no quieres hablar conmigo, pero ya no soporto este silencio entre nosotras. —Mi amiga estaba impecable con sus gafas y el pelo recogido en un moño coqueto y profesional. Lástima que sus aspavientos arruinaran la imagen que intentaba proyectar—. Eres la única persona que hace que esta oficina sea tolerable y no me has dirigido la palabra en tres semanas, desde que te dejé en tu residencia. Bueno, vale, si te soy sincera, ha sido más bien dos semanas y un día, pero para mí sigue siendo mucho tiempo. Sobre todo cuando se trata de una de mis mejores amigas.

—Va-vale.

—Mira, entiendo que estás pasando por algo. Joder, ahora toda la universidad sabe que estás pasando por algo. ¡Estás casada, por el amor de Dios! Y aunque estoy un poco picada por el hecho de que no me invitaras a la boda, me preocupo por ti. Y tengo que ser sincera, estoy preocupada.

Asentí, sintiendo un torrente de emociones. Las dos últimas semanas me había comportado como un robot, evitando a mi compañera de piso como a la peste y manteniendo la cabeza gacha para centrarme en el trabajo, todo porque Matty me había dejado con un cacao de emociones que todavía estaba intentando comprender.

—Solo quiero recuperar a mi amiga. No soporto hablar solo con jugadores de hockey todos los días. O sea, en serio, no sé cómo lo

haces. ¿No tenías como tres hermanos deportistas profesionales? Por favor, dime que tienen más profundidad que la parte menos profunda de la piscina, porque los atletas con los que hablo no tienen nada importante que aportar a ninguna conversación.

—Ah, vale.

—En serio, no es broma. Creen que los chistes de pedos son graciosos y escupen muchísimo. Y no en plan sexy de «escupe ahí». No. Bolas de saliva gigantes de verdad volando por el vestuario. Tengo que esquivarlas a cada paso. Es que no lo soporto.

—Ajá.

—También quiero pedirte perdón por insistir con Erik. Sabía que tenías problemas con Matty, pero no tenía ni idea de que estabas casada con él. —Soltó un bufido y negó con la cabeza—. O sea, en serio, ¿qué coño? ¿Cuándo pasó eso? No llevas anillo. Nunca mencionaste que estuvieras prometida y de verdad que estás empezando a hacerme sentir que no soy tan importante en tu vida. Sé que técnicamente somos *amigas del trabajo*, pero no intimo con mucha gente, y si a mí me pasara algo tan monumental, te lo habría contado sin pensármelo dos veces.

—Somos mejores amigas.

Hizo un mohín, pensándoselo un segundo. —¿Entonces por qué no me contaste que te habías casado con Matty?

—Porque, sinceramente, pensé que lo había soñado todo y me habían dicho que su ex estaba embarazada, así que supuse que nuestro matrimonio no importaría. —Dejé escapar una risa incrédula —. Si te soy totalmente sincera, como fue en Las Vegas, ni siquiera pensé que fuera una boda de verdad.

—Hala. Menuda confesión en una frase tan corta. ¿Su ex está embarazada? La chica del hurón, ¿no? ¿Va a tener un hijo con él?

—No. No lo creo. Solo lo dijo para que dejara a Matty en paz, y funcionó.

Sienna se quedó con la boca abierta y me dio una palmadita en el hombro antes de llevársela a los labios. —¡No me digas! No lo hizo.

Asentí. —Y eso no es lo peor. Le dijo a Matty que tenía cáncer porque sabía que no se creería la mentira del embarazo.

—¡¿En serio?!

—Sí, fue una jodida locura. No tenía ni idea de que él estaba casado conmigo mientras intentaba convencerlo de que *ellos* debían casarse para ayudar a pagar su seguro médico.

—Pero ¿por qué insistía en eso si no estaba enferma?

Me encogí de hombros. —Porque quería su dinero. Mencionó algo sobre la herencia de la madre de Matty.

—¿Matty es tan rico como para que ella fingiera un embarazo y una enfermedad por eso?

—Al parecer.

Ella negó con la cabeza y abrió mucho los ojos antes de soltar un resoplido de sorpresa. —Vaya. Cuando antes dijiste que no querías hablar de ciertas cosas, supuse que era porque Matty era malo en la cama. No me había dado cuenta de que había toda esta historia escandalosa detrás.

—Ya, bueno, bienvenida a mi vida —dije, resignada.

—Aun así, eso plantea una pregunta. —La miré con interés—. ¿Si no me lo has contado a mí, has hablado con *alguien* de esto?

Negué con la cabeza.

—¿Ni siquiera con tu madre?

—No lo sabe. —Fruncí los labios, casi avergonzada por la afirmación —. No he querido contárselo. —Entonces moví la mano, levantando los papeles en su dirección—. Y puede que no tenga que hacerlo.

—¿Qué es eso? —Sienna ladeó la cabeza, intentando leer los papeles, y se quedó boquiabierta—. ¿Son papeles de divorcio?

Asentí. —Me los ha enviado Matty.

Sienna inspiró bruscamente. —¿Qué? ¿Por qué? ¿No estaba obsesionado contigo?

—Al parecer lo está, y esta es su forma de demostrarlo.

Sienna frunció el ceño. —Me he perdido.

—Solo me está dando la opción por si me lo estoy pensando mejor sobre lo de estar casada con él.

Las cejas de Sienna se alzaron con sorpresa. —¿Y te lo estás pensando?

—Creo que no. Lo quiero, pero se me hace raro que me corteje un hombre que me ha enviado los papeles del divorcio.

—¿Puedo? —Le di los papeles a Sienna, y sus ojos recorrieron el documento con interés—. Ostras. Esto es una locura. Además, ¿por qué me hace tanta gracia que el nombre de Matty sea en realidad Benedict? Suena como a un príncipe de antaño.

Me dio un codazo en el costado, intentando hacerme sonreír, pero no pude. No estaba segura de cómo me sentía con todo aquello. ¿Anestesiada, quizá? Nada me parecía bueno, pero tampoco malo. Simplemente me sentía presente. Como si estuviera allí y ya está.

—¿Por qué me da la sensación de que vas a firmarlos?

—Matty y yo no hemos hablado de ello. Apenas lo he visto desde la noche posterior al Baile de los Jugadores, y cuando me envía mensajes, solo son promesas vagas.

Ella enarcó las cejas con una sonrisa divertida. —¿Promesas *sexis* y vagas?

—No. Solo cosas como que está totalmente comprometido a que esto funcione entre nosotros y que tenía un plan. Uno que todavía no me ha mostrado.

Sienna se estremeció. —Oh, vaya. Me pregunto qué va a hacer. —Su voz sonaba anhelante—. Quizá tenga planeado algún gran gesto romántico.

—No sé qué podría ser más romántico que unos papeles de divorcio.

—Oye. —Me empujó en el costado—. Venga ya. Tienes que verle el lado divertido, si no, nunca saldrás de este bache. Te has casado con tu mejor amigo y ahora tenéis la oportunidad de solucionarlo juntos.

—Supongo. Es que no es así como me imaginaba estar casada. Pensé que al menos estaría saliendo con el chico, y habría estado bien tener una de esas pedidas de mano sentimentales. Con Matty y conmigo, no es así. Nunca podrá serlo. No después de todo.

Dejé de hablar cuando se me cortó la respiración. Decir esas cosas en voz alta me hizo sentir como si por fin me enfrentara a mi realidad. Matty y yo no teníamos el amor a largo plazo. Sí, éramos mejores amigos, pero yo quería sentir mariposas en el estómago. Preguntarme si él sentía lo mismo que yo. Sorprenderme cuando se arrodillara y me pidiera que me casara con él. Tener a mi familia allí para verme caminar hacia el altar, hacia el único hombre sin el que no podía vivir.

Intenté obligarme a asumir la dura realidad de que Matty no era eso, pero mientras miraba los papeles del divorcio, algo me impedía firmarlos. La esperanza. Supongo que era la esperanza de que pudiéramos llegar a convertirnos en eso.

Oír las palabras «Pero eres mi mujer» salir de su boca cuando hablaba con la gente me excitaba y me entristecía al mismo tiempo. ¿Cómo podía tener tanto control sobre mis emociones sin siquiera intentarlo?

—Esta noche hay un partido importante —dijo Sienna, y entonces me di cuenta de que llevaba tanto tiempo perdida en mis pensamientos que había decidido cambiar de tema—. Tu primer trabajo de comentarista a tiempo completo. Todavía no me puedo creer que te dejen presentar todo el partido. Lo echan en Chally Sports, y mi pequeña Brittany va a estar al frente. —Miró al cielo con nostalgia y, durante esos pocos segundos, no pude evitar sentir que mis problemas no eran para tanto.

—Sí, mis hermanos están muy emocionados por mí.

—¿Y tú qué? ¿Estás *tú* emocionada? —preguntó.

—Claro que sí. Es básicamente una audición para formar parte del equipo de comentaristas, y si consigo entrar ahí aunque sea de becaria, sería muy feliz.

—Lo conseguirás.

Siempre confiaba tanto en mí. Después de todo lo que había pasado en el último mes, me sentía rota, pero iba a esforzarme al máximo.
—Espero que sí. Hay mucha gente buscando un puesto en uno de sus equipos. Es cuestión de destacar.

—Y hay muchos equipos que necesitan forofos entregados que los animen. Esto es muy importante para ti. Puedo sentirlo.

—Gracias —musité antes de morderme el labio inferior. Esa era otra cosa en la que no quería pensar demasiado.

—¿Voy a conocer por fin a tu famosa familia? —preguntó, moviendo las cejas con una sonrisita.

Puse los ojos en blanco. Por esto mismo no me gustaba compartir mucha información sobre mis hermanos. Sí, a los comentaristas les gustaba hablar de los hermanos Brennon como si fueran tan populares y atractivos como los Hemsworth, pero seguían siendo mis hermanos, y ver a cualquiera cosificarlos me daba repelús. —Mi madre y mi hermano Sam vienen esta noche. Los otros dos, Max y Bryce, tienen partidos, así que no pueden venir.

—Pero es el primer trabajo de comentarista de televisión de su hermanita, ¿cómo pueden perdérselo?

—Tienen contrato para estar en un sitio determinado a unas horas determinadas. No podrían estar aquí aunque quisieran. La única razón por la que a Sam se le permite estar por aquí es porque se lesionó la muñeca. Además, no es para tanto.

Se quedó con la boca abierta. —¿Que no es para tanto? Eres la primera alumna a la que le dan esta oportunidad, ¿y dices que no es para tanto? Venga ya. Es como si ni siquiera estuvieras emocionada.
—Me zarandeó por los hombros y yo sonreí.

—Estoy emocionada. Solo que estoy nerviosa, supongo.

—¿Por qué? Sabes más que la mayoría de los jugadores, estás perfecta y eso que todavía no te has vestido para la ocasión. Lo vas a bordar.

—Gracias. Supongo que lo que me preocupa es que la primera vez que vea a Matty en casi dos semanas sea para entrevistarlo después del partido.

—¿No lo has visto en dos semanas?

—No. Con todo este lío, le dije que debíamos tomarnos las cosas con calma, y se lo está tomando muy en serio.

Inspiró bruscamente. —Todo irá bien. Estoy segura. ¿Qué es lo peor que podría hacer? Ya estás casada con él, no va a volverte a pedir matrimonio al final después de meter el gol de la victoria. —No había pensado en eso. Eso no solo arruinaría mi credibilidad, sino que tendría que darle muchísimas explicaciones a mi madre y a Sam. Demasiadas cosas que ni siquiera yo misma tenía claras todavía.

—No te agobies —dijo, agarrándome el hombro para apretármelo—. Estoy segura de que todo irá bien.

—Claro, para ti es fácil decirlo —mascullé antes de volverme hacia el ordenador y hacer todo lo posible por no pensar en esta noche.

Todo iría bien, incluso si tenía que entrevistar a mi marido. Él sabría que estábamos en un entorno profesional y no me avergonzaría. ¿Por qué, entonces, sentía que esta noche iba a pasar algo que no podría controlar?

CAPÍTULO 24

Matty

—La casa es preciosa —dije, firmando los papeles sobre la encimera de la cocina. Estaba extrañamente tranquilo para ser alguien que acababa de comprar su primera casa. Quizá era porque no había nadie aquí para celebrarlo conmigo.

Cerré el bolígrafo con un clic y se lo devolví junto con los papeles a mi agente inmobiliario, que a su vez los guardó en su maletín.

—¿Tengo que hacer algo más?

—Nada en absoluto. La casa ya es toda suya —dijo, ofreciéndome la mano con una sonrisa.

Se la estreché. —Gracias.

—No, señor Mathieson. Gracias a usted. Estoy seguro de que usted y su esposa serán muy felices aquí.

Sonreí mientras me entregaba las llaves, intentando ocultar que el hecho de que se refirieran a Britt como mi mujer me producía una sensación extraña en el estómago. Seguía siendo mía, y esta casa era *nuestra*, aunque ella todavía no lo supiera.

La casa era preciosa, sabía que a Britt le gustaría y estaba deseando que le diera su toque personal.

—Muy bien, pues si no me necesita para nada más, ya tiene mi número por si le surge alguna otra pregunta.

—Gracias —mascullé.

Mis zapatos resonaron mientras caminaba hasta el centro de la habitación y contemplaba las vistas desde los ventanales de suelo a techo.

¿Sería suficiente con esta casa? Apenas estaba empezando a compensarla, y esperaba que esto le demostrara lo comprometido que estaba con ella.

Mi teléfono sonó, y el eco retumbó en el gran salón casi vacío. Cuando vi el nombre que parpadeaba en la pantalla, sonreí. No porque me alegrara de quién era, sino porque estaba deseando acabar con esto de una vez por todas. —Tengo que cogerlo, pero ya hablamos.

—Ya sé dónde está la salida. Gracias de nuevo, señor Mathieson.

Esperé a que la puerta se cerrara para contestar al teléfono porque quería tener esta conversación en privado. Antes de que pudiera llevarme el teléfono a la oreja, Olana ya estaba hablando. Bueno, por ser educado, porque en realidad estaba gritando cosas incoherentes.

—¡No me puedo creer que estés haciendo esto! —Ah, esa fue la primera frase que pude entender.

Sabía perfectamente de qué hablaba, y no debería sonreír ante su desgracia, pero llevaba demasiado tiempo viviendo de mí. Le había dado demasiadas oportunidades a lo largo de los años, y ya era hora de que me convirtiera en un buen marido para Britt.

Echar a Olana de mi vida era el primer paso.

—Yo no me puedo creer haber tardado tanto en hacerlo.

—¿Has cancelado los pagos de mi alquiler? —Parecía confusa, y ojalá esto fuera una videollamada para poder ver su reacción.

—¿Qué te digo? Ya no tengo dinero para pagarlo.

—¡Pero estoy embarazada! —Su gruñido me hizo reír, aunque que estuviera embarazada no era para tomárselo a broma. Tenía que pensar qué iba a hacer, pero, de nuevo, no era mi problema.

—¿Seguro que lo estás? —No contestó—. Si lo estás, creo que deberías ponerte en contacto con el padre de tu hijo y pedirle ayuda. Supongo que es el chico ese del instituto con el que te pillé acostándote, ¿no? Terry. ¿No está a punto de entrar en la NBA? Tendrás más posibilidades de sacarle dinero a él que a mí.

—Estás de broma, ¿verdad? ¿Adónde se supone que voy a ir?

Volví a la que era mi nueva cocina, admirando la encimera de mármol blanco y los armarios a juego. Me pregunté si Britt querría mantenerlo así o si lo cambiaría para añadir un poco de color. Quizá algo de azul a juego con el océano que teníamos detrás.

—Bueno, he hablado con el casero y me ha dicho que todavía te quedan tres meses de alquiler pagados. Así que puedes vivir ahí hasta el final del semestre, y luego quizá tengas que volver a casa de tus padres o de tu hermano. He hablado con ellos. Tienen sitio y estarían encantados de que te mudaras con ellos.

—¿Has hablado con mi familia?

—Solo te he devuelto el favor.

—No me lo puedo creer. Después de todo…

—¿Querías algo, Olana?

—Sí, que me ayudes como prometiste.

—Lo siento. No puedo. Ya he pagado suficiente. Ya no eres mi problema.

La encimera estaba fría cuando pasé la mano por encima, y sonreí. Britt estaría guapísima sentada sobre ella. Quizá podría comérsela mientras le preparaba un filete. Aunque, pensándolo bien, una salpicadura de aceite podría hacerlo un poco peligroso.

—Así que eso es todo. ¿Después de una cena de mierda con tu padre, vas a dejarme tirada? Después de todos los años que he estado a tu lado.

Su tono destilaba pena, pero yo ya era inmune a ella. Esa cena me hizo establecer prioridades. Tener a Britt y perderla por culpa de mi

pasado me había cambiado. Ya no estaba encadenado a las cosas que me habían ocurrido. Estaba listo para seguir adelante y demostrarle mi amor a Britt.—Parece que crees que nuestro pasado dicta nuestro presente y nuestro futuro. No es así. Al menos, ya no. Perdiste cualquier oportunidad de que sintiera compasión por ti cuando mentiste sobre tener cáncer. —Se me hizo un nudo en la garganta. Aquello todavía dolía como un puñetazo en el estómago. Se inventó esa mentira sabiendo que era mi único punto débil. Sabiendo que era la mejor manera de utilizarme. Se merecía mi silencio.

—No era mentira. Tenía una inflamación y no sabía cuál era la causa.

Puse los ojos en blanco y me acerqué a la ventana, mirando el mar picado. Uno de los lugares favoritos de Britt. *Dios, espero que le guste este sitio.* Mi mente estaba empezando a dudar de mi decisión de comprarlo sin consultarle, pero no quería que pensara que estaba dispuesto a hacer grandes promesas y no cumplirlas. Se merecía más que la boda mediocre que tuvo en Las Vegas. Se merecía que la apreciaran. Que todo el mundo supiera cuánto la deseaba.

—Nunca me diste la oportunidad de decirte la verdad —se quejó Olana al otro lado del teléfono.

Ah, ¿todavía estaba hablando? Me había olvidado de ella. Pensar en Britt era mucho mejor que esta conversación.

—Mentiste, Olana. Lo admitiste en la cena con mi padre y mi mujer.

—¿Mujer? —soltó con una tosecilla—. ¿Todavía la llamas así?

—Por supuesto.

—Pues yo de ti tendría cuidado. Te dejó sin dudarlo por un par de cosas que le dije. Imagina que te pilla haciendo algo terrible de verdad. Estarías en la puta calle y ella se iría riéndose al banco.

Respiré hondo, preparándome para zanjar esta conversación. Ya no tenía tiempo para sus gilipolleces.

—Britt me dejó después de que le dijeras que estabas embarazada de un hijo mío. No quería interponerse en que fuéramos una familia.

A eso se le llama ser buena persona y hacerse a un lado. Mentiste y manipulaste durante toda nuestra relación, y estoy harto de todo, y lo que es más importante, he acabado contigo.

—¿Q-qué significa eso?

—Significa que se acabó lo nuestro, en todos los sentidos. Ya no voy a financiarte nada. En cuanto colguemos, voy a bloquear tu número. Se acabó, así que si tienes algo importante que decir, dilo ahora.

El único ruido era la estática de la línea.

—Ah, y aléjate de mi padre.

—Con mucho gusto. De todas formas, no era más que un borracho beligerante.

Respiré hondo, conteniéndome para no atacarla por ese comentario. Sí, mi padre había hecho cosas malas, pero después de su confesión en la cena, me di cuenta de que tenía que hacer más para ayudarlo. Ambos estábamos perdidos en los recuerdos de lo que tuvimos porque era más fácil que afrontar nuestra realidad. Ahora era el momento de ayudarlo a recuperarse de todo aquello, de la misma manera que Britt me había ayudado a mí.

—Matty, tengo algo que decirte. Estoy...

—Adiós, Olana. Búscate a otro tío al que timar.

—No hemos ter...

—Vaya —dije mientras colgaba el teléfono y me quedaba mirando la pantalla—. Supongo que tenía mala cobertura.

Entonces bloqueé su número, algo que ya había hecho en los teléfonos de mi padre y de Britt, aunque ninguno de los dos lo sabía. Ya estaba. Estaba fuera de nuestras vidas. Ya no tenía que sentir la carga de cuidar de ella. No era mi problema.

Las olas se habían calmado y, mientras miraba a los niños que jugaban en la arena, la imagen del futuro que deseaba apareció ante mí. Un futuro en el que Britt y yo jugaríamos con nuestros hijos en

esta playa. Les contaríamos cómo nos conocimos y asaríamos nubes de azúcar igual que el día que nos enamoramos.

Lo deseaba tanto que casi podía saborear aquella golosina dulce y pegajosa.

Cuando sonó la alarma de mi teléfono, entré en acción.

Era la hora de la verdad.

Tenía que estar en ese campo listo para jugarme la vida. Era un partido normal contra uno de nuestros rivales, pero para mí era el más importante porque era el partido en el que por fin recuperaría a Britt para siempre.



—¿Te mudas? —preguntó Tanner mientras caminábamos por el túnel hacia el campo. Llevaba el casco a medio poner y el pelo le sobresalía por los extremos, pero no parecía dolido por la noticia, sino más bien intrigado.

—Sí —dije con calma—. Lo siento. Quería hablarlo contigo en persona, pero supongo que te lo dijo Thea después de que me pillara mirando anuncios de pisos el otro día.

—No ha sido Thea. Ha sido Jackson.

—Mierda. ¿Lo sabéis los dos? —Asintió—. Lo siento. Es que... ya sabes la situación de mi familia. No puedo volver a casa después de la universidad y quería poner mi vida en orden antes de graduarme.

—Tiene sentido. Al fin y al cabo, ahora eres un hombre casado. —Me guiñó un ojo—. ¿No dice el refrán que esposa feliz, vida feliz?

—Eso espero. —Mi sonrisa se desvaneció porque echaba de menos a mi mujer. Dos semanas sin oír su voz habían sido una tortura. Sin embargo, necesitábamos tiempo. Yo tenía que trazar un plan para intentar recuperarla y ella necesitaba tiempo para decidir si me quería.

—¿Demasiado pronto? Lo siento, es que nunca pensé que serías el primero de nosotros en casarse.

—No lo fui. Devin me ganó por unas ocho horas.

—Devin no cuenta, nunca he vivido con él.

—¿Quién pensabas que se casaría primero, entonces? ¿Adam?

Tanner frunció el ceño, pensativo, y entonces caí en la cuenta.

—Oh, joder. ¿Te referías a ti?

Mantuvo los labios sellados, pero el brillo de sus ojos me delató.

—Vaya, T. Sabía que te gustaba Aster, pero no me había dado cuenta de que ibas tan en serio. Todavía estás en la universidad.

—Podría decir lo mismo de ti —bromeó—. No pienso pedirle que se case conmigo este año, pero voy a probar suerte en el *draft* esta primavera. Una vez que esté asentado en un equipo, no quiero perder el tiempo.

—¿Tanto te gusta Aster?—La *amo* —enfatizó—. No quiero que piense que quiero a otra.

Miré a mi amigo con asombro mientras otros jugadores pasaban a nuestro lado por el túnel, antes de darle una palmada en el hombro, notando la dura protección bajo su camiseta. —Me alegro por ti, tío.

Él se rio entre dientes antes de bajar la mirada al suelo. —Sí, bueno, ella todavía no sabe nada. Me imaginé que pensaría que estaba loco si se lo mencionaba.

—¿Está ahí fuera esta noche?

Miró hacia las gradas. —Siempre. Odia este deporte, pero le encanta verme jugar.

—Bueno, me alegro por ti. Te lo mereces. Aster sería una chica muy afortunada si consiguiera a un tío tan bueno como tú.

Él sonrió, con las mejillas teñidas de rojo. —Podría decir lo mismo de Britt y de ti.

—Ya veremos. —No quería gafarlo—. Y que lo sepas, puede que me mude, pero eso no significa que os vaya a dejar tirados con el

alquiler. Me comprometí a dos semestres más, y voy a ingresarle esa cantidad al casero esta semana.

—Matty, no tienes por qué hacer eso. Podemos encontrar a otra persona.

—Voy a hacerlo. En todo caso, Thea puede quedarse con la habitación si quiere.

Tanner negó con la cabeza, riendo. —Ojalá. Por desgracia, no va a vivir con nosotros mucho más tiempo. Entró en esa estúpida hermandad.

—¿En serio?

—Sí. Me lo ocultó, así que fue toda una sorpresa cuando estaba haciendo las maletas el otro día.

—Thea ya es mayorcita, seguro que sabe cuidarse sola.

—Sí, Thea no es ninguna flor delicada. Eso lo sé de sobra. Es solo que pasaron algunas cosas en el instituto que todavía me preocupan un poco por lo rápido que se puede resquebrajar esa coraza.

—¿Qué tipo de cosas?

Tanner miró a su alrededor antes de encontrarse con mis ojos. Estaba a punto de hablar cuando otra persona lo llamó desde atrás.

—Me matará si te lo cuento, pero necesito hablarlo con alguien.

—Tanner.

Su voz. El elixir para mi alma. La única voz que echaría de menos si no volviera a oírla jamás. Gracias a Dios que llevaba un suspensorio, si no, se me habría puesto dura delante de treinta mil personas.

Tanner retrocedió, señalando por encima del hombro con el pulgar. —Eh, tengo que irme. He quedado para una entrevista antes del partido con tu mujer. —Me lanzó una mirada de cansancio al pasar a mi lado.

Miré y vi a Britt de pie junto a un cámara, llevándose el micro a los labios. Esos labios perfectos y carnosos.

Mi mirada se deslizó hacia su atuendo y, cuando vi lo que llevaba puesto, me acerqué a ella. Ni de coña iba a dejarla con mis compañeros de equipo vestida así.

No la acosaría. Me limitaría a quedarme a un lado y observar la entrevista de Tanner. Si mi brazo rozaba el suyo por accidente, pues que así fuera.

Para cuando había cruzado el césped artificial hasta la cámara y las luces brillantes, Britt sostenía un micrófono hacia Tanner, que estaba respondiendo a una pregunta.

—Bueno, nuestro objetivo es llegar al estatal, y este partido nos acerca un paso más a eso. —Su voz se llenó de vacilación hacia el final mientras me veía rozar mi brazo con el de Britt. Ella estaba demasiado concentrada para darse cuenta.

Volvió a acercarse el micrófono. —¿Y qué me dices de jugar contra un gran rival como el St. Michael's? Hay mucha presión y se espera que rindáis al máximo.

Tanner nos miró a los dos, pero Britt siguió sin perder la compostura ni mirarme.

—Sí, hay mucha presión, pero seamos sinceros, si ganamos, yo me llevo todo el mérito. Este tío de aquí… —Tanner dio un paso adelante, me pasó el brazo por el cuello y me arrastró hasta ponerme delante de la cámara—. Este tío es el que se lleva más estrés sin nada de la gloria. Ben «Matty» Mathieson es el mejor *kicker* que ha tenido este instituto, y estoy seguro de que volverá a demostrar su excelencia esta noche.

Cuando me revolvió el pelo con los nudillos, me reí, quitándomelo de encima, y miré a Britt. Su sonrisa se curvó muy levemente, pero si no la estuvieras observando tan obsesivamente como yo, probablemente no te darías cuenta.

—Eso espero —dijo ella, y me hizo preguntarme a qué se refería. A mi partido o al que estábamos jugando ella y yo—. Gracias por hablar con nosotros esta noche, Tanner. Buena suerte ahí fuera.

Sin hacerme más caso, se volvió hacia la cámara, dejándome tiempo de sobra para quedarme mirándole el culo en esos vaqueros. De melocotón y perfecto, pero no esperaba menos.

Cuando el cámara bajó el objetivo para tomar un descanso, Britt se ajustó la camiseta de los Covey Wildcats. La que ponía el puto «Brennon» en la espalda y, aunque esperaba que se diera la vuelta y me hablara, no lo hizo. Se limitó a cruzar el césped artificial, sujetando el micrófono mientras sus caderas se contoneaban.

Me reí mientras la veía marcharse.

Qué provocadora.

¿Creía que podía librarse de mí tan fácilmente?

—¿Adónde vas, esposita? —Se detuvo de inmediato, se dio la vuelta sobre sus talones y acortó la distancia entre nosotros en un instante. Me incliné, pensando que venía a darme un beso. Mis cejas se alzaron con sorpresa cuando sentí su palma en lugar de sus labios.

Miró a la multitud. —¡Matty! Mi madre y mi hermano están aquí. Podrían oírte.

Sonreí contra su palma y le lamí la piel. Ella soltó un gritito y retrocedió, limpiándose la mano en la camiseta.

—¿Ah, sí? Quizá ya va siendo hora de que les presentemos a tu marido —dije, aunque mucho más bajo, ya que era más para tomarle el pelo que para delatarla.

—¿Marido? —La confusión tiñó su voz, todavía algo reacia a usar la palabra. Lo entendía. Si verla correrse con su vibrador y luego enviarle los papeles del divorcio no eran señales contradictorias, entonces no sabía qué lo era.

—Sí. Puede que tu camiseta no refleje la verdad, pero tú y yo la sabemos.

—Matty —dijo arrastrando las palabras.

—Esposita —la imité.

Sus labios se arquearon y me empujó un poco. —No puedes decir eso. No estamos…

—¿Casados? —Alcé las cejas e intenté reprimir una sonrisa, pero no pude evitarlo. Estaba tan mona cuando se ponía nerviosa—. La última vez que lo comprobé, los papeles del divorcio no se habían presentado, así que todavía tengo tiempo para demostrarte por qué deberíamos estar juntos.

Di un paso hacia ella y, como no se apartó, adelanté la mano y le rocé la cadera. De nuevo, no retrocedió.

Con la barbilla levantada, me observaba con esos ojazos azules suyos, y yo repasé su cara con la mirada. Sus labios, sus pestañas, ese lunar. Era todo lo que quería. Ahora y siempre.

—¡Mathieson! —gritó mi entrenador, pero yo estaba demasiado ocupado mirando a Britt a los ojos como para que me importara lo que tuviera que decir. Sus pestañas revolotearon mientras me miraba fijamente, y mi cabeza se estaba inclinando antes de que tuviera tiempo de pensármelo.

—¡Mathieson!

Estaba a un centímetro de sus labios cuando ella inspiró bruscamente y puso las manos en mi pecho. —Creo que te necesitan —susurró, inclinando la cabeza en dirección a mi entrenador. Como si me importara una mierda lo que quisiera—. Por favor —susurró. Di un paso atrás, observándola.

Ve despacio. No hay prisa por besarla delante de la multitud. Teníamos toda la vida para eso.

—Estás preciosa esta noche, Brittany. Estoy muy orgulloso de que hayas bordado tu primera entrevista y estoy deseando ver tu análisis durante el descanso. —Los cumplidos me salieron solos, igual que en Las Vegas, solo que esta vez intentaba convencerla de que siguiera siendo mi mujer.

—Gracias. —Bajó la mirada al suelo y se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Eres…

—Mathieson.

No tenía mucho tiempo, así que estaba saboreando cada momento.

—Todo. Te quiero, Britt.

—Matty, para. —Levantó la mano antes de que pudiera seguir colmándola de cumplidos.

—¿Por qué? Aún no has firmado los papeles, lo que significa que todavía tengo tiempo para demostrarte mi valía, y eso es todo lo que pretendo hacer el resto de mi vida.

Frunció el ceño y una sonrisa juguetona adornó sus labios. —Ni siquiera he tenido tiempo de mirarlos. Están pasando muchas cosas.

Me estaba tomando el pelo. —¿Interesante? ¿No tienes tiempo para mirar tu escritorio, pero sí has tenido tiempo para responder a las publicaciones del blog *Spillit*?

—¿Qué… Cómo lo sabes? Se supone que eso es anónimo.

—He hackeado los sistemas del instituto y del gobierno. ¿De verdad crees que no he investigado todo lo que hay que saber sobre ti?

Se detuvo un segundo, pero su labio se curvó. —Ten cuidado, Matty. Estás empezando a sonar como un acosador.

—¿Cuenta como acoso si es tu propia mujer?

Me dio una palmada en el pecho, pero no se marchó. No podía. Sabía de sobra que lo nuestro era inevitable, solo me estaba haciendo esperar hasta que se lo demostrara. Bien por ella. Merecía que la adoraran y yo tenía mucho que demostrar. —¿Entonces, qué más has descubierto sobre mí?

—La respuesta corta sería qué es lo que no he descubierto sobre ti. El número de pie se me resiste. Pero lo averiguaré pronto.

—¿Ah, sí?

—Sí, la próxima vez que estés en mi casa y pueda quitarte esa maldita camiseta.

Alargué la mano con la intención de cogerle la suya, pero ella retrocedió, y no pude negar que aquello hirió mi ego, aunque no lo demostré.

—Matty.

—Britt.

—Lo siento. No puedo hacer esto.

—¿Hacer qué?

—¡Esto! —Hizo un gesto señalándonos a los dos—. No puedo volver a ser simpática y bromear contigo.

—¿Por qué no? ¿Dijiste que querías eso?

—Sí que quiero, pero estoy esperando a que tú… —Sus ojos recorrieron el campo. Yo sabía lo que quería. También sabía que no sería capaz de expresarlo. Britt era el tipo de chica que necesitaba que la cortejaran. Merecía más que la proposición chapucera frente a la torre Eiffel y la boda en Las Vegas que tuvo. Merecía un hombre que quisiera arrodillarse y darle placer cada noche.

Yo sería ese hombre; solo que aún no lo había demostrado.

—Sé lo que estás esperando —dije mientras me acercaba a ella. Se cruzó de brazos, pero no retrocedió. Bien—. Mírame con atención esta noche, porque todo lo que haga será por ti. Eres la única persona del público a la que me importa impresionar.

Tómatelo con calma.

No hice caso a la advertencia que me lanzó el cerebro y la atraje hacia mí para darle un beso corto y exigente.

—¡Mathieson! ¡Mueve el culo aquí ahora mismo! —gritó el entrenador, obligándome a apartarme de ella. Tenía los ojos como platos y respiraba lentamente.

—Te perdonaré que lleves la camiseta equivocada esta noche, pero empiezo a pensar que no te gusta *nuestro* apellido. —Abrió los ojos de par en par—. ¿Ya te lo has cambiado? Después de todo, le prometiste a mi padre que lo harías.

—Mathieson, como no estés aquí en dos segundos, te saco de la convocatoria. —El entrenador no estaba de broma, y si quería que lo de esta noche funcionara, tenía que estar en el campo.

—Tengo que irme, pero te veo luego, esposita.

La dejé con un guiño y corrí hacia el resto de mi equipo.

El entrenador me dio un tortazo en la nuca. —¿Qué coño te crees que haces? Besuqueando a chicas en el campo. Tienes que centrarte en chutar balones, hijo.

—Sí, señor —dije, poniéndome el casco. No me importaba que estuviera enfadado. Esta noche solo me importaba una cosa: marcar un puto gol.



—Puedes hacerlo. —Jackson chocó su casco con el mío. Asentí. El último chut del partido. Los veintisiete metros más importantes de mi vida.

Con el protector bucal puesto, le eché un último vistazo a Britt antes de salir corriendo al campo con el resto del equipo de especialistas. Me observaba atentamente, podía sentirlo. Bien. Era lo que quería.

Con el público animando, el ambiente en el estadio era eléctrico.

El chut final.

Quedaban diez segundos.

El partido se había reducido a esto.

Un chut desde la yarda veinte. Uno de los chuts más fáciles que podía hacer, y que había hecho innumerables veces. Mi único problema esta noche era que estaba más distraído que nunca.

Britt me miraba desde el banquillo, con el micrófono entre las rodillas. Nada podía disimular el temblor de su pierna. Estaba nerviosa por mí y sus expectativas se sentían como un gran peso. Uno que estaba dispuesto a soportar. Respiré hondo, estiré el cuello

y comprobé la esponjosidad del césped mientras el resto del equipo preparaba mi tiro.

Cuando nuestras miradas se cruzaron por un breve segundo, la señalé a ella y luego a los palos. Si no captaba la referencia de que este chut era para ella, entonces no teníamos ninguna esperanza. El equipo formó la línea y dejé a un lado todos mis sentimientos. En ese momento no importaban. Lo que importaba era la mecánica del chut. Ejecutar bien mi sistema era la única manera de ganar este partido y a mi chica.

Saque. Sujeción.

Una brisa me refrescó los brazos, pero no era lo bastante fuerte como para afectar a mi chut, así que me sequé las palmas de las manos en los pantalones y bajé la vista al césped.

Una respiración.

Dos respiraciones.

El silbato sonó, y dejé que el ritmo me invadiera, chutando el balón con facilidad. El segundo de silencio mientras el balón volaba por el aire siempre era mi momento favorito del partido. Sabía que el chut era bueno, pero el público no empezó a vitorear hasta que pasó entre los palos.

Entonces todo sucedió a cámara lenta.

Habíamos ganado el partido. La banda empezó a tocar el himno del equipo y el resto de los jugadores vació los banquillos, corriendo hacia mí. Me vi tan envuelto en el ajetreo de la celebración que no pude encontrar a Britt.

¿Lo habrá visto? ¿Sabrá que todo ha sido por ella?

El momento pasó como un borrón, y para cuando salí del tumulto, el entrenador me estaba esperando. —Buen trabajo, Mathieson —dijo entre dientes con los labios apretados. Normalmente, me habría tendido la mano, listo para darme un abrazo. Hoy no. La había cagado demasiadas veces en los últimos partidos como para

merecerlo. Tenía que volver a ganarme su confianza—. Me alegro de que hoy hayas podido concentrarte.

Señaló a los cámaras. —Te toca que te entrevisten, pero por lo que más quieras, no beses a tu chica en pantalla.

¿Mi chica? La tensión se disipó de mi cuerpo al pensar en Britt, y asentí, agradecido de llevar todavía el casco puesto y de que no pudiera ver mi sonrisa tonta. —Sin problema, entrenador.

Con una fuerte palmada en la espalda, centré mi atención en el banquillo, el último lugar donde la había visto. Seguía allí, hablando con Tanner ante la cámara, con esa sonrisa perfectamente ensayada.

Me acerqué paseando, tomándome mi tiempo para admirar a Britt. Mi mujer. Mi futuro. Había sido la chica de las gradas que me animaba, y siempre había sentido ese apoyo como amiga, pero ahora era más que eso. Era mi pilar. La única persona con la que quería celebrarlo todo o volver a casa tras una dura derrota. Quería hacerla sonreír. Quería conocer todos y cada uno de sus malditos secretos. Era todo lo que siempre había deseado, pero faltaba una cosa. No llevaba ningún anillo en el dedo que la reclamara como mía. Joder, ni siquiera se había puesto nunca mi camiseta…, *nuestra* camiseta. Ambas cosas quería rectificar en cuanto confirmara que estábamos en la misma onda.

Para cuando llegué a su lado, Tanner se había ido y ella estaba hablando con alguien por el pinganillo, demasiado absorta en la conversación como para percatarse de mi presencia. Como no me gusta que me ignoren, me quité el casco y pasé rozándola.

La mirada de Britt se desvió hacia mí, con una sonrisa firme. —Ah. También tenemos aquí con nosotros al kicker ganador. Ben, enhorabuena. —¿Ben? Qué formal por su parte, y aunque odiaba mi nombre, me encantaba cómo sonaba en sus labios.

—Últimos segundos del partido y todo dependía de ti. ¿Cómo te mentalizas para momentos así?

Cuando me acercó el micrófono, bajé la vista hacia él y luego la miré a ella. Aún con su cara de profesional, se me ocurrió que podría picarla un poco. —Ver jugar a los chicos y cómo lo dan todo en el campo me carga las pilas, pero cuando se trata de los segundos previos a un chute, siempre descubro que centrarme en la razón por la que estás ahí, y lo más importante, en *para quién* juegas, es el mayor motivador. Si no estuviera pensando en ella, probablemente me caería de bruces y fallaría.

No había emoción en su rostro. Seguía con la misma sonrisa forzada mientras la cámara la enfocaba.

¿Lo había pillado o no había sido lo bastante obvio?

—¿Y qué me dices de tu pequeña tradición con Jackson James en la banda? ¿Chocar los cascos os da suerte? —Buen cambio de tema, ya veo.

—¿Te has fijado, eh? —Enarqué las cejas, sonriendo. Que lo llamara tradición significaba que se había fijado en ello durante varios partidos. Quizá me observaba tanto como yo a ella—. Bueno, si te has fijado en eso, entonces sabrás que mi rendimiento ha sido pésimo en los últimos partidos. Lo que ha cambiado mi actuación de esta noche ha sido la chica de la banda que me estaba mirando.

La observé, intentando ocultar mi sonrisa burlona mientras se movía sutilmente sobre el césped, retorciéndose porque estaba siendo muy descarado. Sin embargo, mantenía mis labios a raya, para que el entrenador estuviera contento. Por muy tentado que estuviera de llamarla «mi mujer» ante las cámaras, no lo hice. Su familia estaba aquí y quería causar una buena impresión.

—¿Qué se siente cuando sabes que el partido depende de ti?

Me acercó el micrófono, ignorando por completo mi declaración otra vez. Contuve la risa.

—Me encanta y lo odio. Mentiría si dijera que no me pone nervioso. Es fácil que los asuntos personales se te metan en la cabeza y te fastidien la concentración, pero cuando tienes un equipo, una universidad y una familia de los que sentirte orgulloso, das la talla.

Tragué saliva, mirándola mientras pronunciaba esas palabras. ¿Reconocería por fin que todas estas declaraciones y la victoria eran para ella? ¿Que haría lo que hiciera falta por tenerla?

—Enhorabuena de nuevo, Ben. Gracias por dedicarme tu tiempo.

—Cuando quieras.

La cámara dejó de grabar, pero yo no dejé de mirarla. ¿Cómo iba a hacerlo si era lo mejor que había visto nunca?

Por fin, era nuestro momento de hablar. Podía contarle todo lo que tenía planeado para ella y darle el anillo que siempre debió estar en su dedo.

—¿Britt?

Me prestó atención. Una amplia sonrisa se dibujó en su rostro. Este era el momento.

—Yo…

—Lo has hecho genial, cariño. —Una mujer atrajo a Britt en un abrazo, interrumpiendo por completo el hilo de mis pensamientos. *Oh, mierda.* El pelo, los ojos, la sonrisa. Era innegable que se trataba de la madre de Britt—. Estoy muy orgullosa de ti. Si esas cadenas de televisión no se pelean por ti, entonces son idiotas.

Me quedé inmóvil. Algo ardía en mi pecho al ver su interacción. ¿Era anhelo? ¿O era felicidad porque Britt tuviera un sistema de apoyo con el que yo solo había soñado? La madre de Britt se apartó de ella y le dedicó una sonrisa reconfortante. Tan reconfortante que los latidos de mi corazón se ralentizaron.

—Gracias, mamá.

Mi sonrisa se desvaneció. Sabía perfectamente por qué me sentía así. Echaba de menos a mi propia madre y, aunque estaba empezando a recomponer las piezas de mi vida, nunca volvería a ser lo mismo. No sin ella.

Di un paso atrás, queriendo darles un poco de intimidad, pero antes de que pudiera hacerlo, la madre de Britt se giró hacia mí con una

sonrisa radiante.

—Y tú debes de ser Matty, ¿verdad? ¿O prefieres Ben? —Se acercó a mí con los brazos abiertos, esperando un abrazo. Le lancé una mirada a Britt, esperando que me diera alguna pista sobre lo que quería que hiciera.

Como no lo hizo, simplemente me dejé caer en los brazos abiertos de su madre y la abracé. Por suerte, el sudor se me había secado, pero fue un abrazo torpe y raro, teniendo en cuenta el uniforme. Miré a Britt por encima del hombro de su madre, sintiéndome algo indeciso sobre cómo presentarme. No era así como esperaba conocer a mi suegra. Quería caerle bien, aunque no supiera que estaba casado con su hija.

—Prefiero Matty —dije cuando se apartó y me examinó.

—¡Oh, perdona! ¿Ha sido demasiado el abrazo? —Apenas noté cuando me apretó los brazos debido a todas las protecciones—. No puedo evitarlo. Siento como si ya te conociera.

—¿Ah, sí?

Lanzándole una sonrisa pícara a su hija antes de mirarme de nuevo, dijo: —Britt no ha parado de hablar de ti desde el primer año, y ya veo por qué. —Enarcó las cejas mientras me examinaba.

—¡Mamá! —siseó Britt, dándole un codazo a su madre.

—¿Qué? Me refería a sus nervios de acero. Actuar así bajo presión no es fácil.

—Gracias.

Las mejillas de Britt se sonrojaron y, en cuanto sus ojos se encontraron con los míos, apartó la mirada.

—Enhorabuena por la victoria de esta noche. ¿Ha venido algún familiar tuyo a celebrarlo?

Sí. Su hija, y la única persona con la que quiero celebrarlo.

—No, señora. Por desgracia, ninguno ha podido venir.

Me dio una palmada en el hombro. —Por favor, no me llames señora. Es casi un insulto. Soy Vivianne, y ese hombre alto y excesivamente musculoso de allí es…

—Sam Brennon. Yo…, lo conozco. —Cuando señaló al tipo que estaba entre el público, supe exactamente quién era. Ni siquiera con la camiseta de los Covey Wildcats podía ocultar su metro noventa y cinco de altura ni la evidente escayola del brazo.

—Ah, ¿lo conoció usted cuando vino a visitar a Britt a principios de semestre?

—No. Yo… es que veo mucho béisbol. —Miré a Britt y le dediqué una sonrisa cómplice. Ella era la única razón por la que había empezado a ver ese deporte. Quería una excusa para pasar tiempo con ella, y el béisbol siempre funcionaba, ya que hay un número indecente de partidos en una temporada. Con dos hermanos en la MLB, siempre estaban televisando a uno de ellos, lo que significaba que yo siempre tenía una excusa para estar cerca.

—Bueno, seguro que a Sam le encantará hablar de ello con usted. —Me dio un codazo y él se acercó a mí. Si no fuera ya mi cuñado —aunque él no lo supiera—, podría tenerle miedo. A estas alturas sabía tantas cosas sobre él que me parecía que sería capaz de ganármelo en cuanto se diera cuenta de lo enamorado que estaba de su hermana.

—¿Por qué no vienes a cenar con nosotros?

—Mamá… —Britt nos miró a su madre y a mí con los labios apretados—. Matty no quiere hacer eso.

—¿Por qué no? Has dicho que tu familia no está aquí, así que ¿vas a celebrar tu victoria con alguien?

—Pues ¿no? —Enarqué las cejas hacia Britt, que me observaba fascinada.

—Bueno, no puedes meter un golazo para ganar el partido y no celebrarlo con tarta. Ya lo celebraremos nosotros. No te preocupes. No es nada elegante. Es solo un pequeño bar de deportes al que nos

encanta ir cuando visitamos a Britt. Puede que incluso pillemos un trozo del partido de Max.

Britt seguía mirándome, pero no pude descifrar la expresión de su cara. Volviéndome hacia ella, le pregunté: —¿Te parece bien que vaya a cenar con vosotros?

—A juzgar por el beso de antes, diría que a ella le parece bien que vengas —dijo Sam mientras se acercaba. Con cara de póker, me miró como si quisiera aplastarme bajo la presión de miles de pelotas de béisbol. Vaya, no era la primera impresión que quería dar—. Yo, sin embargo, tengo preguntas.

—Sam. —Britt le dio un codazo a su hermano, pero no sirvió de nada para moverlo. El tipo estaba hecho un armario—. Cállate. —Agachó la cabeza para mirar al suelo y que no pudiera verle la cara. ¿Por qué me parecía tan jodidamente mona su vergüenza?

Le tendí la mano a Sam. —Encantado de conocerle, señor Brennon.

Se tomó su tiempo para aceptarla, pero cuando lo hizo, noté un poco de presión en mi mano. —He oído hablar mucho de usted.

—Todo bueno, espero.

—Discutible. —Su mano seguía apretando la mía. Ya no era un apretón amistoso, sino más bien una advertencia intencionada. *Como le hagas daño a mi hermana, te las verás conmigo*.

—¡Oh, Dios mío, Sam, para!

Me soltó la mano al instante. —¿Qué? Solo digo la verdad. *He* oído hablar mucho de él. —Se giró de nuevo hacia mí—. Cuando volvió de su primer semestre en Covey U, no paraba de hablar de ti. Todo era «Matty esto» o «Matty lo otro». —Giró el cuello hasta mirar de nuevo a su hermana—. Te juro que, por la forma en que hablaba de ti, parecía que habías inventado el fútbol americano.

—Sam. Por favor. Me estás avergonzando.

Una pequeña sonrisa se dibujó en su rostro. —Lo siento, pero creo que tu novio necesita saber lo obsesionada que estás con él.

—No es mi… —Hizo una pausa y me miró, dudando si terminar la frase.

Por suerte para ella, Sam no le dio tiempo. Atrajo a Britt hacia él en un abrazo lateral y le besó la coronilla. —Bien hecho, hermanita. Estoy orgulloso de ti. Haces que parezca fácil.

Ella se acurrucó a su lado, devolviéndole el abrazo. El puro amor que se tenían era evidente, y me alegré de que Britt tuviera gente tan atenta a su alrededor. —Gracias.

—Cuando seas famosa y me entrevistes en el campo, ¿te importaría poner mi número en la pantalla? Me vendría bien una ayudita en el tema de las citas.

Se echó hacia atrás lo suficiente para revolverle el pelo, lo que provocó un gritito de Britt.

—¡Para! —exclamó ella, alisándose los mechones rubios—. Como si necesitaras ayuda. La semana pasada leí que llevaste a cenar a la cantante esa, Bailey Hill. ¿Es verdad?

—Fue todo por publicidad. —Sam esbozó una sonrisa y guiñó un ojo antes de mirar a las gradas; su mirada se posó en la cabina de prensa donde estaban Sienna y un par de otros estudiantes de periodismo—. Sigo buscando a la persona ideal, y quién sabe, podría estar aquí.

La mirada de ella siguió a la de él, e inmediatamente lo apartó de un empujón, provocando un gruñido audible de Sam. —Puaj. Ni se te ocurra acercarte a mi amiga. Si quieres novia, vete a *Un soltero de béisbol*. Encajarás perfectamente con sus frases de ligoteo baratas.

Se rascó la barbilla e hizo un mohín. —¿Sabes qué? Es la mejor idea que ha salido de tu boca. Quizá debería hacerlo. Podría repartir amor por ahí antes de sentar la cabeza.

—Eres asqueroso.

—Bueno, vosotros dos —dijo la madre, interponiéndose entre ellos —. Vamos a por algo de comer antes de que tengamos que seguir escuchando más disputas.

El rostro de Britt se suavizó cuando sus ojos se posaron en mí y, cuando sonrió, me moría de ganas por tocarla. Por reclamarla como mía, pero me contuve. No era apropiado. Al menos, no todavía.

—¿Vienes? —me preguntó con ese tono bajo y ronco. Era jodidamente sexi sin siquiera intentarlo.

—¿Quieres que vaya? —Roce su brazo con mi casco, la única forma de conexión que se nos permitía tener en ese momento.

—Claro.

—Entonces sí, iré. —Bajé la mirada a mi uniforme—. Me cambio y os veo allí.

—Vale. —Apretó los labios y levantó la mano como si fuera a tocarme, pero se detuvo.

¿Sería tan malo besarla ahora mismo?

—Ve a cambiarte ya y deja de mirar así a mi hermana. —Sam interrumpió el momento, haciendo que Britt y yo nos riéramos.

Señalé por encima de mi hombro con el pulgar mientras retrocedía. —No tardaré.

Britt asintió y me dirigí de nuevo al vestuario, maldiciéndome por tener solo una camiseta y unos pantalones de chándal en mi bolsa. No era el atuendo que querría llevar a mi primera cena con la familia de Britt, pero quizá alguien en el vestuario tuviera algo más apropiado.

De cualquier manera, no iba a dejar que esta oportunidad con su familia se desperdiciara.

CAPÍTULO 25

Matty

—Y aquí tiene una foto de Britt cuando fue al primer partido de los Catfish de Max. —Vivianne giró el móvil hacia mí, mostrándome a una Britt de rostro fresco cuya sonrisa iluminaba la habitación, ya por aquel entonces. Era tan guapa como ahora y me pregunté si, de haber ido al mismo instituto, se habría fijado en mí. No me cabía duda de que estaría tan obsesionado con ella como lo estoy ahora.

—Mamá, ¿podemos dejar de enseñarle fotos a Matty, por favor? Seguro que se está aburriendo —pidió Britt educadamente, aunque su tono denotaba cierta tensión.

Demasiado embelesado con las imágenes en la pantalla, levanté la mano mientras su madre seguía pasando fotos de Britt en el partido de béisbol. —No se preocupe, Britt. No estoy aburrido.

Su cuerpo se desinfló a mi lado, pero ni siquiera el roce de nuestros muslos pudo desviar mi atención de la dulce chica de la pantalla.

Una foto de Britt de espaldas, mirando hacia el campo de béisbol, me llamó la atención. —Espere, pare ahí —dije, sonriendo al fijarme en el atuendo de Britt—. ¿Puede ampliar la imagen? No parece que ponga Brennon en la espalda de su camiseta.

—Porque no lo pone. Llevaba una camiseta de Sorenson. —Dirigí mi atención a la belleza rubia que tenía al lado, ocultando mi sonrisa burlona al recordar nuestra primera conversación. ¿No se suponía que no era fan de Sorenson?

—¿Llevó una camiseta de Sorenson al primer partido de su hermano?

Se aclaró la garganta. —Esa no era la intención. Es una de las antiguas camisetas de aficionado de Max. Se suponía que iba a traernos un par con su nombre en la espalda antes de que empezara el partido, pero no lo hizo, así que me quedé completamente vestida para que no me echaran del estadio.

Archivé las imágenes de Britt quitándose dicha camiseta para revelar sus turgentes pechos y dije: —Ajá... Parece que llevar la camiseta equivocada es una costumbre suya, ¿no?

Abrió los labios, sorprendida de que sacara el tema delante de su familia, pero yo no tenía nada que perder. Ya pensaban que estábamos saliendo. Pronto descubrirían lo en serio que iba con ella. Esta cena no hacía más que consolidar mi decisión de no dejarla escapar.

—Oh, esta te gustará, Matty. —Vivianne me mostró otra foto de Britt con un bonito vestido rojo, con la mano apoyada en el pecho de un chico alto y delgado—. Es su baile de fin de curso.

Tragué saliva, mirando con demasiada fijeza al chico que posaba orgulloso a su lado. ¿Por qué sentía el impulso de averiguar quién era y asegurarme de que no volviera a tener nada que ver con Britt?

—¿Quién es? —pregunté. ¿Sonaría tan posesivo como me sentía en ese momento?

—Ah, es Nick. Eran compañeros de equipo en el instituto —respondió Vivianne.

Nick... Nunca había mencionado a ningún Nick, así que supuse que era buena señal, pero eso no me sirvió de mucho consuelo.

—¿Saliste con Nick? —pregunté, haciendo que Sam soltara una risita. Una de sus primeras aportaciones a la conversación de la noche. Se había limitado a evaluarme en silencio, y no podía culparlo. Era protector con Britt y yo merecía un escrutinio exhaustivo.

Sam le quitó el móvil de las manos a su madre y apagó la pantalla. —Vale, mamá. Sé que estás emocionada por conocer al novio de

Britt, pero hasta yo creo que ya ha tenido suficiente tortura por esta noche. No querrás espantarlo, ¿verdad?

—No te estoy asustando, ¿verdad, Matty? —preguntó la madre de Britt.

—En absoluto. —Me reí. Lo que me negué a decir en voz alta era que estaba pasando uno de los mejores momentos de mi vida. Vivianne era cálida, amable y me trataba como si fuera uno de sus hijos, aunque acabara de conocerla. Era casi como tener a mi madre de vuelta para una cena, y sabía que recordaría esto el resto de mi vida—. Nada podría asustarme y alejarme de Britt.

Los ojos de Britt se abrieron como platos y sus mejillas se sonrojaron. Supuse que eso había sido un poco atrevido delante de su hermano y su madre. —¿Saben qué? —dijo Britt, aclarándose la garganta—. Voy un momento al servicio.

—Oh, te acompaño —dijo su madre, siguiéndola. Mientras se alejaban, Vivianne se inclinó hacia Britt, dándole un codazo mientras le susurraba algo. Estaban demasiado lejos para que pudiera oírlo. Britt se rio, mirando por encima del hombro, y yo sonreí como un adolescente embobado, incapaz de evitarlo.

—¿Sabes?, si cambia el viento, se te va a quedar esa cara para siempre, y por mucho que le gustes a Britt ahora, dudo que estuviera dispuesta a mirar esa expresión el resto de su vida. —La grave voz de barítono de Sam me devolvió a la realidad. Su sonrisa se desvaneció en cuanto nuestras miradas se cruzaron. Observándome con una media sonrisa, le dio un trago a su cerveza —. Así está mejor. Y ahora, ¿cuáles son tus intenciones con mi hermana?

Debo admitir que la brusquedad de Sam me dejó un poco desconcertado, pero intenté que no se me notara.

—¿A qué te refieres?

Me señaló con el botellín de cerveza. —No te hagas el tonto conmigo. He oído hablar de ti y eres demasiado listo para eso. Además, no tengo tiempo para gilipolleces. En cuanto mi hermana y

mi madre vuelvan, no me van a dejar ni un segundo para hablar contigo y, como su hermano, es mi deber comprobar que eres digno de su tiempo.

No podía reprochárselo. Si yo tuviera una hermana, haría lo mismo, y me alegraba de que Britt tuviera tanta gente a su alrededor que se preocupara lo suficiente como para preguntar. —La quiero —confesé, y debo admitir que sentó bien decirlo en voz alta y, nada menos, que a un miembro de su familia.

—¿Y ella lo sabe?

—Creo que sí.

Enarcó una ceja antes de negar con la cabeza y darle otro trago a su cerveza. —Increíble.

—¿El qué?

—O lo sabe o no lo sabe. Si no estás seguro, entonces no lo sabe, créeme.

—No. Sí que lo sabe. Estoy seguro. Se lo he dicho suficientes veces.

—Ajá. Entonces, ¿por qué parecía que quería esconderse cuando la besaste delante de todo el mundo?

Negué con la cabeza. —Es complicado.

—Complicado, ¿en el sentido de que hay otras chicas de por medio? Porque si estás pensando que puedes tratar a mi hermana como un rollo, tengo un par de hermanos más a los que les encantaría conocerte.

—No es mi rollo.

—¿Estás seguro? Porque no creo que sepas lo unidos que estamos Britt y yo. Me lo cuenta todo. —Me miró fijamente—. Sé más sobre ti y tu «situación» de lo que crees.

—¿Ah, sí?

—Sí, tú eres el chaval que tenía una novia con el hurón, ¿verdad? —¿Sabía lo de Olana? Joder. ¿Sabía también lo del matrimonio? No,

seguro que no. Si lo supiera, no estaría de una pieza.

Tragué saliva. —Sí, pero eso se acabó, y de eso hace ya mucho tiempo.

Sam evaluó mi respuesta en silencio antes de reclinarse en la silla. —No quiero meterme enmedio de nada, pero sé que a mi hermana le gustas de verdad. No se le da bien ocultar sus emociones. No le rompas el corazón.

—No tengo ninguna intención de hacerlo.

—Bien, porque es importante recordar que parte de mi entrenamiento de pretemporada con mis hermanos consiste en hacer trabajos de jardinería. Todos sabemos usar una pala y se nos da de maravilla guardar secretos. —Lo dijo con una sonrisa, pero había una amenaza evidente tras sus palabras.

—Tomo nota.

La amenaza era real, aunque yo no tuviera nada de lo que preocuparme. No pensaba apartarme del lado de Britt en mucho, mucho tiempo.

—¿De qué estabais hablando? —preguntó Britt mientras volvía a sentarse en el reservado a mi lado, rozando su mano con la mía bajo la mesa. Ella evitó cogerla, pero yo se la cogí de todos modos.

Sam sonrió, le dio un trago a su cerveza y luego me miró a mí y después a su hermana. —De nada. Solo hablábamos de ir juntos al próximo partido de los Catfish. He pensado que podría ser un buen momento para conocer a Max. —Sam me dio un golpe con el pie por debajo de la mesa y yo me enderecé, sonriendo—. Suena bien, ¿a que sí, Matty?

—Sí, estoy deseando que llegue el día —dije. Probablemente no soné muy convincente, pero tanto Britt como su madre me devolvieron una sonrisa de ánimo. Aunque no lo pareciera, daba la sensación de que esa era su forma de darme la bienvenida a la familia. Una de la que esperaba formar parte el resto de mi vida.

CAPÍTULO 26

Britt

—¿Quieres subir? —le pregunté a Matty mientras estábamos de pie frente al edificio de mi residencia. Era la primera vez que estábamos a solas desde que me besó y, después de que mi madre y mi hermano me dejaran aquí, no quería que se fuera bajo ningún concepto.

Matty me dedicó una sonrisa ladeada antes de pasarse una mano por el pelo. Todo eran señales de que estaba nervioso. ¿De qué? No lo sabía.

—¿Estás segura?

Cuando asentí y abrí la puerta, su sonrisa se ensanchó. Ay, cómo sus hoyuelos y el brillo de sus ojos hacían que el corazón me diera un vuelco.

Lo amaba. Si no estaba segura antes de esta noche, ahora lo estaba sin ninguna duda. Ver la forma en que Matty se había desenvuelto con mi madre y con Sam me hizo sentirme completa. Como si todas las personas de mi vida estuvieran exactamente donde debían estar. Matty parecía más feliz en presencia de mi madre y, aunque no me cabía duda de que mi hermano lo había sometido a un interrogatorio cuando fui al baño, al final sonreía.

La mano de Matty terminó de empujar la puerta para abrirla. —Tú primero —dijo, haciéndome un gesto para que entrara.

Mientras subíamos las escaleras en silencio, cruzándonos con algunos otros estudiantes que vivían en mi residencia, Matty me rodeó la cintura con el brazo y apoyó la mano en mi cadera. Esto se

sentía tan bien. Como si siempre hubiera sido suya y por fin pudiera gritarlo a los cuatro vientos.

—Me han caído muy bien tu madre y tu hermano —dijo Matty.

—¿De verdad? ¿No te ha dado la brasa Sam?

—No, la verdad es que no. —Sus palabras fueron suaves, y me volví hacia él con una ceja arqueada.

—¿Seguro? Conozco a Sam, no es precisamente de los que se cortan.

Matty se rio entre dientes. —Me ha hecho un par de preguntas, pero nada demasiado difícil de responder.

—¿Así que no te ha interrogado? —Negó con la cabeza—. Mi madre sí.

Esa sola confesión hizo que los ojos verdes de Matty brillaran. —¿Ah, sí? ¿Y qué te ha preguntado?

Cuando mi habitación estuvo a la vista, le pasé el brazo por la cintura y apoyé la cabeza en su pecho. —Oh, ya sabes, cosas normales. Que cuándo me di cuenta de que te gustaba. Que cuánto tiempo llevábamos saliendo. Que si iba en serio. Ya sabes, lo típico que pregunta una madre.

—¿Y qué le has dicho? —Puede que creyera que se le daba bien ocultar el quiebro en su voz, pero yo pude oírlo.

Me encogí de hombros. —Le he dicho la verdad. Que has sido mi mejor amigo desde que llegué aquí, que me di cuenta de que te gustaba en la boda de Reign y que desde entonces nos hemos convertido en algo más que amigos.

—¿Más que amigos? —soltó una risita mientras me separaba de él para abrir la puerta—. Supongo que es una forma de describirlo, aunque «mi mujer» sería mejor.

La puerta se abrió y me quedé mirando el salón a oscuras.

Mi mujer.

Ahí estaba otra vez. Estuve a punto de contarle la verdad a mi madre; lo único que me frenó fue que Sam estaba allí. Odia las sorpresas en un buen día, y llevaba como un gilipollas malhumorado desde que se hizo daño en la muñeca. La única forma de podérselo contar sin que volara una mesa por los aires sería con Max y Bryce presentes. Trabajaban mejor en equipo y serían capaces de calmar la situación.

Antes de que pudiera encender la luz, Matty me acorraló contra la puerta y me besó, suave pero exigente. —¿Todavía puedo hacer esto, verdad? —preguntó contra mi boca.

Me puse de puntillas, buscando su contacto, y antes de que pudiera apartarse del todo, le ahuequé la mandíbula. —Sí —respiré.

—Joder, menos mal. He estado pensando en besarte desde que he chutado ese *field goal*.

Me agarró por los costados, deslizando las manos por mi cintura mientras me pegaba por completo a él. Inclinó la cabeza mientras sus labios se apretaban de nuevo contra los míos. Un beso superficial, suave, lleno de promesas futuras que ardía en deseos de vivir.

Encendí la luz justo cuando nuestro beso terminó, agradecida de que Lydia no estuviera en casa esta noche. Estábamos solo nosotros y ya era hora de que por fin habláramos de lo que eso significaba.

—¿Por qué no te sientas? —le indiqué el sofá mientras me quitaba la chaqueta y la dejaba sobre la encimera de la cocina—. Gracias por venir esta noche —dije, sentándome junto a Matty mientras él pasaba el brazo por el respaldo del sofá. Había pasado mucho tiempo hasta que nos sentimos lo suficientemente cómodos como para sentarnos en silencio, disfrutando simplemente de la compañía del otro. Hacía dos semanas, me había dejado, decidido a demostrar que era suficiente para mí, pero no necesitaba hacerlo. Esta noche lo demostraba. Fue suficiente para mí el día que chocó su nube de azúcar contra la mía, y era suficiente para mí ahora—. Siento lo de mi madre y sus fotos. Sé que puede ser muy intensa.

Él se rio entre dientes, besándome la frente mientras yo apoyaba la cabeza en su hombro. —Me cae bien. Pero ese tal Nick no tanto.

—¿Nick? —Fruncí el ceño y tardé un minuto en darme cuenta de a quién se refería—. Ah, ¿te refieres al chico que me llevó al baile de fin de curso?

—Mmm.

Le resté importancia con un gesto. —No tienes nada de qué preocuparte. Tenía una novia secreta en el extranjero y solo me pidió que fuera con él al baile porque nadie más lo había hecho.

Poniéndome más cómoda, me quité los zapatos y me recliné sobre el pecho de Matty, apoyando la mano en su estómago. En esta postura, podía oír los latidos de su corazón, y nunca me había sentido más viva, sabiendo que latía por mí.

—Estás de broma, ¿no? —Jugueteaba distraídamente con mi pelo.

—No. Técnicamente, nadie me pidió ir al baile. A los chicos no les gustaba que jugara al fútbol americano, y algunos odiaban que jugara mejor que ellos. A los del equipo no les importaba, pero éramos todos amigos, así que salir con cualquiera de ellos me parecía raro y, francamente, un poco incestuoso.

—No creo que ese fuera el problema, *Wifey*. —Incliné la barbilla y lo miré con curiosidad—. Creo que tiene más que ver con tus tres hermanos atletas y un poco amenazantes. Pero me alegro de que los chicos de tu instituto no fueran lo bastante listos como para arriesgarse contigo, porque eso significa que ahora puedo ser yo quien te demuestre lo increíble que eres.

Y con eso, capturó mis labios, besándome de una forma caótica y frenética. Se había despojado de toda contención. Habíamos esperado demasiado tiempo para estar juntos, y yo lo necesitaba. Lo necesitaba a él y, poco a poco, me fundí en él, dejándome caer en el sofá y arrastrándolo conmigo. Su mano recorrió mi cuerpo, deslizándose bajo la tela de mi camiseta antes de posarse en mi vientre.

La frialdad de su mano me hizo tomar una brusca bocanada de aire, y Matty tragó saliva, observando la reacción de mi cara. Aunque estaba encima de mí, no me parecía suficiente. Una palpitación profunda y anhelante me dolía en la entrepierna solo de pensar que por fin íbamos a consolidar nuestra relación, nuestro matrimonio, esa noche. Su mano ascendió hasta posarse en mis costillas.

Respiraba con dificultad. Estaba segura de que podía sentir en mis costillas lo desesperada y necesitada que estaba, y no me hizo esperar. Cuando su lengua se deslizó sobre mis labios, me aferré a la espalda de su camisa, deseando arrancársela del cuerpo mientras levantaba la barbilla, esperando que nuestras bocas chocaran.

—Solo quería decir que me lo he pasado muy bien con tu familia esta noche.

Aflojé el agarre e intenté disimular mi ceño fruncido. No era lo que esperaba que dijera para interrumpir una sesión de besos.

—Me alegro —dije con voz lánguida, esperando ocultar la ronquera de mi voz—. Creo que tú también les has gustado. Mi madre me ha dicho que eras un joven encantador. —Puse los ojos en blanco, y los dedos de Matty se crisparon contra mi piel, enviando cosquilleos de excitación por mi vientre. Era el rey de la paciencia.

—Ella también me ha caído muy bien. Me ha recordado a ti. Divertida, dulce y con una determinación natural.

Arrugué la nariz ante la descripción y él me besó la punta. —¿Determinación natural? ¿Eso es bueno?

—Es lo mejor de ti. Nadie sabe lo duro que luchas por alguien o algo en lo que de verdad crees.

—Gracias —musité. Nunca se me había dado bien aceptar cumplidos, y oírlos del hombre que amaba parecía ser todavía más difícil.

—No. Gracias a ti por darme el privilegio de verte luchar por ambas cosas.

Mi trabajo y él. Eran las dos únicas cosas a las que podía referirse, y mi corazón se enterneció al ver con qué facilidad podía hacerme sentir vista y especial.

—Estoy bastante segura de que a Sam también le has caído bien. —Volví a centrar el tema en él—. Es un hueso duro de roer y normalmente hay que ganárselo un poco, pero por eso sé que le gustas. No se habría molestado en hablar contigo si no fuera así.

—Me alegra oír eso —dijo, inclinándose y rozando su nariz con la mía—. ¿Sabes que estoy enamorado de ti, Britt? —confesó antes de capturar mis labios con los suyos. Necesitados y deseosos, nos estábamos torturando aquí fuera, y no parecía que el final estuviera más cerca. Cuando se apartó, dijo—: Me dejaron claro que quizá tú no lo sabías, así que solo quería volver a decirlo. Estoy tan desesperadamente enamorado de ti que no puedo imaginar mi futuro con nadie más.

Parpadeé varias veces, intentando recuperar la compostura mientras me retorcía bajo él. Matty tenía mucha confianza en nosotros. Incluso cuando había tantos obstáculos que no me dejaban ver con claridad, él era el que insistía para que esto funcionara, y solo ahora empezaba a darme cuenta de por qué. Éramos inevitables. Nunca estuvimos destinados a ser solo mejores amigos. Siempre estuvimos destinados a comernos el mundo juntos.

—Yo también te quiero. —Le acaricié la mejilla, acercándolo para besarlo una vez más—. Siento si alguna vez te he hecho dudar. Solo que no quería interponerme en tu felicidad.

—Mi felicidad eres tú. Siempre lo has sido.

Como si esas palabras hubieran accionado un interruptor, Matty me empujó de nuevo sobre el sofá y, entonces, sus manos y sus labios exploraron mi cuello. —¿Sabes? He echado mucho de menos tocarte así. —Su lengua chasqueó contra mi piel justo cuando la punta de su pulgar rozaba la parte inferior de mi pecho—. ¿Y me gustaría recuperar el tiempo perdido si te parece bien?

Mi cuerpo se encendió, cansado de esperarlo. —Me parece bien.

Matty me subió la camiseta por encima de los pechos y se puso de rodillas. Yo era un completo desastre, pero la forma en que me admiraba me hacía sentir la mujer más bella del mundo. Al igual que en Las Vegas, había sido una noche larga, pero una que parecía que no había hecho más que empezar.

—Sí. He echado de menos esto. —Su pulgar volvió a deslizarse por mi pecho y yo inspiré hondo, desesperada por sentir su tacto sin el sujetador de por medio.

Su mano se deslizó sobre la copa antes de bajarla, dejando al descubierto mi pecho izquierdo. —He echado mucho de menos esto. —Se inclinó hacia delante, lamiéndome el pezón antes de esparcir besos sobre él. Cerré los ojos y entrelacé mis manos en su pelo mientras le daba el mismo tratamiento a mi pecho derecho.

Mis caderas se movían al compás de su lengua lamiendo mi pezón mientras hundía la cabeza en los cojines.

Flotando. Ya estaba flotando, tan cerca del clímax gracias a Matty. Me estaba demostrando cuánto me adoraba, y era todo lo que quería para el resto de mi vida. Que le den al resto del mundo. Esto, aquí mismo, era perfecto.

Besó el valle entre mis pechos antes de lamer todo el camino hasta la camiseta y atrapar mis labios en otro beso. Corto y dulce, se apartó de mí rápidamente, dejándome la cabeza hecha un lío.

—También he echado de menos esto.

—¿El qué? —pregunté en una nebulosa aturdida.

—A ti. Retorciéndote y ardiente debajo de mí, porque es en lo único en lo que he pensado desde que lamí el último sabor de ti de mis labios.

Trazó besos por mi cuello y sacaba la lengua de vez en cuando, provocándome un gemido.

—Dime, esposa —graznó con el mismo tono oscuro y posesivo que usó la última vez que estuve desnuda frente a él—. ¿Vas a estar tan

mojada para mí como cuando me enseñaste cómo usas tu vibrador para correrte?

La única respuesta que pude darle fue un grito ahogado cuando su mano cubrió de nuevo mi pecho, tentando mi pezón con un tirón antes de cogerlo con la boca y chasquearlo con la lengua.

—No tienes ni idea de lo bien que te veías. Tan húmeda, aceptándolo todo como una buena esposita. Me pregunto si tu coño apretado será capaz de tomar mi polla igual de bien.

Aferrándome a su camiseta, arrugué la nariz en un intento de rehuir el placer. Apenas me había tocado, pero mis caderas ya se arqueaban, buscando una caricia que esperaba que llegara.

Mientras sacaba mi pezón de su boca, su mano recorrió mi cuerpo hacia abajo, pasando la tela arrugada de mi camiseta hasta llegar a la cinturilla de mis vaqueros.

—Si metiera los dedos en tus bragas ahora mismo, ¿estarías chorreando para mí?

—Sí —dije con un suspiro.

Me empujó hacia el otro extremo del sofá, asegurándose de que estuviera apoyada en el reposabrazos antes de quitarme los vaqueros y las bragas de un solo movimiento rápido.

El aire frío me erizó la piel cuando la cálida mano de Matty me cubrió el sexo. Dejé escapar un grito ahogado mientras sus dedos me masajeaban el clítoris.

—Tenías razón. Ya estás chorreando. Estoy deseando saborearte.

Suspiré cuando su mano me abandonó y se echó mis piernas sobre los hombros, abriéndome a él. Tenía la cara tan cerca que podía sentir su aliento contra mi carne sensible. Aunque estaba desesperada por volver a sentir su lengua, estábamos jugando con fuego al hacer esto en el salón.

Agarrándolo del pelo, lo aparté de mi cuerpo y lo obligué a mirarme.

—Matty, tenemos que llevar esto a mi cuarto. ¿Y si Lydia vuelve a casa?

Se lamió los labios, mirando alternativamente mis ojos y mi sexo.

—Mmm. Tienes razón. Nadie puede verte así excepto yo. —Su mirada recorrió mi cuerpo, deteniéndose en mi sexo para admirar la vista—. Pero joder. Tu coño parece tan apetecible ahora mismo.

—Venga. Vayamos a mi cuarto.

Justo cuando iba a mover las piernas, Matty me rodeó los muslos con los brazos y me levantó en vilo. Antes de darme cuenta, me había cogido en brazos. Con las piernas sobre sus hombros y mi coño en su cara, le tapaba la visión y me preocupaba que se cayera.

—Matty —dije con voz temblorosa mientras intentaba equilibrarnos. Era difícil, como poco—. Puedo andar. —Le rodeé la cabeza con los brazos, demasiado inestable para hacer otra cosa. Sin embargo, pareció ayudar, porque a pesar de tambalearse, fue capaz de caminar hacia mi habitación.

—¿Cómo narices te mantienes en equilibrio? —murmuré—. ¿Puedes respirar ahí metido?

—¿Quién necesita oxígeno cuando puedo vivir de tu coño? —dijo contra mi sexo, sorprendiéndome con un lametón.

Chillé, casi cayéndome hacia delante.

—¡Matty! Esto es muy peligroso.

Llevándome en una línea más o menos recta, Matty pasó de largo la puerta de mi dormitorio, así que me agarré al marco para guiarlo con un tirón de mi brazo.

—Por aquí —dije, intentando no reírme.

Se las arregló para entrar en mi cuarto hasta que sus espinillas golpearon el armazón de mi cama.

—Joder, qué daño ha hecho eso —dijo, y luego me dejó caer en el centro del colchón.

Tenía las mejillas muy rojas, señal de que mis muslos habían estado ahí, y el pelo totalmente revuelto por mis intentos de dirigirlo.

—Matty, ¿estás bien? —Tenía los ojos un poco aturdidos mientras me dedicaba esa sonrisa torcida que tanto me gustaba.

—Sí. Estoy bien, esposita. —Sacudió la cabeza y soltó un resoplido —. Acabo de darme cuenta de la vida tan afortunada que me espera.

Se arrodilló sobre la cama, hundiéndola, y yo me arrastré hasta el cabecero para hacerle sitio.

—Pero estoy más preocupado por ti —dijo, acomodándose entre mis muslos. Apenas me había puesto cómoda en la cama cuando dos de sus dedos ya estaban dentro de mí, y sus labios estaban sellados sobre mi clítoris, succionándolo con la boca.

Oh.

Dios.

Mío.

Toda la calma se había esfumado. Estaba frenética. Mi respiración era pesada y el sudor me perlaba la frente. La única vez que había estado cerca de sentirme así fue la última vez que estuve con él. Matty gruñó mientras me devoraba, y el sonido retumbó en mi sexo, enviando olas de placer por mi columna vertebral.

—Está tan bueno —susurré, incapaz de articular nada más.

Rodeándome el muslo con su brazo, me atrajo imposiblemente cerca de él. Estaba lánguida y lujuriosa, y cuando lo miré con los ojos entornados, él observaba mi reacción. Sus labios se curvaron en las comisuras cuando se dio cuenta de que lo había pillado, y en ese instante, cambió la dirección en la que movía la lengua. Gemí, y repitió el movimiento varias veces antes de cambiar de dirección, haciéndome perder la cabeza.

Él tenía el control. Poseyéndome de la mejor manera posible.

Mis caderas embestían contra su cara, y yo entrelacé los dedos en su pelo, sujetándolo en su sitio mientras mi cuerpo tomaba lo que necesitaba. Apenas podía respirar cuando sacó los dedos de mi interior y los reemplazó con su lengua mientras su nariz me rozaba el clítoris. Tomando aire con fuerza, estuve al borde del orgasmo durante tanto tiempo que me preocupaba que nunca llegara.

Apartó la boca de mí y, en lugar de reemplazarla, besó la parte superior de mi hendidura. Fue agradable, pero no en el lugar donde más lo necesitaba. Mi clítoris palpitaba. Mis caderas querían arquearse, pero él las sujetaba. Nada de esto iba como yo necesitaba. Ni el movimiento de su lengua en mi clítoris. Ni sus dedos bombeando dentro de mí. Me quedé solo con el susurro de sus labios abanicando mi sexo. Cerca, pero no lo suficiente. Era una tortura.

—Matty, estoy a punto. —Estar al límite de esa manera rozaba lo doloroso. Mi cuerpo se contraía contra la nada y deseaba tanto correrme, pero no podría hasta que me tocara una vez más. Entonces, sin previo aviso, se apartó de mí.

El aire fresco golpeó mi coño húmedo, una punzada en mi sexo.

—¿Qué coño ha sido eso? —grité sin pensar, incorporándome para mirarlo.

Tan cerca. Estaba tan cerca.

Respiraba de forma errática, fulminando a Matty con la mirada mientras él me observaba. Mi cuerpo estaba sobrecalentado. Mi sexo ardía de necesidad, y estaba a dos segundos de irme y encargarme del problema yo misma.

—Estás tan guapa cuando estás al borde —dijo Matty, con los labios brillantes de mi esencia antes de lamerla—. Quiero volver a verlo.

Grité, agarrando el colchón cuando me metió dos dedos y los curvó para tocar el punto justo. Mi cuerpo se estremeció con una nueva sensación. No podía describirla, pero tampoco podía hablar ni pensar con claridad.

—Matty. Qué. Estás. Haciendo. —Mis frases eran gemidos cortos y entrecortados al ritmo de sus dedos.

—Manteniéndote lo más cerca posible, todo el tiempo posible.

Eso fue todo lo que dijo antes de bajar la cabeza y volver a rodearme el clítoris con la lengua.

Fue demasiado rápido y yo estaba demasiado excitada.

—Matty. Voy a...

Fue todo lo que pude decir antes de que el orgasmo me golpeara. No tenía control sobre mis caderas mientras cabalgaba sobre la cara de Matty. Mis caderas se balanceaban contra su boca mientras una lenta oleada de euforia me recorría. Llegaba una ola tras otra, y casi me supo mal que pronto tuviera que quitar los dedos. Apenas me había recuperado del subidón cuando Matty se colocó sobre mí, apoyándose con las manos a cada lado de mi cabeza.

Dejó caer un beso en mis labios mientras yo abría los ojos.

—Quítate la camiseta. —Hice lo que me dijo y me arranqué la tela del cuerpo, luego me desabroché el sujetador y lo tiré a un lado—. Es la última vez que vas a llevar una camiseta que no tenga nuestro apellido.

Me besó por todo el cuerpo, quitándose la camiseta por el camino y dejando que nuestra piel se rozara. Me estremecí de expectación. Por fin estaba sucediendo. Nuestra primera vez, y estaba tan lista para sentirlo dentro de mí.

Matty se levantó de la cama, sacó un preservativo del bolsillo e hizo sonar el envoltorio de aluminio. —Es el de Las Vegas. Lo he llevado a todas partes porque no quería que perdiéramos otra oportunidad. —Lo dejó en las sábanas, a mi lado, y me mordí el labio inferior, conteniendo lo que quería decir. ¿Lo necesitábamos? Al fin y al cabo, estábamos casados, y estaba casi segura de que con el síndrome de ovario poliquístico me iba a costar más quedarme embarazada. Sin embargo, no me pareció el momento adecuado para decir nada, ya que nos había costado mucho llegar hasta aquí.

Matty se bajó el pantalón de chándal y los calzoncillos y se plantó frente a mí. Con la mano envuelta alrededor de su polla gruesa y dura, me observó como si fuera la primera vez que me veía así, y cuando vi una diminuta gota de líquido preseminal en la punta de su pene, no pude esperar más.

Alargué la mano, cogí el preservativo y lo abrí. —¿Podemos darnos prisa? Solo necesito sentirte dentro de mí.

Gateé hacia él, y Matty gimió cuando lamí el líquido preseminal y le rodeé el miembro con la mano, masturbándoselo lentamente para prepararlo. Quería tenerlo en mi boca otra vez, pero eso tendría que esperar. Teníamos otras prioridades. Sujetó la base de su polla mientras yo le desenrollaba el preservativo, luego apartó su mano para que pudiera bajar del todo y, una vez colocado, le di unas últimas caricias a su miembro. Matty gruñó, empujándome de nuevo sobre el colchón, y se subió encima de mí.

Piel con piel, su polla se acurrucó contra mi centro, humedeciéndose con mi excitación. Hice un gesto con las caderas, no queriendo esperar más, pero Matty no se movió al principio.

—¿Estás segura de que quieres esto? —preguntó, rozando su nariz contra la mía antes de depositar un suave beso en mis labios.

—Nunca he deseado nada tanto —susurré, agarrándole los brazos a modo de aliento.

Se tomó un minuto para recolocarse, luego guio su polla hasta mi entrada. Suspiré a pesar de que solo había entrado un par de centímetros porque sentí que por fin se había liberado una presión entre nosotros.

—He esperado tanto tiempo para esto —dijo, apoyando su frente en la mía—. Por nosotros. Para saber por fin lo bien que sienta estar dentro de ti y sentir tu coñito apretado rodearme mientras te hago correrte.

Levanté la barbilla, besándole suavemente los labios y saboreando mi propia excitación. —Eres todo lo que siempre he querido, y estoy tan feliz de que por fin estemos aquí.

Me robó el aliento con un beso mientras empujaba hasta que estuvo completamente dentro de mí. El pinchazo de dolor se disipó mientras Matty y yo nos tomábamos un momento para mirarnos con asombro. Estábamos aquí. Era esto. Nunca me había sentido más completa que en este momento.

—¿Estás bien? —preguntó, con la tensión clara en su voz.

—Sí. —Yo no estaba mejor.

Tras unas cuantas inspiraciones, se movió hacia dentro y hacia fuera, acelerando el ritmo.

—Joder, Britt. Tienes el coño tan apretado. Es una sensación jodidamente fantástica.

Apenas podía hablar. La sensación crecía en mi cuerpo tan rápido que hacía todo lo posible por prolongar el placer. —Esto es demasiado —dijo con los dientes apretados, deslizando la mano entre nosotros—. Creo que voy a correrme, y no puedo hacerlo hasta que tú lo hagas.

—Yo ya me he corrido antes. No sé si podré otra vez. —Sus dedos rodearon mi clítoris y arqueé la espalda, persiguiendo el placer. Me contraje a su alrededor—. Eso es, esposa. Hazlo otra vez.

Inclinó la cabeza, mordisqueándome la piel, y solo hizo falta una embestida más para que yo estuviera a punto de deshacerme a su alrededor. —Joder —dijo con los dientes apretados—. Qué sensación tan increíble. Esto no va a durar mucho.

—Estoy cerca —grité, con el cosquilleo del placer recorriéndome. Tan cerca. Estaba tan, tan cerca.

—Córrete para mí, esposita.

Eso fue todo lo que hizo falta, y me rompí, llevándomelo conmigo. Lentos y lánguidos movimientos se apoderaron de él mientras cabalgaba a través del éxtasis, dejándonos hechos un desastre caliente y pegajoso.

Matty me besó el hombro, y su aliento abanicó mi piel mientras se balanceaba lentamente dentro de mí.

—Eso ha sido... —exhaló.

—Todo —respondí por él, secándome el sudor de la frente.

Estaba en pleno subidón, con el cuerpo vibrando con un placer que solo sentía cuando él estaba conmigo. Matty se levantó suavemente de encima de mí y fue al baño. Cuando salió, se había deshecho del preservativo y tenía la polla a media asta.

—No estás listo para otro asalto, ¿verdad?

Se miró la erección y se rio entre dientes. —Pues no, todavía no. Planeaba darte otro orgasmo o dos antes de que volviéramos al mío.

Tragué saliva cuando Matty me agarró del culo y me atrajo hacia él. Teníamos los cuerpos pegajosos y podía sentir cómo su polla blanda se endurecía.

—Pero hemos tenido un día muy largo, así que quizá deberíamos dejarlo para otra noche. Al fin y al cabo, tenemos toda la vida.

Me apartó un mechón de pelo de la cara y me dio un beso en los labios. Me pesaban los ojos y se me cerraban los párpados mientras el subidón del orgasmo empezaba a disiparse.

—Te quiero, Britt.

—Yo también te quiero —susurré.

—Duerme un poco. Tengo algo importante que enseñarte mañana.

Estaba demasiado cansada para hacerle preguntas y, cuando su cuerpo envolvió el mío, una sensación de calma me rodeó y me arrulló hasta que me quedé dormida.

Por fin me sentía en paz, con mi mejor amigo y marido a mi lado.

CAPÍTULO 27

Matty

El viento me alborotaba el pelo mientras veía las olas romper contra las rocas. La banda sonora perfecta mientras pensaba en todo lo que me había traído hasta este preciso momento.

Asar nubes de azúcar... Miradas furtivas durante las sesiones de estudio... Una boda en Las Vegas... Menuda montaña rusa habíamos vivido Britt y yo. Y, sin embargo, seguíamos aquí. Aún atraídos el uno por el otro y todavía queriendo que esto funcionara. Mientras jugueteaba con la joya que tenía en la mano, miré al cielo y sonreí.

—Es ella, mamá. Es la mujer de mi vida —dije—. Ver pasar las nubes esponjosas me infundió una sensación de calma y deseé que mi madre estuviera orgullosa de mí, dondequiera que estuviese.

Extendí los dedos de los pies, dejando que se hundieran en la arena, y me lamí los labios, solo para saborear el aire salado del mar.

Todo encajaba.

Se suponía que tenía que estar justo aquí y, por primera vez en mi vida, no sentía la punzante ansiedad en el pecho. ¿Así se sentía la felicidad?

Mi madre había fallecido, pero yo estaba reconstruyendo poco a poco mi familia en su honor. Íbamos a ser más fuertes. Olana por fin se había ido, y la única persona a la que sentía que debía impresionar era a mi mujer, y convertirme en el marido que se merecía.

—Matty. —Su voz me llamó desde el otro lado de la playa y, cuando me giré para mirarla, me quedé sin aliento.

¿Iba a ser siempre así? ¿Me quedaría siempre sin aliento cada vez que la viera? Si no me acostumbraba pronto a la belleza de mi esposa, iba a tener que comprarme un inhalador.

Britt me saludó con la mano, con el pelo alborotado por el viento. Se lo apartó hacia un lado, sujetándolo para que no se lo llevara la brisa marina. Con los tacones en la mano, corrió suavemente por la tranquila playa para llegar hasta mí.

Mejor que cualquier paseo hacia el altar, porque ya era mía.

¿Cómo he podido tener tanta suerte?

Ahí estaba.

Mi mujer. Mi futuro. Mi todo.

Ahora solo tenía que asegurarme de que siguiera siéndolo.

La encontré a medio camino, la rodeé con mis brazos en un abrazo y le besé la mejilla fría, absorbiéndola y fijándome en la piel de gallina que le cubría la piel. De inmediato, puse las manos sobre sus hombros desnudos en un intento de mantenerla caliente.

—¿Has encontrado el sitio sin problemas?

Ella sonrió, dándome otro beso rápido en los labios. —¿Estoy aquí, no?

—Eso parece.

¿Estaba sonriendo como un idiota? Desde luego, así me sentía. Los ojos de Britt brillaban con lo que solo podía esperar que fuera amor mientras me miraba. La atraje hacia mí, deseando poder abrirme la piel y meterla dentro. Quería que estuviera conmigo para siempre. Nada más me serviría.

—He aparcado justo ahí. —Señaló un pequeño aparcamiento en el que solo estaba su Jeep mientras se acurrucaba contra mí—. Conozco bien esta playa.

Le besé la coronilla antes de decir: —¿Es donde te traían tus padres antes de que te mudaras a Los Ángeles, verdad?

Inclinó la barbilla para mirarme con los labios entreabiertos. —¿Cómo lo sabías?

—Britt, sé hasta cuándo enciendes el vibrador. ¿De verdad te sorprende a estas alturas lo mucho que sé de ti?

—Pues sí que me tienes que sorprender, si no, pensaré que me estás rastreando.

La estaba rastreando, pero no tenía por qué saberlo.

—En realidad, lo sé porque me lo contaste tú.

—¿Ah, sí?

—Sí. —Miré al cielo, pensándolo un segundo—. Fue la segunda vez que coincidí contigo en la cafetería en primero. Iba a venir aquí con los chicos para hacer piña como equipo, y entonces me dijiste que era tu lugar favorito del mundo. Creo que era porque tú y tu hermano… —Arrugué la nariz—. ¿Bryce? Creo que era Bryce hacíais unos castillos de arena gigantes y Max siempre se los cargaba corriendo.

Abrió los ojos como platos y negó con la cabeza. —¿Y vas y lo sueltas así como si no fuera una locura que te acuerdes de eso?

—Le estás dando demasiadas vueltas. —Cogiéndole la mano, le besé los nudillos y sonreí—. Pero ¿todavía te gusta este sitio?

—Me encanta.

—Bien.

—¿Por qué estamos aquí? —preguntó, echándose el pelo alborotado por el viento por encima del hombro y mirándome con la misma emoción en los ojos que cuando dijo «sí, quiero».

—Porque tengo algo que enseñarte. —Le tendí la mano, y ella la entrecerró. ¿Estaba dudando?—. Vamos, Britt. ¿Me estás diciendo que no confías en mí después de todo?

—Claro que confío.

Moví los dedos y ella se rio. —¿Entonces a qué esperas? Déjame enseñarte por qué te he traído aquí.

Puso los ojos en blanco antes de deslizar su mano en la mía y dejar que la guiara por la arena. —¿Adónde vamos?

Le apreté la mano, sonriendo. —Haces muchas preguntas.

—Y tú no me das ninguna respuesta.

—Te estoy dando una respuesta, solo tienes que seguirme.

—La última vez que te seguí, acabamos casados.

Me detuve para mirarla. —¿Es tu forma de decirme que te arrepientes?

Apretó los labios y negó con la cabeza.

—Entonces te prometo que tampoco te arrepentirás de esto.

Caminamos por la playa en silencio, y me giré hacia unas escaleras de arena que llevaban a una pequeña casa de playa.

Cuando di un paso adelante, Britt se puso rígida. —¿Matty, adónde vamos?

Señalé la casa blanca con contraventanas de color azul claro. —Ahí arriba.

Miró de mí a la casa durante unos segundos. —Eso es propiedad privada. No podemos subir ahí.

—Sí que podemos.

Tiré de su mano, que se resistía, y al final cedió y subió los escalones de madera cubiertos de arena. Cuanto más nos acercábamos a la casa, con más claridad se veían las velitas que parpadeaban en el porche.

—Matty —dijo sin aliento. ¿Por qué sonaba tan parecido a cómo pronunció mi nombre cuando le di aquel orgasmo anoche?

—Lo sé, lo sé. —Me reí mientras la guiaba por los escalones del porche trasero—. No debería dejar velas encendidas sin vigilancia, pero no te preocupes, no tenía ni idea de cuánto tiempo íbamos a estar paseando por la playa, así que se me ocurrió usar unas que van a pilas. Puede que no sea tan romántico, pero al menos no he quemado la casa.

—¿Estás de broma, no? —dijo incrédula—. ¿No te parece romántico? Nadie ha hecho nunca algo así por mí.

—¿Ni siquiera Adam? —pregunté con una sonrisa burlona—. He oído que le gusta llevar a las chicas a restaurantes franceses elegantes.

Me dio un manotazo en el pecho mientras se reía. —Adam y yo nunca fuimos lo bastante en serio como para que pasara algo así.

Le cogí la mano antes de que pudiera apartarla y le di un beso en la punta de la nariz. —Lo sé. Solo bromeaba. Venga. Dentro hay más.

Contuvo el aliento al dirigir la mirada hacia el ventanal con las puertas correderas. Justo dentro había un pequeño pícnic para los dos con una botella de champán enfriándose a un lado. Una leve sonrisa asomó a sus labios, el único indicio de que estaba emocionada.

La casa todavía estaba vacía; no había tocado ni cambiado nada desde que firmé los papeles, ya que quería que Britt la decorara y ella todavía no la había visto.

—No me puedo creer que hayas organizado esto para mí.

—Solo lo mejor para mi mujer. —La cogí de la mano y la llevé hasta el pícnic, ayudándola a sentarse—. Siento que solo sea un pícnic. No he tenido tiempo de organizar nada más.

—¿Cómo has conseguido entrar en la casa?

—Bueno, estaba en venta, así que hablé con los de la inmobiliaria y les pregunté si podía alquilarla por una noche.

—¿Y te han dejado? —Su voz sonaba recelosa, pero no quería desvelarle el secreto todavía. Quería que disfrutara de esto por lo

que era. Mi primera cita de verdad con mi mujer.

Me encogí de hombros, me senté a su lado y cogí el champán. Luego abrí la botella y nos serví una copa a cada uno. —Quien no llora, no mama.

Soltó una risita antes de mirar hacia el océano, maravillada. Situada en una pequeña colina, la casa tenía la vista perfecta de las olas y la puesta de sol.

—Estas vistas te dejan sin aliento. —Se me hinchó el pecho al oír el asombro en su voz. Esperaba que amara este lugar tanto como yo la amaba a ella. Le di la copa de vino y le besé las mejillas sin apartar los ojos de ella.

—No tanto como tú —dije, chocando mi copa con la suya.

Se rio y me dio una palmadita en el brazo. —Anda ya.

—Es verdad. Preferiría mil veces pensar en ti anoche que mirar esas vistas.

Britt le dio un sorbo a su copa, sin duda en un intento de ocultar que se sonrojaba. Luego se apoyó en mí y le di un beso en la coronilla.

—¿Has preparado todo esto?

—No. Es todo comida de esa charcutería que te gusta. Ya sabes, a la que me llevabas después de cada clase el año pasado.

—Todavía voy ahora —dijo, estirando la mano y sacando una aceituna de uno de los cuencos.

—¿Vas sin mí? —pregunté, escandalizado.

—Bueno, no es que nos habláramos, precisamente. —Se metió la aceituna en la boca y fue a coger algo de embutido—. Esto está delicioso.

La observé picotear la comida, tarareando para sus adentros mientras comía. Juraría que podría pasarme el día entero mirándola. Era adorable sin siquiera intentarlo.

¿Por qué tardamos tanto en llegar a esto?

—¿Por qué me pediste que te liara con Adam?

Su mano estaba a punto de coger un poco de pan, pero se detuvo y me miró. —¿Creía que ya no íbamos a hablar más de él?

—Y así es. Es solo que me has dicho que siempre he sido yo, así que tengo curiosidad. ¿Por qué querías salir con uno de mis mejores amigos?

Se mordió el labio inferior. —Bueno, puede que solo te preguntara por él porque necesitaba una distracción de lo que iba a hacer si no lo hacía.

Tuve que pensarlo un segundo. ¿Qué estábamos haciendo?

—¿No estábamos viendo a Max lanzar un partido perfecto?

Asintió. —Sí. Con toda la emoción, nos abrazamos y, bueno, yo, eh, recuerdo que quise besarte, pero me acordé de que tenías a Olana y no quise meterme en medio.

—¿En serio? —Enarqué las cejas y algo muy parecido a la decepción me pesó en el estómago.

—Sí.

—Joder.

—¿Qué?

—Típico de ti, B. Dando siempre por sentado que estaba pensando en otra chica cuando era a ti a la que no podía quitarme de la cabeza. —Negué con la cabeza y le di otro sorbo a la bebida. Quizá el alcohol me quitara el sabor amargo de la boca.

—No sé de qué estás hablando.

—Iba a pedirte que salieras conmigo esa noche.

—¿Qué? P-pero ¿y Olana?

—Había roto con ella. Me di cuenta de que no podía ocultar lo que sentía por ti y, francamente, no quería hacerlo. Así que me había mentalizado para pedírtelo.

—¿En serio?

—Sí. ¿Te imaginas lo mucho que se me rompió el corazón cuando me pediste que te liara con Adam? —Me agarré el pecho mientras ella cogía otra aceituna. Por lo visto, esas cosas eran irresistibles—. El tío más íntegro y fiable que conozco. Estaba seguro de que después de eso nunca tendría una oportunidad contigo.

—¿Íntegro y fiable? No estoy segura de que te estés haciendo justicia a ti mismo.

—Pfff. No soy fiable. Al menos no para nadie más que para ti. —Se metió la aceituna en la boca y sonrió de oreja a oreja—. Estoy tan obsesionada contigo que, aunque te casaras con otro, me quedaría tan contenta en un segundo plano, observando solo para poder verte la cara mientras fueras hacia el altar. Al menos así podría fingir que era a mí a quien mirabas con adoración.

Bajó la mirada hacia la comida, con timidez.

—Creo que subestimas lo mucho que te adoro, pero si estabas tan obsesionada, ¿por qué volviste con Olana?

Suspiré, pues sabía que esta conversación llegaría tarde o temprano.

—Sinceramente, solo te quería a ti, y cuando pensé que tú no me querías, no le vi el sentido a salir con otra gente. Olana volvió arrastrándose y me manipuló para que siguiera con ella. No recuerdo qué mentira usó esa vez, pero fue una de tantas y, supongo, simplemente me conformé.

—¿Así que me estás diciendo que si te hubiera besado como quería, nada de esto habría pasado? O sea, ¿que podríamos haberlo evitado todo?

—Sí.

Se rio mientras yo le cogía la mano y entrelazaba mis dedos con los suyos.

—Vaya, pues qué faena.

—¿Lo cambiarías?

—¿El qué?

—Todo lo que ha pasado desde esa noche.

Su mirada se había desviado hacia nuestras manos unidas y en su cara se dibujaba la más tierna de las sonrisas.

—No. —Sus ojos brillantes se encontraron con los míos—. Sin esos momentos, no creo que te quisiera tanto como te quiero ahora.

—Yo también te quiero, Britt. —Le llevé la mano a la boca y le besé todos los nudillos—. Pero lo siento.

—¿Por qué? —preguntó con el ceño fruncido.

—Por no darte la oportunidad de ir hacia el altar con tus amigos y tu familia mirando. Sé lo mucho que significan para ti tus padres y tus hermanos. Siento que te he arrebatado un momento importante.

—No pasa nada. —Me dedicó una sonrisa pequeña, algo triste.

—Espero que algún día podamos repetirlo y hacerlo bien. —Sus ojos se encontraron con los míos y, antes de que pudiera decir nada, empecé a levantarme—. Hay una cosa más que quiero enseñarte.

Le ofrecí la mano y ella señaló el pícnic.

—¿Pero y la comida?

—No pasa nada. Podemos comernos el resto más tarde.

Puso su mano en la mía y la guié a través de la casa, subiendo las escaleras, directamente al dormitorio principal, que estaba desprovisto de muebles, salvo por un colchón y algo de ropa de cama. Soltó un grito ahogado, demasiado prendada de las vistas como para reparar en la habitación vacía. Era increíble lo mucho que un piso más cambiaba el horizonte. Ahora podíamos ver más allá de la playa y se mostraba una mayor parte del cielo. El sol se estaba poniendo y los rosas, azules y naranjas se reflejaban en el mar, creando un lienzo de colores en el firmamento.

—Matty. Estas vistas lo son todo.

—¿Te gustan? —pregunté, acercándome por detrás de ella.

—¿Que si me gustan? Me encantan. La gente que acabe viviendo aquí va a tener muchísima suerte.

—¿Tú crees?

—Sí.

—Bien.

La rodeé con los brazos por la cintura desde atrás y, mientras se relajaba en mi abrazo, le besé la sien. Esto era definitivo para nosotros. Ahora lo sabía y estaba bastante seguro de que ella también.

—Me alegro de que te guste. —Puse la mano en su cadera, dejando que mi pulgar rozara la tela sedosa de su vestido.

Britt emitió un murmullo antes de levantar el brazo por detrás de ella y pasarme las manos por el pelo.

—¿Cómo no iba a gustarme? El cielo, el océano... Este sitio es muy tranquilo. ¿Cuánto tiempo lleva en el mercado?

—¿Por qué? ¿Estás interesada en comprarla?

Se rio, intentando zafarse de mi agarre, pero no se lo permití. Ahora que la tenía entre mis brazos, no había forma de que la dejara escapar.

—No. Claro que no. A no ser que en *Chally Sports* paguen a sus becarios mejor que a sus presentadores, creo que tardaré unos años en poder permitirme una casa como esta.

Le aparté el pelo a un lado y le besé el cuello de arriba abajo, saboreando los restos del aire salado del mar.

—¿Es tu forma de decirme que has conseguido el trabajo?

Echó la cabeza hacia atrás para apoyarla en mi hombro, y un atisbo de sonrisa asomó a sus labios. Subí la mano desde la cadera hasta las costillas, hasta que mi pulgar rozó la parte inferior de su pecho.

—Me han pedido que concierte una llamada con alguien de Recursos Humanos, pero es solo para hablar de una posible beca en uno de

los equipos afiliados de nivel inferior.

Deslicé el pulgar de nuevo por su pecho, provocando un gemido mientras estrujaba la tela del vestido, listo para arrancárselo. —Y actúas como si eso no fuera algo que celebrar. Mi mujer podría conseguir el papel de sus sueños y, aun así, actúa como si no fuera para tanto.

Sus caderas se apretaron contra mí, girando contra mi entrepierna, y estaba seguro de que a estas alturas podía sentir mi erección. Una que llevaba conteniendo desde que llegó.

—No quiero celebrarlo hasta que sepa lo que ofrecen.

—Tiene sentido. ¿Entonces podemos celebrar otra cosa esta noche? ¿Como estas preciosas vistas, quizá?

Se giró entre mis brazos, rodeándome el cuello con los suyos, y me dio un beso largo y profundo.

—Me gustan más las vistas en esta dirección —bromeó, usando mi propio piropo en mi contra.

—Bueno, mierda. Quizá debería haber comprado otra cosa.

Se puso rígida y sus ojos escrutaron los míos.

—¿Comprado? ¿De qué hablas? Creía que la habías alquilado para esta noche.

—Puede que haya mentido.

Abrió los ojos como platos y se apartó para observarme de arriba abajo.

—¿Entonces no está en venta?

—Estaba en venta, eso no era mentira. Es solo que… puede que seamos los nuevos dueños.

—¿Q-qué?

—Bueno, mi padre y yo acordamos vender la casa. Tampoco es que fuera a volver a Darwin Falls después de graduarme. Necesitaba otro sitio donde vivir. Me encanta vivir aquí, en California. Tú eres de

aquí, y esto está solo a diez minutos en coche del campus. Me pareció que era el lugar perfecto para que empezáramos el resto de nuestras vidas juntos.

Ella negó con la cabeza, mirando la casa a su alrededor, pero sin intentar soltarse de mi abrazo en ningún momento.

—Hala, espera. ¿Quieres que me mude aquí también?

Asentí. —Solo si quieres. A mí me gustaría.

—Pero ¿cómo coño te has podido permitir un sitio como este? ¿No eres tú también un estudiante universitario sin blanca como yo o has usado el dinero de la venta de la casa de tus padres? —preguntó con los ojos como platos.

—No. Todo ese dinero va a ir a una cuenta que pienso usar para ayudar a mi padre a mejorar. Con suerte, será suficiente para que se compre un apartamento cuando esté preparado.

La palma de Britt se posó en mi mejilla mientras se ponía de puntillas para darme un besito. —Estoy orgullosa de ti, Matty —dijo antes de volver a bajar—. Estoy orgullosa de que estés empezando a arreglar las cosas con tu padre. Sinceramente, no se merece un hijo como tú.

Me encogí de hombros, haciendo lo posible por ocultar mis emociones. —Bueno, después de esa cena horrible, he estado reflexionando. Puede que no haya sido el mejor padre para mí, pero yo tampoco ayudaba, empeñado en mantenerlo en esa casa. Dejando que se pudriera hasta morir.

—Es porque querías ayudarlo.

—Sí, pero quizá debería haberlo visto desde su perspectiva. Quería a mi madre y no puedo imaginar lo duro que sería vivir allí. Ahogándose en su recuerdo cada día. No podía dejarlo allí así. No después de todo lo que dijo. Eso sí, le hice aceptar recibir ayuda antes de firmar la venta. Va a recibir terapia para el duelo y la adicción. Algo que estoy más que dispuesto a pagar porque quiero salvar a la poca familia que me queda.

—Oh, Matty. ¿Por eso no has estado por aquí estas últimas semanas?

—Sí, necesitaba hacerlo. No solo por mí, sino también por ti.

Me miró sorprendida. —¿Espero que no lo hayas hecho porque creyeras que yo quería?

—No. Nada de eso, pero quería que me tomaras en serio, y para que eso ocurriera, tenía que actuar como un adulto y demostrarte lo dispuesto que estoy a crear una vida contigo. Por eso he comprado esta casa.

—Comprar una propiedad en primera línea de playa en Covey Cove definitivamente hace que te tome en serio. Pero ¿cómo te la has podido permitir?

Le dediqué una sonrisa pícara antes de cogerla en brazos y llevarla hasta la cama improvisada. Chilló cuando la arrojé sobre las sábanas y no respondí hasta que estuve tumbado encima de ella. —¿Recuerdas que me gusta hackear cosas?

Se llevó las manos a la cara. —Oh, no. Por favor, por favor, por favor, ¿no me digas que has hackeado algunos bancos y has robado el dinero? ¡Acabo de recuperarte, no quiero tener que visitarte en la cárcel!

—No. Ya no hago nada de eso. Pero hay muchas empresas por ahí que pagan a hackers de sombrero blanco para impedir que entren los hackers malos, y bueno, me he aprovechado. Solo hacen falta unos cuantos trabajos para ganar lo suficiente para permitirte algo como esto. —Omití el hecho de que había hecho suficientes trabajos para comprar el resto del barrio si hubiera querido. Esa bomba ya la soltaría en otro momento.

—¿Así que has comprado este sitio con eso?

Asentí. —Sí, y lo he puesto a nuestro nombre, así que si decides divorciarte de mí —cosa que espero que no hagas—, te quedarás con la mitad.

Parpadeó un par de veces, claramente conmocionada, y no la culpaba. Era mucho que asimilar.

—¿Por qué aquí? ¿Por qué no quedarte con los chicos los dos últimos semestres y marcharte?

—Porque necesitaba un cambio. Necesitábamos un sitio donde vivir como pareja y me dijiste que esta era tu playa favorita. Se me ocurrió que comprar aquí sería lo mejor, incluso si acabamos mudándonos por tu trabajo. Podemos usar este sitio como casa de vacaciones.

—¿

Mi trabajo? —dijo con las cejas arqueadas.

—Bueno, por el mío no tendremos que mudarnos. Puedo hacerlo desde cualquier sitio. Dame una conexión a internet, un teléfono y un teclado, y estoy listo.

Me incliné, besándole el cuello y el hombro antes de apartarle el tirante de espagueti, dejando al descubierto sus pechos.

—¿Y quieres estar conmigo aunque no tengo ni idea de adónde podría ir a parar?

—Iría a cualquier parte contigo. —Descendí para tomarle uno de los pezones en mi boca y lo rocé con la lengua antes de mirarla fijamente—. Eres la persona más fuerte y decidida que he conocido. El hecho de que no te hayas dado cuenta de que haré cualquier cosa por ti es asombroso y solo subraya que necesito hacerlo mejor.

Ella contoneó las caderas, agarrándome los hombros con los dedos, lo que interpreté como una indirecta para que le bajara el vestido.

Britt estaba tumbada en la cama, con el pelo desparramado por las almohadas, vestida solo con unos *culottes* negros. Me lamí los labios antes de besarle la piel del vientre, más que preparado para sentirla de nuevo. Una vez no era suficiente.

Me levanté, me quité la camiseta y los vaqueros, y luego me subí sobre ella. Piel con piel, lo único que nos separaba eran dos finas

piezas de tela.

—Matty. Te necesito.

Alargué la mano hacia mis vaqueros, saqué un condón y lo dejé en la cama, sabiendo que podría necesitarlo más tarde. Britt apoyó su mano sobre la mía. —No pasa nada. No creo que necesitemos protección esta noche.

Bajé la mirada, estudiándole la cara para comprobar si hablaba en serio.

Se mordió el labio inferior antes de explicar: —Acabo de terminar una regla muy dolorosa hace un par de días. Por las fechas, de verdad que no creo que haya ninguna posibilidad de que me quede embarazada.

Aun así, seguí dudando. —¿Pero y si te quedas?

—Pues que así sea, pero quiero sentir a mi marido dentro de mí sin barreras.

Vale. Casi me corro. Oírla llamarme su marido me afectó mucho más de lo que esperaba. Se me pasaron muchas cosas por la cabeza. Quería follármela sin sentido. Quería hacerle el amor. Quería comérsela hasta que llorara de placer debajo de mí. Pero lo más importante, quería hacerla feliz.

Balanceó las caderas mientras se quitaba las bragas contoneándose y usó las piernas para tirar de las mías hasta que estuvieron a la altura de mis rodillas. La ayudé empujándolas el resto del camino y gemí cuando mi polla descansó contra su cálido coño. Mientras me balanceaba contra ella, embadurné mi polla con su humedad.

—¿Estás segura de que quieres esto? —le pregunté, moviéndome apenas un poco, lo que la hizo gemir al rozar su clítoris con mi vaivén.

Apoyó las manos en mis hombros y abrió más las piernas, forzando la punta de mi polla hacia su entrada. Tan cerca de estar dentro de ella sin barreras, y cuando movió las caderas un poco más, fue todo

lo que necesité. Me hundí más y observé su rostro mientras me acogía en su interior.

Pura felicidad.

Nunca había estado dentro de alguien a pelo, y estar aquí con Britt lo era todo. No necesitaba a nadie más en este mundo. Solo la necesitaba a ella, envuelta a mi alrededor, apretándome mientras se deshacía.

—Dime que pare si lo necesitas, ¿vale? —Empecé despacio, no queriendo hacerle daño mientras ella me agarraba los hombros y movía las caderas.

—No. Sigue. Me gusta.

Cuando estuve completamente alojado dentro de ella, moví las caderas con ritmo, ralentizándolo por la única razón de que ya estaba tan cerca de correrme que podría ser vergonzoso. Un calor intenso y apretado. Nada se había parecido a esto antes. Mantener un mínimo de cordura resultaba difícil estando dentro de ella.

Britt me clavó las uñas en los hombros, y fue excitante de cojones.

—Más rápido, necesito más.

Joder. Esto no estaba funcionando. Si le daba más, me correría demasiado pronto. Sabía que debería habérsela comido primero. Necesitaba cambiar de táctica.

Aún dentro de ella, le agarré el culo y le di la vuelta para que se sentara a horcajadas sobre mí. En esta postura, sus tetas me quedaban en la cara, así que le cogí un pezón con la boca y succioné. Ella echó la cabeza hacia atrás de placer mientras yo le movía el culo, animándola a cabalgarme.

Apartando su pecho de mi boca, bajé la mirada hacia nuestra unión, observando cómo mi polla era engullida por su coño.

—Mírate, cómo me recibes. Qué coñito más apretado. —Metí la mano entre los dos para sentir la conexión antes de jugar con su clítoris.

—Matty. Tu polla. —Sus palabras eran desesperadas, y aminoró la marcha, buscando el contacto de mi mano, así que volví a tomar el control. Extendiendo las manos sobre las nalgas de su culo, la moví arriba y abajo—. Cabálgame, esposa. Quiero adorarte.

Echó la cabeza hacia atrás con tanta fuerza que su pelo rubio me hizo cosquillas en los huevos. No podía cerrar los ojos. Era demasiado codicioso. Los pechos de Britt estaban realzados y sus manos se aferraban a mis muslos mientras se balanceaba sobre mi polla.

El paraíso.

No había otra palabra para describir cómo me hacía sentir esta chica. Estaba en el paraíso y dudaba que se diera cuenta de lo obsesionado que estaba con ella.

—Qué bien sientas —gimió con la barbilla levantada. No podía dejar de mirarla, no es que quisiera. Sus tetas eran demasiado tentadoras en esta postura.

¿Qué había hecho yo para merecer que una mujer tan hermosa por dentro y por fuera —mi mejor amiga— estuviera aquí, follando así conmigo para el resto de nuestras vidas?

Moví las manos desde su culo hasta la parte delantera de sus muslos y usé el pulgar para juguetear con su clítoris. Ella soltó unos gemidos cortos y entrecortados y se apretó a mi alrededor. Un hormigueo me recorrió la columna. Estaba al borde del orgasmo y sabía que no me quedaba mucho, así que aceleré y volví a meterle el pecho en la boca.

—Estoy muy cerca, Matty —exhaló, y podría escuchar esos gemidos entrecortados para siempre.

De repente, dejó de moverse, así que empujé las caderas hacia arriba, ensartándola con mi polla mientras ella gritaba durante su orgasmo. No importaba que las ventanas estuvieran abiertas. Los vecinos no estaban en casa en esta época del año y, de todos modos, el océano habría ahogado sus gritos.

Sin el condón, podía sentir lo húmeda que estaba, y cuando se desplomó sobre mí, supe que no duraría mucho, así que nos di la vuelta y levanté sus muslos inertes antes de follársela tan fuerte que su cabeza golpeó el cabecero.

—Voy a correrme. —Me eché hacia atrás, listo para salir, pero ella me sujetó los hombros, haciendo imposible que me fuera.

—Córrete dentro. Por favor. —Sus ojos azules se encontraron con los míos, y con las pupilas dilatadas y las mejillas sonrojadas por el orgasmo, no tuve más opción. Verla así me llevó al límite.

Un calor abrasador me quemó los huesos mientras experimentaba uno de los orgasmos más intensos de mi vida. Oleada tras oleada de placer me golpeó. No pude hablar ni hacer nada durante al menos un minuto. Fue... Fue todo.

—Joder —susurré, sintiendo como si hubiera vaciado todo mi cuerpo dentro de ella.

Me derrumbé sobre Britt, nuestros cuerpos sudorosos pegados mientras aspiraba su aroma postorgásmico. Mi polla se estaba ablandando, pero no tenía intención de salir de ella; se sentía demasiado bien y, sinceramente, no estaba seguro de poder moverme todavía.

Ambos respirábamos con dificultad cuando dijo: —Ha sido el mejor sexo de mi vida. Sentía como si estuvieras en todas partes.

Me erguí lo suficiente para observarla. Tenía la cara sonrojada y una pequeña y plácida sonrisa en el rostro. Le di un beso en los labios antes de decir: —Sí, no creo que vaya a querer usar un condón nunca más.

Murmuró en señal de aprobación mientras yo rodaba a su lado en la cama. —Te quiero, Britt. Siempre lo haré.

—Yo también te quiero —dijo lo suficientemente alto para que la oyera. Estaba callada y saciada, así que alargué la mano hacia mis vaqueros, feliz de que no se hubieran caído de la cama con tanto meneo, y saqué el objeto que siempre estuvo destinado a ser suyo.

Se envolvió en las sábanas antes de acurrucarse a mi lado, y por mucho que quisiera hacer esta pregunta, no quería hacerlo aquí. Sentándome, cogí a Britt en brazos y la llevé a la hamaca que colgaba fuera en el porche.

El viento me produjo un escalofrío, pero la sensación sería pasajera. En cuanto estuviera envuelto en la manta con Britt, todo iría bien.

Mientras la colocaba en el asiento, ella abrió los brazos, apartando la sábana para dejarme espacio suficiente para unirme a ella.

Una vez que estuve tumbado en la hamaca, Britt se acurrucó contra mí y apoyó la mejilla en mi pecho. Tenía el corazón lleno y podía imaginar nuestro futuro aquí, mirando el océano y hablando de todas nuestras esperanzas y sueños mientras mecía la hamaca con el pie.

Ella reparó mi pasado.

Ella construiría mi futuro.

Hasta el día de mi muerte, ella sería todo lo que siempre querría.

Cogí la mano de Britt y la coloqué sobre mi pecho antes de apretársela lo justo para desviar su atención de lo que estaba haciendo. Tenía los ojos cerrados y no se había inmutado. Supuse que me había salido con la mía.

—Britt. —Le di un beso en la frente y, cuando abrió los ojos, me miró con una sonrisa tranquila y serena. Se me cortó la respiración inevitablemente. Bueno, eso lo confirmaba. Daba igual lo cerca que estuviera de Britt, su belleza me dejaría pasmado una y otra vez.

Me aclaré la garganta. —Quería preguntarte una cosa.

Le levanté la mano para que se fijara en el anillo de oro con un único solitario de diamante flanqueado por dos esmeraldas. Era el anillo de mi madre y le quedaba tan bonito a mi mujer como a ella.

Contuvo la respiración bruscamente. —Oh, Matty.

—Sé que no tuvimos el comienzo más convencional, pero no hay nada en esta vida que desee más que seguir siendo tu marido. Eres

mi mejor amiga. La única persona de la que quiero saberlo todo. Quiero ser un hombre mejor por ti y quiero verte brillar. ¿Me dejarás? ¿Quieres casarte conmigo, Britt?

Se quedó mirando el anillo y guardó silencio durante un minuto, pero cuando me miró con dulzura, me relajé.

—Ya lo hice —susurró mientras una lágrima solitaria le rodaba por la mejilla.

—Entonces, ¿te quedas conmigo? —le sequé la lágrima con el pulgar, tan enamorado de ella que no podía ni respirar mientras esperaba su respuesta.

—Para siempre.

EPÍLOGO

Matty

—¿Eso es todo? —preguntó Britt, mirando las cuatro cajas que había en el salón del piso que compartía con Tanner y Jackson. Tenía el ceño fruncido y su tono sonaba casi decepcionado. ¿Cuántas cosas esperaba que tuviera en mi habitación?

—Sí.

—Vaya. De acuerdo.

—¿Hay algún problema?

Cerró los ojos y suspiró.

—¿Por qué hemos alquilado una furgoneta de mudanzas para recoger cuatro cajas?

—No lo hemos hecho solo por eso. También tenemos todas tus cosas —le recordé, acercándome a mi mujer y colocando las manos en sus caderas.

Con el pelo recogido en un moño, llevaba puesta una camiseta mía del instituto, y la combinación me estaba poniendo cachondo. Me incliné para besarla, pero retrocedió hasta que su espalda chocó contra la encimera de la cocina.

—¿Pasa algo, señora Mathieson? —Coloqué las manos a cada lado de ella, acorralándola contra la encimera mientras apretaba mis caderas contra las suyas. Aunque intentó ocultarlo, una sonrisa asomó por sus labios ante la simple mención de su nuevo apellido. Al que se lo había cambiado oficialmente. Habíamos enviado el papeleo y yo no había parado de decirlo desde entonces. Sabía que a ella le gustaba oírlo casi tanto como a mí me gustaba decirlo.

—Sabes que me encanta oírlo, pero no puedes ir soltando mi apellido así como así, ¿sabes?

—¿Por qué no? Estuve contigo cuando firmaste esos papeles en el juzgado. Ya eres oficialmente una Mathieson. —Cogiéndola por las caderas, la levanté y soltó un gritito cuando la senté sobre el frío mármol.

—Técnicamente, pero todavía no se lo hemos dicho a mis hermanos y me preocupa su reacción. —Le abrí las piernas, me coloqué entre ellas y la besé en los labios. Me ahuecó las mejillas con las manos cuando me aparté, como si quisiera más. Algo que nunca le negaría a mi mujer.

Aunque la madre de Britt prácticamente gritó por teléfono cuando se enteró de la noticia, ella no creía que a sus hermanos les hiciera tanta ilusión, y era ella quien mejor los conocía. Como pensaba estar con ella el resto de mi vida, teníamos que asegurarnos de que su familia se convirtiera también en la mía.

Debido a las apretadas agendas de sus hermanos, habíamos organizado una cena con ellos dentro de un par de semanas, e íbamos a ver qué tal iban las cosas. No podía negar que estaba un poco nervioso. Si Bryce y Max se parecían en algo a Sam, me daba la sensación de que estaría en su lista negra durante unos cuantos años, pero podía soportarlo. Al fin y al cabo, Britt merecía la pena.

—Una llamada de teléfono lo cambiaría. No me importa hacerlo ahora mismo y confesarlo todo si eso significa que puedo follarte hasta dejarte sin sentido en esta encimera. —Sonreí, mordisqueándole el lóbulo de la oreja.

Jadeó, girando la cabeza mientras me daba un manotazo en el pecho.

—Para.

La besé en la mejilla, luego puse los labios en su cuello, inspirando su aroma. Mis manos seguían apoyadas en sus muslos mientras los acariciaba suavemente, abriéndome paso hacia el único lugar donde quería estar.

Britt me agarró las manos, empujándolas hacia mis rodillas.

—No podemos hacer eso aquí. En la encimera de la cocina. —Miró a su alrededor como si hubiera más gente en la habitación.

Subí lamiéndole la piel hasta el lóbulo de la oreja y le di un pequeño mordisco mientras sonreía contra su piel.

—¿Por qué no? Es solo un aperitivo. Además, tú eres lo único que me apetece siempre.

Cerró los ojos, echando la cabeza hacia atrás, lo que me dio un poco más de espacio para jugar. Lo ves, lo deseaba tanto como yo.

Britt gimió, arqueando la espalda de una forma que sugería que, si seguía, podría salirse con la mía.

Cuando oí abrirse la puerta, bajé besándola por el cuello, sorprendido de que no me apartara. Lo haría pronto, sin embargo. En cuanto se diera cuenta de que entraba gente, pero pensé que más valía ir calentándola, ya que eso me beneficiaría cuando llegáramos a casa más tarde.

Casa. Todavía se me hacía raro llamarlo así, pero eso era lo que era ahora. Nuestro hogar. La ropa de Britt estaría pronto en el armario y su cama sería la nuestra. Todo sería compartido entre nosotros, y ese simple pensamiento me convertía en la persona más feliz del mundo.

Oí las fuertes pisadas y supe inmediatamente quién era.

—Joder. ¿En serio? ¿En nuestra cocina? Tanner, no entres. Tus ojos de virgen no podrán soportar esta imagen —dijo Jackson al entrar en la habitación.

—No soy virgen —gruñó Tanner.

—¿Estás seguro? Porque te comportaste como uno en el partido de la semana pasada. No me pasaste el balón ni una sola vez.

—Es un poco difícil pasártela cuando estás en la línea defensiva.

Me aparté de Britt lo bastante rápido como para ver a Tanner darle un capón a Jackson y casi tirarle la gorra de béisbol. Era muy feliz en

mi nueva vida con Britt, pero no podía negar que echaba de menos pasar el rato con los chicos por las tardes. Sin embargo, no echaba de menos tener que escuchar a Thea y Jackson discutir. Aún no estaba seguro de lo que había pasado entre ellos en los últimos dos años, pero no estaba dispuesto a escuchar a ninguno de los dos para averiguarlo.

—Excusas, excusas —dijo Jackson antes de dirigirse hacia mí—. ¿No podíais esperar a llegar a esa enorme mansión de la que Aiden tiene envidia para follar con tu prometida? ¿Tenías que hacerlo en nuestra encimera? Yo como ahí.

—Es mi mujer —declaré, y apreté los muslos de Britt—. Y este sigue siendo mi piso, así que siempre podría llevármela a mi cuarto y hacerlo si quisiera.

—Ah, ¿en eso se ha convertido nuestro piso? ¿En un picadero para vosotros dos? ¿No tiene Britt todavía su habitación en la residencia del campus? ¿Por qué no podéis usar esa?

—Porque Erik está allí intentando convencer a Lydia de que se merece una segunda oportunidad —explicó Britt.

—¿Es la pelirroja a la que confunden con Aster todo el rato? —preguntó Tanner.

—Esa misma —respondí.

—¿Eso es todo lo que hace Erik? —preguntó Jackson antes de coger el mando de la tele y dejarse caer en el sofá—. ¿Arrastrarse ante mujeres increíblemente buenas con la esperanza de que alguna se le suba a la polla? Con Britt no funcionó, así que dudo que funcione con su compañera de cuarto.

—Ten cuidado —le dije, entrecerrando los ojos.

Él levantó las manos y se recostó en el asiento. —¿Qué? —Luego señaló a mi mujer—. ¿Es que ya ni siquiera puedo hablar de lo buena que está Britt? Está ahí mismo y sigue siendo una de las personas más atractivas de este campus, sería de mala educación no reconocerlo.

—Es mi mujer, así que no. No tienes permiso para decir mierdas como esa.

—Matty —Britt me dio un golpecito en el muslo con uno de los dedos del pie, pero no se movió de la encimera.

—Vaya. No te hacía del tipo capullo posesivo, pero supongo que nunca te acostarás sin saber una cosa más —dijo Jackson con una sonrisita.

¡BANG!

Todos pegamos un brinco al oír abrirse la puerta y giramos la cabeza para ver quién entraba.

—¿Chicos? —oí la voz de Thea antes de verla y, mientras entraba en la habitación arrastrando los pies, Tanner corrió a su lado.

—Dios mío, Thea. ¿Estás bien? —Thea tenía los ojos muy abiertos y la mirada algo perdida mientras observaba la habitación, con ceniza cubriéndole la ropa y el cuerpo. Parecía tan ausente que hasta Jackson se levantó para ver cómo estaba, lo cual ya era mucho decir.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Britt, apartándose de mí mientras Thea entraba bajo el brazo de su hermano. Tenía el pelo hecho un desastre, la ropa chamuscada y apenas se le distinguían las facciones. Se inclinó hacia delante, tosiendo con tanta fuerza que lo sentí en mi propio pecho. Jackson se puso a su lado al instante y le apoyó la mano en la espalda.

—Thea, por favor, habla. Me estás asustando —dijo Tanner.

—Sí, que no hables durante más de diez segundos *es* para preocuparse —añadió Jackson, y Tanner le dio un golpe en el estómago—. Ay. ¿No decías que eras más de hacer el amor que la guerra?

—Ha habido un incendio —graznó Thea entre toses—. En la hermandad.

—¿En serio? —preguntó Tanner y, cuando ella asintió, soltó una palabrota—. Joder. Sabía que ese sitio solo traería problemas.

—¿Qué ha pasado? —Britt estaba al lado de Tanner, esperando ansiosa la respuesta de Thea—. ¿Alguien le ha prendido fuego?

Thea volvió a toser con fuerza. —No han podido encontrar el objeto que lo ha provocado, pero yo estaba… bueno, cerca.

—¿Cómo has salido? —preguntó Tanner.

—Andando.

Jackson levantó una mano. —Un momento, para el carro. ¿Nos estás diciendo que has salido de un edificio en llamas y luego has venido aquí? —La miró de arriba abajo, y sus labios se curvaron con algo que no era asco. Por primera vez desde que lo conocí, habría jurado que parecía impresionado.

—Pues sí. Querían hablar conmigo, pero no me apetecía quedarme.

—¿Por qué no? —preguntó Jackson.

Ella se encogió de hombros. —Supuse que en cuanto descubrieran quién era la novia de mi hermano, ¿pensarían que le prendí fuego al local para vengarme? —Una conclusión un tanto extraña, pero así era Thea.

—¿Lo hiciste? —Jackson sonreía ahora. Más de lo que le había visto sonreír nunca.

Ella negó con la cabeza, haciendo que la ceniza se le cayera del pelo. —Claro que no, pero sabía que me implicarían en cuanto vieran mi expediente. —Le lanzó a Tanner una mirada de complicidad, pero nadie se dio cuenta porque Jackson soltó una carcajada.

—¿Qué coño tienes en el expediente, pedazo de tía dura?

Tanner se limitó a negar con la cabeza, guiando a Thea hacia el sofá. —Te dije que mudarte allí era una idea terrible.

—Bueno, no te preocupes. Ahora no puedo vivir allí. Tu sueño se ha hecho realidad. Vuelvo a no tener casa.

—No vas a quedarte sin casa —dije, dando un paso al frente—. Puedes quedarte aquí.

Los tres se giraron hacia mí. Tanner y Thea me miraban con los ojos como platos, mientras que los de Jackson estaban entrecerrados, pero con mucho menos veneno del habitual.

—No, no puede —dijo Jackson.

Thea levantó la mano. —Aunque aprecio mucho el tiempo que me dejasteis dormir en el sofá, no puedo volver a hacerlo. Mi espalda nunca se recuperaría.

—Dramática —murmuró Jackson con una sonrisita.

—Ten cuidado —replicó Tanner—. ¿Mi hermana acaba de estar en un incendio y aun así vas a seguir portándote como un capullo con ella?

Di un paso adelante y me coloqué detrás de mi mujer antes de decir: —No tienes por qué dormir en el sofá, Thea. Puedes quedarte con mi habitación. He pagado el resto del año y no voy a estar en ella, así que más vale que la aproveches. Tendrás tu propio sitio donde quedarte y Jackson no tendrá nada de lo que quejarse.

—Seguro que encuentra algo —dijo ella, fulminándolo con la mirada.

—¿Hablas en serio? —preguntó Tanner.

—Claro. Si no, la habitación estaría vacía.

—Y la usaríais como vuestro picadero. Lo sabemos. No hace falta que nos lo repitas. —Jackson suspiró.

—¿Picadero?

Thea arrugó la nariz, pero Tanner pasó por su lado. —Se la queda —dijo, abriendo los brazos y abrazándome antes de que su hermana pudiera decir nada más.

Thea suspiró de forma ruidosa y un tanto dramática. —¿Cuándo voy a tener el control de mi prop… —Thea se inclinó hacia delante y le sobrevino un ataque de tos, que solo se calmó cuando Jackson le apoyó la mano en la espalda.

—¿Estás bien? —le preguntó él.

—Estoy bien —dijo ella con un hilo de voz justo cuando Jackson le daba una última palmada en la espalda.

—Creo que tenemos que llevarte al médico. —Tanner se acercó a su hermana.

—No puedo. Sabrán que estuve allí y empezarán a hacer preguntas.

—¿Qué escondes? —preguntó Jackson.

—Eeeh…

—Creo que deberíamos irnos —dije, sabiendo que estaba a punto de empezar otra discusión y no quería escucharla. Pasé el brazo por la cintura de Britt, atrayéndola hacia mí, y sentí el metal del anillo de mi madre cuando su palma aterrizó sobre mi mano. No se lo había quitado desde que se lo deslicé en el dedo hacía dos semanas, y esperaba que siguiera así para siempre.

—¿Puedo ir? ¿Por favor? —nos suplicó Jackson juntando las manos desde el otro lado de la habitación—. Estaré calladito como un ratón y, si alguna vez queréis un trío de vez en cuando, ahí estaré.

—Puedes venir a cenar algún día —dije, dándole un beso en la mejilla a Britt—. Pero no quiero que estés ahí para lo que va a pasar luego.

—Matty —me espetó Britt en un susurro, dándome una palmada en el pecho.

Me reí entre dientes. —Lo siento.

—Da igual, de todas formas, ahora llevamos a Thea al médico —Tanner ya le había echado su chaqueta por los hombros a Thea.

—¿Nosotros? —Jackson frunció el ceño y Tanner lo fulminó con la mirada.

—Sí, *nosotros*. Después de todo, ahora es *nuestra* compañera de piso. Tenemos que protegerla.

—Vale —dijo Jackson con desgana, arrastrando los pies hacia mis cajas—. Ayudaré a Matty con esto y luego os alcanzo en el coche.

—Volveré a por ti si tardas mucho —dijo Tanner mientras acompañaba a Thea fuera del piso.

—Al menos esto me ahorra escuchar sus discusiones durante cinco minutos. —Jackson cogió una de mis cajas mientras yo agarraba otra y las bajamos a mi coche. Después del segundo viaje, le di las gracias y lo vi caminar con paso cansino hasta la camioneta de Tanner.

Cogí a Britt de la mano, la llevé hasta el camión de la mudanza y la ayudé a subir a su asiento. Una vez se abrochó el cinturón, sonreí. Ya estaba. De verdad que ya estaba. Britt y yo nos mudábamos a nuestra nueva casa y empezábamos nuestra nueva vida. Juntos.

Le acaricié la mejilla y la besé. Larga y lentamente, porque teníamos todo el tiempo del mundo para estar juntos. Nadie se interpondría entre nosotros.

—Te quiero —susurré contra sus labios.

—Yo también te quiero —dijo ella, apoyando su frente en la mía.

¡Moc, moc!

—Por el amor del fútbol, ¿puedes moverte de una vez? —gritó Jackson por la ventanilla.

—¿Nos vamos a casa? —pregunté, ignorando a mi amigo.

—No se me ocurre nada mejor.

Y así, sin más, me sentí feliz de empezar mi nueva vida con mi mujer.

FIN

¿Quieres leer qué pasó cuando Britt y Matty se lo contaron a sus hermanos? Lea el epílogo ampliado en mi sitio web y conozca a Max y Bryce. LEER AQUÍ